LA
TERCERA
CHICA
Adrián Dresner

LA TERCERA CHICA

Adrián Dresner

AVISO AL LECTOR

Coge aliento antes de comenzar a leer la primera frase. No volverás a respirar hasta llegar al final.

Año 2000
Un día cualquiera.

Ese momento de confusión que me sacude cada vez que abro los ojos y abrazo la conciencia.

La osadía de abrir los ojos y despertar.

Despertar y abrir los ojos.

¿Puede alguien despertar y no abrir los ojos? ¿No es ese un acto automático en cuanto la conciencia te sobreviene?

Tardo un instante en comprender que la realidad que dejo atrás es solo un sueño, tan vívido y colorido, un sueño lleno de despechos, de habitaciones laberínticas, de deambular perdida por calles heladas, tiritando de frío, con sangre en las manos, un sueño tan intenso como la realidad, o más incluso, un sueño que ya he olvidado, incluso antes de abrir los ojos y de observar a mi alrededor. El salón de mi casa. Cuánta la calma, cuánta la tranquilidad tras ese instante de pánico, de no reconocer, de no saber.

No hace muchos días comprendí que saber y recordar son sinónimos perfectos.

Me envuelve la penumbra del salón como un remanso de paz. Las cortinas están echadas, la persiana a medio bajar dejando entrar haces de la luz de la mañana. Mi piso tiene orientación oeste, así que la luz de la mañana que entra debe venir reflejada desde el edificio de cristal que hay al otro lado de la calle, la luz solar que se expande y se curva, rebota en ese bloque acristalado, se cuela en haces a través de la persiana y luego atraviesa la translucida cortina. ¿Sabe esta luz la de vicisitudes que ha tenido que pasar hasta iluminar la esquina de mi Picasso?

Es un Picasso, sí, un pedazo de lienzo cubierto de óleo que vale tanto como todo el piso, y en un marco de apenas cinco mil pesetas. Descuidado en la pared, sobre la librería, mal iluminado, ignorado, nunca nadie me ha preguntado por él, ni siquiera Paco, mi marido, todo el mundo asume que es una lámina barata, y esa es su mejor protección, la gente no sabe, la gente no recuerda que es un Picasso original.

Anoche. No consigo recordar lo que pasó anoche.

Paseo la mirada sobre los lomos de los libros, tantos y tantos libros sobre economía y finanzas, las cinco repisas de lado a lado, de arriba abajo,

describiendo una perfecta cuadricula. Cada cubículo contiene libros relacionados más íntimamente entre sí que con los de los cubículos colindantes, más relacionados con los cercanos que con los lejanos, libros y más libros, algunos incluso de mi época de estudiante, todavía.

Se me va la vista al suelo de parquet, brillante, la madera pulida, las extraordinarias vetas dibujando la intrincada historia de tantos árboles. La lujosa alfombra persa, de ahí a la pared de enfrente revestida de mármol negro con vetas doradas, con la carísima televisión Bang & Olufsen, una televisión de diseño de medio millón de pesetas en la que objetivamente jamás he visto una película de principio a fin. Paco si ha visto cientos de partidos de futbol.

Una vez más, miro a la ventana y me embeleso con la luz difusa que se empeña en entrar en mi salón tras cruzar y rebotar a través medio sistema solar.

Con una punzada de inquietud, vuelvo la cabeza hacia la otra pared, la que me queda detrás, y el reloj me avisa de que son las nueve de la mañana. Mierda. ¿Cómo he podido quedarme dormida en el sofá? ¿Por qué no me ha avisado Paco? Te juro que pensaba que me estaba despertando de una siesta.

¿Habré dormido en el sofá toda la noche? ¿Será posible? No logro recordar lo que pasó anoche, a lo mejor fueron las copas de vino, porque me duele la cabeza detrás de los ojos y me siento dolorida por todo el cuerpo.

¡Dios mío! ¿Las nueve?

Debería llevar media hora en el trabajo. Dios. ¿No venían hoy los holandeses a visitar la empresa? ¡Estamos hablando de más de cien millones de pesetas!

Los holandeses, veo sus caras en las fotos de sus dosieres, veo sus gestos pixelados en las conversaciones que hemos tenido por videoconferencia, ¡y son las nueve!

¡Las nueve!

Me levanto. No reconozco el pijama que llevo puesto, yo casi nunca uso pijama. Atravieso el pasillo y me meto directa en la ducha.

Bajo el agua, maldigo a Paco por haberme cambiado el champú de sitio. ¿Para qué tiene que tocar mi champú si él usa el anticaspa? Es lo mismo de siempre, se le ha gastado y ha usado el mío, y lo ha dejado Dios sabe dónde.

Tampoco encuentro mi albornoz, así que me seco con una toalla. Qué desastre de mañana, los holandeses deben estar ya reunidos con Costa, es un milagro que no me haya llamado ya para cagarse en mi reputísima madre.

Voy a mi dormitorio y me encuentro la cama sin hacer, ropa por el suelo, parece que aquí viva una familia de animales, de monos, de cerdos, pero qué harta me tiene Paco ya, por Dios. ¿Es hoy el día que viene la chica a limpiar?

Me seco el pelo a toda velocidad. Me visto, traje pantalón, chaqueta beige, al menos dentro de mi armario no se me ha metido el idiota. El pelo no me ha quedado bien con ese maldito champú que no es el mío. Voy a matar a Paco, te lo juro.

¿Y el móvil? ¿Dónde coño dejé el móvil? Y seguro que cuando lo encuentre está descargado. Dios, los holandeses, Dios.

Me llamo a mí misma con el teléfono fijo. No suena nada por la casa, a través del auricular sí escucho un par de tonos.

"El teléfono marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura"

—O sin batería porque un imbécil no me lo ha puesto a cargar —digo en voz alta.

No puedo salir de la casa sin el m

óvil.

Empiezo a abrir cajones, todo está fuera de lugar, es como si Paco se hubiera pasado la tarde cambiándome las cosas de sitio para torturarme. Menudo gilipollas. Esto ha llegado muy lejos ya. De esta me divorcio. Yo no tengo la culpa de que el muy imbécil no llegara a nada en la vida. Su mayor éxito financiero fue, sin duda, casarse conmigo.

Menudo imbécil, y menuda vergüenza que paso cada vez que lo llevo a una cena del círculo de empresarios, como el otro día cuando le tocó sentarse al lado de la mujer de Sánchez Ramos, qué mal lo pasé cuando escuché que la mujer de Sánchez Ramos le preguntaba a qué se dedicaba.

Pero mira, ese es otro tema en el que mejor no meterme.

Un marido como Paco influye negativamente en tu imagen como empresaria de éxito. Muchísimo.

¿Ves? Sin embargo, un divorcio no afecta a tu imagen, simplemente decir "me estoy divorciando", "me he divorciado" y ya nadie te hace preguntas embarazosas sobre tu marido, o tu ex, o lo que sea.

Conforme voy abriendo y cerrando los cajones del dormitorio me voy enfadando más y más.

Claro que sentía compasión por él. Claro que se esforzó (durante los primeros años) con este proyecto o aquel. Paco puso en marcha negocios de

consultoría financiera, llegó incluso a tener un negocio de tarjetas de crédito que francamente prometía, pero la cagó como siempre. Yo le daba consejos, pero nunca me escuchaba, aquel negocio lo vi fracasar a la legua, pero él me repetía que no podía dejar que me metiera en todo, que aquel era su negocio, no el mío. Pues muy bien, el negocio fracasó y se evaporaron los cinco millones de pesetas de inversión que salieron de mi bolsillo. Mi opinión no le interesaba, mi dinero sí.

Me dejo caer sobre la silla del comedor con la frente entre las manos. No encuentro el móvil y son las nueve y media. Los holandeses.

La idea me lleva bailando por la cabeza desde hace diez minutos, pero he tratado de evitarla, ahora sé que no tengo más remedio. Voy a tener que llamar a Paco y preguntarle dónde coño está mi móvil. Es eso o irme sin móvil. Tampoco es el fin del mundo, puedo ir por la tarde a comprarme otro, dar de baja el mío y que me asignen el mismo número.

Pero primero voy a llamar a Paco.

Me acerco a la base del fijo y me encuentro que el teléfono no está. ¡Pero bueno, si acabo de usarlo para llamar a mi móvil!

Miro debajo del sofá, ahí está. Le marco a Paco.

Y entonces escucho la dichosa musiquita que le tiene puesta, su politono que resuena desde algún punto de la casa. No me jodas. ¿Paco está en la casa? ¿Dónde está sonándole el móvil? ¿Qué te apuestas a que el idiota se ha llevado mi teléfono y se ha dejado el suyo en casa?

¿De dónde viene el sonido del móvil? Dejo el fijo sobre el sofá y voy abriendo las puertas de las habitaciones. No me jodas, viene del cuarto de la lavadora y la plancha.

Abro la puerta y entonces me encuentro a Paco.

Está tumbado en el suelo. Al principio no veo la sangre, al principio no veo el cuchillo de cocina clavado en su pecho, al principio no grito, al principio todo es confusión. El móvil le suena dentro del bolsillo del pantalón. Me agacho para sacárselo del bolsillo, es entonces cuando veo la sangre, cuando veo el cuchillo.

Tiene los ojos abiertos, acuosos, sin vida.

Y entonces empiezo a gritar.

Alguien ha entrado en mi casa, ha matado a mi marido, un ladrón.

Dios.

¿Está pasando esto de verdad? ¿No puede ser un sueño? ¿No puedo

despertar otra vez en el salón, donde sea?

Está pasando, claro que está pasando, el cuerpo de Paco yace sin vida, apuñalado, sobre el suelo del cuarto de la lavadora. Le toco la cara, está frío, está helado, está muerto.

Sostengo sus mejillas y acerco mi cara a su cara, nuestras frentes se tocan. ¿Qué hay detrás de esa mirada, Paco, detrás de esos ojos sin vida? ¿Quién te ha matado? Y entonces es cuando me golpea la realidad espantosa de que mi marido está muerto, y estar muerto no es como estar resfriado, o irse de vacaciones, estar muerto es para siempre.

Paco, lo siento mucho, Paco.

Escucho entonces un sonido que viene desde el salón. ¿Hay alguien en la casa? ¿Es el asesino de mi marido? El corazón se me pone a mil por hora. Cuando me incorporo de un respingo, la cabeza de Paco golpea el suelo, toc, llamar a la policía, dejé el teléfono en el salón, en el sofá… ¿dónde está el teléfono de Paco? Llamar a la policía. Su móvil está aquí, vine aquí siguiendo el sonido, tengo que llamar a la policía.

Meto las manos dentro de la chaqueta de Paco, en los bolsillos, y me voy manchando los brazos de sangre.

Aquí está el teléfono, un Nokia de última generación, está bloqueado y no sé cual es el código de acceso de Paco. Le queda un 10% de batería.

Lo único que puedo hacer es salir de aquí, pero para hacerlo tengo que pasar por la cocina primero, y cruzar el pasillo que da al salón.

Abro la puerta de la lavandería. Camino en cuclillas a través de la cocina. Accedo al pasillo, un último vistazo al salón. Otro ruido.

Es la puerta que está entreabierta, cuando abrí la de la cocina y la de la lavandería se formó una corriente. No hay nadie en la casa, solo yo y el cuerpo de mi marido, sin vida.

Tengo que salir de aquí, denunciarlo a la policía, pedir ayuda.

Cuando estoy a punto de salir me veo a mí misma reflejada en el espejo, tengo la sangre de Paco por todos lados… hasta en la frente. Por Dios, qué gorda me he puesto, ¡y esas ojeras! ¡Parece que me hubieran echado cinco años encima desde anoche!

Anoche. Anoche. Vuelve esa palabra. ¿Qué hice anoche? ¿Qué pasó anoche? ¿Quién ha matado a Paco?

Voy al baño, no puedo salir a la calle con sangre por todos lados. Me lavo la cara y se me va todo el maquillaje. Me cambio la chaqueta, la blusa no

se ha manchado, ya ni sé de qué color es la que me he puesto. Pasillo. Recibidor. Puerta.

Por alguna razón me cuesta horrores cruzar la puerta, imagino un haz de fuego en el suelo, sobre la línea imaginaría del umbral, hasta el punto de que tengo que saltar para poder superarla y encontrarme fuera del piso. ¿Es que he perdido la cabeza?

Ascensor. Salgo a la primera planta. Han matado a mi marido. Han matado a Paco. Con un cuchillo, en mi casa.

Pero no hay nadie para escuchar mis palabras, el recibidor está desierto, desde el otro lado de la doble puerta acristalada llegan los ecos del tráfico. Ya son las diez. Y los holandeses esperando. Deberán entender que no todos los días le matan a una a su marido.

Salgo y una bofetada de aire frio me golpea por los cuatro costados.

Este frío es absurdo.

Estamos en verano y, sin embargo, la sensación es de que estamos a cero grados. Miro a un lado y a otro, sobre la acera distingo una película de escarcha helada. La gente viste cazadoras, chaquetas de piel, chaquetones.

¿Estamos en verano? Anoche era verano, ¿verdad?

Tengo que encontrar a alguien que me aclare todo esto. Tiene que haber una explicación racional para esta locura (es como en las películas: “tiene que haber una explicación racional...”)

Anoche. No consigo recordar lo que pasó anoche, pero tengo muy claro que era verano. ¿Puede ser un fenómeno meteorológico extraño? ¿Una gota fría en pleno agosto?

Me estoy helando de frío, cruzo la calle sin mirar a los lados y un par de coches me pitan.

—¡Loca! ¡Mira antes de cruzar hija de puta!

Me meto en la cafetería que hay enfrente de casa. Ahí esta Manolo, el dueño, con su camisa blanca, sus entradas y su tripa inmensa. Me sonríe. Está más viejo, parece que le hubieran echado cinco años encima.

—Hola, cuánto tiempo sin verte.

Joder. Si ayer mismo me tomé aquí el café con leche, como todas las mañanas.

La cafetería está repleta de gente desayunando. Ignoro el comentario de Manolo y camino a la izquierda, bordeando la luna que da la calle. Me siento en una mesa donde encuentro un periódico.

Cuando consulto el reloj el corazón se me sale por la boca.

Dios. Son más de las 10. ¿No venían hoy los holandeses? ¿Qué hago metida en esta cafetería a estas horas?

Tengo mucho frío, toco el cristal de la luna que da la calle con la mano. Está helado, esto no puede ser… en pleno verano.

"Tiene que haber una explicación racional para todo esto".

Tengo el periódico delante. Ya me acuerdo. Me senté aquí para leer el periódico. Paco nunca lee el periódico, a Paco solo le interesa el Marca.

—Manolo, ¿me traes un cortado, por favor? —me escucho decir a mí misma.

El camarero me mira con cara de preocupación desde el otro lado de la barra. Luego le brota un sonrisa en mitad de esa cara gordinflona. Pero qué viejo se le ve. Parece que le hubieran echado cinco años encima, tiene las entradas más acusadas, está prácticamente calvo ya, nunca le había visto esas canas.

Abro el periódico, voy a la sección de la bolsa. Lo único que faltaba es que me encontrara sorpresas en las cotizaciones de la empresa, con eso rematábamos la mañana. Le echo un vistazo a eso mientras llamo a Costa a la oficina, le explico que he tenido una emergencia, que haga tiempo con los holandeses. Le explico que anoche me sentó mal la cena.

Anoche.

Anoche discutí con Paco y me fui a cenar sola, me acuerdo perfectamente, llevaba manga corta. Era verano. Anoche era verano y hoy estamos a cero grados.

Paso las páginas a toda velocidad, llego a la sección de la bolsa. ¿Pero qué es esto? ¡Estos valores son ridículos! Esto es una broma pesadísima, no cabe duda.

Salgo corriendo de la cafetería. Manolo ni siquiera me ha servido el café, me grita algo. El frío de la calle. No sé dónde está mi coche, tampoco me serviría de mucho porque no encuentro las llaves en el bolso. Al menos, encuentro mi cartera, eso sí está, y mis tarjetas de crédito. Paro un taxi.

Avanzamos por la Gran Vía, han cambiado todos los carteles de las películas, los estrenos cada vez duran menos, por lo menos se han dado prisa acabando las obras del pavimento, incluso hay un edificio que recordaba a medio hacer, que ahora está terminado, la construcción vuela que da gusto. Y todo el mundo súper abrigado en pleno verano.

Por suerte el edificio que acoge las oficinas de mi empresa parece seguir en el mismo sitio. Le pago al taxista con la tarjeta y salgo. El frío. Cruzo las puertas giratorias acristaladas. Todo sigue igual. Pues claro, ¿por qué no iba a seguir igual? Me dirijo al ascensor que me lleva a las oficinas de la décima planta, tengo que hablar con mi director ejecutivo, tengo que hablar con Costa. ¿Habrán llegado ya los holandeses? ¿Era hoy cuando venían? Que ya hasta de eso dudo.

Yo siempre con las prisas, con mil cosas en la cabeza, y mientras, Paco seguro que está apoltronado en el sofá. Ding. Estoy en la décima planta, se abre la puerta. Salgo. ¿Han cambiado las plantas de sitio?

Los becarios y los novatos se afanan en su cubículos estudiando los gráficos bursátiles en las pantallas de sus ordenadores. Los miro de reojo mientras camino por el pasillo enmoquetado, en dirección a mi despacho, voy a consultar un par de cosas en la base de datos, tengo que comprobar que todo está bien.

Me cruzo con Marisa, la recepcionista, que me mira como si hubiera visto un fantasma.

—Buenos días.

—Hola… —me responde con un hilo de voz.

¿Pero qué le pasa a esta?

Es entonces cuando me doy cuenta de que todo el mundo me está mirando, hasta los becarios han dejado de teclear.

¿Es que llevo mal el maquillaje? ¿Será por la ropa? Me tuve que cambiar esta mañana a última hora, ya ni recuerdo el porqué. Por un instante me planteo preguntarle a todos, a voz en grito, que qué coño les pasa. Pero no lo hago, sigo caminando hacia mi despacho.

Abro la puerta. Mi codiciado despacho en una esquina del edificio, con las paredes acristaladas y unas maravillosas vistas de la Castellana, y me encuentro que no hay nada dentro. Ni siquiera la mesa. ¿Lo están remodelando? Hay manchas de cal sobre la moqueta, que está despegada por los bordes.

¿Dónde están mis cosas? ¿Dónde está mi ordenador, mi mesa, mis plantas?

¿Es que me han trasladado de despacho, así de repente, y no me han dicho nada?

Tengo que ver a Costa. Ahora. Su despacho está en la otra esquina de la

planta.

Otra vez tengo que cruzar la oficina de un extremo al otro. Si antes me miraban con extrañeza unos cuantos, ahora todo el mundo parece extrañarse de mi presencia. Me está mirando mal hasta la chica de la limpieza.

Toco a la puerta de mi director ejecutivo. Ya sé que no tengo cita. ¿Desde cuándo necesito yo una cita?

Me abre él mismo. En seguida es evidente su cara de circunstancias, su semblante que se viene al suelo, me pone la cara que le pones a un vendedor de seguros que toca por tercera vez en tu casa.

—Amanda, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? —le espeto, abriéndome literalmente paso para entrar en su despacho—. Esta es mi empresa, he venido a trabajar. ¿Qué pasa con mi despacho. ¿Es que lo vais a reformar sin consultarme?

—No es eso Amanda, a ver siéntate, hazme el favor —me dice, y le hago caso, y nos quedamos los dos frente a frente a ambos lados de su mesa, y es que ya no sé qué decir, solo mirarle. Sus ojos se han congelado en los míos y nos sumergimos en una eterna pausa de varios segundos.

Se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—Amanda —dice por fin con los ojos algo miopes aún clavados en los míos—. Escucha. Te has tomado un periodo de descanso. Has tenido mucho estrés últimamente. Hablamos de que tenías que tomarte un tiempo libre.

—No recuerdo haber hablado eso. ¿Me estás ocultando algo? ¿Qué pasa, por qué todos me miran raro?

—No pasa nada, Amanda. Mira —me dice, y se pone a rebuscar papeles en su cajón.

La vista se me va para el panel acristalado que nos separa del resto de la oficina, a través de las ranuras de la persiana puedo distinguir que los empleados nos miran.

—Mira —me dice—, aquí tienes el parte de baja que te firmó el médico. ¿Recuerdas? Tienes que tomarte unos días de vacaciones. Es solo eso.

Tengo el parte delante de mis ojos. Sí, ese es mi nombre, sí, esa es la firma de mi médico de cabecera. Algo no encaja, nada de esto encaja, siento que me brotan las lágrimas desde detrás de los ojos, pero logro que no salgan. Tengo que ser fuerte, no puedo admitir que estoy aterrorizada.

—Amanda —insiste—. ¿Cómo has venido? ¿En tu coche? ¿Te ha traído alguien? ¿Quieres que llame a Paco?

Honestamente, no sé cómo he venido a la oficina, lo último que recuerdo son las caras de asombro de todos al verme, pero no le voy a admitir eso. Lo que tengo que hacer es volverme a casa, darme un baño, relajarme, y las cosas irán cobrando sentido.

—Perdona que te haya molestado, Costa, me voy a casa.

—¿Te llamo un taxi?

—No, no, no pasa nada, no te preocupes.

Mientras me encamino a la puerta de su despacho, Costa me vuelve a hablar:

—Amanda, tienes que dejar de hacer esto, no puedes presentarte aquí de esta manera, ya van dos veces esta mañana. Mira, espera un momentito, le voy a hacer una fotocopia al parte de tu baja y te lo llevas contigo, ¿vale?

Me dejo hacer. Él mismo hace la fotocopia, la dobla en cuatro y me la mete en el bolsillo de la chaqueta.

—Cuídate mucho, reina.

Cuando salgo a la calle me azota un frío súper inesperado y absurdo. ¿En pleno verano este frío? Está el tiempo loco.

Bueno, sea lo que sea, lo que está claro que necesito un abrigo.
Camino por la calle Serrano, en dirección a la tienda de Louis Vuitton, mi boutique preferida.

Curioso, tienen los abrigos expuestos, y eso que es pleno verano, pero ya me he hartado de pensar, solo quiero elegir el más mono, el que resalte el azul de mis ojos. Van pasando por delante de mis pupilas. Visones, zorro, hasta de conejo, y doy entonces con una maravilla de zorro y astracán… en color gris, con cierre delantero, bolsillos de ojal, la piel de zorro en la parte baja a contraste, qué maravilla. ¡Y solo cuesta ciento cincuenta mil pesetas!

Dios Santo, son las once, debería estar en la oficina. Menos mal que los holandeses no vienen hasta mañana. ¿O era hoy?

No, esto no tiene sentido. ¿Un abrigo en pleno verano? ¿Por qué no estoy en la oficina a estas horas? Es entonces cuando siento un objeto extraño dentro del bolsillo de la chaqueta. Es un papel doblado en cuatro partes, lo despliego.

Baja Temporal.

Amanda Rocamora Solano.

Por supuesto, Costa me ha dado un respiro. La verdad es que estoy un

poco confusa, bastante cansada, y me vendrá bien un descanso, pero de todas maneras mañana me paso por la oficina a ver qué pasa con los holandeses.

Voy a pagar y me vuelvo a casa. El taxi recorre las calles y el sol está tan bajo que los rayos sesgados explotan en el parabrisas y me ciegan. Busco mis gafas de sol, pero no las encuentro. Le doy para abajo al quitasol del parabrisas y me encuentro con mi propia mirada en el espejito que hay en la visera. Me llevo un susto de muerte porque tengo un aspecto horrible. ¿Cómo se me ha ocurrido salir a la calle así? El taxista me pregunta con voz áspera si me pasa algo y yo le pago y me bajo a toda velocidad, corriendo hasta el portal de mi casa como si huyese de un bombardeo aéreo.

Cuando por fin entro en mi piso siento que me tiemblan las piernas, ha sido un día agotador, sin duda, dejo caer las llaves en el taquillón y me zafo de este abrigo.

¿Abrigo? ¿En pleno agosto?

Me parece que me voy directa a la cama, por Dios, si es la una de la mañana.

Cuando paso a la sala mi cuerpo se desploma sobre el sofá.

Me envuelve la penumbra del salón como un remanso de paz. Las cortinas están echadas, la persiana a medio bajar dejando escapar haces de la luz de la mañana. Mi piso tiene orientación oeste, así que la luz de la mañana entra reflejada desde el edificio de cristal al otro lado de la calle, la luz solar que se expande y se curva, rebota en ese bloque acristalado, se cuela en haces a través de la persiana y luego atraviesa la translucida cortina. ¿Sabe esta luz la de vicisitudes que ha tenido que pasar hasta iluminar la esquina de mi Picasso?

Mi Picasso. ¿Dónde está mi Picasso?

Me levanto como un resorte. ¿Dónde está mi Picasso? ¡Estaba ahí! ¡Siempre ha estado ahí! ¡En la pared, sobre la repisa de libros, mal iluminado! ¡Ahora hay un cuadro insulso de unos árboles!

¿Dónde está mi Picasso?

Miro por la ventana. ¿Es de noche? ¿No es la una de la tarde? ¿Es la una de la mañana?

—¡Paco! ¡Paco! —me pongo a gritar.

¡Por Dios, ese Picasso valía una fortuna! ¿Y si es cosa de Paco? ¡Este imbécil es capaz de haberlo regalado! ¡Nunca debía haber colgado tan descuidadamente, tan desprotegido! ¡Esto iba a pasar tarde o temprano!

—¡Paco! ¡Paco!

¿Dónde está mi móvil? ¿Dónde está el fijo? ¡Dios!

Con lágrimas de rabia y desesperación en los ojos, voy buscando por toda la casa, tengo que encontrar un maldito teléfono. Me encuentro que la cama está sin hacer, me encuentro un desorden mayúsculo en el dormitorio, me encuentro que en la cama hay…

Ahora lo entiendo todo.

Me he equivocado de casa, por eso no está el Picasso, por eso está todo tan cambiado. ¡Madre mía, si me sorprenden aquí me van a meter en la cárcel!

Tengo que salir de aquí, vuelvo al pasillo, cruzo la cocina, será mejor que salga por la puerta de servicio, la abro… Aquí es la lavandería… La salida debe estar como en mi casa, al otro lado de…

Abro la puerta y entonces me encuentro a Paco.

Está tumbado en el suelo. Al principio no veo la sangre, al principio no veo el cuchillo de cocina clavado en su pecho, al principio no grito, al principio todo es confusión. El móvil le suena dentro del bolsillo del pantalón. Me agacho a sacárselo del bolsillo, es entonces cuando veo la sangre, cuando veo el cuchillo.

Tiene los ojos abiertos, acuosos, sin vida.

Y entonces empiezo a gritar.

1.
PRESENTE

La Primera chica.

En el baño hay una cucaracha.

Es marrón, brillante y repugnante, y se mueve con una lentitud complaciente que me hace regurgitar a cada centímetro que avanza.

Está perdida, tal vez por eso ni prisas se da. La he sorprendido en mitad del suelo blanco de losas inmaculadas, a más de dos insalvables metros del punto más próximo en el que se podría ocultar, detrás de la taza del inodoro. Yo ya tengo un periódico enrollado y el brazo en alto.

La cucaracha me mira, se sabe perdida y no se molesta en salir disparada en busca de una improbable salvación. De hecho, se queda completamente quieta. Admito que me conmueve semejante sensatez en un individuo de la especie más despreciable de la tierra.

Puedo tener compasión hasta con una cucaracha. ¿Dije compasión? Vamos a dejarlo en comprensión o, por matizarlo aun más, entendimiento. He sido capaz de entender a Germán, que acaba de partirme el corazón en mil pedazos, por el mismo precio puedo entender hasta a una cucaracha despreciable como esta.

Una cucaracha en un ático como este, en la zona más exclusiva de Benidorm, con vistas a la playa, imagínate la que le podía montar al dueño, como mínimo le sacaba una noche gratis. Gracias, Germán, cariño mío, por empujarme a dar con este ático en Airbnb, a cientos de kilómetros, para tratar de olvidarme de ti y de los cuernos que me has puesto.

La cucaracha es de color marrón oscuro, un marrón que se convierte en una especie de castaño traslucido desde la cabeza a las alas; las antenas esas largas que tiene se agitan en círculos. Y es que no se mueve del sitio.

Pienso en Germán, sin parar, que es justo lo que debería de no hacer, y pienso en hacerle daño, mucho daño, y también a la putilla esa. Pienso en Germán indefenso, sobre el suelo de este apartamento, desnudo, diminuto, a punto de ser aplastado.

Es difícil mantener la cordura cuando sufres con esta intensidad. Más que dolor lo que siento es un cansancio inmenso. Mi cerebro no para, ni un

instante, pienso y pienso y pienso y veo caras mezcladas con palabras y otros recuerdos. Pienso en Germán follándome, pienso en el hijo de puta de mi jefe dándome más trabajo del que humanamente puedo rendir, pienso en el "te lo dije" de mi madre cuando se entere. Caras y más caras, y dolor.

Me arrodillo junto a la cucaracha. Noto las lágrimas en los ojos, a punto de salir.

Está todo tan limpio, no hay una mota de polvo en el suelo, casi puedo ver reflejadas mis lágrimas en el grifo de la bañera.

Al agacharme noto que algo se me clava dentro del pantalón, bajo el bolsillo derecho de los vaqueros, sé lo que es sin ni siquiera meterme la mano en el bolsillo. Es la tarjeta del chico que venía sentado a mi lado en el avión.

El vuelo desde Madrid ha durado solo una hora. Era un chico guapísimo, y daba la impresión de que poseía una intuición femenina porque en ningún momento me ha preguntado cual era el motivo de mi viaje.

—Voy a Benidorm, a pasar el fin de semana en un ático que he encontrado en Airbnb, junto a la playa, a ver si comienzo a superar los cuernos que me ha puesto un hijo de puta que se iba a casar conmigo.

Nunca salieron de mi boca esas palabras pero me dieron tantas vueltas dentro de la cabeza que dentro de unos días juraré que las dije en realidad.

No, el chico se ha limitado a ser simpático, amable, un caballero, y ha sido capaz de hacerme reír. Me he pasado el vuelo tratando de no mirarle a los ojos, pero al final no he podido evitarlo y se los he mirado directamente, y eran azules, y eran profundos como el Mediterráneo.

¡Hija de puta!

¡La cucaracha ha echado a correr! Qué lista y qué traidora, mira que aprovecharse de mis ensoñaciones para salvar su lamentable vida de cucaracha. Por fortuna he reaccionado a tiempo y le ha caído el periódico encima. Me la imagino con las tripas desparramadas sobre las losas traslucidas y casi vomito.

Sin embargo, cuando levanto el periódico me la encuentro de una pieza, boca arriba, con las patas sacudiéndose a mil por hora. Salgo del baño con la cucaracha sobre el periódico, pateando como un cien pies en bicicleta.

La luz de la suite es extrañamente gris con un tono caoba. Dos camas de tamaño Queen para mi sola, o para mí y el maromo del avión como se me crucen los cables.

Pero ahora vamos con mi nuevo amigo.

Así es, mi nuevo *amigo*, porque una cucaracha puede ser macho o hembra, a pesar de que en español nos empeñemos en ponerle el sexo femenino a todos los animales despreciables que se arrastran por la tierra. Y yo he decidido que esta cucaracha es un tío y, además, se llama Germán.

Salgo a la terraza.

Anochece. Huele a mar. Es una terraza muy amplia, con unas vistas maravillosas del Mediterráneo; el cielo descansa sobre una franja anaranjada que se funde con la línea del mar. Ay, si Germán supiera lo que está a punto de pasarle.

Comienzo el ritual.

Un pequeño salto adelante en el tiempo.

Estoy llorando desconsoladamente. Hace unos minutos le prendí fuego a la cucaracha y la acabé arrojando al vacío. Y me sentí como el monstruo despreciable que soy.

El teléfono sobre la mesa de la terraza me avisa de que llegan un par de mensajes de Germán,

"Tenemos que hablar cariño"

"Por favor, por favor, coge el teléfono"

tengo que bloquear su teléfono para que me deje en paz.

Entro en la habitación, me desnudo y me doy una ducha. El agua sale cálida inmediatamente, y ajustando el teléfono de la ducha te cae de mil maneras diferentes, clavándoseme como púas o en un chorro grueso, lento, como el de toda la vida. Podría masturbarme bajo el agua pero no voy a ser tan cutre. Mientras siento el agua correr por mi cuerpo recuerdo a Germán chamuscado cayendo al vacío.

Salgo y limpio el vapor de los espejos y descubro mi cara de asesina al otro lado del vapor. Me rio de mí misma, le digo algo a la chica del espejo, pero no me hago mucho caso. Me pongo el albornoz blanco que encuentro en el armarito de la entrada. Me peino el cabello hacía atrás, con vigor. Jo, me gusta mucho el acondicionador que uso últimamente, el pelo no se me enreda pero lo que es nada.

Abro el frigorífico y me encuentro una botella de Alcorta. Una noche cualquiera dejaría este vino yacer en el helor del frigorífico, pero esta no es una noche cualquiera.

En el suelo, junto al frigorífico, me encuentro con la tarjeta del chico del avión. Se debe haber caído cuando me quité los vaqueros.

Damián Contreras Luque

Representante de Viñedos de Alcorta

Interesante, y yo con la botella de vino en la mano.

Salgo a la terraza con la botella y una copa. Me siento y observo el horizonte. La franja anaranjada se ha convertido en un rojo oscuro como el vino mismo, a punto de perderse en la negritud de la noche. Me sirvo la primera copa y me la tomo en dos tragos.

Y es entonces cuando decido no llorar otra lágrima. Tengo la tarjeta del tío del avión en la mano y el teléfono sobre la mesa. Damián Contreras Luque podría estar aquí, echándome un polvo en menos de una hora, los hombres son así de babosos, pero hay veces, como esta, que me encantan que sean precisamente así.

Lo voy a llamar, qué coño. Son dos días.

Tal vez haya una esperanza para mí. ¿Por qué no? Piensa en todas las cosas que has logrado en la vida. Licenciada en Económicas por la complutense con solo veintiún años, un Master en Londres y otro en Harvard, y ganando una pasta estando las cosas cómo están. El trabajo es puteante, por supuesto, no reconocen mis méritos, claro que no, pero fíjate bien, mundo, que voy a comenzar una nueva vida, tal vez con Damián Contreras Luque, y por lo que respecta al trabajo, mañana mismo comienzo a enviar currículos a Estados Unidos, donde podría ganar fácilmente cinco veces el dinero que gano aquí, además de ser reconocida, admirada, respetada.

Imagínate una vida nueva en Nueva York, en París, o en Londres. Damián me dijo que su trabajo le lleva por todo el mundo, a lo mejor él podría ser el hombre de mi vida, crear una familia. Dicen que las cosas hay que visualizarlas para que se cumplan, pues yo me veo con una familia dentro de cinco años, estupenda y feliz y rodeada de amigas por las tardes.

Todo va a cambiar para mí, gracias Germán, por ser tan hijo de puta como para que me dé cuenta de que esta vida que llevo no es la que me merezco y no es la que voy a tener.

Escucho entonces un ruido dentro del apartamento. Sí, no cabe duda, es la puerta.

—Oiga, yo no he pedido nada, se ha equivocado usted de habitación —digo mientras me cubro mejor con el albornoz.

Nadie responde, pero unos pasos se acercan hasta la terraza. La oscuridad ya se ha apoderado del cielo totalmente. Se corre la cortina y se

abre la puerta acristalada. En la negritud de la noche solo alcanzo a ver una silueta que, con ademán impasible, se acerca a mí. Dios mío, ¿quién es este hombre? ¿Qué hace aquí? ¿Estoy soñando? ¿Qué va a hacer conmigo? Antes de que me dé tiempo de gritar me alza en sus manos como si fuera una pluma y me suspende sobre el vacío.

Me deja caer desde la terraza.

Cuando surco el aire, con el sabor del Alcorta aun en los labios, recuerdo que la habitación estaba en la planta número veinte, y entonces sí que soy capaz de gritar con todas mis fuerzas.

2.

La segunda chica.

En el mismo lugar, exactamente un mes después.

Julián era mi vida, mi futuro, mi razón para respirar, y ahora me ha abandonado.

Siempre he querido escribir, que me publicaran un libro de poemas, pero nunca me lo he tomado lo suficientemente en serio. Ahora, cuando leo mis poemas, me alegro de no haberlo hecho, cada cosa que escribo es un tópico, algo repetido un millón de veces.

¿"Mi vida"? ¿"Mi futuro"? Por favor...

Julián no era, Julián *es*… mi vacío y mi angustia y mi falta de todas las cosas que era.

Desde la terraza me empapo de la vista, es maravillosa, las luces de los edificios brillan como árboles de navidad bajo un cielo precioso, recortado por las montañas. ¿Cómo es posible que esto solo cueste veinticinco euros por noche? Por menos de trescientos euros me voy a pagar la estancia, gastos y avión… Y fue tan sencillo, de hecho nunca había usado Airbnb, mi jefe, el dueño del restaurante, me lo recomendó.

—Chica, te hace falta una escapada, venga, tomate el viernes libre, te lo pago.

Entonces respondí eso de que a dónde me voy a ir, todo es carísimo, y él me habló de los vuelos tirados de precio y de Airbnb… Ese sí que es un buen hombre, lástima que pase de los cincuenta años, le sobren treinta kilos, además de una esposa y tres hijos, que si no.

Yo misma me hago reír, me imagino que alguien viera esto desde fuera, una chica sola en una terraza, en silencio, riéndose de repente.

Recorro con la mirada la vertiginosa vertical de la fachada. Me sacude un estremecimiento. Las alturas siempre me han dado un poco de miedo. A ras del suelo de la terraza, bajo la baranda, hay una especie de canalón, debe ser para reconducir el agua de la lluvia cuando se encharque esto y rebase el agua. Allí distingo algo negro, marchito. Me agacho y lo miro de cerca, podría ser un escarabajo quemado… ¿Pero que es esto? Siento un escalofrío por toda la

espalda. Lo pateo hacia el abismo con el dedo, como cuando jugaba a las chapas. ¿Cómo se habrá quemado ese pobre bicho? ¿Habrá algún problema con la electricidad?

Pienso en Julián, ¿cómo no pensar en Julián? El chico más dulce que he conocido en mi vida, el chico que acaba de abandonarme.

Lo conocí en el restaurante, sirviéndole, la típica historia. Ese chico que te mira de manera diferente a los demás, con esa media sonrisa, me di cuenta inmediatamente de que no me quitaba la vista de encima, yo tampoco a él, así que nuestras miradas se cruzaban sin parar, a la quinta o sexta vez comenzamos a reír como niños.

¿Sabes qué? A mi también me sobran unos kilos. Mañana temprano me pongo las zapatillas y salgo a darme una carrera por toda esta zona. Respirar un aire diferente. Tenía razón mi jefe.

Recibo un whatsapp, es de mi madre.

Mamá: ¿Dónde estás?

Leticia: en casa de una amga

Mamá: que amiga

Leticia: Sole

Mamá: no la conozco

Leticia: ya lo se

Mamá: todo bien

Leticia: claro mama, no ds la brasa, te llamo mañana

Está haciendo un poco de fresco, regreso al dormitorio.

Hay una tele muy chula colgando de la pared, ¿dónde estará el mando?

Abro el cajón de la mesita después de repasar toda la habitación con la mirada. No hay mando.

Reviso todos los cajones que encuentro. Miro incluso dentro del armario de la ropa, del que solo cuelgan unas perchas vacías.

Total, ya puestos, me asomo debajo de la cama. Siento que me aprietan un poco los vaqueros al agacharme, ya te digo que me sobran unos kilos.

Ahí está el condenado. Con la tapa de las pilas abierta, como si se le hubiera caído a alguien. Lo bueno es que están las dos pilas dentro. Me llama la atención algo que hay al lado. Parece una tarjeta.

Estiro la mano hasta que palpo las dos cosas y me las traigo para mí.

Miro la tarjeta.

Damián Contreras Luque

Representante de Viñedos de Alcorta

Debe de ser de alguien que se alojó aquí. Damián Contreras, hummm, entonces hago lo que haríamos todos.

Mientras me tumbo en la cama con el móvil en la mano, me olvido por completo de que yo quería ver la tele y escribo el nombre en el navegador del teléfono. A ver qué pinta tiene el tío.

Damián Contreras Luque

>Ir

Te apuesto algo que se le parece a mi jefe, cincuenta años mínimo, panzón, calvo, cas…

Guau

Acabo de toparme con su perfil de Facebook. Qué guaaaaapo es el tío, y es él, sin duda, debajo del nombre lo pone bien claro: Viñedos Alcorta.

Madre mía, Leticia, madre mía, aquí estás, en Benidorm, en un ático maravilloso, con el número de teléfono de un tío guapísimo, está claro que tienes que llamarlo.

Me río como una niña. ¿Qué le voy a decir?

—Hola, ¿Damián? Mira, soy Leticia, no me conoces, te llamo porque he encontrado tu tarjeta debajo de la cama del ático que he alquilado, y porque he visto tu perfil en Facebook y estás como un tren…

¿Pero de qué voy?

Tumbada, con la tarjeta en una mano y el teléfono en la otra, el número de teléfono del tipo relampagueando…

Aprieto los labios.

Marco. Lo creas o no, he marcado. Tras unos segundos, escucho el primer tono.

Entonces ocurre algo inesperado, miro al frente y me encuentro con alguien dentro de la habitación. No lo he escuchado entrar. La confusión es total. Escucho el segundo tono al otro lado del teléfono. ¿Es el dueño? ¿Puede entrar sin avisar?

—Me ha dado usted un susto de muer…

El hombre se me acerca, me levanta en volandas como si fuera una pluma, ¿pero qué está haciendo?

—¡¿Qué hace?! ¿¡Quién es usted?! —le pregunto a gritos. El teléfono se me cae al suelo. Tiene una fuerza increíble. Cuando me saca a la terraza empiezo a chillar. Me aferro con una mano a la puerta de cristal, pero el

hombre, de un tirón, me hace soltarla.

Sin decirme una palabra, me arroja al vacío, caigo mirando hacia arriba, veo que la mano izquierda, con la que me aferré a la puerta de cristal, me sangra, y veo la tarjeta del tal Damián girando sobre sí misma, como un trompo, en mitad del aire, quisiera ser de papel, y así no morirme cuando me estrelle contra el s…

3

La tercera chica

Feliz cumpleaños, Valeria.

Exactamente eso: es mi cumpleaños, y estoy sola.

Cierro los ojos y me concentro en la sensación de la brisa nocturna del mar acariciándome el rostro. Pese a la altura, el sonido del oleaje asciende nítido hasta mis oídos, el rítmico y pausado restallar de un látigo.

Miro hacia abajo y siento vértigo. Son veinte pisos. La piscina es una pequeña mancha azul. Las butacas de plástico blanco son miniaturas. Me pregunto qué se debe sentir al caer. Qué pasa por tu cabeza durante los cinco (¿o diez?) segundos que dura la caída. Debe ser horrible.

Según he podido saber, dos chicas, en menos de un mes, han saltado desde este balcón. Lo sé. Soy una morbosa por tratar de imaginar lo que sintieron. Pero no puedo evitarlo. Siempre he sentido una morbosa fascinación por los acontecimientos más dramáticos. Me leo de cabo a rabo la sección de sucesos del periódico (una mujer muere atropellada, el conductor se da a la fuga; una esposa muere apuñalada por su marido; joven muere ahogada al caer accidentalmente al mar) y no puedo evitar ponerme en su lugar, imaginarme lo que debieron sentir las víctimas un segundo antes de morir. Es uno de mis secretillos inconfesables. Sospecho que no soy la única que encuentra un extraño consuelo en recrearse con la tragedia de otros. Pensar en la muerte para alegrarme, al menos, de estar viva.

Feliz cumpleaños. Dentro de un par de horas, cuando sea medianoche, cumpliré los veinticinco.

Desde luego, yo no pienso suicidarme. Y no será porque no esté deprimida. La verdad es que estoy hecha polvo. Me siento asquerosamente mal después de que mi último novio me dejase, no han pasado ni cuarenta y ocho horas desde que me dijo por whatsapp que habíamos terminado. El muy hijo de puta ni siquiera tuvo los huevos de decírmelo a la cara. Cortar por whatsapp. Menuda humillación. Lo peor del asunto es que creo que empezaba a estar enamorada, quién lo iba a decir, otra vez. Debe ser amor lo que siento, porque si no, no me dolería tanto.

Menuda idiota, ya estás llorando otra vez. Él no merece que derrames ni

una sola lágrima.

Le doy un trago a la copa de vino. Un trago largo. Llevo más de media botella en soledad, arropada por la oscuridad (todas las luces del apartamento están apagadas) y el susurro del mar, media botella consumida en este balcón solitario en la planta veinte de uno de tantos rascacielos de Benidorm. No. Uno de tantos no. Aquí se mataron dos mujeres. Desde este mismo lugar saltaron al vacío. Eso lo convierte en un sitio muy especial. Pobrecitas. Supongo que el impacto contra el suelo fue tan rápido y brutal que murieron sin sentir dolor. Soy una morbosa queriendo imaginar lo que debe ser morir estampada contra el suelo. A veces pienso mucho en los accidentes de avión, en lo que sentirán los pasajeros cuando todo estalla a su alrededor y en sus cabecitas se cuela la idea de que van a morir. ¿Cómo se vivirá desde el asiento del pasaje el momento exacto en el que el avión se estrella contra la pista en un aterrizaje fallido? ¿Da tiempo a pensar en la muerte, o pasa todo demasiado rápido? Desde luego, a los pobres pasajeros del avión de Germanwings, aquel que su piloto estrelló a propósito, sí que les dio tiempo a comprender la situación. El avión estuvo varios minutos en caída libre, el copiloto aporreando desesperado la puerta de la cabina bloqueada por su compañero suicida. Imagínate ser uno de los pasajeros. ¿En qué momento pierdes la esperanza? ¿En qué momento asumes que la vida se ha acabado para ti?

Supongo que debe ser algo parecido a descender en caída libre desde este balcón. La consciencia del fin inminente.

Pensar en cosas horribles para no pensar en mi novio diciéndome que hemos terminado. Comparar mi situación con la de otros que están peor que yo para no sentirme tan mal. Ese es mi truco barato. Me odio a mí misma por ser así. Pero no puedo evitarlo.

A veces encuentro un pequeño reducto de paz en mi muñeca. Sí, en mi muñeca, donde tengo tatuado un dibujo de Picasso: el dibujo del rostro de una mujer. Sentí el impulso de hacérmelo, hace años, ese dibujo concreto y no otro. Llevarlo me hace sentir completa. Lo malo es que mirar un tatuaje con frecuencia no es suficiente para apagar los incendios que hay dentro de mi cabeza.

Pensar en las dos mujeres que saltaron desde este balcón no me hace sentir mejor. Siento asco de mí misma por albergar sentimientos tan sucios. No debería buscar consuelo en el dolor de los demás. Pero lo hago continuamente.

No debería irritarme cuando los demás son felices y yo no. Pero me irrita profundamente.

Creo que lo que más me fastidiaría de morirme ahora es saber que los demás van a seguir con sus vidas. Si la humanidad entera desapareciese ahora, no me importaría desaparecer yo también.

Jo, sí es que estoy hecha polvo. El cristal de la ventana me devuelve mi reflejo, el de una persona extraña. Creo que lo que acabo de hacer en el cuarto de baño no ha sido buena idea. Yo soy de las que piensa que la existencia está marcada por una serie de momentos especiales. No me refiero a bobadas como el primer beso, perder la virginidad o el día de tu boda. Las verdaderas cicatrices en el alma no tienen una fecha destacada en el calendario. Por ejemplo, cuando tienes trece años y estás locamente enamorada del chico del pupitre de al lado, pero entonces él va y besa a tu mejor amiga, y al momento siguiente van los dos cogidos de la mano y te sientes tan pequeña e insignificante que tienen que pasar muchísimos años para que tengas la sensación de que has crecido y vuelves a ocupar un lugar en el mundo. O cuando tienes quince y por fin tienes una cita con el chico de tus sueños, y esa noche tu madre te prohíbe salir y entonces la odias más que a nada en el mundo y te juras a ti misma que nunca dejarás de odiarla. O cuando estás en la consulta del ginecólogo y hojeas una revista al azar, y encuentras un artículo sobre psicología, podría ser un artículo cualquiera pero no lo es, allí lees cosas que parecen escritas especialmente para ti, cosas que te hacen abrir los ojos y te cambian la perspectiva del mundo, y entonces arrancas las hojas de la revista y te las guardas en el bolso para leerlas una y otra vez hasta asegurarte de que no se te olvida nada, porque lo vas a poner en práctica y vas a ser una mujer diferente a partir de ese momento.

Hace unos momentos me he plantado frente al espejo del baño, he cogido unas tijeras y he empezado a cortarme mechones de pelo. Después, con una maquinilla de afeitar, de las de depilarme las piernas, me he rasurado la cabeza.

Exactamente eso, mirarte al espejo y ver a una de esas locas que braman cánticos budistas con un traje color naranja.

Es de lo más raro verse sin pelo cuando llevas toda la vida preocupada por el aspecto de tu peinado. La cabeza tan redonda, abollada, con la piel rosada y ligeramente irritada. Esta piel, la de mi cuero cabelludo, lleva sin ver el sol desde que era un bebé, desde el principio.

Me miro y no me reconozco, pero soy yo. Una nueva yo. A partir de la media noche renaceré de mis cenizas como un Ave Fénix.

Y yo convencida de que esta noche iba a experimentar uno de esos momentos especiales que marcan un antes y un después. Creía que aquí, sola y aislada del mundo, podría encontrar en mi interior la revelación que sanaría mis heridas para siempre. Pero lo único que siento es que esas heridas palpitan como si acabaran de abrirse en carne viva.

Hablando de heridas. ¡Hay sangre en el suelo! En las baldosas blancas hay un reguero rojo, como si alguien hubiese arrastrado una pequeña herida. ¡Pero si hace un minuto esa sangre no estaba ahí! Me pongo de cuclillas para observar las manchas rojas. No es vino derramado. Lo que estoy bebiendo es un Pinot blanco. Entonces, qué narices....

Vale. Me doy cuenta de que la sangre sale de mi propio pie. Voy descalza, andando de un lado para otro, y tengo un pequeño trocito de cristal clavado en el talón. Ni siquiera me había dado cuenta. Estoy más borracha de lo que pensaba porque no he sentido dolor. Me siento sobre la taza del inodoro y con la uña del dedo índice comienzo a hurgar en la herida. Cuando noto la dureza del cristal, siento el dolor que me ahorré al clavármelo, y comienza a salir un poco de sangre. Sigo raspando la uña contra el cristalito hasta que lo siento moverse entre punzadas de dolor, y veo que el cristal sobresale lo suficiente como para asirlo con dos uñas y tirar de él, cosa que no consigo a la primera, ni a la segunda, sangre que gotea hasta que finalmente sale, acompañado de una pequeña erupción de más sangre, como un pequeño geiser de glóbulos rojos. Me enredo el pie en papel higiénico, como una momia, enrollando una y otra vez hasta que el papel externo ya no se tiñe de rojo. Ojalá fuera tan fácil sacarse así los problemas, con un poquito de dolor, paciencia y papel higiénico. Entonces me doy cuenta de que el cristalito, que se me cayó al suelo, se me ha perdido de vista, y me aterra pensar que me lo vuelva a clavar, menudo éxito para un ridículo fragmento de cristal, ser capaz de joderle la vida a una persona dos veces, provocar dos erupciones de sangre. Lo encuentro finalmente detrás de la taza, una esquirla afilada, parece el diminuto resto de un vaso. Seguramente a alguien se le rompió un vaso y, al barrer, quedaron trozos por ahí sueltos. Me fijo en el mueble del salón y compruebo que, efectivamente, solo hay cuatro copas. La quinta es la que yo estoy usando para beber vino. Exactamente eso: cuatro más una, y falta otra para que hagan seis. De la que completa la media docena solo queda el fragmento de cristal

que se ha clavado en mi talón.

Desenrollo un montón de papel higiénico y me arrodillo en el suelo para limpiar la sangre. Vaya por Dios. Lo he puesto todo perdido sin darme cuenta. Hay sangre en el baño, en el salón y hasta en las baldosas de la terraza. El papel higiénico la absorbe sin problemas. Junto a la puerta de la terraza hay unas gotitas que se resisten a desaparecer. ¿Es sangre? Sí, seguro que es sangre, pero más reseca. No me hubiese dado cuenta de no haber tenido la cara pegada al suelo. ¡Pero esta sangre no es mía!

Sangre de ahora y sangre de antes. Imagínate que se trata de la sangre de una de las chicas suicidas.

El tatuaje con el dibujo de Picasso que llevo en la muñeca empieza a palpitarme como si acabara de hacérmelo, aunque hace años que cicatrizó. Es algo que me ocurre a veces, una sensación de ardor, como si la tinta que lo compone se calentase y me quemase. Levanto la cabeza y el cristal de la puerta me devuelve mi propio reflejo: mi cara de siempre, los ojos tristes y ojerosos, pero en una cabeza redonda, abollada, sin pelo.

Hare Hare…

Menuda manera de celebrar un cumpleaños. Sola, en un apartamento extraño, de cuclillas en el suelo limpiando restos de sangre en el suelo.

Me fijo en el borde de la puerta corredera. Es de aluminio y el acabado no es muy bueno. Justo en la muesca de la cerradura hay una arista interior muy afilada, con rugosidades, como un diente de sierra. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. De pronto se me ocurre una idea de lo más idiota. ¿Y si la chica que estuvo aquí alojada no se tiró por el balcón por su propia voluntad? Y si alguien la agarró y la empujó, y ella trató de resistirse y se agarró a la puerta y se hizo un corte en la mano con el filo de aluminio. Y si el asesino (Dios mío, el asesino) no reparó en las diminutas gotas de sangre que resbalaron hasta el suelo. Sangre de ahora y sangre de antes.

El corazón me va a mil por hora. Si seré idiota por imaginarme estas cosas. Pero, joder, ¿y si esas pobres chicas no se suicidaron, y si alguien las mató? Vamos, menuda imaginación. Seguro que estas manchitas rojas no son sangre. A lo mejor es vino. Ya, entonces, por qué estás temblando.

Es en este mismo instante, en el silencio de la noche, cuando escucho el ascensor detenerse en esta misma planta. El sonido del motor al pararse y el siseo de las puertas correderas al abrirse es inconfundible. Me quedo muy quieta, escuchando. Alguien sale del ascensor. Oigo sus pasos. El pasillo es

muy largo, hay al menos una docena de apartamentos en cada planta, y el mío es el más próximo al ascensor. ¿Es mi imaginación, o los pasos se han detenido justo al otro lado de esta puerta?

Te digo que no lo he imaginado. Alguien se ha parado junto a mi puerta.

4.
Año 2000

Paso de Paco, no puedo estar constantemente como un malabarista (aunque sea mentalmente) llevando en la cabeza este extraño bucle de desafíos en el trabajo, problemas en casa con Paco, con las niñas, desafíos en el trabajo, problemas en casa con Paco...

El dinero es poder, así que ahí tienes mi respuesta: triunfar de una manera obscena, agenciarme millones y millones en comisiones, expandir mi empresa hasta que se haga la dueña de medio mundo. Con esa cantidad de dinero, de poder, será muy fácil lidiar con todo tipo de problemas personales, las mejores escuelas en el extranjero para las niñas, logopeda para Valeria, clases privadas de equitación para las tres, viajes en primera clase (vergüenza me da decirlo, pero imagínate tener mi propio jet privado) y todo será mucho más fácil, divorciarme si es necesario (ahí llevas esos millones, Paco, piérdete de mi vida).

Otra vez pensando en Paco.

No. Trabajo, ahora. Éxito, ahora.

Es un hecho. No hay vuelta atrás. La burbuja acaba de estallar. Todas esas puntocom se están yendo a la mierda. Las cotizaciones en bolsa se desploman en los gráficos como aviones de papel, como el cardiograma de un corazón sufriendo un infarto.

Gracias a Dios que yo lo vi venir. Recomendé a mis clientes deshacer sus posiciones en todas estas empresas de internet. No todos me hicieron caso, desde luego. Algunos siguen pensando que esas páginas web van a seguir generando de la nada cientos de miles de dólares de ingresos. Siempre me sorprende cómo la gente tan rica tiene tan poco sentido común. Aunque, todo hay que decirlo, gracias a esa falta de sentido común (el menos común de los sentidos) la gente como yo gana mucho dinero.

Son las 21:40h. Faltan veinte minutos para que clausure Wall Street. He cerrado todas las operaciones a tiempo, así que solo me queda esperar. No queda nadie en toda la oficina, solo Costa, mi director ejecutivo. Él también suele quedarse casi todas las noches hasta el cierre de la bolsa de Nueva York. A estas horas me permito quitarme los tacones para descansar los pies. Es agradable caminar descalza por la moqueta cuando la oficina está vacía y

silenciosa, me hace sentir como una niña pequeña y traviesa que se ha colado en un lugar prohibido. Pero esta no es la moqueta de un parque de juegos cualquiera, esta moqueta huele a dinero, *apesta* a dinero, y ese aroma me embriaga más que bañarme en Chanel número 5.

Le doy a la tecla de F2 de mi PC. El gráfico de cotizaciones se actualiza y compruebo que la evolución de Yahoo! sigue en caída libre. Si no hay sorpresas, dentro de veinte minutos habremos ganado cincuenta millones de pesetas con un veinte por ciento de comisión.

Ahora que la burbuja de las puntocom ha estallado, todo el mundo quiere vender sus acciones de empresas de internet. Y, por supuesto, nadie quiere comprar *ahora*. Así que los precios caen y caen y algunos inversores piensan que la situación remontará y me piden comprar ahora que los precios están por los suelos, pero yo sigo diciendo que no, que ya no volverán a subir. Al menos no para Yahoo!, ni para Lycos, ni para Altavista, y mucho menos para Terra.

Costa me admira porque hace un par de meses supe anticipar la caída de Yahoo!, cuando todavía estaba en la cresta de la ola. Para muchos todavía lo está. Creen que esto es solo una turbulencia pasajera y que remontará. Pero yo estoy segura de que no. Yahoo! era una máquina de hacer dinero gracias a la publicidad. A los “banners”. En solo un par de años Yahoo! atrajo miles de ojos a su portal. Las marcas están felices pagando grandes sumas de dinero por campañas de “banners”, aunque poco (o nada) se sabe sobre su efectividad. Sobra el dinero y el optimismo. Nacen “startups” cada día. Yahoo! se estrenó en Bolsa hace solo cuatro años, en abril de 1996. La semana anterior lo había hecho Excite. Dos días después Lycos. Plena orgía. El precio de su acción se disparó el primer día un 154%. Yang y Filo, los creadores del buscador, se convirtieron en millonarios al instante a los veintitantos.

Sin embargo, cuando investigué a fondo el asunto, lo que descubrí fue esto: a los inversores les entusiasma internet precisamente por cómo crecen los ingresos de Yahoo! Por eso invierten en nuevas “startups”. Estas nuevas empresas recién creadas utilizan el dinero de los inversores para comprar anuncios en Yahoo!, lo que a su vez aumenta los ingresos de Yahoo!, lo que convence aún más a los inversores de que internet merece la pena.

Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, sentada en mi despacho, salté como Arquímedes en la bañera, solo que en lugar de decir "¡Eureka!" grité "¡Vende!".

Ahora ya todo el mundo lo sabe. Ahora es obvio para todos. Mi mérito

fue predecirlo antes de que estallara la burbuja. Por eso soy tan buena en mi trabajo. Por eso acabo de ganarme una prima de dos millones de pesetas. Por eso a la empresa de asesoramiento financiero que he puesto en marcha le va tan bien. Por eso pronto recibiremos una inyección de dinero de un fondo de capital riesgo. Mis ingresos anuales se multiplicarán por diez.

Me encanta el éxito.

Solo faltan diez minutos para que cierre Wall Street. El teléfono que hay sobre mi escritorio empieza a sonar con un tono de urgencia que me fastidia profundamente cuando en la pantallita reconozco el número de casa. Aprieto una tecla y lo silencio. Poco después, tal como esperaba, empieza a vibrar el teléfono móvil. Es el número de Paco, mi marido, el que aparece en la pantalla. Dejo que vibre varios segundos, dando pequeños saltitos sobre la superficie brillante de mi escritorio, hasta que finalmente se detiene como un pescado inerte. Al poco suena un ding que anuncia la llegada de un SMS.

Mensaje de Paco. "Es tarde. No te espero para cenar".

Le respondo a Paco con otro SMS: "Tengo trabajo. Cenad solos. Acuesta ya a las niñas".

El muy cabrón me devuelve al bucle...

...desafíos en el trabajo, problemas en casa con Paco, con las niñas, desafíos en el trabajo...

Últimamente le dedico muy poco tiempo a mis hijas, y eso me hace sentir un poco culpable, por mucho que me empeñe, por mucho que el dinero es poder, el dinero no puede comprar tiempo, y mis hijas necesitan de mi tiempo.

Mierda.

Ojalá el día tuviese el doble de horas. Me fastidia tener que elegir entre mis hijas y mi trabajo. Me fastidia que Paco se empeñase en tener hijos tan pronto. Que no quería que hubiese una brecha generacional tan grande entre sus hijos y nosotros, decía. En parte lo entiendo. Mi difunto suegro se casó con una mujer diez años más joven y tuvieron a Paco, su primer hijo, cuando el hombre ya pasaba de los cincuenta. Cuando mi marido era un adolescente enganchado a la modernidad de los ochenta se encontró con que su padre era un señor jubilado cuya juventud había transcurrido en plena guerra civil. Brecha generacional. De lo que Paco no se da cuenta es de que la brecha generacional se va a producir de todas maneras, por muy jóvenes que tengamos a nuestros hijos. El mundo cambia tan rápido que Dios sabe lo que habrá ahí fuera cuando nuestras hijas se hagan mujeres. A mí, desde luego, no

me va a pillar desprevenida. Pienso estar al día de todo lo que venga. A la vanguardia. Para eso tienes que tener la mente abierta, activa. Cuando mis niñas sean adolescentes van a tener una madre enrollada. No sé si Paco tiene la actitud adecuada. A veces me da la impresión de que Paco se ha quedado anclado en los años noventa, "los mejores años de mi vida", según él, es lo que siempre repite. Según él, en los años noventa se hizo la mejor música (todavía sigue escuchando a los ruidosos Nirvana), según él, en los años noventa se escribieron las mejores novelas, se rodaron las mejores películas. Según Paco, nada volverá a ser como en los años noventa, y eso que apenas estamos en el año 2000, hace falta una mente muy infantil para pensar que el paso de una década a otra es algo más que eso, un cambio de número. Es como si Paco hubiese empezado ya a prepararse mentalmente para hacerse viejo, para empezar a hablar de "sus tiempos" como todos los malditos viejos inadaptados. Es obvio que Paco todavía no se ha enterado de que hay una cosa que se llama Internet. El mundo está a punto de mejorar en todo, idiota, ¡para los que estamos dispuestos a seguir viviendo en el presente!

El teléfono vuelve a sonar. Mierda. Es Paco. Esta vez descuelgo.

—Estoy a punto de cerrar una operación muy importante con Wall Street —resoplo sin poder ocultar el tono de fastidio.

—Valeria pregunta por ti —responde mi marido.

—¿Y para eso tienes que interrumpirme? ¿No puedes decirle, sin más, que estoy trabajando?

—Tu hija quiere hablar contigo antes de irse a la cama.

—Está bien —respiro hondo—. Que se ponga.

La vocecita aflautada de mi hija suena al otro lado del auricular.

—Mamá, ¿vas a venir a leerme un cuendo?

—Cuento, se dice cuento.

—Mamá, ¿vas a venir a leerme un cuendo?

—Un cuento. No, no voy a poder llegar a tiempo, hija. Tendrás que leerlo tú sola.

—Papá nos lee el cuendo dodas las noches.

—Dile a papá que tienes que leer tu sola. Si no, nunca vas a aprender a leer en condiciones.

—Papá me lee el cuendo.

—Vale, muy bien, hija, ve ya a dormir, que es tarde.

Me cuelga. Respiro hondo. Empieza a preocuparme que Valeria tenga un

problema serio de dislexia. Ya tiene cuatro años y todavía no habla bien. Tampoco es capaz de leer por sí misma. La culpa la tiene Paco. Las niñas se pasan toda la tarde con él, y qué hace, en vez de estimularlas con ejercicios de aprendizaje y desarrollo intelectual las planta delante de la tele a ver dibujos animados. Joder. ¿Para eso tiene las tardes libres? Y yo que casi me alegré cuando a Paco lo cambiaron a un puesto de atención al público en la sucursal del banco donde trabaja. No es que me haga maldita la gracia que a Paco lo moviesen a un puesto de simple cajero. Me revienta que se haya quedado estancado en su trabajo. Cuando nos casamos, él ya era director en una oficina de inversiones del banco de Santander y yo acababa de entrar como asesora financiera. Diez años después no es que Paco no haya prosperado, es que lo han degradado. Como director cometió unas cuantas cagadas con los fondos de inversión, y todavía tuvo suerte de que no lo despidieran. A él sin embargo parece que no le importa ser cajero. Que estaba harto del estrés de la gerencia, dice. Pues está muy bien eso de no tener estrés, pero si no es por mí y mi estrés ya me dirás cómo íbamos a habernos comprado el piso y a tener una vida en condiciones. Al menos, con el horario de atención al cliente y las tardes libres, se suponía que Paco iba a tener tiempo para ocuparse de las niñas mientras yo trabajaba a tiempo completo. Pero es que ni eso lo hace bien. Valeria necesita mucho estímulo intelectual. Parece mentira lo diferente que ha salido a sus hermanas. Está demasiado pequeña para su edad, y tan retraída. Si en vez de humanos fuésemos gatos, está claro que Valeria sería el gatito débil que no supera las primeras semanas de vida. A Paco parece que le da igual que una de nuestras hijas sea una idiota.

Wall Street acaba de cerrar. ¡Bien! Suelto un grito de triunfo y golpeo el aire con los puños. ¡Joder! ¡Sí! Acabamos de ganar cincuenta millones de pesetas en una sola sesión. Tengo ganas de saltar. Hace unos años hubiese llamado a Paco para compartir el éxito. Pero hace tiempo que Paco ha dejado de alegrarse de mis éxitos. Tengo la impresión de que incluso le fastidian. Pero bien que disfruta de nuestro ático en la calle Velázquez, del apartamento en Marbella y de las vacaciones en la villa de Italia. Joder. Solo le pido que cuide bien de nuestras hijas y ni siquiera eso es capaz de hacer. Bueno, mejor no pensar en Paco para no estropearme el momento.

Salgo de mi despacho. Me regreso a por mis tacones cuando me doy cuenta de que estoy descalza. Me calzo para que mis piernas se vean más sexys. Después recorro el pasillo hasta el despacho de Costa. Es el único

despacho cuya luz permanece encendida en toda la planta. Costa es un adicto al trabajo, como yo. Un adicto al éxito. Me pregunto cómo me sentiría si Costa fuese mi marido en vez de Paco. Seguramente sería mucho más feliz. Costa está soltero. No ha sido tan idiota como para dejar que lo pesquen. Con solo treinta años, guapo a rabiar y brillante, tiene un gran futuro por delante. Para él, este trabajo solo es el principio de su carrera. Seguramente no tardará en renunciar a su puesto y montar su propia empresa de inversiones.

Abro la puerta de su despacho y lo miro con ojos brillantes.

—Cincuenta millones —enuncio lentamente.

Costa se pone en pie. Está en mangas de camisa y se ha quitado la corbata.

—Eres la hostia —me dice.

Se acerca a mí y me rodea la cintura con sus brazos. Puedo sentirle el bulto en los pantalones, a punto de explotar.

—¿Te excita follarte a tu jefa? —le susurro en la oreja.

—No sabes cuánto.

Creo que sí lo sé. Nos lo hacemos aquí mismo, en el sofá de su despacho.

El mayor afrodisiaco se llama éxito. Grito de placer como una perra.

*

Llego a casa pasada la media noche. Paco está despierto, recostado en el sofá con los pies sobre la mesita de café. Ni siquiera se levanta cuando me ve entrar.

—Es muy tarde —me dice sin apartar la vista de la televisión.

Está viendo una de las películas de su colección de DVDs. La Jungla de Cristal. Paco ha visto esa película como un millón de veces. No se cansa. En la pantalla, Bruce Willis está recibiendo una paliza mientras cuenta un chiste malo. Paco sonríe como un idiota.

—Hoy nos la jugábamos en el cierre de Wall Street —le digo—. Todo ha salido bien.

Paco ni si quiera contesta. Ni una muestra de interés. Ni una felicitación. No se imagina lo duro que he tenido que trabajar durante los últimos meses para conseguir que la operación saliera bien. La de problemas que he tenido que resolver. La de riesgos que he tenido que correr. Mientras tanto, él solo

tiene que rellenar impresos y contar dinero. Me revienta que Paco no valore mi trabajo.

—¿Vas a cenar? —me pregunta—. Ha quedado ensalada de pasta.

—Comí un sándwich en la oficina, gracias.

Voy al dormitorio de las niñas. Todavía duermen las tres en la misma habitación. Pronto habrá que separarlas. Cuanto antes aprendan a tener independencia, mejor. Las niñas están entregadas al sueño, sus caritas sobre la almohada como ángeles. Me quedo un rato en el umbral, contemplándolas, sintiendo sus respiraciones. Me hago la pregunta que se hacen todas las madres: ¿qué será de estas niñas cuando se hagan mayores? ¿Qué vida les tocará llevar? ¿Estoy haciendo por ellas todo lo que debería? Y me respondo inmediatamente que claro que sí, que gracias a mí podemos permitirnos esta casa, esta vida, a ninguna de las tres les faltará el dinero, podrán estudiar donde les de la gana. Su padre es el que no está haciendo una mierda por ellas, ni por mí, ni por sí mismo, ni por nadie.

Cierro la puerta sin hacer ruido. Voy al cuarto de baño y me doy una ducha. Todavía percibo el olor de Costa en mi piel. Me pregunto si Paco también podrá olerlo. No creo. Los hombres apenas se fijan en los olores. Paco ni siquiera se da cuenta cuando cambio de perfume.

Cuando entro en el dormitorio, Paco ya está metido en la cama. Finge estar medio adormilado, o puede que lo esté de verdad. Me acuesto a su lado, dándole la espalda. Hace meses que no hacemos el amor. Antes de que yo llegara a casa, Paco habrá estado masturbándose con alguna de sus películas porno. Él cree que las guarda en secreto, pero sé que una de las cajas de zapatos que tiene en el fondo el armario está repleto de DVDs porno.

Mientras intento quedarme dormida me pregunto qué sentido tiene que sigamos casados.

5
PRESENTE

La tercera chica

Hay alguien al otro lado de la puerta. He escuchado sus pasos sigilosos al salir del ascensor.

Un asesino.

¡Qué imaginación tienes, Valeria! Seguro que no es más que un turista que viene a ocupar el apartamento contiguo.

Exactamente eso: Un turista.

No hay asesinos rondando por ahí, colándose en apartamentos alquilados y arrojando a sus inquilinas por el balcón desde veinte pisos de altura. Tengo que quitarme esas ideas de la cabeza, esas ideas son de *antes*, pero ya estoy bien, ya sé que nadie me vigila, ya sé que nadie quiere hacerme daño.

El corazón se me ha puesto a latir como un metrónomo loco. Arrimo la oreja a la puerta y apoyo las palmas de las manos en la madera, pegada como una salamanquesa. No escucho nada. Pero tampoco se abre la puerta de otro apartamento. Sea quien sea el que se ha bajado del ascensor, sigue ahí. Escucho algo parecido a un roce de ropas y me asalta la horrible sensación de que hay alguien al otro lado de la puerta y que también tiene pegada la oreja a la madera, atento a mis movimientos dentro del apartamento. Me recorre un escalofrío. Hay una mirilla, pero me da un miedo terrible asomarme, como si temiera encontrarme un monstruo de pesadilla al otro lado. Contengo la respiración. Me parece escuchar un tintineo de llaves. Por favor, sea quien sea, que abra la puerta de al lado.

¡Ha metido la llave en la cerradura de mi puerta! Algo helado se me clava en el estómago. Reprimo un grito ahogado. Con el corazón cabalgando desbocado, me atrevo a mirar por la mirilla. Está oscuro. Han posado la mano encima para que no se pueda ver. Busco desesperadamente un cerrojo interior. La maldita puerta no tiene. ¡Alguien está hurgando en la cerradura!

Desesperada, lo único que se me ocurre es empujar el enorme sofá hasta la entrada. Solo hay que arrastrarlo dos metros. Es realmente pesado. La adrenalina me da fuerzas para deslizarlo hasta que el respaldo bloquea la puerta. Me quedo escuchando. La puerta se abre hacia dentro, ¿verdad? Quien

sea que hurga en la cerradura parece que por fin ha encontrado la manera de abrirla. El pomo gira ante mis ojos como en un truco de magia. Estoy tan asustada que me siento levitar. Con los pies plantados en el suelo, empujo el sofá con todas mis fuerzas. Las venas se me hinchan en la frente como mangueras a toda presión. Alguien empuja la puerta desde el otro lado, pero ésta choca con el respaldo del sofá. Vuelven a empujarla, ahora con más fuerza, como queriendo desatascarla. La sangre me bate en los oídos. Necesito algo para defenderme. La cocina americana está apenas a unos metros. Podría cruzar el pequeño salón, abrir el cajón y sacar uno de esos grandes cuchillos de carne que he visto antes, cuando buscaba un sacacorchos. Pero si dejo de empujar el sofá a lo mejor consigue desplazarlo y abrir la puerta. Y entonces me enfrentaría cara a cara con el asesino. Yo con un cuchillo en la mano. ¿Y si él tiene un arma mejor?

Vuelve a darle un empujón a la puerta. ¿Qué hago? El móvil está en el sofá. Lo agarro y hago un esfuerzo sobrehumano para enfocar la mirada en la pantalla. Los iconos se funden borrosos ante mis ojos. Marco el número de la policía. Una voz femenina me contesta al tercer tono. Le digo que alguien está intentando entrar en mi apartamento. Un ladrón o un asesino. Sí, exactamente eso: Hay alguien intentando colarse en mi casa. La mujer me pregunta mi nombre y la dirección donde me encuentro. Se lo digo. Por favor, vengan rápido. Mandaremos una patrulla, responde. Cuelga.

Ha dejado de darle empujones a la puerta. Tal vez me ha oído hablar con la policía y eso lo ha ahuyentado. Respiro hondo, como si estuviera a punto de sumergirme, y me atrevo a saltar del sofá, ir hasta la encimera en dos zancadas, abrir el cajón, coger uno de los enormes cuchillos y regresar al sofá con otro par de zancadas. Con el cuchillo en la mano me siento un poco más segura. Como entre, se va a enterar el muy hijo de puta. Aprieto con fuerza la empuñadura. Las manos me tiemblan tanto que parece que estuviera sujetando una taladradora desbocada. A mí no me van a lanzar al vacío como a las otras dos chicas. Encaramada en el sofá, agarrando el cuchillo en cuclillas como un cazador primitivo, vuelvo a atisbar por la mirilla. Tengo que parpadear repetidamente para aclararme la vista. La lente circular me devuelve la imagen distorsionada del rellano. Aparentemente vacío. El corazón me cruje como hielo seco. Tengo la lengua como un trapo reseco. Me muero de ganas de darle un trago a la botella de vino y tomarme un tranquilizante. Pero mejor no. Podría quedarme dormida. Tengo que mantenerme despierta, lúcida, hasta que

llegue la policía.

A través del balcón abierto escucho el eco de la sirena de un coche patrulla en la calle. Se han dado prisa. Respiro un poco aliviada. Pasan unos minutos interminables hasta que vuelvo a escuchar la maquinaria del ascensor en movimiento. Atisbo por la mirilla. Las puertas se abren y distingo a dos agentes uniformados que salen del ascensor. Uno de ellos mira a derecha e izquierda unos segundos hasta que identifica la letra de la puerta. La anticipación de verles acercarse hasta que suena el timbre. Empujo el sofá a un lado y les abro.

—¿Es usted Valeria Ros? ¿Ha llamado a emergencias? —me pregunta uno de ellos.

Le respondo que sí. Estoy tan aliviada que me dan ganas de arrojarme en sus brazos como una niña pequeña. El policía que se ha dirigido a mí es un hombre de unos treinta años, de complexión atlética, bastante apuesto. Tiene una cara infantil cubierta por una fina barba aterciopelada. Su compañero es un cuarentón de ojos saltones y labios gazmoños que le dan un aspecto un poco repulsivo. Sin decir nada, su mirada se desvía hacia el cuchillo que todavía sostengo en las manos. Después mira descaradamente mi cabeza rapada sin pelo y sus ojos pasan a mis pechos entre la blusa entreabierta. Me doy cuenta de que estoy medio desnuda. Voy corriendo al dormitorio a buscar una bata o algo para ponerme encima. No se me escapa la mirada que intercambian los dos agentes. En mi equipaje no hay ninguna bata porque estamos en pleno agosto, así que me paso por encima una camiseta deportiva y regreso al minúsculo salón de estar. El salón es tan pequeño que la pareja de policías parece llenar todo el espacio, con sus uniformes, sus pesadas botas y sus cuellos sudorosos. Me quedo en un rincón, en parte aliviada, en parte incómoda. En la pantalla del móvil veo que acabamos de traspasar el umbral de la media noche. Feliz cumpleaños, Valeria.

—Dígame, señora, qué es lo que ha pasado.

Que me llame señora me deja un poco perpleja. Acabo de cumplir veinticinco, ¿acaso le parezco una señora? ¿El pelo rapado te hace parecer vieja? Tal vez solo sean las normas de cortesía policial. Eso, o el tío es muy poco observador. No llevo anillo de casada. Lo llevé hasta hace poco, un anillo de compromiso precioso. Lo llevé, lógicamente, hasta el día que me dejaron plantada en el altar.

—Señora, ¿se encuentra bien? —me pregunta mientras su mirada recorre

la pequeña estancia y se detiene en la botella de vino a medias y la solitaria copa que hay en la mesa.

La copa número cinco, cuatro más una más la que se hizo añicos. Exactamente eso.

Me doy cuenta entonces que está mirándome el pie con el papel higiénico enrollado alrededor.

Le respondo que estoy bien, que lo del pie es de un cristalito que se me clavó, que me encuentro bien aunque todavía estoy un poco asustada. Les cuento que un asesino ha intentado abrir la puerta hace un momento para colarse en el apartamento.

¿Un asesino? Los policías vuelven a intercambiar una mirada, como si la palabra asesino fuese un término extraño para ellos, algo de las películas o de la ciencia ficción, paradójicamente ajeno a ellos, cuyo trabajo consiste en lidiar continuamente con criminales y asesinos.

—¿No se han cruzado con alguien abajo, en el portal? —les pregunto.

—No hemos visto a nadie, señora. ¿Está segura de que alguien ha querido hacerle daño?

—Le estoy diciendo que alguien ha intentado abrir la puerta.

—Estos apartamentos son de alquiler, ¿verdad? Sería un inquilino que se ha equivocado de piso y trataba de meter la llave en la cerradura equivocada. A veces pasa.

—No, no, les digo que alguien ha querido matarme.

—Una vez estaba yo con mi mujer en un hotel —dice el agente de los labios gazmoños, que no había abierto la boca hasta el momento— y se me coló un tío en la habitación cuando estábamos... —me mira y reprime la palabra que iba a decir, como si no se pudiese decir "follando" delante de una "señora"—. Estaba con mi señora, ya sabes. El caso es que le dieron mal la habitación en recepción y se nos plantó ahí, delante de la cama. Menudo susto se llevó mi mujer. Desde aquel día la pobre no ha querido volver a tener relaciones en un hotel.

—En cambio, hay gente a la que le gusta que les miren —dice el otro, y los dos sueltan unas risotadas.

Menudo par de gilipollas. Si no estuviera tan asustada los mandaría a la mierda ahora mismo. Me los imagino a los dos imbéciles, patrullando la ciudad con su conversación de idiotas.

—No creo que fuera ningún inquilino equivocado —afirmo—. Intentó

abrir la puerta varias veces aunque estaba bloqueada.

—Eso también entra dentro de lo normal —replica—. Si la puerta está atascada, es normal intentar desbloquearla empujando. Seguramente haya ido a reclamar y el propietario de estos apartamentos subsane el error.

—No, no, no lo entienden —les digo, exasperada—. Miren, aquí, en este mismo apartamento, han muerto hace poco dos chicas. Oficialmente —hago un exagerado gesto de comillas con los dedos— se suicidaron. Pero yo he descubierto que pudo ser un asesinato. Miren esto.

Voy hasta la puerta del balcón y me arrodillo para señalarles las manchas de sangre seca que hay en el suelo. Vuelvo la cabeza y veo que no me están haciendo ni caso.

—¡Aquí hay sangre! ¿Es que no lo ven?

Uno de los agentes da una zancada y me observa desde arriba. Le señalo las gotitas de sangre en el suelo.

—Tienen que llevarse una muestra y analizarla —les digo.

—Eso parece una mancha de vino tinto.

—Aquí hay papel higiénico con restos de sangre —dice el otro, que se ha puesto a husmear por ahí.

Me pongo en pie de un salto. El policía está hurgando en la papelera.

—Ya les he dicho que me hice un corte en el pie con un cristalito —le insisto—. Manché el suelo y lo he estado limpiando con eso.

—Entonces, ahí tiene el motivo de la sangre —dice el otro.

—¡Pero esta sangre es más antigua! ¿No se dan cuenta? La chica forcejeó, se le rompió una copa. Se agarró aquí, mire, a este reborde del aluminio, y se hizo un corte. Y aún así no pudo evitar que la tirasen por la ventana.

—Saca usted muchas conclusiones, y muy rápido, alguien trata de entrar en esta habitación y usted decide que esa persona quiere matarla, y ahora acaba de deducir que una chica fue asesinada, y no solo eso, que forcejeó, hasta sabe dónde se agarró…

—Es verdad que hace poco alguien se tiró por el balcón desde uno de estos edificios —le interrumpe el otro—. No recuerdo cuál. Tal vez fuera este.

—Mira, déjame hacer unas comprobaciones —replica el primero, bufando como un niño al que le insisten en que tiene que hacer los deberes.

Suspiro aliviada. Por fin me toman un poco en serio (lo suficientemente en serio para "hacer unas comprobaciones"). El agente gazmoño saca una especie de walkie—talkie o teléfono móvil enorme y se pone a hablar con

alguien al otro lado. Escucho que menciona mi nombre y la dirección del bloque. Mientras tanto, el otro policía se pone a dar vueltas por el apartamento con sus enormes botas resonando en el suelo, tocando los objetos con la punta de los dedos como si quemasen o estuviesen horriblemente sucios, caminando despacio, barriendo cada rincón con la mirada y respirando por la nariz cada vez que pasa de una habitación a otra. Tampoco es que haya mucho más que ver. Debería estar tomando muestras de la sangre que hay en el suelo. Se mete en el dormitorio, y eso me sienta fatal porque toda mi ropa interior está por ahí tirada. Estoy a punto de decirle que no tiene por qué entrar a husmear ahí cuando veo que coge la caja de Valium que tengo sobre la mesita de noche. Antes de que yo pueda decir nada, regresa al salón con ella entre los dedos, como si llevara una rata de la cola, y, sin decir una palabra, se la enseña a su compañero, quien asiente con el teléfono todavía pegado a la oreja. Los dos hombres se miran como si estuviesen comunicándose en clave, asintiendo despacio. Cuando cuelga, el que estaba al teléfono me mira directamente. Le ha cambiado el semblante, ahora me mira con la gravedad de un profesor que ha pillado a un estudiante copiando. De repente me siento muy pequeñita, me siento hasta culpable, aunque no sé de qué.

—Señora, será mejor que nos acompañase a comisaría y que allí le tomemos declaración.

—¿Ir yo a comisaría? ¿Por qué?

—Me informan de que tiene antecedentes penales.

Mierda. No era a mí a quien tenían que investigar.

6.

Año 2000

Como todos los días, me he levantado a las seis y me he ido al gimnasio una hora antes de entrar a trabajar. Me he propuesto estar en forma y no voy a hacer concesiones, ir al gimnasio va a ser como lavarme los dientes por la mañana, algo que hago sí o sí, porque soy una persona responsable, con la mirada en el futuro (¡Qué diferente es la actitud que tiene Paco!) No solo eso, también me he propuesto seriamente hacer dieta. Ingerir el número justo de calorías que gasto cada día. No es tan doloroso cuando acostumbras el estómago. Se acabó la celulitis, la grasa en las caderas y alrededor de la cintura. Tengo el cuerpo que siempre he soñado. Estoy a punto de cumplir los 35, pero me siento mejor que cuando era adolescente. Mucho mejor. Y no solo ahora, sé que estos sacrificios tendrán sus efectos positivos en el futuro, cuando Paco tenga colesterol alto y le caigan los años encima como losas de cemento.

Mientras sudo con el spinning (las piernas me arden, pero el dolor es bueno, es cuestión de voluntad y de marcarse unas metas) no puedo evitar pensar en que Paco, ni tiene voluntad, ni tiene metas. Le pagué por adelantado un año de gimnasio y no ha venido ni una sola vez. Dice que el ejercicio le aburre. Está cada vez más gordo. Tiene una barriga bastante repugnante, pero no hay forma humana de que yo lo haga entrar en razón. Por más que le diga que no puede pasarse las tardes tirado en el sillón, mirando los dibujos con las niñas, tragando patatas fritas y frutos secos. Paco debería estar haciendo algo productivo con su vida. Pero cada vez que se lo digo tenemos una pelea. A Paco no le puedes decir lo que tiene que hacer. Se pone hecho un energúmeno. Como cuando le dije que lo había apuntado a un Máster en asesoría financiera. Un Máster que cuesta dos millones de pesetas. Iba a ser su regalo de cumpleaños del año pasado. ¿Y qué pasó? Que me lo tiró a la cara.

—No voy a hacer este máster —me dijo—. No me interesa.

—Pero Paco, te estoy dando una oportunidad para que relances tu carrera. Tienes que mejorar tu currículum. ¿O es que te piensas pasar toda la vida de cajero?

—No lo entiendes. No me interesan las finanzas. Ni la bolsa.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con tu vida? —le pregunté, estupefacta.

—Vivir. Mierda. Intentar ser feliz. Si me dejas. Joder. ¿Es que no puedes

dejarme en paz?

Eso fue lo que me dijo. Que lo dejase en paz. Intento ayudarle y encima se lo toma a mal. Cualquiera "intenta ser feliz" cuando otros trabajan por él. No entiendo lo que le pasa a Paco. Cuando nos conocimos, era subdirector de un banco. Fue él quien me lo enseñó todo sobre el funcionamiento de la bolsa. Yo tenía 25 años, recién salida de la carrera de económicas y sin experiencia profesional. Paco, cinco años mayor que yo, a sus treinta ya era subdirector de la sucursal. Me impresionó todo lo que sabía sobre las técnicas de inversión en bolsa. Fue Paco quien me llenó la cabeza de todas esas historias míticas sobre Warren Buffet, Peter Lynch o André Kostolany. Me casé enamorada, la verdad. Más aún, ilusionada. Eso tengo que reconocerlo. Paco y yo nos íbamos a comer el mundo. ¿Por qué ese cambio? A lo mejor me engañé a mí misma y vi en él lo que no era, o Paco me engañó y con todos esos alardes lo único que pretendía era impresionar a la chica mona, recién llegada a la oficina, con la que acabaría casándose.

Yo sí que me tomé en serio lo de lograr el éxito. Y mírame ahora. He fundado mi propia empresa de inversiones financieras. Es cierto que todavía es una empresa pequeña, humilde, si la comparamos con las grandes del sector, pero si logramos la inyección de capital de los fondos de inversión vamos a poder dar el salto cuantitativo y empezar a competir de verdad. El próximo valor seguro va a ser el ladrillo. Después de pasarme miles de horas empapándome con los datos de la macroeconomía lo tengo clarísimo. Tenemos que enfocar las operaciones de nuestros clientes en las inversiones inmobiliarias. Costa no lo tiene tan claro, pero yo sí. Y por algo yo soy la jefa. El futuro en España durante los próximos diez años va a ser el ladrillo.

Si todo va bien, me postularé como candidata para formar parte del comité ejecutivo del fondo de inversión internacional. Y cuando reúna el capital suficiente para hacer frente al desembolso de acciones, seré socia. Mi salario de base empezará a contarse con cifras de seis ceros. Y cuando eso ocurra, no podrá decirse que me hayan regalado el éxito. Ni que he tenido un golpe de suerte. He trabajado durísimo estos últimos años, y más aún desde que nacieron las niñas. Me he puesto en forma. He estudiado noche y día. He trabajado sin descanso. Y todo mientras criaba a tres hijas.

El monitor del gimnasio no me quita la vista de encima (o mejor dicho, no quita la vista de mis piernas) y eso que estoy rodeada de veinteañeras. Pero, todo hay que decirlo, soy la que tiene el mejor cuerpo de todas. Pedaleo

con fuerza mientras siento un subidón de energía que vibra en mi pecho y se propaga por todo mi cuerpo. El monitor está bastante bueno. Es un chico joven, por lo menos tiene diez años menos que yo. Por cómo me mira, está claro que podría llevármelo a la cama si quisiera. Aunque yo no soy de esas que van por ahí acostándose con sus monitores de gimnasio. Lo de Costa es distinto. Al pensar en él es cuando de verdad se me enciende algo dentro. Estoy deseando que nos volvamos a quedar a solas esta noche en la oficina. Costa sí que me hace el amor con ganas. Se nota que me desea. Adora hasta el último centímetro de mi cuerpo. Costa besa el suelo por donde piso, incluso de una manera bastante literal ("tus pies me vuelven loco", me suele decir cuando me los come a besos). El que hace tiempo que no se interesa por mí es Paco, y no lo entiendo. Yo no me he vuelto una foca adormilada en la cama, como él. No entiendo por qué Paco ya no me desea.

Vaya, el monitor se da cuenta de que lo estoy mirando. Me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa mientras pedaleo cada vez con más energía.

*

Hasta aquí hemos llegado. He tenido una discusión tremenda con Paco. Nos hemos gritado y nos hemos dicho cosas tremendas hace solo unos minutos. Lo malo es que las niñas estaban en casa, y aunque las he encerrado en su habitación y les he puesto la tele que hay en su cuarto con el volumen muy fuerte, seguro que han escuchado nuestros gritos y nuestros reproches.

Será mejor que me tranquilice. No es la primera vez que Paco y yo discutimos. Pero me parece que esta vez hemos tocado fondo. Yo por lo menos no estoy dispuesta a aguantarlo más. La chispa ha saltado nada más llegar a casa después del trabajo. Estaba un poco nerviosa porque mañana tenemos una reunión muy importante con unos inversores holandeses. Es un cliente que he estado llevando yo personalmente. Si esto me sale bien, mi empresa va a aumentar muchísimo su volumen de negocio. El caso es que, como estaba un poco nerviosa, le he dicho a Paco que llamase a la niñera y nos fuésemos nosotros dos a cenar fuera. La casa se me caía encima. ¿Y qué es lo que me responde Paco? Que cómo se me ocurre salir fuera con el partido tan importante de *Champions* que hay esta noche. Yo le contesto que si le parece que un partido de fútbol es más importante que yo, que soy su mujer y que le estoy pidiendo que salgamos a cenar. Paco me contesta que podemos ir a cenar

fuera cualquier otro día, pero que este partido es solo una vez al año, y yo le digo que no hay día que no esté viendo un puñetero partido de fútbol, y él me replica que no hay día que no esté estresada porque tengo una puñetera reunión, y yo le digo que esta reunión es muy importante de verdad, y él me dice que este partido es muy importante de verdad. Entonces le digo que es un egoísta *de mierda* por equiparar un partido *de mierda* con las necesidades de su mujer, y él me dice (atención) que yo soy la egoísta porque nunca tengo en cuenta sus necesidades, y yo le respondo que cómo tiene la poca vergüenza de decirme eso, él que se pasa la vida mirando la tele y haciendo lo que le da en gana, y él me dice que a lo mejor se pasa la vida mirando la tele porque su mujer nunca está en casa, y yo le digo que si no estoy es porque estoy trabajando para pagar la hipoteca y las facturas y para que él viva a cuerpo de rey, porque con la miseria que ganas cómo íbamos a vivir, y a estas alturas hemos subido el tono de voz, y él me dice que el trabajo no es todo, y que intenta tener una vida, y yo le digo que menuda vida de mierda, y él me responde que efectivamente, menuda vida de mierda que lleva a mi lado, y es entonces cuando ya nos estamos gritando a pleno pulmón, y yo le digo que la que lleva una vida de mierda a su lado soy yo, que me he casado con un fracasado. Y nos hemos seguido gritando un buen rato hasta que ya no podía más y he decidido largarme y salir a cenar yo sola.

Ha sido en la calle cuando me he derrumbado y me he puesto a llorar. Joder, joder, joder. No voy a dejar que me hunda la moral el muy desgraciado. Tengo un dolor en el pecho muy grande. Tengo que tomar una decisión sobre nuestro matrimonio, eso lo tengo claro. La idea de divorciarnos es la vía de escape de la rabia que siento en estos momentos, pero en el fondo me duele la separación. En los diez años que llevamos juntos ha habido cosas buenas entre nosotros, sobre todo al principio. Pero hay que reconocerlo: yo he evolucionado y Paco no. Me doy cuenta de que Paco no aguanta que sea yo quién esté teniendo éxito. Si por él fuera, yo estaría mejor de cajera en la sucursal. Tendríamos una vida mediocre, una casa mediocre, unas vacaciones mediocres. Y entonces Paco sería feliz porque no quedaría tan patente su fracaso.

Me voy hasta donde tengo el coche aparcado. Me meto dentro, arranco el motor y enciendo el aire acondicionado porque hace un calor del demonio. ¿Y ahora qué? ¿Me voy a cenar yo sola? Se me ocurre que podría llamar a Costa. Nos hemos despedido hace solo un par de horas en la oficina, pero seguro que

a él le apetece salir a cenar fuera. Y luego podemos hacer el amor otra vez. Costa es el tipo de hombre con el que me tendría que haber casado. Ambicioso. Triunfador. Ahora que lo pienso, Costa está soltero. No sé lo que sentirá exactamente por mí, aparte de querer follarme a todas horas, pero la idea de tener una relación más seria se me pasa por la cabeza. Costa es muchísimo más culto que Paco, y tiene conversación. Siempre dice cosas interesantes sobre política, sobre arte. Al lado de Costa, Paco es un cromañón. Pues sí, me apetece estar con él esta noche. Y si se encarta, me quedo a dormir en su casa. Y que Paco se joda preguntándose dónde me he quedado a pasar la noche.

Tecleo su número en el móvil, pero no me contesta. Lo vuelvo a intentar un par de veces más y, al final, le dejo un mensaje de voz en el contestador. Pues vaya. Lo que no voy a hacer es regresar a casa tan pronto. Lo malo es que no sé a quién llamar. Estos años he estado tan volcada en el trabajo y con las niñas que me he distanciado muchísimo de mis amigas. Hace siglos que no las llamo. Voy a quedar muy mal si me pongo a mendigar ahora un poco de compañía. Pues me voy a cenar sola. Para eso soy una mujer triunfadora e independiente.

Veinte minutos después estoy esperando a que me den una mesa en el Mirador del Thyssen, que es uno de mis restaurantes favoritos. Costa y yo solemos venir aquí cuando salimos tarde de la oficina y nos apetece comer algo después de una sesión de sexo salvaje en su despacho. Se me ilumina una sonrisa al pensarlo. Miro el móvil para ver si me ha devuelto la llamada, pero nada.

Entonces lo veo. A Costa. Está sentado en una de las mesas de la terraza. Por un segundo me da un subidón de alegría (menuda suerte, encontrármelo aquí) hasta que me doy cuenta de que no está solo. Hay una rubia en su mesa. La conozco, es la recepcionista. Una niña pija de veinte años bastante mona y bastante tonta. Joder, Costa, con la recepcionista no. Pensaba que tenías mejor gusto.

Estoy de pie, esperando a que me asignen una mesa, cuando Costa gira la cabeza y me ve. Estoy segura de que me ha visto. Pero el cabrón finge que no. Gira la cabeza y sigue hablando con la rubia como si tal cosa. Mierda.

El metre me indica que lo siga hasta la mesa, pero yo me giro y salgo del restaurante, intentando caminar muy digna, aunque noto como si el suelo estuviese muy lejos y la cabeza me da vueltas. Durante unos instantes me

siento totalmente desorientada. Como si de pronto el mundo se hubiese vuelto un lugar en blanco y negro con muy poca luz, como si hubiese perdido de vista el recto sentido de mi vida. Ya en la calle, respiro hondo. Nunca me había sentido palpitar el corazón así, tan fuerte. Tengo la respiración agitada. El aire tropical de las noches de verano de Madrid me quema los pulmones. ¿Qué hago? No quiero volver a casa tan pronto. Tampoco sé a dónde ir. Nunca me había sentido tan sola. De pronto odio a Paco por hacerme sentir así. Y lo odio todavía más porque me doy cuenta de que, si nos divorciamos, voy a sentirme así de sola siempre. Bueno, hasta que vuelva a enamorarme. ¿Y si nadie se enamora de mí? Ya me voy acercando a los cuarenta. Y con tres niñas pequeñas. Joder. ¿Quién va a querer liarse en serio con una cuarentona con tres hijas, por mucho dinero que tenga? Solo un aprovechado. Tengo el pulso disparado. Me viene a la mente la reunión de mañana con los holandeses y el corazón se me acelera como si le hubiesen inyectado una dosis de adrenalina pura. Mañana tengo la reunión más importante de mi carrera y estoy histérica. Tengo que relajarme, dormir bien, y mañana ya pensaré cómo reorganizar mi vida. Me cago en la hostia. Tengo la sensación de que la vida se me ha desmoronado en un segundo, y todo por culpa de Paco. Si lo tengo delante lo mato.

De camino a donde tengo el coche paso por delante un *afterhours* bastante tranquilo. A veces Costa y yo hemos venido aquí a picar algo. Normalmente, recala gente que sale tarde del trabajo, ejecutivos, algunos con sus portátiles desplegados en las mesitas, tomando una cerveza mientras siguen trabajando, así que una mujer sola no llama la atención en el ambiente. Entro y me acomodo en una mesita. Pido una copa de vino blanco. Se me ha quitado el hambre, pero quiero retrasar todo lo posible el momento de volver a casa.

Lo último que me apetece es oír la voz de Paco, pero cojo el móvil y lo llamo. Tarda un buen rato en contestar. ¿Qué estará haciendo ese inútil?

—¿Ya has acostado a las niñas? —le pregunto con la voz irritada.

—Si estuvieras aquí lo comprobarías tú misma.

Tengo que respirar hondo.

—¿Cómo están? ¿Las has notado tristes o algo?

—¿Cómo quieres que estén tres crías que oyen a sus padres pelearse a gritos? Sobre todo Valeria, no ha dejado de llorar. He tenido que estar leyéndole en voz alta un cuento más de una hora hasta que se ha quedado

dormida.

—Mañana hablaré con ella.

—Es una niña pequeña. No necesita una charla. Necesita a su madre.

Me cuelga. Esta es otra de las cosas que me revienta de Paco. Que me haga sentir que soy una mala madre. Si fuera él quien se queda trabajando tan tarde que al llegar a casa se encontrara a sus hijas ya acostadas, seguro que no pensaría que estaba siendo un mal padre. No, si es un hombre el que lo hace, es normal. Pero si es una mujer, es una mala madre. Que Paco piense lo que quiera. La discusión de hace un rato la hemos tenido los dos. Hemos gritado los dos. Aquí no hay buenos ni malos. Lo que voy a hacer mañana es salir temprano, en cuanto acabe la reunión con los holandeses, y pasarme la tarde con las niñas. Iremos a un parque de atracciones o algo. Lo olvidarán todo, seguro.

Me bebo la segunda copa de vino. El alcohol me relaja un poco, aunque no consigo librarme de la sensación de pérdida que me reconcome el estómago. Tengo la impresión de que he dejado algo atrás, o mejor dicho, a alguien. Solo me he sentido así una vez, cuando era niña y mi mejor amiga, Ana, se mudó de ciudad de buenas a primeras, y nunca más supe de ella. Me sentí sola y traicionada por mi amiga, aunque qué culpa iba a tener ella de que sus padres se cambiasen de ciudad. Me pregunto qué habrá sido de ella. Me acuerdo que, cuando éramos niñas, Ana y yo nos pasábamos el día haciendo carreras en el patio. Nos encantaba correr. De mayor queríamos ser velocistas y ganar las olimpiadas. Cuando Ana desapareció, yo empecé a competir con mi hermano Javier, pero no era lo mismo. Javier tenía doce años, uno más que yo, y siempre me ganaba. A veces, cuando hacíamos carreras en el patio trasero de casa, mi padre ejercía de juez, como si de verdad compitiésemos en las olimpiadas. Mi padre era el que daba la señal de salida. Al acabar la carrera siempre felicitaba efusivamente a mi hermano, que era el que siempre llegaba primero. A mí me daba mucha rabia que siempre ganase mi hermano y que siempre se llevase las felicitaciones de mi padre. Recuerdo que eso me hacía sentir que mi padre no me quería tanto como a él porque yo no era capaz de correr tan rápido. Era injusto, porque mi hermano era un año mayor y era más fuerte, y no competíamos en igualdad de condiciones. Por eso empecé a entrenarme en secreto. Me pasaba las tardes corriendo en el callejón que había detrás de casa, arriba y abajo. Después de un tiempo, cuando mi hermano me retó a una carrera, corrí como el viento. Al cruzar la meta antes que él, me

volví sonriente buscando la aprobación de mi padre, esperando su felicitación efusiva. Pero mi padre apenas me prestó atención. Lo que hizo fue agarrar a mi hermano por el brazo y reprenderlo por dejarse ganar por una niña más pequeña. Mi hermano acabó llorando, y yo también. Gracias papá. Supongo que a Javier y a mí nos diste una buena lección aquel día. Han pasado tantos años y el recuerdo todavía me provoca una desazón en lo más hondo.

Pido la tercera copa de vino. Aparto los recuerdos. Tengo ganas de llorar y no sé por qué. Vamos, Amanda, no eres la única mujer que se divorcia. ¿Y qué si tienes tres hijas? Tengo un buen trabajo, gano mucho dinero y tengo un cuerpo que ya quisieran muchas jovencitas. Seguro que tendré que apartar a los hombres de mí como moscas.

Apuro el vino y salgo del local. Noto como varios hombres me escanean con la mirada, pero eso solo provoca que me embargue una tristeza todavía más honda. Me meto en mi coche y me quito los tacones. Bajo la ventanilla. Es una noche cálida. Estoy un poco mareada por el vino. En lugar de encender el aire acondicionado dejo abierta la ventanilla para que el aire me despeje. Conduzco por la Castellana, solitaria a estas horas de la noche. Por uno de esos milagros, una larga hilera de semáforos coincide en verde. Aprieto el acelerador del Mercedes para pasarlos y los voy dejando atrás por los pelos, uno tras otro, antes de que el ámbar mute al rojo. Cuando he pasado el último de los semáforos, escucho un rechinar de neumáticos muy cerca. Pero yo no he frenado. Vuelvo la cabeza a mi izquierda y descubro con horror que otro coche se me está echando encima.

Hay un estruendo de chapa. Un dolor salvaje me taladra la cabeza, seguido de una calma iluminada, como si una luz me envolviera y se me metiera dentro, una luz acuosa que me cubre como una sustancia líquida, que entra dentro de mi cuerpo a través de cada poro de mi piel, y capto a su alrededor chispitas de colores, manchas luminosas de color púrpura, violeta, amarillo, como los colores del arco iris, que se derraman sobre la luz… Dejo que me envuelvan mientras voy perdiendo la consciencia.

7
PRESENTE

Segunda apelación

Al final me han llevado a la comisaría. Lo cual me alivia, porque la idea de quedarme sola en el apartamento me aterroriza.

Me han llevado en el coche patrulla, en la parte de atrás, separada de la parte delantera por un enrejado.

Exactamente eso: sentada atrás, como un criminal.

No había otro lugar, de todas maneras.

Desde que los policías han descubierto que tengo antecedentes penales ha desaparecido cualquier rastro de amabilidad en su trato. No me importa. Me lo merezco. Sé que me merezco el desprecio que veo en sus miradas.

Soy una mala persona. Lo admito. Soy una persona horrible. No me importa reconocerlo. Casi nadie, aún siéndolo, reconoce ser una mala persona. Todo el mundo se considera a sí mismo bueno o "de buen corazón", aunque luego hagan cosas terribles, como pasar de sus hijos, o ponerle los cuernos a su marido, o defraudar a hacienda, o meter a su madre en un asilo de mala muerte y no ir a visitarla jamás. Yo no he hecho ninguna de esas cosas, pero conozco a gente que las hace y que, aún así, todavía se consideran a sí mismos "buenas personas", como si tus actos pudiesen desligarse de lo que eres o dejas de ser.

Yo, en cambio, reconozco que soy una mala persona, y debo serlo porque, aunque en mi fuero interno también me considere a mí misma "una buena persona", mis actos lo desmienten. Hice algo horrible. Mis hermanas casi mueren por mi culpa. Mucha gente estuvo a punto de morir por mi culpa. Y no puedo decir en mi descargo que fuera un accidente, aunque mi intención no era matarlos, desde luego, aunque lo pareciera. La culpa la tuvo él. Lo hice por rabia, lo hice porque no podía soportar que me humillase de aquella manera, no podía soportar que volase en pedazos mi felicidad.

Tengo que decir en mi descargo que fue mi propia madre quien encendió en mí esa llama de la maldad. No creo que ella sea una buena persona. Mi madre es taimada, retorcida, fría y calculadora. Pero es mi madre, al fin y al cabo.

Tengo que decir, también en mi descargo (segunda apelación), que soy adicta a los tranquilizantes. Me ha costado reconocer mi adicción. Ningún adicto cree serlo. Piensas: lo puedo dejar en cualquier momento. Te repites a ti misma: puedo dejarlo cuando quiera, solo tengo que proponérmelo. Pero la realidad es que vas aplazando la decisión de dejarlo, y cuando vuelves a sucumbir, y te tragas unos Valiums con ginebra a media mañana para poder superar el día, te engañas a ti misma pensando que lo haces porque quieres, porque es una decisión libre, y no porque eres una maldita adicta y no puedes evitarlo.

Hace unos meses que empecé a tomar tranquilizantes, tras mi primera crisis nerviosa, cuando mi novio, en pleno altar, delante de todos los invitados, me dijo que se lo había pensado mejor y que lo dejábamos. También me dijo cosas peores. ¿Qué mujer no perdería los nervios ante semejante situación?

Los ansiolíticos y los antidepresivos me ayudaron mucho. Es posible que me salvaran la vida, porque la idea de saltar por la ventana se me pasó por la cabeza muchas veces. Entonces descubrí que un Orfidal y una copa de vino me ayudaban a ver las cosas desde una perspectiva… diferente. Empecé a tomarlos en mayores cantidades de las que me prescribía mi psiquiatra. Empecé a tomarlos a diferentes horas del día, no solo para dormir, y empecé a tomarlos combinados con alcohol: vodka, ginebra o vino.

Cuando abusas de los ansiolíticos y los mezclas con alcohol corres un peligro: el de un ataque psicótico. Te vuelves un poco paranoica. Ves peligros por todas partes, lo cual no está tan mal, porque en realidad el mundo está lleno de peligros y la mayor parte del tiempo no somos conscientes de ello. Vivimos rodeados de gente envidiosa que quiere hacernos daño.

Los ansiolíticos combinados con el alcohol tienen otro efecto mucho más positivo: te vuelven valiente. Te atreves a hacer cosas que normalmente te dan miedo. Te atreves a comerte el mundo. También te atreves a plantarte frente al espejo y desafiarte a ti misma a empezar de nuevo, a reinventarte, a ser otra persona: te atreves a cortarte mechón a mechón tu preciosa melena y luego dejar tu cabecita como una bola de billar, con sus cráteres lunares y sus abolladuras, y mirarte a los ojos en el reflejo y apretar los dientes y jurarte a ti misma que no te vas a rendir jamás.

Estoy muy confundida. Entre las paredes de esta comisaría ya no estoy tan segura de si el peligro es real o está en mi imaginación. Están pasando cosas

extrañas a mi alrededor y juro por Dios que no me estoy volviendo paranoica. Tengo pruebas y son reales, pruebas que cualquiera puede ver. Al policía que tengo frente a mí, sin embargo, mis argumentos no parecen convencerle demasiado.

—En su historial dice que usted estuvo acusada de... —el policía me mira, incrédulo, ante lo que acaba de leer. Su cara de hastío se ha activado al leer mi historial, alarmado, como si de pronto estuviese ante el mismísimo Hannibal Lecter.

—Fue un accidente —respondo.

—Eso no es lo que consta en el expediente. También estuvo ingresada en una institución psiquiátrica.

—Sufrí un ataque de nervios.

—Aquí habla de un cuadro psicótico. Paranoia, manía *persecutoria*. Ha estado en tratamiento.

Me molesta el tono de voz que usa al recalcar *persecutoria*, y que al decir eso su mirada recaiga en mi cabeza rapada

—Tuve un cuadro de ansiedad. Creo que no soy la primera persona en el mundo que tiene ansiedad.

—Y ahora quiere denunciar que alguien ha intentado matarla.

—Alguien ha intentado colarse en el apartamento donde me alojo. Y sí, presumiblemente, quería matarme.

—¿Por qué piensa eso?

Exhalo un suspiro. ¿Y si tiene razón? A lo mejor estoy dejándome llevar otra vez por la imaginación. ¿Y si solo fue alguien que se equivocó de puerta? ¿Y si las manchas de sangre seca en el suelo solo son vino tinto derramado? ¿Y si las chicas que cayeron por el balcón se suicidaron voluntariamente?

—No lo sé... —respondo por fin—. Me asusté mucho cuando alguien intentó abrir la puerta. Creo que cualquiera se hubiera asustado, ¿no? —lo miro desafiante.

—Bueno, si le parece, vamos a dejarlo estar así. No abriremos denuncia. Lo dejaremos en un mero incidente, ¿le parece?

Le digo que sí sin pensármelo. Me pongo en pie como un resorte.

Camino en dirección a la salida con la sensación de que todos los policías me miran y cuchichean a mi paso. Por fin salgo y me alejo en la oscuridad de la noche, sin mirar atrás.

Me veo a mí misma caminando por las calles desiertas de Benidorm. El

aire es cálido. Camino por una avenida de hoteles y palmeras. Al fondo, el mar es una franja oscura. Hace una noche preciosa y me cruzo parejas de jóvenes que deambulan de un lado para otro agarrados, ebrios después de una noche de copas y baile, besándose en cada esquina. Camino por la acera bajo los toldos de hoteles, con los brazos cruzados, abrazándome a mí misma. De pronto, haber venido aquí el fin de semana me parece una idea pésima. Cómo se me ocurrió que aquí sería capaz de mezclarme con la gente, irme a una discoteca, conocer a algún chico y tener una aventura. Si lo hubiese hecho, ahora yo sería una de esas chicas que ríe, que se abraza a un chico, que se besa. En vez de eso, he acabado así. El eco de mis propios pasos me hace recordar mi soledad, la soledad del silencio, de las preguntas sin respuesta, de avanzar en la oscuridad y de ser invisible a la luz de los demás.

La verdad es que durante toda mi vida me he sentido muy sola. La soledad es una condición subjetiva. No depende de estar rodeado de otros. Una puede sentirse sola en una multitud, puede sentirse sola en una reunión familiar, puede sentirse sola entre amigas, puede sentirse sola abrazada a tu pareja. Como ya he dicho, yo no tengo pareja, pero la tuve tiempo atrás, y eso no hizo que me sintiera menos sola. La soledad es una condición difícil de explicar si no la has sentido (y si es así, tienes mucha suerte). Sales con unas amigas para tomar algo, y lo estáis pasando genial, o eso es lo que piensas, porque tus amigas parecen que se lo están pasando genial, aunque tú no te sientes así en absoluto, es como si fingieras que lo estás pasando bien, y en tu fuero interno no dejas de pensar que las risas y las bromas no te conducen a nada y, dentro de unas horas, cuando regresas a casa y te desnudas en silencio, te invade una tristeza inexplicable, y esa tristeza de alguna manera te ha estado acompañando también cuando estabas con tus amigas. Te sientes sola porque al día siguiente llamas a esas mismas amigas y descubres que todas tienen planes, y tú no tienes ningún plan salvo apuntarte al plan de alguna de ellas, lo cual en sí mismo debería ser un plan, pero sabes que no lo es. Te sientes sola cuando almuerzas con tus hermanas y no tienes absolutamente nada que decirles, y ellas tampoco tienen nada que decirte a ti, y eso que durante toda la comida nadie ha dejado de hablar, pero es como si cada palabra te vaciase un poco por dentro. Te sientes sola cuando cenas con tu mejor amiga y su marido y sus hijos, y aunque ellos son como tu familia, no los sientes como tal, más bien parecen un puñado de desconocidos en cuya casa te has colado fingiendo ser alguien a quien aprecian y a quienes aprecias, aunque estás deseando salir

de allí, y sospechas que ellos también están deseando que la velada acabe y se marche la intrusa que durante unas horas se ha colado en sus vidas. Te sientes sola cuando sales con un chico, y haces el amor en su piso, y él se esfuerza por ser simpático y hacerte sentir bien, pero es como si todas sus atenciones se dirigiesen a tu cuerpo y no a tu mente (te hace el amor, te hace la cena) y sientes que cada minuto que pasas con él solo contribuye a que os canséis un poco más el uno del otro, y cuando os separáis finges que es doloroso, pero en realidad lo estás deseando porque supone un alivio dejar de esforzarte por complacer al otro, y cuando llegas a casa tientes la impresión de que él ya no ha vuelto a pensar en ti desde que saliste de la suya, tienes la sensación de que has salido de su vida para siempre, aunque sepas que al día siguiente te volverá a llamar y volverás a tener sexo con él, pero esa noche, mientras te desnudas en silencio y te metes en la cama, estás segura de que él no está pensando en ti, que nadie piensa en ti, en realidad, y también estás segura de que si descuelgas el teléfono y llamas a tu madre, a tus hermanas o a alguna de tus pocas amigas, o lo llamas a él, cualquiera de ellos se sorprenderá de ver tu número y de oír tu voz, y les llevará unos segundos hacer un hueco para acomodar tu presencia en su mundo, porque solo eres algo ajeno que entra y sale a la escena de sus vidas, algo que no deja más huella que un tenue rastro de incomodidad. La soledad es algo difícil de explicar, y si no te has sentido así jamás, enhorabuena.

¡Alguien me está siguiendo! No es paranoia, lo juro. Vale que no he dejado de volver la cabeza desde que salí de la comisaría, pero precisamente por eso he visto a esa figura que me sigue los pasos. No sabría decir si es un hombre o una mujer. Se mantiene a cierta distancia y lleva algo en la cabeza, creo que es una gorra con visera, que me impide reconocer su cara. Pero me ha estado siguiendo. No puede ser que esté recorriendo el mismo trayecto que yo. He hecho varios cambios de calle al azar y ahí sigue. ¡Dios mío!

Acelero el paso. ¿Qué hago? ¿Vuelvo a la comisaría? ¿Y qué les voy a decir? Seguro que no me creen. Podría volverme y encararlo y descubrir quién es. ¿Y eso de qué me iba a servir? Sería capaz de golpearme, amordazarme, meterme en una furgoneta y jamás se volvería a saber de mí. Dentro de unos días los telediarios abrirían con mi rostro: se busca chica desaparecida. Mi madre haciendo declaraciones a la prensa. Mis hermanas mintiendo a los periodistas: comentando lo mucho que me querían, lo buena chica que yo era. ¿Tenía problemas? No, ella no tenía problemas, mentirían. “Estoy segura de

que no ha podido irse por su propia voluntad", afirmaría mi madre, y también estaría mintiendo.

Cruzo por mitad de la calle y cambio de sentido. El individuo finge seguir adelante. Al poco, miro atrás y vuelvo a verlo a una veintena de metros. ¿Qué hago? No voy a volver al apartamento. Seguro que tiene las llaves. Si voy al apartamento me lanzará por el balcón, o me descuartizará, vete a saber. Seguramente le sea más fácil tirarme por el balcón que descuartizarme para hacerme desaparecer a trozos. O a lo mejor ha visto que he hablado con la policía y ya no puede usar el truco del suicidio. Llevo las llaves de mi coche en el bolso. En el apartamento solo me he dejado la maleta con la ropa, pero no voy a subir a recogerla. No pienso volver a ese apartamento para que me descuarticen.

Ahí está mi coche. Llego corriendo, me meto dentro y cierro el seguro. Tengo el pulso disparado. Las manos me tiemblan cuando arranco el motor. Echo un vistazo al espejo retrovisor, pero no veo a nadie en la acera. Hago las maniobras para sacar el coche el estacionamiento en línea. Con una sacudida y un acelerón en primera, le doy un golpe al coche de delante, después cambio de marcha y golpeó al de atrás, como si condujese en los autos de choque. Mierda. Me han encerrado. Apenas tengo espacio para maniobrar. Giro el volante lo más rápido que puedo y entonces lo veo en el retrovisor derecho. Una silueta sobre el asfalto. El individuo con la gorra viene derecho hacia mí. Algo reluce en su mano bajo la luz de las farolas. ¿Un cuchillo? Doy un volantazo y saco el morro del coche rascando la chapa del que hay aparcado delante. Miro otra vez al espejo derecho pero no veo a nadie. Cuando miro el retrovisor izquierdo me llevo un susto de muerte. Hay alguien pegado a la puerta intentando abrirla. Chillo con todas mis fuerzas y aprieto el pedal hasta el fondo. El coche acelera en primera hasta que el motor emite un sonido desgarrador y me acuerdo de meter segunda. El individuo queda atrás. Veo su figura en mitad de la calle con las piernas abiertas y un gesto de rabia. Piso a fondo el acelerador saltándome un semáforo en rojo. No voy a parar hasta llegar a Madrid.

Entonces caigo en la cuenta: el asesino ha visto la matrícula de mi coche. ¿Y si decide seguirme?

8.
Año 2000. Un día cualquiera.

Me despierto en la oscuridad con la sensación de que hay algo fuera de lugar, tal vez la propia oscuridad, tal vez yo misma. Estoy recostada en mi cama. Debe de ser media noche. ¿Cómo he llegado hasta la cama? Lo último que recuerdo es estar bebiendo una copa de vino en el *afterhours*. ¿Tanto bebí que perdí la consciencia y ni me acuerdo de cómo llegué a casa? Recuerdo que me pasó algo parecido una vez, cuando tenía dieciséis años, en una fiesta del instituto. Bebí tantos calimochos (¡ay, madre, calimochos!) que perdí la noción de mí misma y, a partir de cierto momento, no tengo ni idea de lo que pasó. Como si un tocadiscos hubiese saltado, la aguja de mi consciencia pasó de estar en la pista de baile dando saltos como una loca al ritmo de Madonna, a despertar en mi cama con un dolor de cabeza horrible. Cuando mis amigas me contaron todas las locuras que hice, no podía creérmelo. No me acordaba de nada. Era como si me hablasen de otra chica. Como si de pronto me hubiese poseído otra persona. Años después, vuelvo a tener esa sensación de desconexión, aunque no recuerdo haber bebido tanto. O a lo mejor sí, y eso también lo he olvidado.

No, eso sí que lo recuerdo bien. Bebí solo tres copas de vino antes de regresar a casa. ¿Estaría adulterado? ¿Me habrán puesto una droga? Tonterías.

Me doy cuenta de que hay algo raro en la cama. O, mejor dicho, lo raro es lo que no hay. No está Paco. Estiro el brazo y nada. La cama está vacía. Él siempre se levanta más tarde que yo. ¿Dónde se ha ido? No lo oigo en el baño. Me incorporo y compruebo la hora en la mesita de noche. ¡Pero si son las diez de la mañana! ¡No es posible!

Me levanto de un salto. Un dolor agudo me aguijonea la cabeza, como si unos cables de acero invisible me lacerasen el cerebro. ¡Dios, qué dolor! Va a ser que sí que bebí más de lo que pensaba. ¡Y encima me he quedado dormida! ¡Hoy, cuando tenemos la reunión con los holandeses! Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Dolor en el costado al apoyar el pie izquierdo, no le doy importancia. Lo peor es la cabeza. Es como si me hubiesen cambiado el cerebro por una bolsa de cubitos de hielo. Levanto la persiana y el sol cegador me funde las retinas. Me vienen unas nauseas terribles.

Corro al cuarto de baño y es ahí, sentada en la taza del váter, al mirarme al espejo, cuando me quedo horrorizada.

Mi cara. Mi pelo. ¿Qué me han hecho?

Tengo la cara abotargada, hinchada, como si a un cirujano loco se le hubiese ido la mano con el botox. Y me han cortado el pelo como a un hombre. Me alcanzo a ver un trasquilón horrible junto a la oreja. Dios mío, no puede ser. Doblo el cuello para observarme el lado izquierdo de reojo. Por encima de la oreja me han afeitado un trozo de pelo y tengo una especie de cicatriz. La toco con dedos temblorosos. Es blanda y rugosa, y se extiende hacia atrás sobre la oreja hasta la sien. Dios mío, Dios mío. Tengo ganas de gritar. Es como si me hubiesen abierto el cráneo mientras dormía y me lo hubiesen vuelto a coser. Pero no puede ser. Esto es una locura. Tengo que estar soñando.

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. Ahí sigue mi cara hinchada, el pelo de chico, la cicatriz. ¿Qué me han hecho?

Entonces pienso en Paco y en nuestras hijas. Voy corriendo como una loca hasta la habitación de las niñas. Está vacía. Las camas están deshechas, como suelen dejarlas por las mañanas antes de irse al colegio. Tienen que estar en el colegio. Seguro que mis pequeñas están bien. Por la cabeza me pasan ideas absurdas: alguien ha entrado en la casa por la noche, ha secuestrado a mis hijas y a mi marido y a mí me han abierto la cabeza y me la han vuelto a cerrar. Quién iba a hacer algo así. ¿Los extraterrestres? Tranquila, Amanda, estás histérica. Tiene que haber una explicación.

Tengo que localizar a Paco. Seguro que él me lo puede explicar. ¿Dónde he metido el teléfono móvil? Aquí está. Lo llamo.

—Paco, ¿dónde estás? —intento que no me salga la voz histérica, pero me rechinan los dientes.

Me responde que está en el trabajo y me pregunta qué me pasa. Suena como desconfiado. ¿Que qué me pasa? Joder, alguien me ha cortado el pelo esta noche mientras dormía y me he debido intoxicar con algo porque tengo la cara hinchada, por no hablar de una cicatriz en la cabeza que al acostarme no estaba. Rompo a llorar. No puedo más. Paco, ¿qué me han hecho?

Mi marido me dice que me tranquilice, que no pasa nada. ¡Y una mierda no pasa nada! ¿Tienes tú algo que ver con esto, hijo de puta?

—¿Estás loca? Joder. Voy para casa. No hagas ninguna tontería.

Cuelga. Mierda. Miro el reloj. ¡Las diez y media! Yo tendría que estar en una reunión con los holandeses. Voy al cuarto de baño para cambiarme y

alucino con el aspecto que tengo. Me parece que estoy intoxicada porque tengo la cara hinchada. Y la cabeza me va a estallar del dolor. Pero mi pelo, Dios Santo, ¿qué le ha pasado a mi pelo? Me lo han cortado como a un hombre. Ha tenido que ser Paco. ¿Quién si no? Llegué anoche un poco bebida y el hijo de puta me ha cortado el pelo cuando estaba durmiendo. ¿Por qué iba a hacer algo así mi marido? ¿Es una especie de venganza? ¿Y si ha descubierto que lo engaño con Costa? Joder. Va a ser eso. Seguro. Paco ha descubierto mi infidelidad y se está vengando. Pero cómo se le ocurre hacerme esto. Estoy asustadísima. El corazón se me va a salir por la boca. Si Paco ha sido capaz de hacerme esto en un ataque de celos, vete a saber qué más es capaz de hacerme. Voy a denunciarlo a la policía. Me voy derecha a la comisaría. Eso es lo que voy a hacer.

Me enfundo apresuradamente unos vaqueros y una blusa y cuando intento salir a la calle me llevo una sorpresa. La puerta está cerrada. Paco ha echado la llave, pero mi llave no está por ningún sitio. Busco por todos lados, en mi bolso, en los cajones, y nada. El desgraciado me ha encerrado. ¿Qué pretende? Dios mío. Me estoy asustando mucho. Una nunca piensa que le vayan a pasar estas cosas. Que tu marido de pronto se convierta en un psicópata que te encierra y te hace cosas horribles.

se abre la puerta. Doy un grito. Es Paco, que ha vuelto. Estoy muerta de miedo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta haciéndose el tonto, como si no le extrañase mi aspecto, y eso me confirma que ha sido él. Míralo, el hijo de puta, cómo finge que no hay nada raro.

—¡¿Es que no me ves?! —chillo.

—Tranquilízate, Amanda. Claro que te veo. ¿Estás bien?

—¿Pero tú eres imbécil? ¿Cómo voy a estar bien? ¿Has sido tú, verdad? Anoche, cuando llegué, me pusiste algo en el agua y me drogaste, y cuando estaba inconsciente me cortaste el pelo y me hiciste un corte en la cabeza.

—Amanda, joder, ¿*otra vez* con lo mismo? Hemos hablado de esto mil veces.

—¿*Otra vez*? ¿Pero cómo que otra vez?

Paco se va a la cocina y se pone a beber una cerveza tan tranquilo, acodado en la encimera. Me planto frente a él. Siento que estoy a punto de desmayarme de la tensión.

—Voy a llamar a la policía. Eso es lo que voy a hacer —le grito.

Paco emite un suspiro y menea la cabeza. Le da un trago a la cerveza.

—A ver, para qué quieres llamar a la policía —me pregunta.

—Para averiguar quién me ha hecho esto. Si es que no has sido tú. ¿Por qué tengo una cicatriz? ¡¿Por qué me has encerrado en casa?! —esto último lo digo mientras agarro un vaso y lo estrello en el suelo.

—Estás histérica, joder —es la única respuesta de Paco.

Sale de la cocina y se va al dormitorio. Me voy detrás de él, exigiendo explicaciones. La cabeza me va a explotar.

—Amanda, tranquilízate, por favor. Mira, tómate esta pastilla.

—¿Una pastilla? ¿Qué es, otra droga como la que me diste anoche?

Paco pone los ojos en blanco.

—Es un tranquilizante. Me lo dio el médico por si te encontrabas mal. Puedo ver que te sientes mal, cariño, has pasado por esto otras veces, me has hablado de ese mareo, de esa confusión frente al espejo, de no reconocerte, créeme que hemos pasado por esto, cariño, y esta pastilla siempre te ayuda y siempre me lo acabas agradeciendo. Tómatela, por favor. Es la única manera.

No entiendo nada, pero Paco es extrañamente convincente. Agarro la pastilla y me la trago. Necesito que se me quite el dolor de cabeza. No puedo pensar. Es como si me clavasen agujas por los ojos. Me dejo caer en la cama y rompo a llorar. Me encojo abrazándome a las piernas en un ovillo. La pastilla debe de estar haciéndome efecto porque poco a poco noto que se me relaja el pulso. Empieza a entrarme sueño. Entonces me acuerdo de que hoy es la reunión con los holandeses y quiero levantarme. Pero las paredes dan vueltas a mi alrededor. No consigo mantener el equilibrio. Veo a Paco frente a mí, mirándome como si yo estuviese loca.

—Paco, ¿qué me pasa? ¿Por qué estoy tan mareada?

Tengo el cuerpo tan flojo que no soy capaz ni de ponerme en pie. Paco se inclina sobre mí y en vez de ayudarme a levantarme me empuja hacia abajo y me obliga a acostarme.

—¡No! —protesto con voz débil—. Tengo que ir a trabajar. Hoy tengo una reunión muy importante, te lo dije anoche.

—Amanda, por favor, no empieces otra vez con esa mierda. Tienes que descansar.

—Pero cómo voy a descansar, ¿tú estás loco?

Con un esfuerzo titánico aparto a Paco de mí y me incorporo en la cama. Entonces me encuentro con mi reflejo en el espejo de la cómoda y me quedo

horrorizada.

Mi cara. Mi pelo. ¿Qué me han hecho?

Tengo la cara abotargada, hinchada, como si a un cirujano loco se le hubiese ido la mano con el botox. Y me han cortado el pelo como a un hombre. Dios mío, no puede ser. ¿Pero quién me ha hecho esto? Ha tenido que ser Paco, esta noche, mientras dormía. Quiero salir corriendo, pero los músculos de mis brazos y de mis piernas parecen de goma. Tengo una somnolencia irresistible. ¿Por qué tengo tanto sueño? Paco me acaba de dar una pastilla para dormir. Tiene que ser por eso. ¿Y a cuento de qué me ha dado una pastilla a estas horas de la mañana? Tengo miedo. ¿Es que habrá descubierto mi lío con Costa y se está vengando? Siento que la consciencia me abandona como si el alma se me despegase del cuerpo. Lo último que veo es el rostro de Paco, observándome desde arriba, y su mirada me parece siniestra.

9
PRESENTE

De A a B o de B a A

Ha sido una noche horrible. He conducido sin parar hasta Madrid desde Benidorm, con la imagen del tipo queriéndoseme meter dentro del coche, durante cuatro horas seguidas. Cuando llego a Madrid son las seis de la mañana. Aún no amanece, pero las hileras de coches con las luces encendidas y sus conductores soñolientos ya recorren tristemente las calles como una procesión de seres sin alma. Aunque me había cogido el día libre, hoy, el día de mi cumpleaños, voy directa a las oficinas de la empresa familiar donde trabajo. Tengo que contarle a mi madre lo que me ha pasado. Necesito ayuda. Necesito protección.

Meto el coche directamente en el parking. La empresa de mi madre tiene las oficinas en una de las torres acristaladas de la Castellana. Es lo bueno de trabajar en la empresa familiar, al menos tengo plaza de aparcamiento en el subterráneo bajo el edificio. Todo el mundo se queja de lo imposible que es aparcar en el centro. Mis dos hermanas también trabajan aquí. Se trata de un negocio de inversiones inmobiliarias. Mi madre es la propietaria. Vendemos todo tipo de casas de lujo alrededor del mundo. Yo no tengo ni idea de cómo vender una casa, a eso se dedican mis hermanas. Al parecer tenemos muchas franquicias y el negocio va realmente bien. Mis dos hermanas tienen sendos máster en dirección de empresas. Yo no logré acabar ni el bachillerato. Mi madre siempre me consideró la torpe de las tres. Mis hermanas son muy listas, saben ver una oportunidad de negocio en cuanto se les presenta. Yo me hago un lío hasta con el ticket de la compra. Mis hermanas son altas y guapas. Yo soy bajita y más bien feúcha. El patito feo, como me llaman ellas. Como mi madre suele decir, en toda camada hay un cachorro débil. Si hubiésemos sido gatos, yo hubiese sido el gatito que no hubiese sobrevivido a los primeros meses de vida.

Exactamente eso: el gatito débil. Pero aquí estoy.

Dejo el coche en el parking y subo a la recepción. Kevin, el guardia de seguridad, me lanza una mirada de sorpresa. Supongo que por mi nuevo look a lo Sinéad O'Connor. Me meto en el ascensor rodeada de tíos con trajes y

mujeres vestidas elegantemente. Yo llevo unos vaqueros rotos (rotos de verdad, no de esos que se diseñan rotos) una camiseta blanca, amplia, de las de andar por casa, y las zapatillas New Balance que necesitan urgentemente pasar por la lavadora. Por lo menos no tengo que preocuparme del peinado. Me hecho un vistazo al espejo. Las ojeras me llegan al hueso. La gente ha hecho un pequeño espacio a mi alrededor. Seguramente porque huelo a sudor después de todo el miedo que he pasado y el calor. Resisto la tentación de olerme el sobaco. Una chica vestida de Prada me lanza una mirada despectiva y arruga la nariz.

Me voy derecha al despacho de mi madre. En la empresa, aunque mi puesto figura como "secretaria de dirección" (es decir, secretaria de mi madre), mis principales funciones consisten en hacer fotocopias y llevar cafés, o sea, que soy la chica de los recados. Mi madre siempre me dice que tengo que dar gracias a que ella dirija un negocio de éxito, que gracias a eso, una inútil como yo puede tener un empleo. De otro modo, sin estudios, ahora estaría sirviendo cafés en un bar de mala muerte. O en el paro. Hubo una época en la que quise demostrarle que se equivocaba, que podía buscarme la vida sola, y durante unos meses trabajé como secretaria en una empresa de seguros. Nada del otro mundo, pero acabaron despidiéndome por mis "prolongadas e injustificadas ausencias y bajas", según figuró en la carta de despido. Y es que la baja por depresión no siempre es entendida por los empresarios. La mayoría piensa que una baja por depresión es la excusa cuando alguien está cansado y no quiere ir a trabajar. A todos esos que creen que una depresión solo es "cuento", solo les desearía que pasaran una semana deprimidos. Pero ya he vuelto a hacerlo, desear cosas negativas a los demás, y eso no está bien. Una vez leí que la vida no es un juego de "suma cero", que es como se llama a una situación en la que para que unos ganen otros tienen que perder. Según leí, en el mundo hay felicidad suficiente para todos, nadie es feliz a costa de robársela a otros. Aunque yo no acabo de creérmelo. Será porque siempre me estoy comparando con los demás, y eso tampoco debería hacerlo.

Así que no me quejo. Ser la chica de los recados en la empresa de mi madre es lo que me merezco. Sobre todo, después de lo mala que he sido, después de lo que les hice.

Cuando abro la puerta de su despacho, mi madre deja escapar un pequeño grito de sorpresa. Tarda unos segundos en reaccionar. Se pone pálida, como si

hubiese visto a un muerto regresar de su tumba. Tras ella, a través de la pared acristalada, se divisa una vertiginosa panorámica aérea de Madrid.

—¡Valeria! ¡Pero qué te has hecho! —me grita cuando por fin sale del estado de shock, mirándome con los ojos tan abiertos que las pestañas alargadas con el rímel parecen los rayos de dos soles dibujados por un niño.

Mi madre es una mujer alta, de complexión atlética, y tiene unos impresionantes ojos verdes que cuando te mira directamente da un poco de miedo. A mí me recuerdan siempre a los ojos de un felino a punto de saltar y devorarte. A pesar de su edad (pasa holgadamente de los cuarenta) y de haber dado a luz a tres hijas, no se pierde una sesión diaria de gimnasio y tiene un cuerpo que es la envidia de muchas jovencitas. Mi madre es una de esas personas que siempre está activa. Solo leer su agenda ya es agotador. No puedo imaginar lo que debe ser cumplirla. A veces pienso que saca la energía de una dimensión accesible solo para ella.

—Solo es un cambio de look —respondo, encogiéndome ante ella—. Madre, me ha pasado una cosa horrible...

—Ahora no tengo tiempo para tus tonterías, Valeria —me responde poniéndose en pie, que es su manera de echarme del despacho. Mi madre está protegida por un campo magnético que me impide acercarme a menos de dos metros de ella. Para sacarme solo tiene que dar un paso adelante—. Estamos preparando la llegada de unos inversores muy importantes que vienen desde Londres. Llegan mañana y todo tiene que salir perfecto.

Me quedo un poco chafada al darme cuenta de que fue precisamente mi madre quién insistió en que me cogiese unos días de descanso fuera del trabajo. Está claro que no quería que estuviese presente el día de la visita de los inversores. Todavía no confía en mí. Todavía no se ha olvidado de lo que pasó. Claro, ¿cómo olvidar algo así?

—Mírate Valeria, tienes las pupilas dilatadas, ¿qué has tomado? —me recrimina al mirarme de cerca.

—Solo algunos cafés para mantenerme despierta —miento, dando un paso atrás—, ha sido una noche horrible...

—Por favor Valeria, vete a casa a dormir la mona. ¿Cómo se te ocurre presentarte en la oficina drogada después de una noche de juerga? —me regaña, escandalizada.

Me agarra del brazo y me saca de su despacho a tirones. Me da la espalda y se aleja de mí dando grandes pasos sobre sus tacones de aguja. Me

quedo en el pasillo, con la cabeza latiéndome. Es verdad que no ha sido "solo un café". Me he tomado una anfetamina para no dormirme mientras conducía. Necesitaba estar alerta. Todavía no estoy convencida de que no me hayan seguido hasta Madrid. No he parado de vigilar en el retrovisor los coches que me seguían, pero de noche todos me parecían iguales. Estoy muerta de miedo. Hay un asesino en serie persiguiéndome y nadie quiere creerme. Tengo ganas de ponerme a gritar. De la ansiedad, le doy una palmada a la pared de contrachapado.

—¡Valeria! ¿Qué haces? ¿Por qué golpeas la pared? —me recrimina una voz a mis espaldas.

Es mi hermana Gisela. Viene hacia mí taconeando, lanzada como un tren expreso.

—Joder, qué pinta horrible tienes. ¿Cómo se te ha ocurrido hacerte eso?

—Escúchame Gisela, por favor —le digo, cogiéndola del brazo, pero ella se zafa con un tirón.

—No estés por aquí estorbando —me espeta—. ¿Es que no sabes que mañana llegan los inversores ingleses? Todo tiene que salir perfecto o mamá nos va a matar.

—Me ha pasado algo terrible, tienes que ayudarme, por favor —le suplico.

—¿Algo terrible? ¿Te ha vuelto a dejar otro novio?

—No, no es eso... Verás, ayer me fui a pasar el día a la playa...

—¡Ja! Genial. Nosotras matándonos a trabajar y tú en la playa, dándote la gran vida. Mírate, tienes las pupilas como monedas de dos euros. ¡Todavía no se te ha ido el efecto de las drogas y te presentas en la oficina! Tienes mucha cara, Valeria. Mejor vete a casa antes de que la cagues.

Gisela se aleja por el pasillo sin escuchar mis súplicas. Noto un pequeño terremoto en el estómago que me hace temblar de arriba abajo. Siento náuseas y me voy corriendo hasta el baño reprimiendo las ganas de vomitar. No es buena idea combinar anfetaminas con ansiolíticos. Yo aviso. El escalofrío irrumpe y se queda instalado en mi piel, bajo el sudor frío. Frente al lavabo, dejo de reprimir la arcada y la bilis me sube por el esófago como una erupción volcánica. Abro el grifo y me mojo la frente. Una chica vestida con traje de sastre sale de uno de los baños y se me queda mirando. No es la primera vez que me ven borracha o drogada en la oficina, pero saben que soy la hija de la jefa y se limitan a ignorarme. Los empleados creen que soy una privilegiada.

Exactamente eso: la hija pija que va de fiesta en fiesta y puede permitirse hacer lo que le dé la gana en el trabajo.

Si supieran lo mal que me siento.

Salgo del baño y me dirijo hacia mi cubículo. Mis hermanas tienen despacho propio. Yo, un simple escritorio separado por paneles en una esquina de la oficina. Mi madre dice que no me merezco un despacho. Tiene razón. ¿Dónde se ha visto que la chica de los recados tenga despacho propio? Al pasar junto al despacho de mi madre la oigo gritándole a alguien por teléfono. Mi madre es una de esas personas obsesionadas con el éxito. De pequeña debió caerse en el caldero del Ego. En su biblioteca solo hay libros sobre motivación personal. Voy a confesar algo: la odio. ¿Las empleadas me envidian por ser la hija de la jefa? Yo las envidio a ellas por ser hijas de madres normales.

Mi padre murió cuando yo era muy pequeña. Apenas conservo recuerdos de él. Ni siquiera he podido formar recuerdos falsos a partir de cosas que me hubiesen contado, porque mi madre nunca lo menciona. Es como si no hubiese existido. Como si hubiésemos nacido mediante donación de espermatozoides o algo parecido. En nuestra casa no hay fotos, ni nada que pueda recordar que tuvimos un padre. Mi padre es uno de los vacíos que hay en mi vida. Mi vida está lleno de agujeros y mi padre es uno de los grandes.

En el pasillo me cruzo con mi otra hermana: Aitana. Va como una loca arriba y abajo hablando por el móvil. Cuando me ve se detiene en seco, me escanea de los pies a la cabeza, y me lanza una mirada de disgusto.

—¡Valeria! Tienes una pinta horrible —me grita—. ¡¿Pero qué coño te has hecho en la cabeza?! ¡¿Tú eres gilipollas o qué?!

—¿Tienes un momento? Por favor, tengo que contarte una cosa que me ha pasado —le suplico al borde de las lágrimas.

—No tengo tiempo para tus chorradas, Valeria. ¿Te ha vuelto a dejar un tío? ¿Es eso? Pero mírate, qué pinta tienes. Cómo se te ocurre presentarte en la oficina después de una noche de juerga…

—No es eso, no sabes lo que me pasó anoche…

—Mira, mañana llegan los inversores y todavía tengo mil cosas que hacer.

—Pero Aitana, esto es serio, mi vida está en peligro, anoche…

—No me lo digas que ya lo adivino yo, Valeria, anoche… te estuvo persiguiendo alguien para matarte, ¿verdad?

Aitana me deja sin saber qué decir.

—Valeria, ¿quieres ayudar? Pues haz algo útil por una vez, anda. Necesito que me imprimas estos documentos —me pone una memoria USB en la mano—, y me los lleves a la sala de reuniones… y de paso tráeme un café… ¡Ya!

Se aleja de mí a toda velocidad retomando la conversación que había dejado colgada en el teléfono. Me acerco a la fuente de agua que hay en el pasillo y bebo un sorbito en un vaso de plástico. Después voy a la impresora, tal y como me ha mandado. Introduzco la memoria USB en la ranura y pulso la tecla de imprimir. La máquina escupe un puñado de folios. Los recopilo con cuidado y me dirijo a la sala de vending. Introduzco la tarjeta de empleado en la máquina de café y saco un cortado, sin azúcar, como le gusta a Aitana. Después me voy para la sala de reuniones. A lo mejor si hago lo que me dice, mi hermana me acabe escuchando.

Empujo la puerta acristalada con la cadera mientras llevo el café en una mano y los folios impresos en otra. Dentro están mi madre y mis dos hermanas, discutiendo en voz baja algo entre ellas. Cuando me ven entrar se interrumpen bruscamente, y tengo la impresión de que estaban hablando de mí. Se me quedan mirando como si yo fuese una aparición. Entonces sucede. Tropiezo con el reborde de la moqueta y el café se me resbala de las manos y se derrama sobre la mesa, empapando de líquido marrón unos papeles con sellos y filigranas doradas que parecen contratos oficiales en papel del Estado. Mi madre chilla y levanta los puños apretados. Mis hermanas se llevan las manos a la boca. La he vuelto a cagar.

Me preparo mentalmente para la enésima bronca del siglo, pero mi madre se limita a fulminarme con la mirada mientras apunta con el dedo a la puerta y me dice que salga “inmediatamente”, con una frialdad que le congelaría la sangre en las venas a un vampiro. Intento pedir disculpas y me ofrezco para limpiar el desaguisado, pero mi madre tiene las venas del cuello hinchadas y por un instante fantaseo con la posibilidad de desobedecer sus órdenes y quedarme allí, delante de ella, hasta que le estallen.

Opto por retirarme a mi cubículo. Al pasar junto a las mesas de las empleadas me doy cuenta de que todas se me quedan mirando. Oh, quizás no lo he dicho. En la empresa de mi madre solo trabajan mujeres. Ese es uno de los pocos méritos que puedo concederle a ella. Feminista convencida, aplica sus ideales hasta las últimas consecuencias. Se rumorea que hace muchos, muchos

años, hubo algunos hombres trabajando aquí, si bien fueron despedidos hace mucho tiempo y sustituidos por mujeres. Me pregunto qué hubiera pasado si yo hubiese nacido niño. Mi madre hubiese sido capaz de abandonarme en un portal.

Enciendo el ordenador. Intento tranquilizarme. Respirar hondo. Tengo que pensar con claridad. Dicen que la paranoia consiste en crear una conspiración a partir de hechos insignificantes e inconexos. Yo, de momento, tengo estos hechos:

Dos chicas han muerto al caer por un balcón en un apartamento de alquiler.

Opción a: Podría ser un suicidio.

Opción b: Podría ser que alguien las hubiese empujado.

Alguien intentó entrar en ese mismo apartamento cuando yo me encontraba allí.

a: Podría ser que alguien simplemente se hubiese equivocado de puerta.

b: Podría ser un asesino.

Alguien me siguió anoche y trató de colarse en mi coche.

a: solo era alguien que quería preguntar una dirección

b: El asesino quiere acabar conmigo.

Pasar de A a B o de B a A, esa es la cuestión. La realidad es transitoria. La verdad es relativa. El mundo no es lo que yo veo a través de mis ojos, sino lo que mi mente proyecta en el interior de mi cabeza. No necesito cambiar el mundo, basta con cambiar mi interpretación, ¿no es cierto?

Lo que necesito son datos que me hagan decantarme por una u otra opción. Me decido por buscar en internet más información sobre las chicas que murieron. Tal vez dejaron una nota de suicidio, algo que descarte la posibilidad de un asesinato. Necesito descartar todas las opciones B.

Escribo en Google: "suicida en benidorm" y no tengo ni que filtrar los resultados porque ahí están las noticias:

"Mujer de 24 años muere al saltar desde la planta 20 de un ático en Benidorm".

De pronto, tengo la sensación de que estoy conectada de alguna manera a esa mujer, siento una especie de carga estática en los dientes, un escalofrío en la nuca que parece el eco de una premonición. El tatuaje con el dibujo de Picasso que llevo en la muñeca empieza a palpitarme como si acabara de hacérmelo, aunque hace años que cicatrizó. Es algo que me ocurre a veces, una

sensación de ardor, como si la tinta que lo compone se calentase y me quemase. Estoy a punto de hacer clic en el enlace cuando se produce un revuelo a mi alrededor. La causante es mi madre, que está en el centro de la oficina, llamando a todas las empleadas a reunirse en torno a ella para dar una de sus charlas motivacionales. Todas se levantan y se congregan a su alrededor. Mi madre en el centro del círculo, mis hermanas flanqueándola como lugartenientes en el campo de batalla. Yo soy la única que se queda sentada, parapetada detrás de mi ordenador. He oído el mismo discurso docenas de veces. Si tuviese alguna amiga aquí dentro, le haría el gesto de meterme dos dedos en la boca para vomitar. Pero todas las empleadas miran a mi madre con devoción, como si fuera la lideresa de una secta y ellas sus fervientes acólitos.

Mi madre empieza a hablar:

—Permitidme que os robe unos minutos de vuestro valioso tiempo para recordaros que mañana tendrá lugar el evento más importante que se ha producido en esta empresa en los últimos años, el momento para el que todas hemos estado trabajando duro los últimos meses. Como sabéis, nos visita el representante de uno de los mayores fondos de inversión del mundo. Si cerramos el acuerdo, recibiremos una inversión de capital riesgo de más de trescientos millones de euros, dinero destinado a la expansión internacional de nuestra empresa. Creo que no es necesario explicar lo que eso puede significar para todas nosotras. Nuevas sucursales alrededor del mundo, nuevos puestos de dirección y nuevas oportunidades para todas vosotras. Estos días en los que se habla tanto de las cuotas en los consejos de dirección, yo me jacto de que en mi empresa no hay cuotas, ¡porque esta empresa la dirigen solo mujeres!

Se produce una explosión de vítores y aplausos. Mi madre las acalla con las palmas de las manos.

—Vivimos en una cultura —prosigue— que fomenta los valores altruistas de ser justa con todos y cada uno. Nos inculcan desde niñas la importancia de encajar en un grupo, y de saber colaborar con los demás. Se nos enseña desde pequeñas que las que se muestran abiertamente combativas y agresivas pagan un precio social: impopularidad y aislamiento. Valores de armonía y colaboración que se perpetúan de manera sutil mediante libros sobre cómo conseguir el éxito en la vida. Nos muestran las fachadas placenteras y pacíficas de mujeres que han prosperado en el mundo, y nos dicen que a eso es

a lo que debemos aspirar. Nuestro problema, mujeres, es que se nos ha instruido y preparado para la paz, y no estamos preparadas para enfrentarnos al mundo real. El mundo real es competitivo y desagradable. En el trabajo, en las relaciones, incluso en la familia, siempre hay quien actúa amistosa y agradablemente, pero que nos sabotea entre bastidores y utiliza al grupo para favorecer sus propios objetivos. También hay quienes se entregan a juegos sutiles de agresión pasiva, ofreciéndonos una ayuda que jamás llega e instilando culpa como arma secreta. En este mundo indiferente a nuestras necesidades como mujeres hemos de pensar primero y, sobre todo, en nosotras mismas y en nuestros intereses. Lo que necesitamos no es vivir de acuerdo con ideales de paz y colaboración, imposibles e inalcanzables, con la confusión que nos producen, lo que necesitamos es aprender a canalizar nuestros impulsos agresivos en lugar de negarlos o reprimirlos. Convirtámonos en mujeres estrategas: gestionemos crisis y problemas, situaciones y personas difíciles valiéndonos de maniobras diestras e inteligentes. Vuestro éxito o fracaso en la vida puede rastrearse hasta vuestra buena o mala forma de resolver los conflictos a los que os enfrentasteis a lo largo de vuestras vida. Preguntaos: ¿Qué hice cuando se me presentó un conflicto? ¿Lo evité? ¿Me hundí o arremetí? ¿Me volví tímida o fui manipuladora?

Mi madre guarda unos segundos de silencio antes de continuar con su arenga:

—Os diré cuál es la clave de vuestro éxito. Enfrentaos a los conflictos, combatid racionalmente. Pensad por anticipado en vuestras metas. Decidid qué luchas evitar y cuáles son inevitables, controlad y canalizad vuestras emociones. Cuando os veáis obligadas a luchar, hacedlo con tortuosidad y maniobras sutiles, logrando que vuestros movimientos sean difíciles de rastrear y manteniendo la fachada pacífica. Si quieres o deseas algo, tienes que estar dispuesta a luchar por ello y ser capaz de hacerlo. No os dejéis arrastrar por la falsa idea de que las mujeres no están hechas para la lucha. En la mitología de casi todas las culturas, las grandes diosas de la guerra son mujeres. La más importante, Atenea de la Grecia antigua. Mirad las cosas como son y no del color que las tiñen las emociones. El miedo te hará sobrevalorar al enemigo y huir en lugar de plantar cara. La ira y la impaciencia te harán actuar precipitadamente. El exceso de confianza te hará arriesgar demasiado. El amor y el afecto te cegarán ante las maniobras traicioneras de quienes aparentan estar de tu parte. Aparta las emociones de

tus decisiones. Cuando tengas éxito, actúa precavidamente. Cuando estés enfadada, no actúes. Cuando tengas miedo, desafía el riesgo. Tú eres tu mejor arma. Te pueden quitar todo en la vida, y posiblemente sucederá en algún momento. Perderás algo importante, tal vez te roben el amor, o un negocio, o sufras una grave traición. Pero nadie puede despojarte del poder de tu mente. Está en ti misma resultar inexpugnable. Todos los días te enfrentas a retos. Pero la mayor batalla es contigo misma. Tus debilidades, tus emociones, tu falta de confianza. Debes declararte una guerra incesante. Acepta el conflicto como modo de probarte, de mejorar tus destrezas, de obtener valor, confianza y experiencia. Enfréntate a tus miedos. Afronta lo desconocido. Recuerda que tú eres tu mejor arma.

Todas aplauden con entusiasmo. Leónidas arengando a sus trescientos hombres ante la batalla de Termópilas es una nenaza al lado de mi madre. Dios. Cómo la odio.

Las empleadas van regresando a sus puestos. Sus caras reflejan un renovado compromiso con el trabajo. ¿No se dan cuenta de cómo las manipula mi madre con toda esa charla barata motivacional?

Regreso mi atención al ordenador. Con la cabeza inclinada hacia la pantalla, hago clic en la noticia de la chica suicida. El enlace me lleva a la página de un periódico. Hay un texto y una fotografía. Espera un momento. No puede ser.

Se me hiela la sangre en las venas. No. Debe ser una especie de broma macabra.

La cara de la chica muerta. Es mi cara. Soy yo.

10.

Año 2000. Un día cualquiera.

Aprieto los ojos con fuerza. Tengo mucho miedo. ¿Miedo? Estoy aterrada. De pronto no sé ni dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí. Aprieto los ojos. Despierta. ¡Despierta! Esto tiene que ser un sueño. A veces me cuesta salir de las pesadillas, pero al final lo consigo. Esta vez me está costando. Cuando he abierto los ojos me ha entrado el pánico. Estando tumbada, por un momento he pensado que estaba en mi cama, y que estaba amaneciendo, porque incluso con los ojos cerrados sentía una especie de resplandor rojizo a través de los párpados. Pero al estirar los brazos han chocado con algo frío y metálico, y ha sido entonces cuando he pensado que estaba soñando. Porque no puede ser.

Abro los ojos. La pesadilla sigue aquí. Estoy atrapada en una especie de caja metálica. Dios mío. La tapa superior está apenas a diez centímetros de mi cara. No quiero pensarlo, pero la palabra ataúd me viene a la mente. ¿Me han enterrado viva? ¿Qué me ha pasado?

Vale. Esto tiene que ser una pesadilla. Es la única explicación. Me despertaré en cualquier momento.

Despierta. Despierta. ¡Despierta!

Noto una especie de relax antinatural, lo cual confirma que debo de estar soñando, aunque no haya manera de despertarme. A lo mejor me han drogado y estoy teniendo una alucinación. Eso es, tiene que ser una alucinación. Una vez leí que la gente que toma drogas a veces sufre ataques de claustrofobia. La alucinación les provoca una sensación de encierro al aire libre, y la experiencia les aterra tanto que incluso después de que pasen los efectos de la droga no pueden ya ni siquiera subir a un ascensor. ¿Es posible que yo esté sufriendo uno de esos ataques de claustrofobia? Que yo sepa no he tomado ácido, ni ninguna clase de droga. Pero a lo mejor me la han dado sin darme cuenta. Anoche estaba tomando unas copas de vino. ¿Y si me echaron algo en la bebida? ¿Pero quién, y por qué?

Hay una especie de zumbido, como si una maquinaria estuviese funcionando a mi alrededor. ¿Estoy dentro de una máquina? Esto no tiene ni pies ni cabeza. Intento hablar, gritar, pero tengo la garganta seca y como paralizada. Lo que está claro es que esto no es un sueño. Estoy despierta. Esto

es real. La idea me atraviesa como un rayo. El corazón sale de su aletargamiento y empieza a latirme con fuerza. Dios mío, cómo he llegado hasta aquí. ¿Hay alguien fuera? ¿Alguien me está escuchando? La voz es un sonido ronco que apenas me sale de la garganta. Tengo miedo a moverme y descubrir que estoy completamente inmovilizada. ¿Y si nunca puedo salir de aquí? Por favor, estas cosas solo pasan en las películas. Como aquella de un soldado donde lo enterraban vivo. Solo vi el anuncio. Creo que al final lograba escapar. ¿Cómo lo conseguía?

No, esto no es un ataúd. Hay luz que se cuela por alguna rendija en la parte de arriba. Y hay sonido. Estoy en una especie de máquina. O quizás estoy siendo transportada en un avión porque todo zumba y vibra a mi alrededor. Es absurdo. La respiración se me está alterando. No. No puedo entrar en pánico. Tengo que seguir tranquila. Si apenas puedo moverme. Tiene que haber una explicación. Alguien tiene que sacarme de aquí. Por favor.

Por favor.

¡Por favor!

***

Paco ha aparecido de la nada y me ha ayudado a salir de ese horrible aparato. Dios mío. Resulta que es un escáner. Me ha dicho que me estaban haciendo una resonancia magnética. Pero yo no me acordaba de nada. Ni siquiera de cómo he llegado aquí, al hospital. Porque estoy en un hospital. Paco dice que me ha traído él mismo esta mañana, pero yo no me acuerdo. He tenido que venir dormida, o drogada, porque no sé cómo he llegado hasta aquí, ni por qué voy vestida de esta manera tan descuidada, ni por qué no estoy en el trabajo a estas horas. Hoy tenemos la reunión con los holandeses. Joder. Me acuerdo de los holandeses y me entra el pánico. ¡Tendría que estar en la oficina!

Paco me dice que me tranquilice. Parece bastante cansado. Y cabreado conmigo. No entiendo qué le he hecho yo. En todo caso la que debería estar cabreada soy yo, porque mira que traerme al hospital mientras estaba dormida y no decirme nada. ¿Cómo se las habrá apañado para hacerlo sin despertarme? ¿Me habrá dado algún somnífero? Joder. Estoy que echo chispas. Paco, dame una explicación de lo que me estás haciendo o la vamos a tener muy gorda. Mi marido se limita a mirarme con cara de idiota. Se deja caer en una silla y se

pasa la mano por el pelo compulsivamente, como si algo lo desesperase. Paco, que me des una explicación, joder.

—Por favor, Amanda, me estás volviendo loco —me dice.

¿Que yo te estoy volviendo loco a ti? Pedazo de gilipollas. Me drogas en mitad de la noche, no sé qué me habrás puesto, y me traes a un hospital sin decirme nada, ni contarme por qué estoy aquí. Pero por quién me tomas. Voy a irme ahora mismo. Me voy a trabajar. Y después te voy a poner una denuncia, desgraciado. Esto se va a acabar. ¿Te crees que me puedes manipular de esta manera, como si fuera una muñeca?

—Amanda, no sabes lo que dices.

Joder. Pero qué estoy haciendo aquí. Un hospital. ¿Qué hacemos en un hospital? Paco, vamos a ver, ¿estás enfermo? Dime. ¿O es que le ha pasado algo a una de las niñas? La sola idea de que les haya pasado algo a mis hijas hace que me quede sin aire.

—A las niñas no les pasa nada. Están en el colegio, como siempre.

¿Entonces eres tú? Estás enfermo. ¿Es eso?

—No, no soy yo. Estamos aquí por ti, Amanda. Estás perdiendo la cabeza. ¿Es que no te das cuenta?

Hijo de puta. No me intentes hacer pasar por loca. Estoy en mis perfectos cabales. Pero bueno, lo que me faltaba. Mi marido queriendo hacerme pasar por loca. Qué es esto, ¿una estrategia para divorciarnos y quedarte con el dinero? O peor aún, para quedarte con mi empresa. Me haces pasar por loca y tú te quedas con todo. Y a mí que me encierren. ¿Es eso? Pues no te vas a salir con la tuya. Cobarde de mierda.

—¡Cállate! ¡Joder! ¡Cállate!

Paco se levanta y se abalanza sobre mí. Levanta una mano. Hace el ademán de pegarme, pero se contiene. Me protejo la cara con las manos. Estoy muy asustada. ¿Y si Paco intenta hacerme daño? Nunca lo hubiese creído capaz, pero quién sabe. Nunca acabas de conocer a la otra persona. Y ahora Paco parece distinto. Cómo me mira. Parece desquiciado. Y ha estado a punto de pegarme. Se ha contenido, pero le he visto el gesto. Le pasa algo que no quiere contarme, y lo está pagando conmigo. Me da miedo. Quiere hacerme pasar por loca, divorciarse y quedarse con mi empresa. Es eso. Cabrón. No lo voy a permitir. Me largo de aquí.

—Amanda, no puedes ir a ninguna parte hasta que te hayamos hablado con el médico y vea lo que te pasa.

—A mí no me pasa nada. Yo me voy ahora mismo. Tengo mucho trabajo.

—No tienes trabajo, Amanda. Ya no tienes trabajo.

—¿Pero qué dices? Me parece, Paco, que tú no estás bien. Yo creo que eres tú quien tiene que ir al psiquiatra. Haces y dices cosas muy raras.

Paco suelta una carcajada. De verdad, míralo, está desquiciado. Me da miedo quedarme a solas con él. ¿Y si me hace daño? De hecho, ¿cómo he llegado a este hospital? Me ha tenido que traer drogada. ¿Cómo se le ocurre hacerme algo así? ¿Y qué otras cosas será capaz de hacer?

No aguanto más. Me voy. Primero tengo que ir al trabajo y cerrar el trato con los holandeses. Después iré a recoger a las niñas al colegio y nos iremos a un hotel. No puedo quedarme en casa con este hombre. Nos iremos a vivir a un hotel hasta que arregle los trámites del divorcio y eche a Paco de la casa. Me carcome la rabia de pensar que voy a tener que pasarme la vida huyendo de mi marido, como esos casos tan tristes que se ven en los testimonios de la tele. Esto no me puede estar pasando a mí. Paco un maltratador. No puede ser. Pero, entonces, ¿qué estamos haciendo en un hospital? Estoy muy confusa. Dios mío. No entiendo nada. La cabeza me da vueltas. Tengo ganas de vomitar. Abro la puerta del aseo y cuando enciendo la luz y el espejo me devuelve mi reflejo, me quedo de piedra. Mi cara. Mi pelo.

Grito con todas mis fuerzas.

***

Resulta que estamos sentados, mi marido y yo, en el despacho de un neurólogo del hospital La Paz. No sé qué estoy haciendo aquí, y eso (no saberlo) resulta bastante desconcertante. Tengo la impresión de que acabo de despertarme después de una larga noche de sueño, de un mal sueño. Me noto cansada, con la cabeza pesada y soñolienta. Sé que estamos en un hospital porque este despacho es un consultorio médico (con su camilla, su medidor de tensión, sus agujas y jeringuillas) y sé que el hombrecillo de gafas y bata blanca que hay al otro lado de la mesa es un neurólogo porque en la pared que hay detrás suya cuelga enmarcado un diploma de la universidad. Pero no tengo ni idea del porqué estamos en esta consulta. Y lo más extraño: ni siquiera sé cómo hemos llegado hasta aquí.

Se me cierran los ojos. Me cuesta mantenerme despierta, y eso no es normal. Yo soy una mujer muy activa, y a estas horas de la mañana (tiene que

ser bien entrada la mañana, el sol entra a raudales por la ventana) suelo estar totalmente despejada. Así que tengo que deducir que esta somnolencia que no me deja pensar con claridad ha sido inducida por alguna sustancia artificial. ¿Es posible que Paco me haya dado una pastilla y me haya traído hasta aquí dormida? ¿Y por qué iba a hacer eso? Joder. Tendría que estar en el trabajo. Esta mañana tenemos la reunión con los holandeses.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto en voz alta.

El médico intercambia una mirada de complicidad con Paco, y me sobreviene la impresión de que los dos han estado hablando de mí a mis espaldas.

—Amanda, ¿recuerdas algo de lo que hemos estado hablando hace un rato? —me pregunta el doctor.

—Yo con usted no he hablado nada porque acabamos de llegar —respondo.

—No es así, Amanda. Llevamos al menos media hora hablando. Y antes de la resonancia también tuvimos una charla.

Pero qué dice este. Miro a Paco, extrañada, pero Paco, quien por cierto tiene una pinta horrible (parece que no hubiera dormido en una semana) me mira y asiente, como si le diera la razón al médico.

—Oiga, no sé por qué me ha traído aquí mi marido —le digo al doctor—. Pero que conste que he venido aquí en contra de mi voluntad. Me ha traído drogada, por si no lo sabía usted.

—Amanda, ¿qué es lo último que recuerdas? —me interroga.

—¿Por qué me hace estas preguntas? ¿Me va a explicar qué es lo que hago aquí? ¿Me pasa algo y no me lo quieren decir?

Me recorre un sudor frío al pensar que pudiera pasarme algo grave y Paco no me lo haya dicho. Un cáncer. Un cáncer de cerebro. ¿Por qué si no iban a traerme al neurólogo? Pero en seguida descarto la idea. ¿Cómo iba Paco a saber que tengo un tumor sin que yo misma lo supiera? Y además, ¿por qué iba a querer traerme aquí dormida, en contra de mi voluntad? Esto tiene que tener otra explicación.

—Por favor, Amanda, confía en mí —me dice el doctor.

Me gustaría confiar en él porque estoy muy desconcertada, pero me cuesta, entre otras cosas, porque me he dado cuenta de que el neurólogo no para de mirar el reloj una y otra vez, como si estuviese impaciente por que nos marchásemos.

—Por favor, responde, Amanda, ¿qué es lo último que recuerdas? Me refiero a recuerdos recientes. No a lo que hiciste anoche, o hace una semana, sino a lo que hiciste esta misma mañana, al levantarte.

—Pues yo.... —titubeo. Tengo la cabeza pesada y apenas puedo pensar—. La verdad es que no tengo muy claro lo que ha pasado desde anoche. Discutí con Paco, con mi marido —lo miro de reojo—. Entonces me fui sola a la calle. Estaba enfadada. Tomé un par de copas de vino en un afterhours de la calle Serrano y después regresé a casa...

Me quedo en blanco. Es extraño. Debí llegar un poco bebida y por eso no me acuerdo de nada. Miro a Paco buscando ayuda, pero mi marido, en lugar de socorrerme, se limita a menear la cabeza con tristeza. Parece abatido. El médico, por su parte, no para de mirar el reloj. Habrase visto qué desconsideración. Aunque, qué más me da. Pienso salir pitando de aquí en cuanto me aclaren qué pasa. Esta mañana tengo una reunión súper importante y a estas horas debería estar revisando toda la documentación financiera de los holandeses.

—Vamos poco a poco —dice el doctor—. ¿Recuerdas cómo llegaste a casa... *anoche*?

—No —respondo, y eso me avergüenza un poco. Tuve que beber más vino de la cuenta, seguro que iba un poco borracha, porque no me acuerdo de nada—. Recuerdo que salí del afterhours y me fui a buscar el coche para volver a casa.

—¿Y entonces qué pasó? —insiste el doctor de un modo que me resulta un poco malintencionado.

—Pues... supongo que llegué a casa y me acosté. La verdad, iba un poco bebida y no me acuerdo. No es nada raro. Suele pasar cuando se bebe. Bueno, yo no es que beba mucho, no me malinterprete, pero alguna vez me ha pasado. Vamos, a cualquiera le ha pasado.

—Entonces, según tú, anoche fuiste a casa y después, esta mañana, viniste aquí, al hospital —dice el doctor—. Dime Amanda, qué es lo primero que recuerdas de nuestra conversación.

Menuda pregunta más tonta. No sé de dónde ha salido este medicucho que no para de mirarse el reloj. Desde luego, la seguridad social está hecha una pena. No sé por qué Paco me ha traído aquí, cuando tenemos un seguro privado que nos da acceso a los mejores profesionales. Aunque lo que realmente necesito saber es por qué me ha traído a un hospital.

El doctor está esperando una respuesta, así que le contesto:

—Pues lo primero que recuerdo de nuestra conversación es a usted preguntándome qué es lo primero que recuerdo, lo cual es bastante ridículo, ¿no le parece?

—Entonces, Amanda, ¿no recuerdas nada de lo que hablamos cuando entraste en la consulta?

—No hemos hablado nada antes —niego con la cabeza. Empiezo a estar bastante cabreada con esta situación.

—Está bien, Amanda, te lo volveré a explicar. Tuviste un accidente con el coche. Ocurrió la noche que volvías de tomar algo en el afterhours, la noche sobre la que acabas de hablarme.

—¿Un accidente? —frunzo los labios como si hubiese saboreado un limón—. No puede ser. Me acordaría.

—Precisamente esa es la cuestión —replica el doctor—. El airbag de tu coche falló y te golpeaste la cabeza. Eso te produjo una contusión en el cráneo. Nada grave, aparentemente, pero alguna zona de tu cerebro quedó dañada. El daño ha hecho que no puedas guardar recuerdos a largo plazo. Tu memoria de los sucesos recientes se extingue al cabo de unos minutos —y mientras dice esto, el doctor impaciente vuelve a consultar el reloj.

—No entiendo lo que me está diciendo, la verdad —digo tiesa como un palo.

—El doctor te lo ha explicado ya varias veces —dice mi marido, que también parece impaciente por algún motivo que se me escapa.

—Verás, Amanda, aún desconocemos muchas cosas sobre el funcionamiento del cerebro y, especialmente, sobre el mecanismo mediante el cual se almacenan los recuerdos. Pero hay algo que parece demostrado, y es que existe una memoria a largo plazo que guarda todas aquellas cosas relevantes que nos ocurren. Esa memoria es la responsable de que tengamos la sensación del paso del tiempo. Aunque yo no recuerde lo que he desayunado esta mañana, o el detalle del trayecto en coche hasta el hospital, o si me paré en un semáforo u en otro, por ejemplo, sí que recuerdo haber venido en coche. Recuerdo haber desayunado antes en casa. Recuerdo haberme despedido de mi mujer con un beso. Si busco en mi mente, puedo recuperar esos momentos. La memoria a largo plazo es la que va almacenando las vivencias. ¿Entiendes esto, Amanda?

—Claro que lo entiendo —respondo. No sé a dónde quiere ir a parar.

—Entonces, imagina lo que ocurriría si esas vivencias no se pudiesen guardar en tu mente. Si, por efecto de la contusión que sufriste en el accidente, el mecanismo de la memoria a largo plazo hubiese quedado dañado. Serías incapaz de generar nuevos recuerdos más allá de la noche del accidente.

—Pues eso sería muy grave, sin duda —le digo—. Si me pasara, cosa que no me pasa. Porque yo sí puedo recordar. Que no recuerde cómo llegué anoche a casa porque estaba un poco bebida no significa que...

—Amanda, el accidente tuvo lugar hace dos semanas —me interrumpe el médico.

—¿Qué? ¿Cómo que hace dos semanas?¿Me está tomando el pelo, no?

Me quedo mirándolo con una mueca de estupor, esperando que acabe la broma. Miro a Paco, que está serio como un funeral.

—Dos semanas, Amanda. Todavía tienes los puntos en la cabeza. Puedes tocarlos encima de tu oreja izquierda.

Me llevo la mano instintivamente a la cabeza y me quedo helada. Efectivamente, noto la rugosidad de una cicatriz. Dios mío, esto tiene que ser una especie de broma.

—Esto me lo han hecho aquí antes, ¿verdad? Esta misma mañana. Lo que ha pasado es que Paco me ha traído aquí, dormida, y me ha golpeado la cabeza con algo por accidente, y me han tenido que dar puntos. O a lo mejor no me he golpeado aquí, en el hospital —reflexiono, buscando la lógica del asunto—. Anoche pasó algo cuando llegué a casa. No me acuerdo porque iba bebida. Lo reconozco. Bebí más de lo que he admitido. Puede que me cayese y me hiciese una herida, me quedé inconsciente, y mi marido me trajo al hospital. Claro. ¡Eso es! Me he pasado toda la noche aquí, inconsciente, ¡por eso no me acuerdo de cómo llegué! —exclamo, triunfal.

Respiro aliviada. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ahora lo entiendo todo. Anoche, al llegar a casa, debí tropezar y caerme. Seguro que me golpeé con la mesita de café en el salón, tiene unos filos de cristal, hace tiempo que quiero cambiar esa dichosa mesita, me caí, me golpeé en la cabeza, y me hice un tajo. Me quedé inconsciente y Paco se asustó y me trajo al hospital. Me he pasado aquí la noche, inconsciente. Seguro que me han dado algún anestésico cuando me pusieron los puntos, por eso ni me acuerdo de cómo he entrado en la consulta. Estaría todavía atontada, afectada por la anestesia.

Ni el doctor ni mi marido parecen muy contentos de mi deducción. ¡Ajá!

¡Los he pillado! No sé a qué viene gastarme toda esa broma de la memoria. Esto no es serio. Menudos profesionales de pacotilla. Seguro que es cosa de Paco. No sé qué estará urdiendo. Se me ocurre pensar que quizás tenga algo que ver con mi aventura con Costa. ¿Se habrá enterado? ¿Y si esto es una especie de venganza...?

—Entonces, ¿ella no puede recordar nada de nada? —pregunta mi marido.

—Es difícil de saber con certeza —responde el doctor—. El mecanismo de la memoria sigue siendo un misterio en muchos aspectos. El caso de su esposa no es el primero, desde luego. A menudo una contusión en la cabeza provoca pérdidas parciales de memoria. En algunas situaciones, se daña el mecanismo de generación de recuerdos a largo plazo y el paciente queda inmerso en una especie de presente continuo. En el caso de su esposa, los recuerdos a corto plazo parecen mantenerse durante un periodo de varios minutos —el neurólogo vuelve a consultar su reloj—. Tendríamos que realizar pruebas más a fondo, pero diría que Amanda puede recordar lo sucedido entre 15 y 20 minutos. A partir de ese tiempo, el recuerdo de lo vivido en ese periodo empieza a difuminarse hasta que desaparece completamente de su memoria.

—¿Pero se curará, verdad? —dice Paco—. Algo se podrá hacer. Habrá medicamentos, algún tratamiento.

—Desgraciadamente, me temo que nada específico —responde el neurólogo—. Podemos intentar estimular su memoria con algunos fármacos, aunque no tenemos seguridad en que puedan provocar una mejoría. También le prescribiré un ansiolítico. Esta situación puede provocarle mucho estrés a su esposa. Dese cuenta de que continuamente tiene que enfrentarse a situaciones desconocidas para ella. Hasta que no experimente una mejoría será mejor que se quede en casa.

—Pero, ¿puede valerse por sí misma? —pregunta mi marido.

Asisto estupefacta a la conversación. Vale. Seguid con la broma. Miro a Paco y lo fulmino con la mirada. Cuando lleguemos a casa vamos a tener una buena conversación tú y yo, le digo con la mirada.

—Amanda conserva todas sus facultades —es la respuesta del neurólogo —. Técnicamente, no podemos considerar su situación como una minusvalía. Al menos, no de momento, hasta que conozcamos el alcance real de su lesión. Sin embargo, es obvio que va a encontrar dificultades para desenvolverse en

el día a día. Tenemos que hacerle un seguimiento para evaluar su grado de independencia. Como le decía, en los próximos días será mejor que no salga de casa. Podría desorientarse fácilmente. Puede coger el metro y al cabo de un tiempo no recordar a dónde se dirigía. Podría pasarse el día dando vueltas sin rumbo. O sufrir un ataque de pánico si de pronto se encuentra en un lugar desconocido y no recuerda cómo llegó hasta allí. En casa, en un entorno familiar, no tendrá esos problemas. Aunque, incluso en su propia casa, también necesitará ayuda para orientarse. Le recomiendo que escriba unas tarjetas recordándole su situación, y que deje esas tarjetas en un lugar visible para ella. Sería incluso bueno que esas notas las escribiese ella misma para que, al ver la nota de su puño y letra, no desconfíe. También podría ser efectivo que adquiriesen una grabadora y tomase notas de voz. Sería bueno que se escuchase a sí misma contándose lo que le ocurre. Tal vez de ese modo logre estimular sus recuerdos y consolidarlos. Debemos esperar un tiempo y ver cómo evoluciona.

Mi marido asiente, yo sigo sin entender nada. A través de la ventana, detrás del doctor, capto un destello, puede ser un simple reflejo, un coche que refleja un haz de luz solar y conforma un dibujo sobre el cristal, como un aura maravillosa con tonos de arco iris en los bordes, una de esas visiones momentáneas, inalcanzables, como aferrarse a un sueño, tan efímero que luego no puedes ni recordarlo. Algo para perderse dentro y olvidarse de lo demás. Vivir ese momento, esa magia que te han regalado.

Resulta que estamos sentados, mi marido y yo, en el despacho de un neurólogo del hospital La Paz. No sé lo que estoy haciendo aquí, y es bastante desconcertante. Tengo la impresión de que acabo de despertarme de una larga noche de sueño, de un mal sueño. Me siento cansada, con la cabeza pesada y soñolienta. Sé que estamos en un hospital porque este despacho es un consultorio médico (con su camilla, su medidor de tensión, sus agujas y jeringuillas) y sé que el hombrecillo de gafas y bata blanca que hay al otro lado de la mesa es un neurólogo porque en la pared que hay detrás suya cuelga enmarcado un diploma de la universidad. Pero no tengo ni idea de porqué estamos en la consulta. Y lo más extraño: ni siquiera sé cómo hemos llegado hasta aquí.

El doctor le está hablando a mi marido de contratar a una enfermera, ¿una enfermera para qué? ¿Para quién?

—Es conveniente que ella esté acompañada cuando usted no esté en casa

—le está diciendo a Paco—. Y si tiene problemas para dormir, le recetaré somníferos.

¿Dormir? No es mala idea. Se me cierran los ojos. Me cuesta mantenerme despierta, y eso no es normal. Yo soy una mujer muy activa y a estas horas de la mañana (el sol entra a raudales por la ventana) suelo estar totalmente despejada. Así que tengo que deducir que esta somnolencia que no me deja pensar con claridad ha sido inducida por alguna sustancia artificial. ¿Es posible que Paco me haya dado una pastilla y me haya traído hasta aquí dormida? ¿Y por qué iba a hacer eso? Joder. Tendría que estar en el trabajo. Esta mañana tenemos la reunión con los holandeses.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto en voz alta.

El médico intercambia una mirada de complicidad con Paco, y me sobreviene la impresión de que los dos han estado hablando de mí a mis espaldas.

—Amanda, ¿recuerdas algo de lo que hemos estado hablando hace un momento? —me pregunta el médico mientras consulta su reloj y anota algo.

—No hemos hablado nada porque acabamos de llegar —respondo.

—¿Y qué pensarías que te dijese que llevamos al menos una hora hablando?

Pero qué dice este. Miro a Paco, extrañada, pero Paco, que tiene una pinta horrible (parece que no hubiera dormido en una semana) me mira y asiente, como si le diera la razón al médico.

Entonces el médico y Paco empiezan a gastarme una especie de broma hablando de mi memoria y de un accidente que obviamente no ha ocurrido porque yo lo sabría, y dándome a entender que no puedo valerme por mí misma y un montón de idioteces más.

¿De qué va todo esto?

Empiezo a enfadarme porque no entiendo nada. Les digo, airada, que si es una especie de broma, les va a salir muy cara a los dos.

—Esto la convencerá —le dice el médico a Paco.

Abre un cajón y saca un espejito. Me lo pone delante y me pide que me observe la cara.

Al verme me quedo paralizada por el terror. Mi cara. Mi pelo. ¿Qué me han hecho?

11
PRESENTE

Grandes cosas

No puedo creerlo. La chica de la fotografía tiene mi cara. Soy yo.

Elmundo.es | Sucesos

La madrileña Leticia Robles, de veinticuatro años de edad, se quitó presuntamente la vida la pasada madrugada saltando desde el balcón de un apartamento en el piso veinte de la turística localidad de Benidorm.

Han ilustrado la noticia con la típica foto sacada de Instagram: se me ve posando, poniéndole morritos a la cámara. Llevo el pelo distinto a como lo solía llevar antes de raparme la cabeza, con mechas y más largo. Y la cara maquillada, más cuidada, como si me hubiese pasado por un centro de estética. Pero indudablemente soy yo.

El problema es que yo nunca me he tomado esa foto. Jamás he llevado mechas y creo que nunca he tenido ese aspecto tan fresco y relajado. Obviamente, tampoco estoy muerta.

Mi hermana Gisela aparece a mi lado. Cierro apresuradamente la ventana del navegador, como si tuviese abierto algo vergonzoso. Me aterra que mi hermana vea esa foto y no le encuentre ningún parecido conmigo, porque eso constataría que estoy loca. Mientras nadie vea esa imagen, todo seguirá estando bien. Soy normal. No hace falta volver a encerrarme ni a medicarme. Nadie me persigue. Esa chica no soy yo, esa chica ni siquiera se me parece. Si estuviera loca no sería capaz de afirmar tales cosas. Los locos lo son porque confrontan sus propias ideas con las ideas de los demás. Mientras me las guarde en mi cabeza, todo va a estar bien. ¿Acaso no lo hace todo el mundo? ¿Guardarse ideas disparatadas que jamás comparte con nadie, ni con sus más íntimos amigos?

—¡Valeria! —me grita Gisela sin ningún miramiento, delante de todas las empleadas—. ¿Qué haces aquí parada? ¡Hay que recoger la sala de reuniones! ¡Ven ahora mismo!

Me levanto, sumisa, y voy tras ella. Gisela me ordena que limpie el café

derramado y que vuelva a imprimir todos los documentos estropeados. Debería ser trabajo para la chica de la limpieza, pero no discuto porque, al fin y al cabo, he sido yo la que ha provocado este desaguisado. Apilo todos los papeles manchados de café en un montón, los agarro entre los brazos y los llevo a la caja de reciclaje de papel. Después, traigo un rollo de papel secante del baño y me pongo a frotar la mesa para limpiar las manchas. Mientras lo hago, una chica vestida de ejecutiva abre la puerta y me encuentra de bruces sobre la mesa, restregando.

—Oh, lo siento, no sabía que la sala estaba ocupada, ¿te queda mucho?

—Ya he acabado —respondo poniéndome colorada.

Regreso al ordenador y empiezo a imprimir los documentos. Me aparece un símbolo como de exclamación en la barra de tareas. Hago clic. Una ventanita emergente informa que la bandeja de papel se ha atascado. La madre que la parió. Voy a la impresora y abro la tapa lateral.

Exactamente eso: un folio atascado.

Cuando intento sacarlo, se mueven unos engranajes en sentido inverso y lo arrastran hacia dentro. Cuanto más tiro, más se atasca. Es como querer deshacerse los cordones de los zapatos a tirones, cuanto más tiras, más se aprietan, pero sigues tirando. Le doy un tirón con todas mis fuerzas y entonces sale, no solo el folio, sino toda una parte de la maquinaria, que debe de ser la que guarda el tóner porque explota una nube de polvo negro que se me mete en los ojos y me hace lagrimear. Cuando intento limpiármelos me doy cuenta de que tengo las manos manchadas de hollín y la camiseta blanca espolvoreada de polvo negro. Mierda. Mierda. Mierda.

—¡Valeria! —vocifera Gisela, que viene hacia mí como un toro enfurecido—. ¡Mira la que has liado! ¡No sirves ni para hacer fotocopias!

La cabrona lo dice gritando y todo el mundo en la oficina vuelve la cabeza a mirarme. Agacho la mía. El polvillo del tóner se me ha metido en la nariz y empiezo a estornudar como una loca.

—¡Limpia este desastre! —me ordena mi hermana señalando con el dedo índice a la máquina.

Traigo un rollo de papel secante del baño y me pongo a limpiar la impresora, aunque cuanto más froto, más se embarra todo de tinta de tóner. La moqueta se está poniendo negra y no tengo ni idea de cómo se limpia algo así. Encuentro una bayeta en el office, la humedezco bajo el grifo y vuelvo a intentarlo. Comprendo, demasiado tarde, que el polvo de tóner es a la tinta

como la leche en polvo es a la leche: cuando le agregas agua… Mis maniobras han conseguido formar una enorme mancha de tinta negra en la moqueta, alrededor de la impresora. Saco unos folios del cajón y los coloco en el suelo, tapando la mancha, esperanzada en que el papel absorba la tinta. Después, me encierro en el baño, exhausta, con ganas de llorar. Cuando me miro en el espejo veo un deshollinador. Uno huérfano y especialmente lamentable. Una lágrima traza un surco en el polvillo y cuando cae en la loza blanca del lavabo la lágrima ya se ha convertido en tinta, negra como mi vida.

Me meto en un retrete y me siento en la taza del váter sin bajarme los pantalones. Saco el teléfono móvil y busco en Google el nombre de Leticia Robles con el mismo temor que un niño abriría la puerta del armario de los monstruos. Ahí aparece de nuevo, la fotografía de la chica suicida (o asesinada), es mi cara, casi tengo la esperanza de mirar y que no lo sea, pero cada vez que la miro parece más yo que antes. Esto es un sinsentido, apago el móvil y me pongo a llorar. Necesito ayuda, pero no sé a quién recurrir. Si le cuento esto a mi madre solo servirá para que quiera volver a encerrarme en un psiquiátrico. ¿Y si pido ayuda a mis hermanas? Mejor no. Mis hermanas me odian. Y ya tampoco tengo amigas. Las pocas que tenía me dieron la espalda cuando ocurrieron los Hechos Horribles. Robinson Crusoe se sentía más acompañado que yo. No hace tanto yo tenía un novio, estuve a punto de casarme. Hacía planes para tener hijos. Ser mamá me hacía una ilusión tremenda. La ilusión de ser una buena madre. Pasar todo el tiempo con mis hijos, escucharlos y comprenderlos. Mi madre dice que hay que aspirar a hacer grandes cosas en la vida. Para ella “grandes cosas” es sinónimo de “mucho dinero”. Pero, ¿qué hay más grande que crear una vida y hacerla feliz? Mi madre me desprecia porque soy débil y poco ambiciosa, porque nunca he sido lista como lo son mis hermanas. Mi madre me hace sentir pequeña, insignificante. Irrelevante. Sin embargo, detrás de mi consciencia siento que poseo algo tan grande que podría desbordar el mundo, algo que haría palidecer todo su dinero e ínfulas de grandeza, algo que ellas no poseen y yo sí. Aunque creo que pensar en ese algo intangible y esquivo y poderoso que habita el fondo de mi ser forma parte de lo que llaman locura.

Decido salir a la calle. Cruzo la oficina y me meto en el ascensor ignorando las miradas (estoy hecha un asco, por no hablar de lo llamativa que resulta mi cabeza sin pelo) y me voy directa al supermercado de la esquina. Compro una botella de vino, el más caro que encuentro en las estanterías. Para

disimular, por si me cruzo con alguien y le echa un vistazo curioso a la bolsa, escondo la botella bajo un puñado de revistas. Regreso a la oficina y me voy directa a la sala del archivo. Ahí casi nunca entra nadie. Cierro la puerta con el cerrojo por dentro. El archivo es un cuarto de una docena de metros cuadrados atiborrado de estanterías y papeles polvorientos. Todo está sumergido en una oscuridad grumosa. La única luz es la que entra por unas rejillas de ventilación. Me siento en el suelo, en una esquina, y saco un orfidal del bolso. Me lo zampo con un trago de vino directamente de la botella. Pocos minutos y varios tragos de vino después, empiezo a sentirme mejor. Hay una alegría salvaje en estar viva.

Cuando vengo a darme cuenta me he acabado la botella de vino. Ya no me siento mejor, me siento *mucho* mejor. Ojalá pudiera quedarme en este estado para siempre, en la oscuridad, a solas conmigo misma. Me hago un ovillo en el suelo y me quedo profundamente dormida.

*

Mi primer recuerdo de la infancia no es nada agradable. Lo primero que soy capaz de recordar es estar gritándole a mi madre: ¡no eres mi madre!

Exactamente eso: no eres mi madre.

Lo primero que soy capaz de recordar es a mí misma huyendo de ella. Recuerdo también a mi madre intentando agarrarme y llevarme consigo, mientras yo chillo y pataleo resistiéndome, como si en lugar de mi madre fuese un monstruo salido del armario. Debía tener cuatro o cinco años. Más allá no hay nada. Detrás de ese recuerdo solo hay un vacío aterrador. La sensación fugaz de estar perdida, sola, abandonada, en un parque, pero no sé si ese es el recuerdo de un sueño. No solo no recuerdo nada, siento pánico ante la idea de recordar. Como si al recordar corriese el riesgo de adentrarme en el territorio de una pesadilla real. Haciendo un poco de introspección, llego a la conclusión de que lo que me aterra en esta vida no es enfrentarme a otras personas, ni el dolor, ni siquiera la muerte, porque la muerte está delante, en el futuro, lo que me aterra es el vacío que hay a mis espaldas, más allá del límite de mi conciencia. Me aterra que la realidad se desencaje, que lo ilógico se vuelva real, que una amiga deje de hablarme y me odie aunque yo no le haya hecho nada, ni siquiera un pequeño desaire; que mi novio me insulte y me repudie delante de todos en el altar con la misma furia con la que me insultaría si me acabase de descubrir mamándosela a su mejor amigo minutos antes de la boda, aunque yo no haya hecho absolutamente nada para merecerme esos

insultos; que mi madre sea más mala que la más malvada bruja de los cuentos; que un desconocido me persiga por la calle, que la foto de una chica muerta sea mi foto.

Me despierto sobresaltada. Hay un espectáculo de fuegos artificiales dentro de mi cabeza, y no es nada agradable. Ver tu cara en otra persona. En el silencio subliminal, mi corazón marca la percusión de la frenética banda sonora de las pesadillas. Me incorporo con dificultad. Todo está oscuro. Me he quedado dormida en el suelo, con la cabeza sobre una carpeta como almohada. Tengo la boca seca y mis pensamientos son como un reguero de perezosa lava abrasando las circunvalaciones del cerebro. Pensar duele. Busco en el bolso una cápsula de paracetamol, pero solo encuentro los tranquilizantes. Decido tomarme otro. Algún efecto analgésico tendrá.

Abro la puerta de la sala de archivo con la precaución de un ladrón que se ha colado en una casa habitada. He debido dormir varias horas, porque la mayoría de la gente ya se ha ido. La luz del despacho de mi madre está encendida, ella siempre es la última en salir. Cuando era pequeña casi nunca la veía en casa. Cuando ella llegaba, la niñera ya nos había acostado a mí y a mis hermanas. Me recuerdo, de pequeña, cada noche bajo las sábanas, aguantando despierta para oír sus tacones resonando en el pasillo hasta detenerse junto a la puerta del dormitorio de mi hermana Gisela. Mi madre entraba, le daba las buenas noches y un sonoro beso. Después la oía salir y dirigirse al dormitorio de Aitana. Buenas noches, tesoro, otro beso. Entonces sus pasos se alejaban pasillo abajo.

Exactamente eso: besos para mis hermanas, nada para mí.

Ella nunca entró en mi habitación para darme las buenas noches. Yo no necesitaba que me leyeran un cuento antes de dormir. Yo era el patito feo y mi madre la bruja mala.

Decido irme al lugar donde habito y que a veces llamo *mi casa*, aunque en realidad es la casa de *mi* madre. Es patético, pero a mis veinticinco recién cumplidos, y pese a todos mis esfuerzos por largarme, sigo viviendo en la casa de mi madre. He intentado independizarme varias veces, pero siempre me ha salido mal. A los catorce me fugué. Me pasé el fin de semana escondida en la casa de una amiga cuyos padres habían salido de viaje. Mi aventura acabó cuando llegaron sus padres y, a pesar de mis patéticas súplicas para que me dejasen vivir allí para siempre, me echaron. A los dieciséis me fui a vivir con un novio universitario de veinte que tenía un estudio alquilado en el centro.

Todo iba bien hasta que mi madre averiguó mi paradero y amenazó a mi novio con denunciarlo por abusos a una menor. El muy cobarde acabó dejándome. Para mi siguiente intento esperé a ser mayor de edad. Me fui a vivir con un chico bastante feo pero que tenía piso propio. Todo iba bien hasta que lo pillé poniéndome los cuernos, el muy gilipollas, tuvimos una bronca fenomenal y me echó de su piso a patadas. Pasé unos días malviviendo en las calles hasta que la policía me identificó y me mandó a casa.

Mi siguiente intento de alcanzar la independencia prometía un desenlace mejor. Él se llamaba Fran. Era alto, guapísimo, y tenía negocio propio, un bar de copas que le iba francamente bien. Se enamoró de mí (o eso creía yo), y a las pocas semanas de conocernos me fui a vivir con él. Después de unos meses me pidió que nos casáramos y, sorprendentemente, a mi madre le pareció bien. Supongo que ella no esperaba de mí que contrajese matrimonio con algún ejecutivo millonario, como sí aspira con mis hermanas, así que un tío que regenta un bar de copas, desde su punto de vista, debía ser suficiente para ver colmadas sus aspiraciones conmigo. La verdad es que me enamoré de Fran como una loca. Era el hombre perfecto para mí. Una fiera en la cama, se deshacía por satisfacerme en todos los sentidos. Nada hacía sospechar que el mismísimo día de la boda, en el mismísimo altar, Fran, el hombre que iba a convertirse en mi marido, en el padre de mis hijos, de pronto se enfureciese conmigo y empezase a insultarme delante de todos los invitados. Me llamó puta, falsa, mentirosa, y mil cosas más. Reaccionó cómo reaccionaría si me hubiese pillado mamándosela a su mejor amigo en la trastienda de la iglesia justo antes de la ceremonia. Pero juro por Dios que yo no hice nada indebido. ¿Cómo iba a hacer nada que estropease lo nuestro? Estaba enamoradísima, flotaba en una nube de felicidad. Y, de pronto, el día más feliz de mi vida se convirtió en una pesadilla *real*. Aquel día perdí algo más que los nervios. Perdí el control e hice cosas que no están bien. Me ha costado meses poder volver a mirarme al espejo sin romper a llorar.

En la calle tengo una sensación extraña, como si alguien me siguiera. No puedo dejar de mirar continuamente a mis espaldas. Me siento desprotegida entre la multitud. Pero nadie se fija en mí, todo el mundo parece ir a lo suyo. Desciendo las escaleras del metro arropada por una multitud de oficinistas que regresan, ajados y ojerosos, a los lugares que habitan. En hora punta, parecemos ratas huyendo de nuestros puestos de trabajo a nuestras madrigueras a través de túneles subterráneos. Ya en el andén, echo un vistazo a

la gente que me rodea. Parecen zombis, con los auriculares puestos y la mirada perdida, o embelesados en las pantallas de sus móviles. No veo nada sospechoso. Tranquilízate Valeria. Nadie te está siguiendo. Nadie quiere matarte. Busco mi teléfono. No tengo ni un solo mensaje. Envidio a la gente que se pasa el día chateando con amigos. Es bonito estar en los pensamientos de los demás. Dicen que las relaciones a través de los móviles son frías e impersonales. Ojalá yo tuviese a alguien al otro lado de esta pantalla que me escuchase. Hablar con alguien para detener este continuo rumiar de pensamientos, este incesante discurso interior tan agotador. Me encantaría tener amigas desgraciadas que me contasen durante horas sus problemas. Detener esta tiranía del yo que solo se tiene a sí mismo para mirarse. Mi mente es como uno de esos espejos enfrentados que se reflejan a sí mismos hasta el infinito. Mis ideas entran en bucle, deslizándose sobre mis propios recuerdos, una y otra vez.

Abro el navegador del teléfono y vuelvo a echarle un vistazo a la foto de Leticia Robles, la chica suicida. Supongo que mi mente me está jugando una mala pasada, pero el parecido es *tan real*. Miro a mi alrededor con una mueca sardónica, como si estuviese siendo víctima de una especie de broma y todos los que me rodean estuviesen en el ajo. La chica que está a mi lado me mira de una manera rara y se separa un poco de mí.

Se me ocurre que debería buscar también a la primera chica, la otra que saltó desde aquel balcón. ¿Cómo se llamaba? Hago la búsqueda en Google y deslizo el dedo sobre la pantalla para pasar sobre las noticias más recientes, las que hacen referencia a la segunda chica, hasta que llego a los resultados un poco más antiguas. Veo el enlace de la noticia. Está llegando mi tren. El estruendo aproximándose a la estación retumba en el techo abovedado como un millar de vigas metálicas rodando por una pendiente escalonada. Regreso la mirada en la pantalla. Aún tengo unos segundos. Entonces algo me empuja con fuerza en la espalda. El corazón me da un vuelco y de pronto estoy volando por el aire. Un segundo después el suelo me golpea con una dureza inusitada.

He caído en las vías. El tren está entrando en el andén. Sus focos me deslumbran. Es como mirar directamente al sol. El estruendo es ensordecedor. Me tapo la cara con las manos para protegerme, como si pudiera parar con los brazos las toneladas de vagones que se abalanzan contra mí.

12.
Año 2000. Un día cualquiera.

Estoy en estado de shock. Llevo un rato mirando la nota que hay en el espejo del baño. Es una cartulina del tamaño de media cuartilla, pegada con celo al cristal. En la cartulina hay un texto escrito a mano, al parecer escrito por mí. Y digo *al parecer*, porque no recuerdo haberlo hecho. Pero es innegable: o bien alguien ha aprendido a falsificar mi letra (lo cual no descarto, dado el extraño contenido de la nota) o bien yo misma lo he escrito y no lo recuerdo (lo cual es todavía más extraño). Releo una vez más la nota con la sensación de deslizarme por un tobogán a toda velocidad:

"Sufriste un accidente hace 3 meses. Tienes amnesia temporal. No puedes recordar nada ni generar nuevos recuerdos desde entonces. No puedes ir a trabajar. Tienes que quedarte en casa hasta que te recuperes. Escucha las notas de voz de la grabadora".

Pensaría que es una broma de mal gusto de no ser por el aspecto tan chocante que tengo en el espejo. Llevo el pelo más corto de lo normal, y la raíz oscura me ha crecido tanto que el tinte rubio apenas me cubre las puntas. Recuerdo haber ido a la peluquería antes de ayer. ¿Cómo es posible que el pelo me haya cambiado tanto en solo dos días?

"Han pasado 3 meses", dice la nota.

Me noto el cuerpo pesado. He engordado. Me subo en la báscula del baño. 65kg. Ayer pesaba 60. ¿Se puede engordar cinco kilos en una sola noche?

Vuelvo a leer la nota. ¿Y si es verdad? Amnesia temporal. La incapacidad para generar nuevos recuerdos. Una vez leí algo sobre esa enfermedad. Aunque no es una enfermedad. Se produce, a veces, si te das un golpe fuerte en la cabeza. Pero ayer era ayer. De eso no tengo duda. Sin embargo, están todos estos cambios drásticos en mi cuerpo.

Arranco la tarjeta y la llevo conmigo sin perderla de vista. En al salón, la grabadora que menciona la nota está sobre la mesita de café. No recordaba tener una grabadora. La habrá comprado Paco. Mi marido debe estar trabajando. Supongo que él podría explicarme lo que me pasa. Mis hijas están en el colegio. Ayer hice planes para pasar hoy la tarde con ellas. Ayer es ayer. De eso no tengo duda. Pero, ¿cómo se explica el aspecto tan desmejorado que

tengo?

Agarro la grabadora. Es de esas modernas que tienen una memoria interna en vez de una cinta de casete. Le doy al *play*. Del pequeño altavoz sale mi propia voz, aunque tampoco recuerdo haber dicho lo que estoy diciendo:

"Esto es un mensaje para mí misma. Ah, hoy es veinticuatro de octubre de 2000..."

¡Veinticuatro de octubre! ¡Pero si estamos en Julio!

"...Estoy grabando este mensaje de voz en la consulta del doctor Sempere, un neurólogo de la clínica Ruber. El doctor Sempere me ha explicado mi situación, y he tenido que admitir que tiene razón. Las pruebas son irrefutables. Al parecer, voy a olvidarlo todo dentro de unos minutos. El doctor me ha pedido que me deje este mensaje a mí misma y que lo escuche cada vez que me sienta desorientada. Mmmm... (pausa) Bueno, pues ahí va: Amanda, tienes un problema y tienes que admitirlo. No luches. Serénate. El estrés acelera el olvido. Mantente relajada. Estoy repitiendo los consejos del doctor. Cuando más tranquila estés, más tiempo podrán perdurar tus recuerdos del corto plazo. En la mesita de noche tienes Valiums. Toma uno si te pones nerviosa, y anota la fecha y hora en que lo has tomado. No debes tomar más de 4 al día. Mmmm... ¿Qué más puedo decir? (pausa) Todo esto es muy raro, pero me dicen que tengo que aceptarlo. Es posible que mejore. Así que es posible que cuando escuche esto no me esté contando a mí misma nada nuevo. Ojalá. ¿Qué más? Ah, sí, Paco cuida de ti. Tienes que hacer caso a lo que te diga. Aunque a veces te resulte incomprensible. Tienes que seguir ciegamente las instrucciones de tu marido".

Escucho la grabación un par de veces. En la pantallita del aparato hay un contador de reproducciones. Indica 284. Debe estar roto. Es imposible que haya escuchado esta grabación tantas veces. Me acordaría.

Hoy tendría que estar en el trabajo, en la reunión con los holandeses. Aunque, si es verdad lo que me digo a mí misma en la grabación, ¡la reunión tuvo lugar hace tres meses! El corazón se me acelera y la angustia se expande en mi interior como el chorro de tinta de un calamar. Se me saltan las lágrimas. No sé qué hacer, la verdad. ¿Debería irme a trabajar? Supongo que sí. Tengo qué averiguar lo que ha pasado con el fondo de inversión de los holandeses. Trabajé tan duro para conseguirlo. No me puedo creer que todo eso haya quedado atrás.

Enciendo la tele y miro la fecha en el teletexto. Efectivamente, hoy es tres

meses más tarde que ayer. Es como si hubiese estado en coma durante mucho tiempo y me acabase de despertar. Pero eso no significa que sea una inválida, ¿no? Me siento en mis plenas facultades. Puedo ir a trabajar. Lo mejor será que me vista y me vaya al trabajo. Vale. He estado atontada tres meses. Pero ya he despertado, ya es hora de que retome mi vida normal.

Voy al dormitorio para vestirme. Abro el armario para coger algo de ropa y veo que hay otra cartulina pegada a la puerta, también con una nota también escrita por mí, al menos es mi letra:

"No vayas a trabajar. Estás de baja. Quédate en casa".

Cuando escribí esta nota debía estar bastante mal. Pero ahora me encuentro perfectamente. No veo razones para no irme a trabajar. Aunque, eso sí, tendría que pasarme antes por la peluquería. Tengo el pelo hecho un asco. Y desde hoy mismo tengo que hacer ejercicio. Mierda. Pero si la falda no me da. ¿Cómo he podido engordar tanto?

Acabo poniéndome una falda de cuando estaba embarazada. Joder, hasta tengo los pies hinchados y los zapatos me hacen daño. Será mejor que me dé prisa o voy a llegar tarde. Cuando voy a maquillarme me veo de lo más rara. Tengo el pelo corto y se me ha caído casi todo el tinte. No debería extrañarme tanto. Al parecer he estado convaleciente, o algo así. He estado en una especie de coma durante unos días. Alguien me lo ha contado hace un rato, ¿o lo he leído en alguna parte? No me veo bien, la verdad. El espejo me devuelve la imagen de alguien que no soy yo. Es una sensación rara. Me veo más vieja y a la vez más joven. El tinte mal dado en el pelo y la cara sin arreglar, las cejas sin depilar, con la piel tan reseca y escamosa (por Dios, necesito un buen lifting y una base hidratante). Me veo envejecida, pero también me parezco a cómo era cuando tenía veinte años y no me cuidaba nada. En aquella época me pasaba el día estudiando, no me preocupaba nada de mi aspecto físico. Ni me teñía el pelo, ni me sometía a costosos tratamientos de belleza. Mi única obsesión era acabar la carrera siendo la número uno de mi promoción, conseguir un buen trabajo en un banco de inversión y convertirme en una mujer de éxito, sofisticada, con el pelo recién salido de la peluquería cada día y la piel cuidada. Yo era esa mujer con la que soñaba convertirme. Ayer lo era. Hoy ya tengo mis dudas. La imagen que me devuelve el espejo me hace sentir como si mi vida se hubiese bifurcado en otra dirección. Como si no hubiese tenido éxito en los negocios. Es la cara de una mujer que trabaja diez horas en una fábrica de mala muerte por ochenta mil pesetas al mes. Es la cara de una

mujer fracasada.

Miro a mi alrededor. Estoy en mi piso de la calle Velázquez, en uno de los barrios más exclusivos de Madrid. Una mujer fracasada no viviría aquí. La luz del baño se refleja en el espejo y capto un destello de reojo, como un aura maravillosa con tonos de arco iris en los bordes, una de esas visiones momentáneas, inalcanzables, como aferrarse a un sueño, tan efímero que luego no puedes ni recordarlo. Algo para perderse dentro y olvidarse de lo demás. Vivir ese momento, esa magia que te han regalado. Salgo de ni ensoñación. Me doy un poco de sombra de ojos y me pongo una buena base de maquillaje en la cara. Joder, qué pálida estoy. Parece que no me hubiera dado el sol en un siglo. No me vendría mal una sesión de rayos UVA. Me pinto los labios y ya estoy lista. Esta tarde, cuando salga del trabajo, me ocuparé del pelo.

Cuando voy a salir por la puerta me llevo una sorpresa desagradable. ¡La puerta está cerrada con llave! Paco ha debido echar la llave al irse. Pero vamos a ver, ¿dónde está mi llave? Busco en el bolso. No la encuentro. Joder. ¡Voy a llegar tarde al trabajo! Miro en el cajoncito del mueble del recibidor, donde siempre tenemos una copia. Tampoco está. Empiezo a cabrearme. ¿Cómo se le ocurre a Paco irse y dejarme encerrada? Será idiota. En un arrebato de impaciencia intento abrir la puerta de un tirón, pero es blindada y obviamente no se va a abrir por mucho que tire, solo consigo hacerme daño en la mano y romperme una uña. Joder. Paco, te voy a matar.

Me pongo a buscar como una loca la llave. Rebusco en todos los cajones, pero nada. Estoy segura de que tenemos copias. Pero no están por ninguna parte. Y tampoco la mía, que siempre la llevo en el bolso. Esto tiene que ser cosa de Paco, ha tenido que escondérmelas a propósito. Pero, vamos a ver, ¿por qué iba a querer dejarme encerrada?

La única explicación que se me ocurre es bastante absurda: Paco pretende que hoy no vaya a trabajar para que fracase mi negocio con los holandeses. Anoche se lo dije, que tenía una reunión muy importante. Así que ha tenido que hacerlo a propósito. ¡Uno no deja a su mujer encerrada por error y se lleva todas las llaves de la casa!

¿Y por qué va a querer mi marido que me pierda la reunión? Para fastidiarme. Porque sabe que es muy importante para mí. Está claro que Paco tiene envidia de mi éxito. No soporta que su mujer gane más dinero que él. Pues muy bien, cuando nos divorciemos ya podrás casarte con cualquier muerta de hambre que te haga sentir un machito poderoso. Porque yo me

divorcio. Esta ha sido la gota que colma el vaso. Me doy cuenta de cual es la estrategia de Paco. Muy listo. Quiere que sea yo quien ponga la demanda de divorcio. Por eso me está puteando. Para que sea yo quien dé el primer paso. Así él podría reclamar mi dinero. Seguramente va a querer quedarse con este piso. Y con el BMW. ¡Y hasta con el Picasso! No, esto hay que pensarlo bien. Si yo pongo la demanda tengo las de perder. Tengo que consultar un abogado.

Mierda. Estoy que me subo por las paredes. Encerrada en mi propia casa. No me lo puedo creer. Esto es absurdo. Llamo a Paco, pero el desgraciado no me lo coge. Cobarde de mierda. Se va a enterar cuando vuelva. Dios, pero qué cabreada estoy. Tengo que llamar a Costa y avisarle de que no llegaré a tiempo para la reunión. Que vayan haciendo sin mí. Pero no puedo decirle que mi marido me ha dejado encerrada en casa. ¿Qué clase de chiflado va a pensar que tengo por marido? Por Dios, qué vergüenza. Hacerme esto a mí. Tengo que pensar alguna excusa. Que estoy enferma. Eso es. Que me he despertado con la barriga descompuesta. Gastroenteritis. Que no puedo salir de la cama.

Entonces escucho el sonido de la llave al otro lado de la cerradura. Paco ha vuelto, se va a enterar el desgraciado.

Cuando se abre la puerta, sin embargo, veo una cara desconocida, una mujer, una señora de mediana edad, bajita, con una media melena lisa, cabello negro, ojos hundidos… no la conozco de nada.

—Hola, Amanda —me saluda tan tranquila.

—¿Quién es usted, por qué tiene la llave de mi casa?

—Soy tu enfermera, Amanda, soy Nieves.

—Yo no necesito una enfermera. ¿Quién le ha dado las llaves de mi casa?

—¿No está tu marido? —me pregunta con cara de asustada.

—No, Paco se ha ido esta mañana y me ha dejado encerrada en la casa —. ¿Qué hago yo diciéndole estas cosas a una desconocida? Por alguna razón, no me siento tan enfadada como debiera, es como si conociera a esta señora de algo.

—Bueno, ¿puedo pasar?

—No, no puedes pasar.

La señora, entonces, con una media sonrisa, rebusca en su bolso y saca una fotografía. En ella aparecemos las dos, ella y yo. Estoy casi irreconocible, pero soy yo; ella, la tal Nieves, está sonriendo, yo tengo una mueca plantada en la cara.

—No te preocupes, Amanda, ha sido un error mío, no debería haber

venido sin asegurarme antes de que estaba tu marido, solo déjame pasar y te lo aclararé todo, igual que el otro día.

—¿Igual que el otro día? ¡Yo no la he visto a usted jamás!

—Amanda, mira la fotografía, ¡somos tú y yo!

Impactada por lo absurdo de la situación, o porque no he comido nada desde… quién sabe cuándo, siento de repente la cabeza demasiado ligera, me tiemblan las piernas, la señora se mete en la casa, no le digo que pase, pero tampoco se lo impido. Me sostiene por los hombros cuando estoy a punto de desplomarme. Me conduce al salón, me sienta en el sofá.

—Descansa, Amanda, no pasa nada, solo túmbate aquí, ponte cómoda, te voy a traer tu té preferido.

—Mi té preferido es…

—Lo sé, te lo traigo en unos minutos…

Todo me da vueltas, escucho a la señora en la cocina, por todos los santos, ¿tengo una desconocida en la cocina y yo aquí tan tranquila?

Esa foto de las dos, ¿será un montaje?

Instintivamente, mis ojos se me van al Picasso, sigue ahí, dónde siempre. Es un Picasso, sí, un pedazo de papel que vale casi tanto como todo el piso, y en un marco de apenas veinte euros. Descuidado en la pared, sobre la repisa de libros, mal iluminado, ignorado, nunca nadie me ha preguntado por él, ni siquiera Paco, mi marido, todo el mundo asume que es una lámina, y esa es su mejor protección, la gente no sabe, la gente no recuerda que es un Picasso original. A través de la ventana, un rayo de luz incide sobre el cristal del cuadro, capto un destello, como un aura maravillosa con tonos de arco iris en los bordes, puede ser un simple reflejo que conforma un dibujo sobre el cristal, una de esas visiones momentáneas, inalcanzables, como aferrarse a un sueño, tan efímero que luego no puedes ni recordarlo. Algo para perderse dentro y olvidarse de lo demás. Vivir ese momento, esa magia que te han regalado.

Siento retorcijones en el estómago y calambres en la espalda. ¿He pasado la noche en el sofá? Sobre la mesita de café hay una taza de té, vacía, todavía guarda el aroma del té, todavía lo siento en mi garganta, ¿cuándo me he tomado este té?

¿Son las doce del medio día? Por Dios. ¿No venían hoy los holandeses?

Llamo a Costa. Tengo que insistir un par de veces hasta que me lo coge.

—Amanda... ¿Cómo estas? —me pregunta con un tono de precaución.

No parece cabreado porque no haya aparecido todavía por la oficina. Más bien parece, ¿impaciente?

—Hola Costa, disculpa, verás, he pasado muy mala noche. Creo que tengo gastroenteritis. Tengo fiebre y unos retortijones horribles. No voy a poder ir hoy a la oficina.

—Lo entiendo Amanda, no te preocupes. No pasa nada.

—Ah, yo, lo siento mucho, de verdad. Tienes todos los informes del fondo de inversión holandés en mi escritorio. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Siento mucho no poder estar ahí, de verdad. Mañana seguro que estaré mejor.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Amanda. De verdad. No te preocupes por el trabajo. No es necesario que vengas en una buena temporada. Nos estamos apañando bien sin ti. Tranquila. De verdad.

—Eh, sí, no te preocupes. Mañana me incorporo sin falta. Adiós.

Cuelgo. ¿Pero de qué va este gilipollas? ¿Falto un solo día y ya me está diciendo que se están apañando bien sin mí? ¿Que no hace falta que vuelva en una buena temporada? Joder. Me parece que mi ausencia le ha sentado peor de lo que quiere admitir. Se me saltan las lágrimas de rabia. Y todo por culpa de Paco. Yo es que a este hombre lo mato.

Entonces, me fijo en una cartulina que hay en la mesita de café, debajo de la taza vacía de té. Hay una nota escrita por mí (es mi letra, sin duda) aunque no recuerdo haberla escrito.

***

Cuando por fin llega Paco estoy hecha una furia. No me puedo creer que me haya encerrado en casa. Y más vale que no intente decirme que ha sido un accidente, porque me he vuelto loca buscando las llaves de repuesto por toda la casa, y nada.

—¿Por qué me has encerrado? —le grito en cuanto lo veo entrar por la puerta.

Paco me mira con gesto cansado. Parece envejecido. Tiene unas ojeras enormes.

—Amanda, no puedes salir a la calle, estás enferma —me dice con el mismo tono con el que se le respondería a un niño que ha preguntado por

enésima vez cuánto falta para llegar.

—¿¡Pero de qué coño me hablas!? Tú sabes el mal rato que me he pasado aquí encerrada, esperando que el señor se digne a venir a abrirme. Me cago en la hostia, Paco, que llego tarde a trabajar.

—Amanda, son las ocho de la tarde. No es que llegues tarde, es que se te ha pasado la jornada —me dice con tono cansino.

—¿Pero tú me tomas por imbécil o qué? —le grito.

Paco pasa de mí y se va a la cocina. Abre una lata de cerveza y se pone a beber, tan tranquilo. ¡A estas horas de la mañana! Miro mi reloj de muñeca. Son las ocho. Si me doy prisa todavía llego a tiempo.

—Dame la llave, Paco. Me voy pitando. Tengo que estar en la oficina antes de las nueve.

—Amanda, te he dicho que son las ocho—de—la—tarde. ¿A dónde coño te crees que vas?

Estoy a punto de mandarlo a la mierda cuando me doy cuenta de que hay algo raro en la luz que se filtra por las cortinas. Nuestra casa está orientada al oeste, así que la luz del amanecer no incide directamente. Sin embargo, el sol se cuela por las rendijas. O han girado 180 grados el edificio, o está atardeciendo. Pero no puede ser. Si me acabo de levantar. ¿Me habré quedado dormida todo el día? Eso explicaría la pesadez de cabeza que tengo. Pero eso es absurdo.

Solo hay una explicación, y solo hace que me enfade más:

—Paco, ¿me has dado alguna pastilla de dormir a escondidas?

—¿De qué me hablas ahora, Amanda?

—Un somnífero. Anoche me diste algo cuando llegué, ¿verdad? Me pusiste una pastilla en mi agua. Me he pasado el día durmiendo. Hijo de puta, ¡sabes la reunión tan importante que tenía esta mañana!

Paco me mira con expresión indolente. A él todo le resbala. Tengo ganas de borrarle esa expresión de la cara a golpes.

—Yo no te he dado somníferos, Amanda.

—Pues alguien me ha dado un té, ahí está la taza, en la mesita de café.

—Te lo habrás hecho tú, te lo habrá hecho Nieves.

—¿Nieves? ¿Quién coño es Nieves?

—Por Dios, ¿ha venido Nieves? ¿Le tocaba venir hoy, verdad?

—¿Pero de quién hablas, Paco? ¿Quién es Nieves?

—Mierda, ahora entiendo la llamada perdida, espero que no le hayas

gritado, al menos.

—¿Gritado, a quién? ¡Paco, explícame lo que está pasando!

—Yo te lo explicaré todo, Amanda, te lo prometo, pero ahora mismo estás demasiado alterada. Tienes que tomarte otro tranquilizante ahora mismo.

—¿Y tienes la cara dura de decirme que no me has dormido? ¿Y encima me dices que me tome *otro* tranquilizante? Eres un cabrón, Paco.

—Amanda, para ya...

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Has querido que me perdiese la reunión, ¿no es eso? —le increpo a gritos. Estoy fuera de mis casillas. Es que cuanto más lo pienso más enferma me pongo—. Te dije que era una reunión muy importante y me la has jodido poniéndome un somnífero en la bebida. Que pasa, que te jode que tu mujer gane más dinero que tú. Con semejante desgraciado me casé.

—Amanda, por favor, no me insultes...

—¡Pues te insulto, claro que te insulto! —le sigo gritando de la rabia—. Después de lo que me has hecho. Eres un cabrón, un desgraciado y un mierda fracasado. Eso es lo que eres, un fracasado.

—¡Y tú eres una puta loca! —me grita Paco—. ¡Asume tu situación de una puta vez! ¡Estás mal de la cabeza! No puedes ir a trabajar, ni a ningún sitio. Joder.

—¿Pero qué dices, desgraciado? ¡A mí no me pasa nada! No intentes hacerme pasar por loca. Eso no te lo permito. ¿Qué estás buscando, Paco? ¿Quedarte con mi dinero? ¿Por eso me quieres hacer pasar por loca?

—Amanda, por favor, para esto. Tienes que tranquilizarte. Tómate la puñetera pastilla.

—¡Que te den por culo a ti y a la pastilla!

Me voy. No soporto esto. No puedo quedarme bajo el mismo techo que este hombre que me quiere destruir la vida. La cabeza me va a explotar. La ventana es un rectángulo de oscuridad. Se ha hecho de noche. Me quedo congelada en el recibidor. No sé a dónde voy. Estoy desorientada. Me siento como si condujese de noche a toda velocidad por una autopista y de pronto se borrasen las líneas del asfalto frente a mí. Como si la carretera entera se hubiese sumergido en la oscuridad. Siento vértigos y escalofríos y tengo ganas de vomitar. Voy al cuarto de baño y vomito el desayuno. Pero qué desayuno, si es de noche. ¿Cómo ha podido pasárseme el día de esta manera tan absurda? Sentada en la taza del váter, me miro en el espejo. Tengo una pinta horrible.

Dios mío. Parezco enferma. La cara tan pálida y el rímel corrido como si me hubiera pasado el día llorando. Algo me pasa. Me siento fatal. Dios mío, por favor, qué mareo, no puedo pensar con claridad, no puedo centrarme.

Entra Paco en el baño. Lleva un vaso de agua en la mano. Me ofrece una pastilla.

—Tómate esto, por favor, te sentirás mejor.

Le hago caso y me trago la pastilla. Tiene que pasarme algo. No es normal lo mal que me siento. La pastilla me hace efecto porque enseguida noto cómo se me aflojan los cables por dentro. Necesito dormir. Se me cierran los ojos. Paco me agarra del brazo y me lleva tambaleante hasta el dormitorio. Me deja caer en la cama y me tapa con la manta. Ni siquiera me ha quitado la falda ni las medias. Pero yo no tengo fuerzas ni para desnudarme. El cuerpo me pesa. Me quiero hundir en la oscuridad. Mañana será otro día. Mañana todo estará bien, me digo a mí misma.

Paco está haciendo una llamada con el móvil, sus palabras me llegan desde muy lejos.

—Lo siento, Nieves, lo comprendo… ¿te ha golpeado?

Escucho una voz al otro lado, de mujer, cabreada.

—Mira, no pasa nada, te pago lo queda de mes y no tienes que venir más, ¿de acuerdo? Debes comprender su estado… debes…

Cuelga el móvil.

—¿Qué has hecho, Amanda? ¿Le has dado una hostia a tu enfermera?

Su voz me llega como si alguien me gritase al otro lado de una columna de agua.

—Esto tiene que acabarse, Amanda. No podemos seguir así.

¿Así, cómo? Miro a Paco, que me observa desde arriba. Su expresión me resulta siniestra. Me arrepiento de haber dejado mi vida en manos de este hombre, pero ya no puedo dar marcha atrás. La cabeza me pesa demasiado y estoy a punto de sumergirme en un sueño profundo. Antes de claudicar al sueño pienso en mis hijas. ¿Dónde están mis hijas? Sé que algo va mal. Mis niñas pueden estar en peligro y yo no puedo hacer nada para ayudarlas.

13
PRESENTE

Segundo intento

El tren llega a toda velocidad. El chillido de los frenos no me deja escuchar mi propio grito (ni siquiera estoy segura de si estoy gritando) mientras la luz me envuelve hasta que todo lo que observo es blanco, brillante, aunque (creo) tenga los ojos cerrados. Sé que estoy gritando porque siento la vibración de mis cuerdas vocales.

De pronto me siento incorpórea, sin peso, dejo de sentir la presión de mis pies sobre las vías. Envuelta en luz, mi cuerpo se eleva como por arte de magia. Un instante después, estoy tumbada en el arcén, viendo pasar los vagones a toda velocidad.

Hay alguien a mi lado, en el suelo. Es un hombre, vestido con el uniforme de guardia de seguridad. Está jadeando. En seguida se forma un revuelo a nuestro alrededor. Un bosque de piernas y caras mirándonos, y yo en el centro. Voces preguntando qué ha pasado. Voces respondiendo: se ha caído a las vías. Otros dicen: Ha saltado.

¡No he saltado! ¡Me han empujado!

Alguien está intentando matarme. Segundo intento.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el guardia de seguridad mientras me ayuda a incorporarme.

—Creo que sí —respondo, aunque me siento como si me hubiesen exprimido por dentro—. Alguien me ha empujado a las vías —digo con voz trémula.

—Será mejor que llame a la policía —responde.

Una multitud de curiosos me mira como si yo fuese una atracción de circo. Algunos me hacen fotos con el móvil. La cabeza me da vueltas y me tiemblan las piernas, siento un pinchazo de dolor en la cabeza y en el costado, debí golpearme cuando caí a las vías, noto también una punzada en mitad de la espalda, justo dónde me dieron el empujón. El guardia de seguridad me toma del brazo y me pide que le acompañe a la superficie. Me tiemblan las piernas cuando subo las escaleras y tengo que apoyarme en el brazo del guardia para no caerme. Arriba, nos aguarda una pareja de la policía municipal, dos

hombres uniformados de azul. Uno de ellos empieza a hacerme preguntas. Le explico que alguien ha intentado matarme. ¿Está segura? ¡Sí! ¡Estoy segura, joder! ¡Me empujaron! Los miro con los ojos muy abiertos. Ellos me miran de arriba abajo. Intercambian una mirada que esconde secretas deliberaciones sobre mi persona. Me doy cuenta de que no tengo el aspecto más confiable del mundo.

¿Ha bebido usted? ¿Le importa que le hagamos la prueba de alcohol?

Lo que faltaba. ¿Qué se piensan? ¿Qué me he caído a las vías porque estoy borracha? ¿Qué me he tirado? Lo que tienen que hacer es bajar a interrogar a la gente que había en el andén, seguro que alguien ha visto al que me empujó.

Me explican que, a estas alturas, todos los viajeros ya habrán cogido el siguiente tren, va a ser imposible encontrar testigos. ¿Tiene alguna lesión? Podemos llevarla al hospital, dice. No, estoy bien, miento.

La verdad es que no estoy nada bien. El dolor es lo de menos, lo que me angustia es que alguien me persiga para matarme. Miro a la gente que pasa a nuestro alrededor. Algunos vuelven la cabeza curiosos. Atisbo más allá de la calle, a la gente al otro lado de la acera. Tengo la sensación de que alguien me observa.

Exactamente eso: alguien me observa.

Pero quién. La idea de quedarme sola en la calle me aterra.

—¿Pueden llevarme a mi casa, por favor? —les pido a los agentes—. Solo quiero que me lleven a casa.

Me conducen hasta el coche patrulla. Todo el mundo me mira hasta que por fin nos ponemos en marcha. Desde el interior del vehículo las calles tienen un extraño color sepia. De la radio de la policía no paran de salir voces metálicas anunciando pequeños desastres: un robo, una agresión, un intento de violación, un asalto... una chica cae a las vías del metro... una chica muere... Es agradable estar aquí, en un coche de policía, a salvo, atisbando desde una posición privilegiada las pequeñas miserias de la vida de otros. La sociedad, en esencia, es como una jungla salvaje, un continuo intercambio de golpes, un caótico equilibrio entre la vida y la muerte, un pulso continuo entre los poderosos y los débiles, entre las fuerzas del amor y las del odio. Hay buenos y hay malos, pero sus papeles se intercambian continuamente. El desdichado trabajador explotado por su jefe y digno de lástima por ello, se convierte en un tirano explotador de su esposa al llegar a casa. El inocente niño que sufre

acoso escolar, tortura cruelmente insectos moribundos para divertirse. La mamá cariñosa con sus hijos, humilla sin piedad a la chica del servicio. Todos somos buenos y amables en nuestros papeles navideños, mientras tanto, miles de refugiados de la guerra de Siria mueren ahogados intentando cruzar el Mediterráneo. Los de abajo odian a los de arriba pero están deseando convertirse en ellos. Me pregunto cuál es mi lugar en el mundo, mi lugar en esa cadena. A quién hago daño y quién me lo hace a mí.

Llegamos a la casa de mi madre, el lugar donde habito. Se trata de un pequeño chalet en el centro de Madrid, en la colonia de antiguos obreros de "La Fuente del Berro", bajo el Pirulí, ahora reconvertida en una zona residencial para nuevos ricos, sobre todo del mundo del espectáculo. Mis vecinos son gente como Luis Eduardo Aute, el escultor Santiago de Santiago, el escritor Fernando Sánchez Dragó, o los actores José Luis Gómez y Aitana Sánchez—Gijón. La verdad, apenas me he cruzado con ellos un par de veces en mi vida, y me importa una mierda, por más que mi madre siempre está presumiendo de vecinos.

Hablando de mi madre. Ya está en casa. Veo su coche aparcado en la puerta. Pueden dejarme aquí, le pido a los agentes, pero insisten en acompañarme. El sol segado del atardecer nos deslumbra entre las hojas de los árboles mientras nos aproximados al pequeño chalet de dos plantas. Nos recibe ella, mi madre, que me lanza una mirada indescifrable al verme llegar escoltada por dos policías. No, madre, no he hecho nada malo, esta vez no.

—¿Qué ha hecho mi hija? —pregunta ella con frialdad.

—Su hija se ha caído en las vías del metro.

—Me han empujado. Han intentado matarme —puntualizo.

Mi madre no parece muy afectada por la noticia. Me mira como si hubiese sido yo la que ha intentado matar a alguien.

—Su hija afirma que alguien la sigue para matarla, y que no es la primera vez que lo intentan. Si ponen una denuncia iniciaremos una investigación.

—Disculpen, pero creo que les debo una explicación —responde mi madre—. Por favor, pasen un momento.

Los policías intercambian una rápida mirada y después cruzan el umbral. Mi madre les conduce por el corto pasillo hasta el salón, y allí les invita a sentarse en el sillón de piel de búfalo que lo preside. Yo me quedo de pie, en un extremo de la habitación, de brazos cruzados. Durante unos segundos los policías admiran el lujo a su alrededor. Supongo que no están acostumbrados a

estos ambientes de techos altos, alfombras persas y maderas nobles en el mobiliario, de estilismo de diseño de autor y obras de arte moderno. Yo siempre he odiado mi casa. Me parece el lugar más frío e inhóspito del mundo.

—Mi hija, lamentablemente... Cómo puedo decirles esto —dice mi madre —. No es la primera vez que tenemos un *incidente* con ella.

—¿A qué se refiere? —pregunta uno de los policías, mirándome de reojo.

—Hace un año, Valeria tuvo un episodio psicótico. Intentó suicidarse.

Los policías vuelven la cabeza hacia mí.

—Yo no intenté suicidarme —digo en voz esforzadamente baja, haciendo un esfuerzo por contener la rabia—. Fue un accidente.

—Para mí es duro y triste a la vez reconocerlo —dice mi madre—. Mi hija quiso matarse con pastillas. Afortunadamente, pudimos salvarla a tiempo. Ha pasado una temporada ingresada en un psiquiátrico. Sufría manía persecutoria. Tengo los diagnósticos, si quieren verlos. Me temo que ahora esté sufriendo una recaída.

—¡Eso no es verdad! ¡Alguien quiere matarme! ¡Tengo pruebas!

—¿Qué pruebas, Valeria? —me pregunta mi madre mirándome fijamente.

—Alguien tiene que haber visto cómo me empujaban en el metro —chillo con desesperación—. Tienen que investigarlo. Hay un asesino suelto.

—Les agradezco su tiempo —prosigue mi madre—. Pero comprenderán que no hay nada que investigar en esta situación.

—Nos hacemos cargo —responde el policía—. Esperemos que su hija se ponga bien lo antes posible.

No puedo seguir escuchando. Nadie me cree. Hasta mi propia madre me toma por loca. Me voy a mi habitación resoplando de la ira. La casa que habito tiene tres plantas y un pequeño jardín, aunque en realidad, de todo este espacio, yo solo habito una pequeña habitación en el sótano. En la planta superior están las habitaciones de mi madre, a las que está terminantemente prohibido subir. En la segunda planta, las estancias de mis dos hermanas, que conservan desde que eran niñas. Yo antes también tenía un dormitorio en esa planta, pero a los doce años mi madre me castigó "por mi reiterado mal comportamiento" y envió mi dormitorio al sótano, donde aún sigo durmiendo. Según ella, me pasaba tanto tiempo castigada, encerrada en el sótano, que ya solo me faltaba ponerme allí la cama, y eso es lo que hizo.

Lo bueno de vivir en el sótano es que estoy al lado de la bodega. Antes de meterme en mi habitación, entro en la reserva de vinos y agarro una botella

al azar. En mi cuarto, mientras me descalzo y lanzo los zapatos a la otra esquina, le doy un largo trago a la botella. Saco un Valium y me lo trago. Me siento en el borde de la cama, sujetando la botella entre las piernas. No debería mezclar tranquilizantes y alcohol, pero es la única manera que tengo de que la cabeza deje de irme a mil por hora. Cuando era pequeña, soñaba con despertarme un día y descubrir que me habían crecido unas alas, como las mariposas. Alzaría el vuelo y me alejaría volando de casa para no volver jamás. Ahora, viendo mi reflejo en el espejo de la cómoda, la cabeza sin pelo, con sus prominencias y depresiones, como un paisaje lunar, tengo la impresión de que me he convertido más bien en una cucaracha, como en el célebre relato de Kafka.

Exactamente eso: una cucaracha.

No voy a llorar.

Me voy quedando adormilada por el efecto del Valium. Una vez, en el colegio, nos preguntaron a los niños lo que queríamos ser de mayor. Una niña dijo que sería médico, para ayudar a la gente que sufre. Otro niño dijo que sería misionero, para ayudar a la gente de los países pobres que lo está pasando mal. Yo dije que quería ser asesina, para matar a todos los hombres malos y que así dejasen de hacer sufrir a la gente buena. Me parecía una forma mucho más eficaz de ayudar a la gente a acabar con el origen de sus problemas. La profesora se escandalizó y llamó a mi madre, que me castigó una semana en el sótano (este mismo sótano que acabaría convertido en mi dormitorio, castigo permanente).

¿Qué voy a ser de mayor? ¿Alguna vez llegaré a ser mayor? Me dejo caer de espaldas sobre la cama con un suspiro. El futuro es una mierda. El pasado es una mierda. Solo te queda el presente, que, mira tú, también es una mierda.

Me quedo dormida. La botella se me escurre entre los dedos y cae al suelo. El estruendo me despierta. Abro los ojos y siento que algo me hace cosquillas en la pantorrilla. Elevo la cabeza y lo que veo, posado en mi pierna, es demasiado horrible para ser verdad.

14.
Año 2000. Un día cualquiera.

Me siento como un conejillo de indias. Uno muy desorientado. Estoy en la consulta de un neurólogo, el doctor Sempere, en la clínica Ruber. No recuerdo cómo he llegado, hasta hace un minuto ni siquiera sabía lo que estoy haciendo aquí. El doctor me ha pedido que le explique cómo me siento en este momento, y esto es lo que le he contestado:

—Como si me hubieran arrancado del sueño en mitad de la noche y me hubiesen tele—transportado a este lugar —respondo, mirando confundida a mi alrededor.

Y es que eso es precisamente lo primero que he pensado. Que me han dado un somnífero y que me han traído aquí mientras estaba dormida. Pero el neurólogo dice que no. Que lo que me pasa es que no puedo recordar nada desde el día que tuve un accidente de coche. Un accidente que, según el médico, pasó hace tres meses, aunque yo estoy segura de que la noche del supuesto accidente (y digo supuesto, porque el accidente tampoco lo recuerdo) fue ayer mismo. También me ha explicado que mis vivencias apenas perduran unos minutos en mi mente, y luego se esfuman. Y que por eso no puedo recordar lo que ha pasado en estos tres meses. Mi mente, me explica, es como una pizarra que se borra una y otra vez.

Para demostrármelo me ha enseñado la fecha de un periódico. Efectivamente, ayer no es ayer, sino hace noventa días. O es un montaje, o tiene razón. La verdad es que me siento bastante desorientada. Me ha enseñado mi propia imagen en el espejo y es lo que me ha acabado de convencer de que algo está pasando. ¡Estoy tan cambiada! Llevo el pelo sin teñir, más corto por detrás y con el flequillo más largo. Ese flequillo no me puede haber crecido esta noche, eso tengo que reconocerlo.

El doctor me dice que estamos haciendo una pruebas para intentar entender el alcance de mi amnesia. Me indica que llevamos toda la mañana, aunque a mí me parece que acabamos de empezar. Y ese, precisamente, es el problema, me advierte. Que cada cierto tiempo mi mente se “resetea” (a falta de una palabra mejor) y todos los recuerdos de los últimos minutos se esfuman.

—¿Cuántos minutos? —pregunto, asustada, la imagen de mi cara en el

espejo todavía me tiene sobrecogida.

—Entre 15 y 30 minutos —me responde—. Al menos eso indican las pruebas que hemos realizado hasta ahora. La buena noticia es que hemos tenido pequeños avances.

No sé muy bien qué decir. No tengo la sensación de estar avanzando en nada. Tengo, eso sí, la sensación de que algo va mal, terriblemente mal. Esa sensación subconsciente de haberte dejado el horno encendido. Yo no tendría que estar aquí, mi pelo no tendría que haber crecido de esta manera. ¿Y por qué estoy tan gorda? Si ayer mismo estuve en el gimnasio. Bueno, según el doctor no fue ayer, sino hace tres meses. No sé si creerlo. Pero qué otra explicación puede haber. Cómo me iba a cambiar el pelo tanto si no.

—De acuerdo, Amanda. Ahora quiero que memorices esta secuencia de colores, ¿lo comprendes? —me dice el neurólogo.

Pone delante mía una cartulina con tres rectángulos de colores. Me quedo mirándola como una boba. Al cabo de unos segundos la oculta.

Tengo la impresión de que me están tratando como a una retrasada, pero me aguanto el cabreo. Entonces pienso en mi cara en el espejo y en lo poco que encaja con mi aspecto de ayer (como si, efectivamente, hubieran pasado meses), y decido colaborar. Tengo que averiguar lo que me están haciendo.

—¿Qué colores había en la cartulina, Amanda?

—Rojo, amarillo y añil —respondo en voz alta.

—Bien. Ahora te voy a preguntar por esos colores cada cierto intervalo de tiempo, ¿de acuerdo? Tienes que memorizarlos y repetírmelos.

Pero este tío se piensa que soy retrasada o qué. Menuda dificultad, memorizar tres simples colores.

—Intenta concentrarte en esos colores, Amanda —me dice—. Intenta memorizarlos. Asócialos a algo familiar, ¿te evocan algo especial de tu infancia, por ejemplo?

—No tengo que asociarlos a nada para recordarlos —respondo con un poco de fastidio. No me gusta que me traten como a una idiota—. Rojo, azul y añil. Menuda prueba de memoria, si piensa que esto se me va a olvidar.

—Aún así, inténtalo, por favor. ¿Qué puedes decirme, relacionado con tu vida, por ejemplo, con tu infancia, sobre cada uno de esos colores?

—Pues, vamos a ver —respondo, mejor seguirle la corriente de momento, hasta averiguar qué coño está pasando—. El rojo era el color de mi vestido favorito cuando tenía diez años. Recuerdo que adoraba ese vestido.

Recuerdo que mi madre quiso tirarlo cuando se me quedó pequeño, pero yo me empeñé en guardarlo. Cuando fuese mayor planeaba hacerme uno igual, pero para una mujer adulta, de lo mucho que me gustaba. Fíjese que me había olvidado de eso. ¿Dónde estará el vestido ahora?

—Bien Amanda, entonces el rojo es tu vestido favorito. ¿Y qué hay de los demás colores? ¿Los recuerdas todavía?

—Claro. El azul. Pues vamos a ver. Las paredes de mi dormitorio de niña estaban pintadas de azul. Eso es. Recuerdo que mi madre discutió con mi padre porque ella quería que mi habitación estuviese pintada de rosa, pero mi padre usó la misma pintura que había empleado en la habitación de mi hermano. Él decía que no tenía que haber distinción entre niños y niñas, a lo que mi madre respondió que entonces pintase ambas de rosa. Pero mi padre decía que cómo iba a pintar de rosa la habitación de un niño. Mi padre no atendía demasiado a la lógica, lo sé, pero aún así mi pobre madre lo aguantó durante toda su vida...

—De acuerdo, Amanda, no tenemos mucho tiempo —me interrumpe el doctor—. ¿Qué me dices del tercer color? ¿Lo recuerdas aún?

—Claro. El añil. Vamos a ver, mi madre tenía flores de ese color en el balcón. Estaba encantadísima con esas flores. Era mi color favorito, de hecho. De eso tampoco me acordaba ya, ni de las macetas de mi madre, ni de que ese había sido mi color favorito de niña.

Es curioso, la de cosas de la infancia que una olvida al hacerse mayor. El caso es que están ahí, pero hay que hacer un esfuerzo consciente para recuperarlas. A lo mejor lo que me pasa es eso, que tengo que hacer un esfuerzo consciente para traerme los recuerdos de estos últimos días. Pero no, por más que me esfuerce, ayer fue ayer, y no hace tres meses.

—De acuerdo, Amanda. ¿Puedes repetir ahora los tres colores junto a la asociación de cada uno de ellos?

—Claro. Rojo, mi vestido favorito. Azul, el color de mi habitación. Añil, las flores de mi madre.

—Perfecto —dice el doctor mientras consulta su reloj y anota algo en su libreta—. Ahora quiero que sigas hablándome de esos tres colores y de los objetos de tu infancia que te evocan. Cuéntame con detalle cómo era tu vestido. Háblame de tu dormitorio y de las flores de tu madre.

Todo esto me parece muy raro. ¿Hablarle de mi infancia? Creí que estaba en la consulta de un neurólogo, no de un psicoanalista.

—Amanda, ¿recuerdas los colores que tenías que memorizar? —me pregunta.

—Claro. Rojo, amarillo y añil. Quiere que le hable de lo que me evocan esos colores.

—Así es, adelante por favor.

Está bien. Decido seguir con el jueguecito hasta que averigüe por qué tengo la pinta que tengo en el espejo. Le cuento cómo era mi vestido rojo. Tenía un bordado en el escote, y un lazo precioso que se anudaba en la parte de atrás. Me acuerdo que me encapriché de ese vestido cuando lo vi en el escaparate de una tienda de mi barrio. Le supliqué a mi madre que me lo comprase, pero ella decía que era muy caro, que no podíamos permitírnoslo. Entonces, al cumplir diez años, mi madre me sorprendió regalándomelo. Es curioso, pero ahora, con ojos de adulta, me doy cuenta del esfuerzo que tuvo que hacer mi pobre madre para ahorrar el dinero y comprarme aquel vestido. Mi familia era bastante humilde y nos costaba llegar a fin de mes. Lo sé porque era la cantinela que repetía mi padre siempre, que no llegábamos a fin de mes.

El doctor me mira y asiente mientras no para de tomar notas.

—Y bueno, no sé que más puedo decirle. Mi habitación azul. A mí me gustaba. Nunca me han gustado los colores de chica, la verdad, yo siempre prefería las cosas de mi hermano, le cogía sus juguetes y nunca jugaba con los míos. Creo que lo hacía, en parte, para agradar a mi padre...

—Y sobre el tercer color... —apunta el doctor.

—Pues ahí poco más le puedo contar. Ya le he dicho que era mi color favorito. Ya sabe, todos los niños tienen un color favorito. Eran unas flores en las macetas del balcón. Recuerdo que busqué las flores en la enciclopedia ilustrada que teníamos, y fíjese que ya ni me acuerdo del nombre de las flores, pero sí de su forma y tamaño, eran como tréboles con el centro blanco. Eran muy bonitas. Yo ni siquiera sabía que existía el color añil, lo descubrí en la enciclopedia, leyendo sobre aquellas las flores. Desde ese momento decidí que iba a ser mi color favorito para siempre.

—Entonces, Amanda, ¿puedes repetirme los tres colores que tenías que memorizar?

—Claro. Rojo, azul y añil.

El doctor asiente y toma nota. Yo me quedo mirando un reflejo en el cristal de sus gafas, y por un momento me parece como si se abriese una puerta

a otro lugar, mejor dicho, a otra dimensión que no está fuera de mí, sino dentro, una de esas visiones momentáneas, inalcanzables, como aferrarse a un sueño, tan efímero que luego no puedes ni recordarlo. Algo para perderse dentro y olvidarse de lo demás. Vivir ese momento, esa magia que te han regalado.

Una voz me llama, sacándome de mi ensoñación. Me doy cuenta de que estoy en una especie de despacho médico.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunto al hombre que hay delante mío, al otro lado de un escritorio.

—Estás en mi consulta, soy neurólogo, en la clínica Ruber. ¿Cómo te sientes en estos momentos, Amanda?

—Mmmm... Como si me hubieran arrancado del sueño en mitad de la noche y me hubiesen tele—transportado a este lugar —respondo, mirando confundida a mi alrededor.

Y es que eso es, precisamente, lo primero que pienso. Que me han dado un somnífero y me han traído aquí mientras estaba dormida. Pero el neurólogo dice que no. Que lo que me pasa es que no puedo recordar nada desde el día que tuve un accidente de coche. Un accidente que, según el médico, pasó hace tres meses, aunque la noche del supuesto accidente (y digo supuesto, porque el accidente tampoco lo recuerdo) fue ayer mismo. También me explica que mis vivencias apenas perduran unos minutos en mi mente y luego se esfuman. Y que por eso no puedo recordar lo que ha pasado en estos tres meses. Mi mente, me explica, es como una pizarra que se borra una y otra vez.

Y, para demostrármelo, me enseña la fecha de un periódico. Efectivamente, ayer no es ayer, sino hace noventa días. O es un montaje, o tiene razón. La verdad es que me siento bastante desorientada. El neurólogo saca un espejito de mano y me pide que me mire. Me quedo helada. ¡Estoy tan cambiada! Llevo el pelo sin teñir, más corto por detrás y con el flequillo más largo. Ese flequillo no me puede haber crecido esta noche, eso tengo que reconocerlo.

El doctor me explica que estamos haciendo una pruebas para intentar entender el alcance de mi amnesia. Me indica que llevamos toda la mañana, aunque a mí me parece que acabamos de empezar. Y ese, precisamente, es el problema, me advierte. Que cada cierto tiempo mi mente se “resetea” (a falta de una palabra mejor) y todos los recuerdos de los últimos minutos se esfuman.

—¿Cada cuántos minutos? —pregunto, asustada, la imagen de mi cara en el espejo todavía me tiene sobrecogida.

—Entre 15 y 30 minutos —me responde—. Al menos eso indican las pruebas que hemos realizado hasta ahora. La buena noticia es que hemos tenido pequeños avances.

No sé muy bien qué decir. No tengo la sensación de estar avanzando en nada. Sí tengo la sensación de que algo va mal, terriblemente mal. Yo no tendría que estar aquí, mi pelo no tendría que haber crecido de esa manera. ¿Y por qué estoy tan gorda? Si ayer mismo estuve en el gimnasio. Bueno, según el doctor no fue ayer, sino hace tres meses. No sé si creerlo. Pero qué otra explicación puede haber. Cómo me iba a cambiar el pelo tanto si no.

—Amanda, dime, ¿recuerdas haber estado hablando conmigo hace unos minutos? —me pregunta el doctor.

—No. Es la primera vez que le veo —le respondo, perpleja.

—De acuerdo. Ahora respóndeme a esta pregunta. Dime tres colores, los primeros que te vengan a la mente.

—Rojo, azul y añil —contesto sin dudarlo.

El doctor esboza una tenue sonrisa de satisfacción. Anota algo en una hoja de papel.

—Bien. ¿Y por qué se te han ocurrido esos colores concretamente?

—Pues... no lo sé. Me ha pedido que diga unos colores, los primeros que me viniesen a la cabeza, y han sido esos.

—Muy bien, Amanda, sin duda es un progreso. Antes, en la conversación que no recuerdas, te he mostrado esos colores y te he pedido que los asociases a una vivencia de tu vida. El rojo era el color de tu vestido favorito de niña. El azul era el color de las paredes de tu dormitorio. Y el añil era el color de las flores que cultivaba tu madre en las macetas del balcón.

—¿Cómo sabe todo eso? —le interrumpo, con la boca abierta. Nunca le había contado esas cosas a nadie, ni siquiera a Paco—. ¿Ha estado hablando con mi familia? ¿Ha estado investigando mi vida?

—No, Amanda. Todo eso me lo acabas de contar tú misma hace unos minutos, aunque no lo recuerdes. Como te he explicado, desde que sufriste el accidente y te golpeaste la cabeza, tienes un problema de amnesia con los recuerdos a corto plazo. Sin embargo, al asociar esos colores a una historia de tu pasado, has conseguido retenerlos en tu mente. Y eso abre una puerta a la esperanza.

—¿Qué esperanza? ¿De qué está hablando?

—Aunque has olvidado todo lo demás, has mantenido en tu mente esos tres colores al haberlos relacionado con una vivencia anterior. Eso significa que aún puedes generar nuevos recuerdos, pero el proceso es muy costoso para ti. Al menos de momento. Tal vez, poco a poco y trabajando con ejercicios de memoria, logremos abrir esa puerta a los recuerdos duraderos que ahora permanece cerrada.

Me cuesta asumir todo esto, pero, ¿y si lo que me está diciendo es cierto? ¿Cómo explicar si no el salto en la fecha? ¿El cambio tan rápido en mi pelo? Dios mío, esto no me puede estar pasando a mí. Cierro los ojos y niego con la cabeza. No siento nada especial, no tengo la sensación de que me falte nada. Solo siento que ayer fue ayer y no hace tres meses.

—Me gustaría hacer una última prueba por hoy —me dice el doctor—. ¿Estás preparada?

No sé qué responder. ¿Estoy preparada para qué? Me siento como uno de esos pobres idiotas a los que hipnotizan, les obligan a hacer el ridículo ante el público y cuando salen del trance no recuerdan nada y saludan como si nada. A lo mejor es eso, pienso esperanzada, a lo mejor me han hipnotizado y me están haciendo creer que han pasado muchos días cuando realmente hoy es hoy. ¿Por qué iba a querer nadie engañarme de esa manera?

—Amanda, ¿estás preparada para una nueva prueba? —insiste el doctor.

—Supongo que sí —respondo. De momento decido seguirle la corriente hasta que averigüe lo que me están haciendo.

—Bien. Ahora se trata de una prueba matemática. Es algo muy sencillo. El reto no está en las matemáticas en sí, sino en la continuidad de las operaciones. Lo entenderás en seguida.

Me muestra una hoja donde hay unos números anotados: 1, 3, 2, 4, 3, 5

—Se trata de una secuencia lógica —explica el doctor—. La serie consiste en sumar dos y restar uno, alternativamente, ¿lo comprendes?

—Claro, es muy sencillo —respondo. Pero este tío se piensa que soy retrasada o qué. Menuda dificultad, sumar y restar.

—Por supuesto. Insisto, no se trata de demostrar tu habilidad matemática, sino tu memoria. Para completar la prueba tienes que ponerte esto.

Me entrega un discman con unos auriculares. Me los pongo. Suena una sinfonía clásica. Beethoven. La séptima sinfonía. Nunca me ha gustado la música clásica, me aburre.

—Ahora Amanda, concéntrate en la música mientras escribes los números de la serie. Recuerda las instrucciones. Se trata de sumar dos y restar uno alternativamente.

Con la música en los oídos comienzo a escribir los números de la secuencia. Es tan fácil que apenas tengo que pensar. Menuda idiotez. El doctor me observa atentamente mientras voy escribiendo números con rapidez. A este paso voy a llenar la hoja. O sea que Beethoven, conozco la quinta sinfonía, y aquello del himno a la Alegría… pero esto… según el doctor es el segundo movimiento de la Séptima Sinfonía. No entiendo mucho de música, y menos aún de música clásica, pero esta pieza… no se explicarlo, es como si se me metiera por dentro, como si, en vez de escucharla dentro de mi cabeza, viajara por todo mi cuerpo. Una melodía sencilla que se repite una y otra vez mientras se van sumando instrumentos y sube la intensidad, hasta que la música parece existir por sí misma a lo largo de mis brazos, de mis piernas. El doctor me mira fijamente y no para de anotar cosas en una hoja mientras consulta su reloj.

¿Doctor? ¿Qué doctor? De repente me sobresalta el coro de una orquesta ejecutando un crescendo ominoso. Me doy cuenta de que llevo puestos unos auriculares y me los quito. La música desaparece.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunto al hombre que hay delante mío, al otro lado de un escritorio.

—Estás en mi consulta, soy neurólogo, en la clínica Ruber —responde con voz monótona—. ¿Cómo te sientes en estos momentos, Amanda?

—Como si me hubieran arrancado del sueño en mitad de la noche y me hubiesen tele—transportado a este lugar —respondo, mirando confundida a mi alrededor.

Y es que eso es precisamente lo primero que he pensado. Que me han dado un somnífero y me han traído aquí mientras estaba dormida. Pero el neurólogo dice que no. Que lo que me pasa es que no puedo recordar nada desde el día que tuve un accidente de coche. Un accidente que, según el médico, pasó hace tres meses, aunque la noche del supuesto accidente (y digo supuesto, porque el accidente tampoco lo recuerdo) fue ayer mismo. También me ha explicado que mis vivencias apenas perduran unos minutos en mi mente y luego se esfuman. Y que por eso no puedo recordar lo que ha pasado en estos tres meses.

Y, para demostrármelo, me enseña la fecha de un periódico.

Efectivamente, ayer no es ayer, sino hace noventa días. O es un montaje, o tiene razón. La verdad es que me siento bastante desorientada. El supuesto neurólogo saca un espejito de mano y me pide que me mire en él. Me quedo helada. ¡Estoy tan cambiada! Llevo el pelo sin teñir, más corto por detrás, y con el flequillo más largo. Ese flequillo no me puede haber crecido esta noche, eso tengo que reconocerlo.

El doctor me explica que estamos haciendo una pruebas para intentar entender el alcance de mi amnesia. Me indica que llevamos toda la mañana, aunque a mí me parece que acabamos de empezar. Y ese, precisamente, es el problema, me advierte. Que cada cierto tiempo mi mente se "resetea" (a falta de una palabra mejor) y todos los recuerdos de los últimos minutos se esfuman.

—¿Cada cuántos minutos? —pregunto, asustada, la imagen de mi cara en el espejo todavía me tiene sobrecogida.

—Entre 15 y 30 minutos —me responde—. Al menos eso indican las pruebas que hemos realizado hasta ahora. La buena noticia es que hemos tenido pequeños avances.

No sé muy bien qué decir. No tengo la sensación de estar avanzando en nada. Aunque sí que tengo la sensación de que algo va mal, terriblemente mal. Yo no tendría que estar aquí, mi pelo no tendría que haber crecido de esa manera. ¿Y por qué estoy tan gorda? Si ayer mismo estuve en el gimnasio. Bueno, según el doctor no fue ayer, sino hace tres meses. No sé si creerlo. Pero qué otra explicación puede haber. Cómo me iba a cambiar el pelo tanto si no.

—Amanda, dime, ¿recuerdas haber estado hablando conmigo hace unos minutos? —me pregunta el doctor.

—No. Es la primera vez que le veo —le respondo, perpleja.

—De acuerdo. Ahora quiero que hagas algo. Voy a escribir un número en esta hoja de papel, y necesito que escribas el siguiente número que te sugiera a partir de este.

El doctor escribe un 5 en una hoja en blanco. Esto es muy extraño. Me cuesta entender lo que está pasando. ¿Y si lo que me está diciendo es cierto? ¿Cómo explicar si no el salto en la fecha? ¿El cambio tan rápido en mi pelo? Dios mío, esto no me puede estar pasando a mí. Cierro los ojos y niego con la cabeza. No siento nada especial, no tengo la sensación de que me falte nada. Solo siento que ayer fue ayer, y no hace tres meses.

—Por favor, Amanda, ¿puedes escribir el siguiente número a partir del que hay escrito?

No sé qué responder. Me siento como uno de esos pobres idiotas a los que hipnotizan, les obligan a hacer el ridículo ante el público y, cuando salen del trance, no recuerdan nada y saludan como si nada. A lo mejor es eso, pienso esperanzada, a lo mejor me han hipnotizado y me están haciendo creer que han pasado muchos días cuando realmente hoy es hoy. Pero, ¿por qué iba a querer nadie engañarme de esa manera?

—Amanda, ¿puedes hacer lo que te pido? —insiste el doctor.

—Está bien —de momento decido seguir la corriente hasta que averigüe lo que me están haciendo.

¿Quiere el siguiente número? Pues escribo el siguiente número. Menuda idiotez. Después del cinco, viene el seis.

—Cinco, seis —dice el doctor—. ¿Crees que es correcto?

—¿Correcto respecto a qué? No tengo ni idea de lo que me está hablando —respondo. Empiezo a impacientarme con esta situación.

—Bien. Ahora ponte por favor estos auriculares. Escucha la música y vuelve a pensar en el número cinco. Entonces escribe el primer número que te sugiera tu mente. ¿Lo comprendes?

Me pongo los auriculares. Me concentro en el estúpido número cinco. La música (¿es Beethoven?) me envuelve con la furia de un océano embravecido. La melodía emerge de entre la tormenta, el anuncio de lo divino. Después del cinco viene, naturalmente, el 4. Y después el 6. Y después el 5. Y después el 7. Sigo escribiendo números hasta que el doctor me interrumpe con un gesto de la mano. Me quita los auriculares y toda la grandiosidad de la música queda reducida a un murmullo.

—Has completado la secuencia correctamente —me dice. El hombre parece bastante satisfecho—. ¿Sabes por qué?

—No tengo la menor idea —respondo. Me quedo mirando la ristra de números sin sentido que acabo de escribir.

—La música ha hecho que recuerdes. Tu mente ha establecido un vínculo entre la melodía y el ejercicio que estabas realizando hace unos minutos. Se trata de sumar dos y restar uno alternativamente. Te expliqué las instrucciones antes y estuviste desarrollando la secuencia mientras escuchabas la música.

Me muestra un folio repleto de cifras. Es mi letra, lo cual me resulta bastante sorprendente. La teoría de la hipnosis vuelve a mi mente. ¿Están

jugando conmigo?

—Ahora, al escuchar de nuevo la sinfonía, has sido capaz de recordar las reglas de cálculo, aunque las habías olvidado en tu mente consciente. Son buenas noticias. Significa que tu mente es capaz de almacenar nuevos recuerdos. El problema es que no puedes acceder a ellos.

El doctor parece muy contento, aunque yo no veo que haya motivos para tanta alegría. Estoy desorientada. Tengo la sensación de que están jugando conmigo. Si esto es alguna clase de broma de Paco, lo va a pagar caro.

15
PRESENTE

La más venenosa

Elevo la cabeza y lo que veo sobre mi pierna es demasiado horrible para ser verdad.

Una araña del tamaño de una mano está caminando por mi pierna.

Exactamente eso: una araña.

Es un bicho enorme, pesado, peludo, con dos grandes protuberancias rojas como ojos ciegos que brillan cubiertos por una capa gelatinosa, repugnante. Reprimo un grito ahogado. En un acto reflejo sacudo la pierna y la araña sale disparada hacia algún rincón de la habitación. Me pongo en pie de un salto sobre la cama. Pataleo sobre el colchón, muevo los brazos y las piernas como si corriese en una cinta estática. Dejo escapar un chillido que suena como el vapor de una olla a punto de estallar. La araña se ha perdido de mi vista, puede estar debajo del sofá, detrás de las cortinas, debajo de la mesita… Dios. ¿Lo he soñado? ¿Había una araña del tamaño de una mano en mi cama? ¿De dónde ha salido un bicho así? Agarro una revista de la mesita y la blando frente a mí con las dos manos, de pie en la cama, en tensión, como un tenista preparado para repeler un saque. Dios. No me atrevo a bajarme de la cama. Ese bicho está por ahí escondido, debajo de algo. ¿Y si vuelve a subirse a la cama? Me estremezco de asco y de miedo. No era una araña cualquiera. Era enorme, peluda y con dos grandes ojos rojos, como un monstruo sacado de una pesadilla. Una araña de esas de las películas.

Me pongo a escrutar el suelo. Nada se mueve. ¿Dónde estás, hija de puta? Me bajo de la cama, de puntillas, como si caminase sobre brasas, y corro hasta la puerta. La abro, cruzo y la cierro a mis espaldas. Después salgo corriendo escaleras arriba chillando como una loca. Mi madre y mis hermanas aparecen en las escaleras de la planta superior, en pijama, con los ojos de sueño.

—¡Valeria! ¡Qué demonios te pasa ahora! —exclama mi madre—. ¡Son las dos de la mañana! ¿Por qué gritas como una loca?

—¡Hay una araña en mi habitación! —chillo.

—¿Una araña? ¿Tanto escándalo por una araña? La casa está rodeada de

jardines, es normal que a veces se cuelen bichos.

—No, no lo entendéis —respondo, exasperada—. No era una araña normal, de las de jardín. Era así de grande, como una mano abierta —gesticulo intentando reproducir el horror que acabo de ver, mostrando mi mano en forma de garra, haciendo muecas con la cara—. Peluda, con unos ojos enormes. Seguro que era venenosa. ¡Ha estado a punto de picarme!

Ellas, mi madre y mis dos hermanas, me miran desde arriba, apostadas en la barandilla de la escalera, atisbando en medio de la noche a la pobre hija o pobre hermana medio loca que gesticula como un mimo desesperado tratando de hacerles entender Dios sabe qué paranoias que pueblan su mente. Me doy cuenta de que todavía llevo la ropa con la que llegué a Madrid (ahora sucia de tinta de impresora) y con la que me quedé dormida en la cama. Me recuerdo a mí misma que tengo la cabeza afeitada y eso no debe contribuir demasiado a dar una imagen de mujer centrada y cabal.

—Valeria, no hay arañas así en Madrid. Has tenido una pesadilla —me recrimina mi madre.

—¡No! Era real. Estaba bien despierta.

—Vuelves a tener alucinaciones, Valeria —dice con un tono que no admite réplica—. Como sigas así, me temo que vamos a tener que encerrarte otra vez.

Y con eso se va a dormir, zanjando cualquier discusión.

*

Ha sido una noche horrible. No he pegado ojo. Me la he pasado encaramada en el sofá del salón, en cuclillas, con una revista enrollada en las manos, acechando como un cazador primitivo, vigilante por si aparecía la araña. La hija de puta no se ha atrevido a dar señales de vida. Para no dormirme, me he tomado un café cargadísimo. Después, como el corazón se me iba a salir por la boca, un Valium para tranquilizarme. El resultado es que tengo la cabeza a punto de estallar y el estómago convertido en una centrifugadora en llamas.

Al final, cuando ya amanecía, me quedé dormida en el sofá. Mi madre me despertó a empellones llamándome *vaga* y *borracha*. Así da gusto empezar el día. Supongo que recién cumplidos los veinticinco no tengo por qué aguantar estas cosas, pero la verdad es que no tengo otro sitio a dónde ir. Me he dado

una ducha rápida, me he pasado la maquinilla de afeitar por la cabeza (lo bueno de no tener pelo es que no pierdes nada de tiempo con el champú y el acondicionador), y me he vestido a toda velocidad cogiendo la ropa del armario con mucha aprensión y sacudiéndola antes de ponérmela. A las siete de la mañana estaba lista. Normalmente no suelo estar despierta tan temprano (en eso mi madre tiene razón, soy un desastre con los horarios, siempre llego tarde a todas partes), pero esta mañana estaba lista para salir incluso antes que ella, así que he aprovechado y me he venido en su coche al trabajo. No soportaba la idea de quedarme sola en casa con la araña por ahí suelta.

En el trayecto no hemos cruzado una palabra. Mi madre se ha pasado el camino hablando por el manos libres con algunos de sus empleadas, dando órdenes e instrucciones, ya incluso desde antes de poner un pie en la oficina. Yo iba encogida en el asiento, escuchando música en los auriculares, aunque no he podido evitar escuchar algunas frases sueltas. Al parecer, hoy es un día muy importante. Recibimos la visita de unos inversores de un fondo de capital riesgo británico, o algo así. Por lo visto, va a venir uno de los peces gordos a inspeccionar las cuentas (una *due—dilligence*, lo ha llamado mi madre), y si todo está en orden, va a invertir una cantidad astronómica de dinero en la empresa. Mi madre está más tensa de lo habitual. Todo tiene que salir bien. Ni una palabra sobre mis problemas.

La verdad es que aquí, en el ambiente aséptico de la oficina, rodeada de gente, me siento más segura. No creo que una araña de jardín logre trepar hasta el piso veinte de una torre acristalada en pleno centro de Madrid. ¿Una araña de jardín? La verdad es que solo la vi un instante. Quizás el miedo me hizo exagerar su tamaño. A lo mejor sufro de aracnofobia sin saberlo, y una arañita de nada me ha parecido un monstruo digno de una película de terror. Quizás solo era un pobre bicho de campo que intentaba buscar un rincón donde tejer su tela. Me siento en mi cubículo con un café humeante recién sacado de la máquina. Enciendo el ordenador. Mientras llegan mis hermanas y me mandan trabajo, hago una búsqueda en Google: arañas de jardín en Madrid. El primer enlace que aparece habla de “Las 5 arañas más venenosas de España y cómo identificarlas”. Abro el artículo y veo las fotos de los bichos. De cerca son horripilantes. Pero vistas en perspectiva no son demasiado grandes y, además, ninguna se parece a la que yo vi anoche. Aunque son venenosas, según dice, ninguna tiene una picadura mortal. Dentro del artículo hay un enlace a otro: “Las 5 arañas más venenosas mortales para el hombre”. Le doy al enlace

y, al abrirse la nueva página, aparece una imagen que me da un susto de muerte. ¡Ahí está mi araña! Es ella, con esos enormes ojos rojos, en realidad no son ojos sino dos protuberancias rojizas que aparentan ser ojos. El artículo dice que es una araña que vive en Brasil, clasificada según el Libro Guinness de los récords como "la araña más venenosa del mundo". Una sola picadura podría matar a un hombre.

Joder. Se me escapa un grito. La chica que está sentada a unos metros de mí gira la cabeza para mirarme. Yo escondo la mía detrás de la pantalla. Una araña venenosa, mortal, en mi habitación. No puede ser casualidad. La idea me deja sin aliento: alguien la ha dejado allí para asesinarme. No me cabe ninguna duda. Alguien se ha empeñado en matarme. Primero intentó colarse en el apartamento donde iba a pasar la noche, después me empujó a las vías del metro, y ahora lo está intentando en mi propia casa, introduciendo un bicho venenoso. Debería ir a la policía. Pero no van a creerme. Me tomarán por loca. Tienen mi expediente y, además, mi madre se ha encargado de dejarles claro que sufro alucinaciones... ¡Si yo nunca he tenido alucinaciones! ¿O a lo mejor sí?

No sé qué pensar. Empiezo a dudar de mí misma. Cierro la pestaña del navegador y aparece otra, la que tenía abierta ayer, donde buscaba las noticias de las chicas suicidas. Sé que no debería, pero hago clic en el enlace de la noticia que hace referencia a la segunda chica. El tatuaje con el dibujo de Picasso que llevo en la muñeca empieza a palpitarme como si acabara de hacérmelo, una sensación de ardor, como si la tinta que lo compone se calentase y me quemase.

Elmundo.es | Sucesos

Carolina Ruíz, de veinticuatro años de edad, se quitó presuntamente la vida la pasada madrugada saltando desde el balcón de un apartamento en el piso veinte de la turística localidad de Benidorm.

Mis ojos saltan del texto a una pequeña foto que parece sacada de su perfil de Facebook. La resolución no es muy buena, pero suficiente para identificar su rostro. Me quedo mirándolo un buen rato y al final suelto una carcajada histérica. ¿Cómo podía ser de otra manera? La chica, su cara, también soy yo.

Exactamente eso: Las tres, las dos muertas y yo, la que tenía que haber

muerto también, tenemos la misma cara.

Mi madre va a tener razón. Me he vuelto loca.

16
Año 2000. Un día cualquiera.

Despertarte y ser otra persona. O peor aún, un animal, un bicho horrible. Me viene a la mente ese cuento de Kafka tan famoso: La Metamorfosis. Cuando la leí para un trabajo del instituto (¿tenía quince, dieciséis años?) me pareció una historia horrible. Un pobre hombre se despierta una mañana en su cama convertido en una asquerosa cucaracha. Una cucaracha enorme, del tamaño de una persona, aunque sigue pensando y razonando como un ser humano. Cuando lo leí no me gustó nada. No entendía por qué tanta fama con ese relato. Ahora comprendo que el horror no se debía tanto al hecho de haberse convertido en un insecto gigante, sino a que siguiera razonando como un humano. Me he acordado de aquel dichoso relato al mirarme al espejo. Me he llevado un susto de muerte. No es que me haya convertido en un insecto asqueroso (santo Dios), ¡pero la imagen que me devuelve el espejo está tan cambiada!

Tengo el pelo oscuro (¿qué ha pasado con el tinte?) y largo, mucho más largo de lo normal. ¿Cómo ha podido crecerme tanto desde anoche? Mi cara también está distinta. Parezco más cansada. La piel de mi rostro tiene la rugosidad de una naranja, como si no me hubiese hidratado ni puesto una mascarilla de lifting en un año. Tengo unas bolsas terribles bajo los ojos, y para colmo me doy cuenta de que he engordado. Siento las piernas pesadas como bolsas de agua, con la mano me palpo una grasa alrededor de la cintura que no estaba ahí anoche. Por Dios, ¿qué me ha pasado?

Sigo siendo yo, como en el relato de Kafka, un yo que se ha despertado en un cuerpo distinto.

Esto es para volverse loca.

Junto al espejo hay un pedazo de cartulina, del tamaño de media cuartilla, con algo escrito a mano. Es mi letra. He debido escribirlo yo, aunque no recuerdo haberlo hecho.

"Tarjeta número 1: Ponte los auriculares y enciende el discman. Después lee la tarjeta número 2". Eso dice la nota.

Efectivamente, hay un discman en la repisa de la estantería del baño. No recuerdo haber comprado ese aparato. ¿Lo habrá traído Paco? Me coloco los auriculares. Lo enciendo. En mis oídos resuena una sinfonía. Es la séptima de

Beethoven, el segundo movimiento. La verdad es que yo de este hombre solo conozco lo que conoce todo el mundo, la Quinta Sinfonía y eso del Himno de la Alegría… La música, una melodía simple a la que se le van sumando instrumentos, me provoca un cosquilleo en la base del cráneo. Siento una especie de descompresión en la cabeza, como si se me hubiesen destapado los oídos. Qué extraño. Es como si la música tuviese una letra que me susurra al oído lo que necesito saber. De pronto me viene a la mente la idea de que me pasa algo grave. Estoy enferma. No, no exactamente una enfermedad. Tengo un problema con la memoria. Sufrí una accidente y desde entonces no puedo recordar nada. Eso explica mi cambio de aspecto. No estoy loca, ni he sufrido una metamorfosis. Es un alivio, y me rio para mí misma como una verdadera loca.

Es la propia música instrumental la que se condensa en mi mente para formar estas ideas.

Vuelvo a mirar la tarjeta que hay sobre la repisa del espejo: "Tarjeta número 1: Ponte los auriculares y enciende el discman. Después lee la tarjeta número 2".

Leer la tarjeta número 2. ¿Dónde está la tarjeta número 2? Voy al salón y en seguida se despeja mi duda. Sobre la mesita de café hay un montoncito de tarjetas de cartón. En la que está arriba pone "tarjeta número 2".

Cojo las tarjetas y me dejo caer en el sillón para leerlas con la expectación de un explorador que, tras años de investigación, está a punto de desvelar el misterio de una civilización perdida. La música sigue sonando en mis oídos. Estoy a punto de apagar el discman cuando, precisamente, en la tarjeta número 2 leo lo siguiente: "no apagues la música. Sigue escuchando. La música te ayuda a recordar". La tarjeta tiene más cosas escritas de mi puño y letra:

"Sufriste un accidente. Te golpeaste en la cabeza y tu cerebro se dañó. Desde entonces te cuesta generar nuevos recuerdos. La música es tu aliada. También estas notas. Lee la tarjeta número 3".

Paso a la siguiente tarjeta:

"Tarjeta número 3: La música te ayuda a crear nuevos recuerdos. Tienes que anotar tus vivencias y tratar de recordarlas, asociándolas a la música. Así podrás escribir tu pasado".

Escribir mi pasado. Qué idea tan extraña. No entiendo lo que quiere decir (o más bien, lo que intento decirme a mí misma, porque esto lo he escrito yo,

probablemente guiada por alguien, ¿pero, quién? ¿Paco?). En la mesita hay una agenda encuadernada en piel. La abro y paso algunas hojas al azar. Está llena de anotaciones de mi puño y letra, aunque no recuerdo haber escrito nada en ella. Vuelvo a la tarjeta número 3, que dejé a medias. Aquí está la explicación:

"Escribe tus vivencias y memorízalas, ayudada por la música. De esa manera podrás crear tu historia pasada y tener recuerdos, tener una vida. Escribir tu pasado".

Escribir mi pasado. No sé si lo entiendo. ¿Se refiere a escribir lo que me pase cada día y memorizarlo, como si estudiase para un examen de historia, solo que la historia que tengo que memorizar es la mía propia?

Abro el diario y me voy a la última página. ¿Qué escribo? ¿Qué me ha pasado en las últimas horas? Me sorprende la cantidad de hojas que hay ya escritas hasta llegar al día de hoy. Dios mío, no puedo creerme que esta sea la fecha de hoy. ¡Han pasado cuatro meses desde ayer! Esto tiene que ser un error, por Dios. No sé que habré escrito aquí, pero he tenido que llenarlo de tonterías y me he saltado las páginas. Como cuando utilizo una agenda en la empresa para tomar notas en las reuniones, y escribo tanto que en julio ya voy tomando notas en la hoja del mes de noviembre.

Enciendo la tele y activo el teletexto. Mierda. La fecha coincide. Busco mi teléfono móvil y navego por el menú hasta el calendario. También coincide. Dios mío. Va a ser verdad. ¡Acabo de dar un salto de cuatro meses en mi vida y no lo recuerdo!

Me dejo caer en el sillón, estupefacta. La sinfonía de Beethoven sigue resonando en mis tímpanos. La música ya no me parece hermosa. Me resulta siniestra. Me siento francamente mal. Estoy mareada. Agarro la agenda y escribo en la página que corresponde, supuestamente, al día de hoy:

"Estoy confundida. Acabo de comprender lo que supone perder la memoria. Es como dar un salto en el tiempo. No. En realidad no ha sido mi cuerpo el que ha saltado adelante en el tiempo, sino solo mi consciencia. Mi cuerpo ha seguido su camino, deteriorándose. Es mi consciencia la que ha brincado aquí de pronto. Es una sensación terriblemente confusa. ¿Qué me deparará el futuro?"

Ahora que lo he escrito me siento un poco mejor. Al menos podré leerlo y recordar lo que me está pasando. Ajá. Cada vez tiene más sentido. Puedo escribir mi vida en este diario, tal y como me sugiero a mí misma en las instrucciones de las tarjetas. Así no olvidaré nada. Solo tengo que acudir a

este diario y memorizarlo. Lo cual me hace pensar que tengo que ponerme al día y leer todo lo que he escrito anteriormente. ¡Claro! El salto en el tiempo dejará de serlo en cuanto rellene el agujero con el recuerdo de lo que ha pasado en estos meses.

Voy a la primera página y leo la primera entrada del diario. Me quedo helada.

Lunes, 15 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender lo que supone perder la memoria. Es como dar un salto en el tiempo. No. En realidad no ha sido mi cuerpo el que ha saltado adelante en el tiempo, sino solo mi consciencia. Mi cuerpo ha seguido su camino, deteriorándose. Es mi consciencia la que ha brincado aquí de pronto. Es una sensación terriblemente confusa. ¿Qué me deparará el futuro?"

No puede ser. ¿Hace tres meses escribí lo mismo que acabo de escribir hoy? Sigo leyendo:

Martes, 16 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender lo que supone perder la memoria. Es como dar un salto en el tiempo. No. En realidad no ha sido mi cuerpo el que ha saltado adelante en el tiempo, sino solo mi consciencia. Mi cuerpo ha seguido su camino, deteriorándose. Es mi consciencia la que ha brincado aquí de pronto. Es una sensación terriblemente confusa. ¿Qué me deparará el futuro?"

Miércoles, 17 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender lo que supone perder la memoria. Es como dar un salto en el tiempo..."

Jueves, 18 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender lo que supone perder la memoria. Es como dar un salto en el tiempo..."

Viernes, 19 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender..."

Sábado, 20 de julio: "Estoy confundida. Acabo de comprender..."

Dios mío, no puede ser. Todas las entradas son idénticas, con apenas variaciones en la redacción. ¿Qué broma de mal gusto es esta? La sangre me bate en los oídos. Me quito los auriculares y los arrojo lejos. La maldita sinfonía me está volviendo loca. No puede ser. Esto no me está pasando. Esto es solo una pesadilla de la que me tengo que despertar. Es solo una pesadilla. Voy a despertar...

17
PRESENTE

El desastre

Me he vuelto loca. La realidad se distorsiona y se curva a mi alrededor, como en uno de esos dibujos de figuras geométricas imposibles. ¿Es posible que la mente llegue a poder deformar la realidad hasta el punto de que las dos chicas que se suicidaron en aquel apartamento tengan mi cara? Eso no puede ser, ¿verdad? Me golpeo la cabeza con la palma de la mano como si fuera un aparato estropeado. Miro y vuelvo a mirar, y ahí está mi cara. Otra vez.

Exactamente eso: Las tres, las dos muertas y yo, la que tenía que haber muerto también, tenemos la misma cara.

—Valeria, ¿qué haces dándote golpes? ¡Los inversores están a punto de llegar!

Hasta la becaria que hay sentada junto a mí me recrimina, y eso que no es ni mi madre ni ninguna de mis hermanas. No tengo mucho tiempo para pensar porque en la oficina hay un revuelo enorme: la inminente llegada de los inversores. Mi madre está pasado revista a sus tropas (o sea, a sus empleadas) gritando y abroncando cualquier mínimo fallo. Según ella, nos jugamos la vida con esta visita. Según ella, si todo sale bien, la empresa va a recibir una inyección de capital riesgo de un centenar de millones de euros, lo cual le permitirá dar el salto internacional y expandirse a otros países. Lo que empezó siendo una pequeña empresa familiar, está a punto de convertirse en una multinacional del sector de inversiones inmobiliarias. Un Imperio. Y ella, mi madre, será la emperadora. Según ella, habrá promociones para ocupar los puestos directivos de las franquicias internacionales. Según mi madre, habrá dinero y oportunidades para todas.

Para todas, menos para mí, pienso, agachando la cabeza. Yo no sirvo para nada. Yo soy una inútil. Nunca hago nada bien. Soy una desequilibrada, una loca, hija de la mismísima emperadora y aun así susceptible de que me regañe una simple becaria. Desde pequeña mi madre se encargó de dejármelo bien claro. Mientras mis hermanas sacaban notas brillantes en el colegio, yo suspendía todas las asignaturas. Y es que, además de mala persona, soy tonta, lo recuerdo muy bien, la sensación de entender las clases, incluso disfrutar con

ellas, hacer un examen y quedarme con la sensación de haber sacado un sobresaliente, y que luego me suspendieran con un tres, con un dos.

Exactamente eso: soy tan tonta que ni cuenta me doy de mi idiotez.

Mi madre nunca iba a quejarse a mis maestros, ella sabía muy bien las pocas luces que tenía su hija, y no es que me regañara, lo que hacía me dolía más, la recuerdo viendo mis notas y sonriéndose, una sonrisa que significaba "menuda idiota estás hecha, Valeria". Mis hermanas tenían un comportamiento modélico, yo siempre estaba metida en broncas y peleas con otras niñas. En el colegio me pasaba el día castigada. Castigos que se prolongaban al llegar a casa. Mi madre premiaba a mis hermanas, a mí me castigaba encerrada en mi habitación. La adolescencia fue el caos donde todo estalló. Yo era problemática, rebelde. Crecí odiando a mi familia. Todavía las odio. Supongo que odiar a mi familia me convierte en una mala persona. Mi madre siempre repite que me ha dado todas las oportunidades y que las he desperdiciado una tras otra. Pero yo no quería oportunidades, solo quería un poco de cariño.

Noto un cansancio enorme. Apenas he dormido en toda la noche y se me cierran los ojos. Debería irme a casa y que le den por el culo a los inversores, pero tengo pánico de quedarme sola en una casa donde campa a sus anchas una araña gigante, la más venenosa.

Me levanto, voy a la máquina de café y saco uno bien cargado, a ver si me espabila un poco. Me lo bebo de un par de tragos. Me cae como alquitrán en el estómago. Vuelvo a mi cubículo. Me sujeto la frente con la palma de las manos. Me quedo así un rato, con los ojos cerrados. Oigo las voces girando a mi alrededor. Es como si estuviese subida en un tiovivo. Últimamente tengo la sensación de que me deslizo por una pendiente. La vida es esa cosa borrosa que pasa a mi alrededor.

De pronto se acallan las voces, el silencio se hace denso. Echo un vistazo de reojo entre las manos que sujetan mi frente, abriéndolas como una cortina. Las empleadas se sientan bien tiesas en sus puestos y fingen gran concentración en la pantalla del ordenador. Asomo la cabeza por encima de la pantalla y alcanzo a ver entrar a una pareja de hombres, que son recibidos por mi madre como si fuesen grandes mandatarios y ella la mismísima reina de Saba. Uno de ellos atrae todas las miradas: debe tener treinta y pocos, altísimo, como de un metro noventa, rubio, tan guapo que quita el aliento. Vestido con un traje impecable, el nudo de la corbata perfecto, parece un

modelo de portada de revista de moda. Me recuerda al actor ese que hace de Thor en las películas, pero en una versión mucho más sexy. Ya me imagino a mis dos hermanas babeando por él. El otro debe tener mi edad, con pinta de hípster, bastante más bajito, delgado, con chaqueta azul sobre una sencilla camiseta blanca, barba rubia ceniza, como su pelo, y unas gafas ostentosas de gruesos cristales que le dan un aspecto un poco de nerd. Debe ser muy inteligente, pienso, si tan joven ya ostenta un puesto de tan alta responsabilidad.

Mis hermanas aguardan junto a la puerta de la sala de juntas. Parecen nerviosas. Gisela se alisa continuamente la falda y se atusa el pelo recién salido de la peluquería. Aitana no para de mirarse las uñas como si en ellas hubiese algún defecto imperdonable. La verdad es que las dos están muy guapas. Prefiero no pensar en el aspecto que tengo yo, sobre todo si me comparo con ellas. El patito feo, me llamaba mi madre de pequeña, y al pasarme la palma de la mano por el cráneo desnudo creo que tiene más razón que nunca. Mis hermanas se han convertido en dos bellos cisnes y yo sigo siendo el bicho más feo del estanque.

—Hijas, os presento a Ryan Moore, CEO del fondo de inversiones Moore & Son —escucho decir a mi madre.

—El Moore del nombre es mi padre —dice el guaperas, en un español bastante bueno pero con un fuerte acento inglés—. Yo soy el hijo.

Se ríen educadamente, aunque yo no veo la maldita gracia.

—Pues estas son las mías —responde mi madre—. Ella es Gisela.

Mi hermana da un paso adelante y extiende la mano para saludar como si estuviese en una recepción real. El inglés la sorprende dándole dos besos en las mejillas.

—Viví un año en España, además del idioma conozco las costumbres —dice él, con una sonrisa encantadora.

Mi hermana Gisela se ruboriza. El tío es tan guapo que incluso ellas, acostumbradas a devorar hombres con el desayuno, se sienten intimidadas. Aunque, seguramente, lo que las pone más nerviosas es pensar en todo el dinero que ese hombre representa.

Mi hermana Aitana le saluda a continuación, estrechando la mano y poniendo la mejilla para recibir los dos besos de rigor. Caigo en la cuenta de

que el tipo ni se ha molestado en presentar al joven con pinta de nerd que le acompaña, de lo cual deduzco que debe de ser una especie de ayudante de categoría inferior al Gran Hombre.

Mi madre les conduce con gran boato hasta la sala de juntas. Los cinco desaparecen tras la puerta. Por fin puedo levantarme para ir al baño, el estómago no para de darme retortijones. El enésimo café me ha sentado como una patada. Entonces suena el teléfono de mi escritorio. Descuelgo. Es mi hermana Gisela.

—Valeria, madre también quiere presentarte —me dice—. Por cierto, hay café preparado en la sala de catering, ¿puedes aprovechar y traerlo a la sala de juntas, por favor?

Claro, respondo. En el office encuentro una bandeja con media docena de tazas y una cafetera. Agarro la bandeja bien firme con las dos manos y voy derecha a la sala de juntas. La puerta está cerrada, tengo las manos ocupadas, así que tengo que llamar golpeando la puerta con la puntera del zapato. Se abre al momento. Aparece mi hermana con una sonrisa falsísima. Como si no la conociera.

—Traigo café —anuncio, y siento que solo me falta llevar puesto el delantal de sirvienta para que todo encaje a la perfección en esta obra de teatro que se representa las veinticuatro horas de mi vida.

El inversor inglés y su ayudante están de pie, charlando amistosamente con mi madre. Ella se vuelve hacia mí cuando entro.

—Y esta es mi hija Valeria. A diferencia de Gisela y Aitana, que ocupan puestos directivos, Valeria se ocupa más bien de las tareas administrativas.

La chica de los recados, estoy tentada de añadir, pero me contengo. Esbozo una sonrisa de circunstancias mientras dejo la bandeja cuidadosamente sobre la mesa. Todos me miran y no estoy muy segura de lo que tengo que hacer a continuación. Parece que esperan algo de mí. Yo solo quiero ir al baño. Tengo el estómago poseído por la niña del exorcista. Estoy a punto de salir corriendo cuando el inversor inglés da un paso hacia mí para saludarme. Se inclina para darme los dos besos de rigor.

Y es entonces cuando ocurre el desastre. He estado conteniendo las náuseas desde que me levanté de mi cubículo. Noto una arcada y se me llena la boca de vómito, tengo al inversor delante cuando me sobreviene una segunda arcada.

18.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Hace unos minutos, siguiendo las extrañas instrucciones que hay escritas en una cartulina sobre el aparador, me he colocado los auriculares. Ha sido muy extraño porque estaba totalmente desorientada, como si a media noche hubiese salido medio sonámbula a caminar por la casa y me hubiese despertado en mitad de un mal sueño, y, sin embargo, al encender el discman, cuando la séptima sinfonía de Beethoven me golpeó como una premonición, he sentido que el mundo se aclaraba a mi alrededor.

Es una sensación como de déjà vu. Tiene algo de placentero. Quieres aferrarte a ese instante, que se prolongue porque es algo transcendente, tienes la sensación de que estás a punto de conectarte con una dimensión temporal, pero cuanto más te aferras a la experiencia, más rápido se desvanece. Ahora, con la sinfonía atronando en mis oídos, estoy experimentando un déjà vu que no acaba y que no me conduce a ninguna parte. Parece que está a punto de abrirse una puerta, pero nunca se abre. Es como perseguir una imagen con el rabillo del ojo. Un déjà vu puede ser placentero, pero lo que estoy viviendo se prolonga durante varios minutos y no tiene nada de agradable. Es un quiero y no puedo, un vislumbrar sin alcanzar nunca a ver. Se vuelve doloroso del mismo modo que una suave caricia provoca unas agradables cosquillas en la planta del pie pero se convierte en una tortura si las cosquillas se prolongan durante minutos.

Tengo los ojos de la mente cerrados y por más que intento abrirlos no lo consigo. ¡Qué impotencia!

Es la música lo que me provoca esta sensación dolorosamente anhelante. Debería apagarla, pero antes de colocarme los auriculares la confusión era tan terrible que me da pánico volver a ella. El pánico de no entender. Estoy tan cambiada. Dios mío. Según lo que pone en estas tarjetas (que yo misma he escrito, es mi letra, aunque no lo recuerdo) sufro algo así como “amnesia a corto plazo”. Significa que no puedo generar nuevos recuerdos desde que sufrí un accidente de coche... ¡Hace ya seis meses!

Eso explicaría el susto que me he llevado al mirarme al espejo. Aunque no explica el ojo morado, ni el labio partido. Si el accidente fue hace seis meses, cualquier herida en mi rostro debería haberse curado. ¿Me he caído y

me he golpeado? Debe ser eso. Ni siquiera lo recuerdo. Tampoco hay nada que explique las contusiones en este diario lleno de anotaciones que solo gritan una y otra vez lo asustada y confundida que estoy.

Tranquila Amanda. Piensa. Las notas dicen que la música me ayudará a entender. Que mientras siga con los auriculares puestos todo va a ir mejor, a pesar de esta insufrible sensación de déjà vu. La música me ayuda a mantener la continuidad de mis pensamientos. El reproductor está en modo bucle, la misma sinfonía se repite una y otra vez, al parecer, ayudando a mi cerebro a establecer nuevos recuerdos.

Las instrucciones en las tarjetas también dicen que debo anotar cualquier cosa relevante que me ocurra. Que escriba un diario que me ayude a recomponer mi vida.

Vale, ¿y ahora qué? Esto es caminar por la cuerda floja sobre un precipicio. Hay un agujero a mis espaldas y estoy a punto de caerme si me descuido.

Recorro la casa. Todo está patas arriba. Paco es un desastre con el orden. Me pregunto qué habrá pasado con mi trabajo si es que es verdad que han pasado seis meses (Dios mío, todavía me cuesta asumirlo).

Abro el diario y escribo una anotación en la página que (supuestamente) corresponde al día de hoy: “Preguntar a Paco qué ha pasado con mi trabajo”.

Podría llamar yo misma a Costa, pero no me atrevo a quitarme los auriculares. He leído en varias tarjetas advertencias severas sobre desconectar la música. Si lo hago, me arriesgo a perder el hilo de mis pensamientos y que mi mente vuelva al estado inicial. Me cuesta aceptar que me esté pasando esto. Me siento como una demente. Pero he contrastado la fecha con el teletexto y es verdad. Ayer no es ayer, ayer es hace seis meses. Yo soy una versión de mí misma fofa y demacrada. No tengo más remedio que creer lo que dicen estas tarjetas.

Me dejo caer en el sillón y me pongo a leer las entradas de mi diario. Es bastante desconcertante leer lo que una misma ha escrito y no acordarse. Desde luego es mi letra. Hay muchas anotaciones incoherentes. La mayoría repiten lo mismo, como si me hubiese vuelto loca, como en aquella película de El Resplandor, cuando Jack Nicholson escribía una y otra vez la misma frase. Ahí está la prueba de que estoy bastante mal, ¿verdad?

Leo el diario y no encuentro nada que explique mi situación. Lo único que me ha llamado la atención es que hay varias páginas arrancadas. Lo sé porque

las fechas saltan. No sé si eso es importante.

Vuelvo a mirarme en el espejo del baño y mi imagen me golpea como un enigma insondable. Dios mío, tengo la piel horrible. Parezco una naranja. Por no hablar del pelo. Tampoco entiendo por qué tengo el ojo morado y esa herida en el labio. Agarro el diario y escribo: "Preguntarle a Paco cómo me he hecho estas heridas en la cara". Después, me paso la siguiente media hora arreglándome. Me hago un lifting. Me pongo una base hidratante y algo de maquillaje. Mi aspecto mejora un poco. Aún así, sigo pálida como una muerta, las ojeras me llegan al suelo. Luego me ocuparé del pelo. Desde luego tengo que ir a la peluquería ya. No puedo presentarme mañana en el trabajo con esta facha.

Algo se mueve detrás mía, capto el movimiento en el espejo del baño y me doy un susto de muerte. ¡Por Dios! Es Paco. Con los dichosos auriculares no lo he oído entrar.

—¡Joder, Paco, me has dado un susto de muerte! —chillo.

Paco me mira de una manera rara, con una mezcla de curiosidad y prevención, como si yo fuese una especie de animal exótico y peligroso. Él también está cambiado. Se ha dejado barba y le queda francamente mal, pero no se lo digo.

—No grites —me dice. Apenas lo oigo porque la música está por las nubes. Le bajo el volumen al mínimo—. ¿Cómo estás hoy? —me pregunta.

—Bien, supongo. Tú sabes lo que me pasa, ¿verdad?

—Claro. Seguimos compartiendo el mismo techo —me responde con fastidio.

—He estado como ausente, ¿es eso? Pero ya estoy bien, me siento mejor —le digo, queriendo tranquilizarlo—. He despertado.

—¿Estás segura?

—Claro, totalmente. ¿Dónde están las niñas?

—En su habitación, acabos de traerlas del colegio.

Voy en busca de mis hijas. Recuerdo que ayer me hice el propósito de pasar más tiempo con ellas. No voy a permitir que Paco me siga reprochando que soy una mala madre. Las niñas están tiradas por la moqueta, con todos sus juguetes por el suelo. Mis hijas han cambiado, parecen mayores, tienen algo diferente en el gesto, en las cejas, una cara… más adulta. Es increíble lo rápido que cambian los niños de un día para otro.

Cuando me ven entrar, sus caritas se vuelven hacia mí y me miran con

recelo.

Esas miradas me provocan una punzada de dolor en el pecho. Tengo la impresión de que Paco ha estado conspirando con nuestras hijas a mis espaldas. Mi matrimonio con Paco no va bien, y es algo que las niñas, aunque apenas tengan cinco años, perciben. Problemas entre sus papás. Pretender usar a nuestras hijas como arma arrojadiza en el divorcio, volviéndolas contra mí, dice muy poco de Paco.

—Mis tesoros... ¿No le dais un beso a vuestra madre?

Dos de ellas se levantan y vienen a darme un beso en la mejilla. Valeria se queda sentada, mirándome con prevención.

—¿Cómo os ha ido en el cole? —les pregunto.

Un lacónico "bien" es toda su respuesta.

—¿Queréis que os lea un cuento?

Silencio. Empieza a desesperarme su actitud. A veces no sé cómo actuar con mis hijas. Cuando estoy a solas con ellas me siento como a la deriva. Ellas son tan misteriosas. Las tres parecen compartir un secreto que me hurtan; tienen deseos tan básicos y tan indescifrables a la vez. Tengo la sensación de que otras madres saben imponer reglas y dar cariño, investirse de un yo maternal que les dicta su modo de comportarse de una manera innata. Yo nunca estoy segura de si estoy siendo demasiado complaciente o demasiado exigente con ellas. Para colmo, creo que Paco está intentando ganárselas en mi contra, si no, a qué viene esta manera de mirarme, como si yo fuese el lobo que acaba de asomar en su habitación.

Hablando del Rey de Roma, mi marido asoma a la habitación.

—Tengo que salir un momento —me dice—. ¿Podrás ocuparte de ellas un rato?

—Claro, ¿por quién me tomas? —resoplo, indignada—. Soy su madre. Mira Paco, tenemos que hablar sobre lo que le cuentas a nuestras hijas de nosotros...

—Otro día, ¿vale? —me corta—. Solo voy a estar fuera un par de horas, llámame al móvil si hay algún problema.

Paco se va. No sé qué problema va a haber. Me quito los dichosos auriculares. No sé que hago todo el tiempo con esta música que me está dando dolor de cabeza.

—¿Qué os apetece hacer, chicas? —les pregunto. No me responden—. ¿Queréis ir al parque?

Creo que he acertado, porque la idea de salir las anima de repente.

Me cuelgo el bolso y salimos a la calle. Nos sacude una ráfaga de aire helado. ¿Y este frío? ¡Si estamos en pleno verano! Debe ser uno de esos cambios de presión bruscos.

—Mamá, tengo frío —se queja Valeria. Parece mentira que, de las tres, siempre es la que coge todos los resfriados. Me resisto a volver a casa a coger un abrigo en pleno agosto. Esto debe ser pasajero, en cuanto salga el sol seguro que nos achicharramos de calor.

Hay un parque infantil muy cerca de donde vivimos. En cuanto llegamos, las niñas salen corriendo, trepan por unas escaleras y se meten en una especie de casita infantil que hay sobre una rampa de toboganes.

—Eso es, jugad en los toboganes —las animo.

Pero las niñas se quedan escondidas dentro de la casita. La verdad es que el parque está desierto. Sopla un viento helado. Hace tiempo que no vengo, antes siempre estaba atiborrado de madres y niños. No sé por qué, hoy no hay nadie. ¿Será por este repentino frío? La verdad es que estoy tiritando. Este frío no es normal. El tiempo está loco.

Me fijo en un individuo husmeando al otro lado del parque. Su aspecto no me gusta nada. Es uno de esos mendigos que va rebuscando en los contenedores de basura. Cada vez hay más gentuza merodeando por este barrio. El otro día le robaron el bolso a una vecina en plena calle. Y ahora me estoy acordando de aquella niña que secuestraron hace poco en un parque. Salió en todos los telediarios. Al parecer abusaron de ella. ¿Será por eso que nadie trae ya a sus hijos al parque? Pero, si no recuerdo mal, eso fue en un parque de Ciudad Lineal, muy lejos de aquí. O puede que haya pasado algo más que yo no sé. Últimamente he estado tan centrada en el trabajo que ni he tenido tiempo para ver las noticias. Aunque, si hubiera algún peligro, Paco me hubiese avisado.

Unos nubarrones oscuros se arremolinan tapando el sol. Se oscurece como si estuviera a punto de anochecer, aunque sé que son las siete de la mañana. Los rayos de luz atraviesan las nubes y, durante un instante, capto un destello, como un aura maravillosa con tonos de arco iris en los bordes, una de esas visiones momentáneas, inalcanzables, como aferrarse a un sueño, tan efímero que luego no puedes ni recordarlo. Algo para perderse dentro y olvidarse de lo demás. Vivir ese momento, esa magia que te han regalado. A veces vengo a correr al parque al amanecer, antes de ir a trabajar. El ejercicio

me sienta bien y me ayuda a perder peso. Pero, no sé porqué, hoy he bajado con zapatos y falda en lugar de zapatillas de deporte y chándal. ¿Cómo se me ocurre salir a correr así? Y, además, parece que está a punto de llover. Será mejor que me vuelva a casa, me arregle y me vaya derecha a la oficina. Esta mañana tenemos una reunión muy importante con los holandeses y no sé qué narices hago aquí.

***

Cuando he llegado a casa ha pasado algo muy raro. Al mirar la hora en el reloj de la mesita me he dado cuenta de que no estaba amaneciendo, ¡sino anocheciendo! Pone las 19h, no las 7h. Al principio he pensado que el reloj se había estropeado, pero lo he comprobado con el teletexto y efectivamente, son las siete de la tarde. Me he quedado en estado de shock. Estaba intentando entender lo que pasa cuando ha llegado Paco y todo ha empeorado.

—¿Dónde están las niñas? —me ha preguntado.

—En el colegio, tú te encargas de llevarlas por las mañanas. ¿Por qué me preguntas a mí?

Paco ha clavado en mí una mirada asesina y se ha puesto a recorrer la casa como un loco, llamándolas a gritos. No entiendo nada.

—¿Es que no las has llevado al colegio esta mañana? —le pregunto.

—Las niñas estaban aquí, contigo, joder. ¡No me digas que las has perdido, aquí en casa! —me grita como un energúmeno.

—¿Cómo que yo las he perdido? ¿Dónde están mis hijas?

—¡No lo sé, joder!

—¿Me estás diciendo que has perdido a nuestras hijas? —la confusión que siento se une a un pánico atroz—. ¿Pero tú dónde tienes la cabeza, Paco?

—¡Vete a la mierda Amanda, joder, vete a la mierda! —me grita.

—¡Desgraciado, a mí no me insultes! —la rabia me sube como bilis. No entender lo que está pasando me saca de mis casillas.

Paco siempre ha sido un desastre, pero si ha perdido a nuestras hijas... No lo quiero ni pensar.

—Me voy a buscarlas —me dice abriendo la puerta de la calle.

—¿Cómo que te vas a buscarlas? ¿Pero tú donde tienes la cabeza, hombre de Dios? ¿No eres ni capaz de llevar a nuestras hijas al colegio?

—¡Encima la culpa la tengo yo! —me espeta con la boca abierta—. ¡Es

lo que me faltaba!

—¿A quién voy a culpar si no? ¡Eres un puñetero desastre, Paco! ¡No sabes lo harta que me tienes!

Paco se me echa encima y me suelta un guantazo. El golpe me hace caer de culo. Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que ha pasado. La cabeza me da vueltas y la mejilla me palpita de dolor. Paco me lanza una mirada asesina y sale dando un portazo.

Me quedo congelada, sin respiración. Dios mío. Esto no puede estar pasando. Mi marido acaba de darme un guantazo. Acuden a mi mente testimonios angustiosos de mujeres maltratadas en reportajes cutres de televisión. Esto no me puede estar pasando a mí. ¿No es eso lo que siempre dicen todas las mujeres maltratadas? Negar la realidad. Intento contener las lágrimas. Soy una mujer fuerte. Independiente. No puedo permitir esto. No puedo derrumbarme. Tengo que denunciarlo, separarme de él. Cómo me arde la cara. Voy al cuarto de baño para ponerme una compresa húmeda del botiquín. Al mirarme en el espejo me quedo helada. Tengo un aspecto horrible. Tan cambiada. ¿Qué me ha pasado? ¿El pelo? ¿La cara? Tengo el ojo izquierdo tumefacto y un corte en el labio a medio cicatrizar, además del moratón en la mejilla por el golpe que acabo de recibir. ¿Es que Paco me ha pegado antes? ¿Cómo es que no me acuerdo?

Tengo una vaga noción de que había un problema con la hora. No es por la mañana, sino por la tarde. He estado todo el día dormida. Sedada. Eso es. Paco me ha sedado. Me está haciendo algo para hacerme dormir y, quién sabe, si para hacerme perder la memoria. Por eso no me acuerdo de los golpes. Dios mío, esto no me puede estar pasando a mí.

Sobre la mesita de café hay unas tarjetas. Mensajes escritos con mi letra. ¿De qué coño va todo esto? Los leo, pasando uno tras otro, frenética. Dice que tengo problemas de memoria. Que no puedo recordar. Es mi letra. Al final acabo comprendiendo que yo he escrito esto para acordarme de lo que no puedo acordarme. Tengo que anotar que Paco me ha pegado. Abro el diario y lo apunto: “Tu marido te está sedando. Te mantiene adormilada. Te maltrata. Te está dando algo que te hace perder la memoria. Tienes que denunciarlo, tienes que irte”.

Eso es lo que voy a hacer ahora mismo. Irme. Pues claro. Cuanto intento abrir la puerta, me llevo la sorpresa de que está cerrada con llave. Paco me ha encerrado. Hijo de puta. Busco las llaves en mi bolso, pero no están. Se las ha

llevado. También las llaves de repuesto que tenemos en el cajoncito de la entrada.

El corazón me va a mil por hora. Tengo náuseas y todo me da vueltas. Mi marido es un maltratador, o algo peor. Esto es una pesadilla. Es como haberme despertado en mitad de una película de terror. ¿Qué me hará Paco cuando vuelva? Estoy muerta de miedo. Escucho el ascensor, pasos en el recibidor. Voy a la cocina y agarro un cuchillo. No voy a permitir que me haga daño.

19
PRESENTE

Una probabilidad del 99%

Noto la arcada y me llevo las manos a la boca, queriendo contenerla, pero es tarde. Una bocanada de vómito sale disparada como si yo fuese una poseída en una película mala de serie B, acertando de pleno en la chaqueta del inversor inglés. Mi madre dejar escapar un grito. Mis hermanas se llevan las manos a la boca y contienen la respiración. El tiempo se detiene durante unos instantes en los que nadie reacciona. Parecemos esas figuras desenterradas en Pompeya sepultadas por la lava, congelados en un gesto de horror para siempre. Después, todo vuelve a ponerse en movimiento como a cámara rápida. Mi madre gesticula enloquecida. Mis hermanas se mueven de un lado para otro como si no supieran qué hacer. El inglés comienza a quitarse la chaqueta como si le quemara. Yo balbuceo una disculpa, con la boca todavía chorreando de vómito, me doy la vuelta y salgo corriendo con dirección al baño.

Me encierro en un retrete y me siento a llorar. El estómago me da vueltas, todo me da vueltas, en realidad. No tendría que haberme tomado ese último café. Debo tener gastroenteritis o algo parecido, porque me suben unos escalofríos, como tentáculos eléctricos, desde el estómago a todo el cuerpo. O a lo mejor es la resaca por el vino y los ansiolíticos de anoche. Si los ingleses se enfadan y se marchan, mi madre me va a matar. Qué rayos. Me va a matar de todas formas por haberle vomitado encima. Mi madre tiene razón. Siempre lo estropeo todo. Soy incapaz de hacer nada bien.

Alguien llama a la puerta con un toque de nudillos.

—Está ocupado —respondo—. Hay un cadáver dentro.

—Señorita Valeria, ¿está usted bien? —dice una voz con acento inglés, aunque no suena como la voz del guaperas, debe ser el otro, el joven, su ayudante.

—Estoy de maravilla, solo un poco indispuesta —respondo con la voz agria.

—Mi jefe quiere saber si está usted bien. Abra la puerta por favor.

De mala gana, corro el pestillo y empujo la puerta. Al otro lado aparece

el hípster inglés, que me mira a través de los gruesos cristales sus gafas y alza una ceja interrogante.

—¿Está enferma? —dice mirándome con preocupación—. ¿Necesita que la lleve a un hospital?

—Solo estoy un poco jodida. Creo que hoy me ha sentado mal la vida —respondo—. Pero dígale a su jefe que no se preocupe. En cuanto me muera estaré bien.

—Está muy pálida —dice él—. Y esas ojeras moradas son un indicio de que algo no está bien en su organismo.

¡Ja! Que *algo* no está bien en mi organismo, dice el tío. Soy un maldito detritus de ser humano. Más bien debería empezar enumerando lo que está bien, si es que queda algo.

—¿Qué pasa, eres médico o qué? —le espeto.

—Comencé la carrera de medicina, cierto, pero no la acabé —responde mirándome con gesto serio.

Ahora que lo miro más de cerca, me doy cuenta de que el tío lleva un pendiente negro en cada oreja.

—¿Se ha enfadado mucho tu jefe? —me atrevo a preguntarle, levantando los ojos.

—En absoluto. ¿Por qué iba a enfadarse? Ha sido un accidente sin importancia. A cualquiera podría pasarle.

Ya, claro. A cualquiera. Estas cosas solo me pasan a mí. Soy una desgracia andante. El llanto surge como un geiser.

—Vamos, no llore, señorita. Le aseguro que no hay ningún problema. Ryan se cambiará de traje y listo. Ya he llamado al hotel para que le traigan otro de su equipaje.

—Mi madre me va a matar. Será mejor que me vaya a casa a preparar mi funeral.

Intento levantarme pero es como si estuviera subida en la plataforma de un tiovivo, tengo que apoyarme con las manos en las paredes para no caerme. Las piernas me flojean. El estómago se me retuerce y me arden las entrañas. Se me escapan lágrimas de angustia.

—No está usted en condiciones de ir sola —me dice el inglés—. Permítame que la acompañe.

Intento negarme, pero él me toma del brazo.

—Gracias, de verdad, pero puedo apañármelas sola.

Sin embargo, no me suelta, y así, agarrada a su brazo, como si yo fuese una especie de herido de guerra, salimos al recibidor bajo la atenta mirada de todas las empleadas, cogemos el ascensor y bajamos a la calle. Gracias a Dios mi madre no me sale al encuentro. Imagino que estará deshaciéndose en agasajos con el inversor inglés. No confrontarla ahora solo sirve para aplazar lo inevitable. La bronca llegará después. Pues muy bien. ¿Y qué va a hacerme? Ya soy mayor de edad. No puede imponerme los castigos crueles que me imponía cuando era niña (encerrarme durante horas en el sótano oscuro, o dejarme sin comer un día entero, o las dos cosas a la vez). No le tengo miedo. Solo tengo que largarme de casa, buscarme un trabajo, y todo irá bien. Entonces recuerdo que alguien intenta matarme y la desesperación se propaga en mi interior como un agente químico letal, ahogándome. También cabe la posibilidad de que esté loca, razono al recordar las fotografías de las dos chicas suicidas con mi cara. Qué rayos, con una probabilidad del 99% estoy delirando y nadie quiere matarme. ¡Qué alivio! Se me escapa una carcajada histérica. El inglés me observa con curiosidad mientras el taxi en el que me ha metido recorre las calles de Madrid. Me muero de la vergüenza. ¿Por qué siempre tengo que cagarla una y otra vez?

Me paso el trayecto con las manos en la cara y los ojos cerrados. Al rato, el inglés me avisa de que hemos llegamos a la calle donde está la casa que habito. Nos bajamos del taxi y me dirijo a la puerta. Me paralizo en el umbral. Me entra el pánico ante la idea de quedarme sola. ¿Y si la araña venenosa sigue rondando por ahí?

—Por favor, ¿puedes acompañarme dentro? —le pregunto al chico inglés, que permanece discretamente detrás mía, observándome con precaución, como si yo fuese alguna especie de artefacto peligroso difícil de manejar—. Tranquilo, soy inofensiva —le digo con una sonrisa bastante falsa.

Me dice que sí educadamente y entra detrás mío. En el recibidor, abro la puerta que da a las escaleras del sótano y desaparezco por ellas, a oscuras, directa a mi habitación. El inglés se queda arriba, confundido.

—¡Vivo en el sótano! —le grito desde abajo—. ¡No tengas miedo, no hay nada peligroso, solo yo!

Antes de entrar en mi habitación, me detengo bajo el quicio de la puerta y me pongo a inspeccionar minuciosamente el suelo en busca de la araña. El terreno parece despejado. Voy hasta la cama y tanteo el colchón con las palmas de las manos. Aparto las sábanas. Ni rastro de arácnidos. El inglés

observa mis movimientos con una expresión de perplejidad. Me subo a la cama de un salto. Sigo teniendo el corazón a mil por hora.

—En España hacemos esto cada vez que entramos en un dormitorio —le digo—. Es un ritual antiguo.

El inglés se limita a mirarme con preocupación.

—Gracias por acompañarme —le digo—. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Elliot —responde.

—Tu jefe y tú habláis muy bien el español.

—Los dos hemos vivido algún tiempo en España. Yo vine aquí por primera vez cuando tenía diecisiete años, en un intercambio estudiantil. Además, en mi *college* estudié español.

—Ah, yo no tengo ni idea de inglés, la verdad. Los idiomas se me dan fatal.

En realidad, todo se me da fatal, pienso para mí. Mi acompañante dirige la mirada a las botellas de vino vacías que hay tiradas por el suelo. La habitación está hecha un asco. Por orden de mi madre, la chica del servicio no entra aquí a recoger. Mi madre pretende que aprenda a ocuparme yo sola de mis cosas, pero la verdad es que soy un desastre. Hay ropa interior tirada por todas partes. Una montaña de ropa sucia sobre una silla y los zapatos se agolpan en el suelo, desordenados. De pronto, noto que la cefalea se aproxima, el eco del dolor en mi cabeza avanzando lentamente como una tormenta. Abro el cajón de la mesita de noche y saco un Valium para calmar la taquicardia. Tengo la boca seca.

—¿Puedes traerme un vaso de agua? La cocina está arriba.

El inglés sale y desaparece escaleras arriba. Oigo sus pasos en el techo. Imagino lo extraño que debe ser para él todo esto. Venir a España para una importante reunión de negocios, y que tu jefe te envíe a cuidar de una chica loca con la cabeza rapada que vomita encima de la gente. Probablemente sea una de esas historias que le contará a sus nietos cuando sea viejo: "Fijaos lo que me ocurrió una vez". Puedo imaginarme a este joven muchacho convertido en un venerable y anciano gentleman de pelo blanco y aspecto bonachón. En cambio, soy incapaz de imaginarme a mí misma en el futuro, miro adelante y todo lo que veo es un cuerpo semidesnudo, entre sangre y tripas, aplastado sobre una acera de Benidorm.

No puedo salir de este momento presente que me aprisiona como paredes de cristal que reflejan mi propia miseria interior. ¿Tan difícil sería salir

corriendo y escapar a un lugar cubierto de hierba verde bajo cielos luminosos? Parece sencillo. Coger un coche, conducir durante días hasta llegar a cualquier sitio y, entonces, simplemente vivir. ¿Por qué no lo hago?

El inglés regresa con el agua. Me la bebo a borbotones que bajan ruidosamente por mi garganta. Le lanzo miradas de reojo y le alargo el vaso cuando acabo. El inglés se quita la chaqueta, dice que tiene calor. Se le marcan los músculos bajo la camiseta. Me doy cuenta de que tiene los brazos fuertes y unas manos grandes, dedos largos y finos, de pianista. En el brazo izquierdo lleva un tatuaje que le ocupa todo el antebrazo. Es un pájaro azul, con las alas recogidas, encerrado en lo que parece una especie de corazón.

—¿Qué significa ese tatuaje? —le pregunto.

—Me lo hice por un poema que me gusta mucho —responde—, Blue Bird. El pájaro azul.

Me hace mucha gracia cómo pronuncia la palabra páharo... Suelto una risita. El Valium empieza a hacerme efecto.

—A mí me dan miedo las agujas —le digo—. No veas el drama cuando tienen que sacarme sangre.

—¿Y cómo te pudiste hacer entonces ese tatuaje? —dice señalándome la muñeca.

—Me lo hice cuando tenía catorce años, iba con una amiga, las dos íbamos un poco bebidas, y a mí amiga se le ocurrió que nos hiciésemos unos tatuajes.

—¿Y por qué elegiste un dibujo de Picasso?

—Lo has reconocido —le sonrío a medias—. No lo sé... Pero este dibujo es lo único que siempre he querido llevar tatuado, para poder verlo cuando me apetezca. Me hace sentir bien. Mirarlo me reconforta.

—¿Eres muy aficionada a la obra de Picasso?

—Confieso que no. De hecho, no me gusta ninguno de sus cuadros, salvo este dibujo. Es como si llevarlo completase una parte de mí que anda perdida. No sé ni por qué te cuento esto. Vas a pensar que estoy loca. Espera, no. Ya lo pensabas antes.

Los músculos empiezan a relajárseme y el sueño se apodera de mí como una marea de aguas oscuras que asciende lentamente. Me deslizo en la cama hasta quedar en posición horizontal. Meto la cabeza bajo la almohada.

—No pienso que estés loca, Valeria, ¿por qué iba a pensarlo?

Eso es que no me conoces, le respondo mentalmente, pero me lo guardo

para mí. Asomo la cabeza por debajo de la almohada y veo que esboza una sonrisa tímida. Míralo, ahí plantado, de pie, hay que reconocer que es guapo, y tiene buen cuerpo, y educadísimo. Seguro que su mamá está orgullosa de él.

—¿En qué lugar de España viviste cuando eras estudiante? ¿En Madrid? —le pregunto desde debajo de la almohada.

—No, en un pueblo costero llamado Benidorm —responde—. Tengo muy buenos recuerdos de allí. Sobre todo de las chicas españolas.

Exactamente eso. Benidorm. De todos los sitios posibles que podía haber visitado en España, estuvo en Benidorm. Cuando pronuncia Benidorm lo hace con un acento aún más inglés, me encanta la suavidad de su voz.

Benidorrrrm...

—De hecho, estuve allí hace un par de días, antes de venir a Madrid, recordando viejos tiempos.

Viehos tiempossss

Qué casualidad, yo también estuve allí hace un par de días, estoy a punto de decirle, pero entonces me acuerdo de lo que me pasó y de cómo tuve que regresar muerta de miedo.

Qué casualidad, me repito a mí misma, que él venga precisamente de allí...

Siento la cabeza muy ligera. Entonces caigo en la cuenta de que estoy a punto de quedarme dormida con un extraño en mi habitación, un extraño con pinta de hípster que perfectamente podría ser un psicópata asesino. Una punzada de miedo me brota en el estómago, pero el Valium ya ha hecho efecto y no logro que mis pensamientos emerjan a la consciencia.

Me veo a mí misma desde fuera, como en una experiencia extra—corporal, tumbada inconsciente en la cama, mientras el inglés me estrangula con sus grandes manos de pianista y yo, como soy un fantasma incorpóreo, no puedo hacer nada, solo gritar en silencio.

20.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Ese momento de confusión que me sacude cada vez que abro los ojos y abrazo la consciencia.

La osadía de abrir los ojos y despertar.

Despertar y abrir los ojos.

¿Puede alguien despertar y no abrir los ojos? ¿No es ese un acto automático en cuanto la consciencia te sobreviene?

Tengo miedo de abrir los ojos. La luz entra a raudales por la ventana del salón, pero tengo la impresión de haberme despertado en mitad de la noche, todavía con los jirones de una pesadilla distorsionando la consciencia. Abrir los ojos no hace que la pesadilla se disuelva bajo la luz diurna. Al contrario, la claridad solar parece afianzarla más a la realidad, como una imagen horrible que se intuye en la oscuridad y que a plena luz del día resulta todavía más horrorosa en toda su crudeza. La pesadilla se ha instalado en la casa, se ha instalado en mí.

Me encuentro a mi marido en la cocina, bebiendo una cerveza y leyendo el periódico, tan tranquilo.

—Paco, ¿qué me has hecho?

—Yo no te he hecho nada —me responde con gesto cansado. Ni siquiera me mira.

—¿Pero tú me has visto? Tengo una pinta horrible. ¡Y la cara llena de moratones! Parce que me hubieran dado una paliza esta noche mientras dormía.

—Te habrás caído. O te has golpeado con una puerta. Últimamente estás muy torpe.

—Yo no recuerdo haberme caído, Paco, ¿qué me ha pasado? ¿Por qué estoy como adormilada? ¡Y encima es medio día! Tendría que estar en el trabajo.

Dios mío, los holandeses. Costa me va a matar por no haber ido a la reunión. Paco sigue leyendo el periódico, no me mira, apenas me hace caso.

—Paco, ¿qué me has hecho esta noche? ¿Me diste una droga o algo?

—Colócate los putos auriculares y lee tus dichosas notas —me responde con gesto hastiado—. Estoy harto de explicarte una y otra vez lo que te pasa.

Me quedo mirándolo unos instantes y acabo regresando al salón. Hay un discman junto a unas tarjetas con anotaciones. Es mi letra. "Ponte los auriculares". Me los coloco y le doy al play, esperando con una ridícula esperanza una grabación que me explique lo que me está pasando, pero lo que inunda mis oídos no es una voz, sino una sinfonía, la séptima de Beethoven, para ser más exactos. Yo de este hombre, a pesar de lo famoso que es, solo conozco la Quinta Sinfonía y eso del Himno a la Alegría, bueno… y esta, la número siete, movimiento dos, que reconozco a pesar de no recordar haberla escuchado jamás.

La música, extrañamente, tiene un efecto clarificador. Como si un potente imán hubiese orientado los fragmentos confusos de mis pensamientos. De pronto, sé que me pasa algo muy grave, aunque no alcanzo a recordar qué es eso tan grave que me pasa. Es una certeza vacía de contenido.

En la mesita hay una agenda. Paso las páginas y veo que contiene anotaciones de mi puño y letra. Hay fechas sin sentido, como una lista de tareas del futuro. No, no es el futuro. Más bien es una especie de diario. A ver, las notas dicen que sufro amnesia. Que me han desaparecido los recuerdos de los últimos seis meses. Dios mío. ¿Es posible que no recuerde absolutamente nada? Eso explicaría que me vea tan cambiada. Vuelvo a observarme en el espejo del recibidor. Mi cara está llena de arrugas y moratones. ¿Cómo me he podido golpear así en la cara? Paco dice que me he caído. La verdad es que me cuesta tenerme en pie. Tengo nauseas en la boca del estómago. Dios mío. Ayer yo era una mujer sana, en plena forma. Ahora me siento como una piltrafa humana. ¿Qué clase de enfermedad es esta?

Reviso las anotaciones del supuesto diario. Según deduzco de mis propias palabras confusas, la amnesia dura ya seis meses. ¡Seis meses! ¿Y por qué me encuentro tan mal? ¿Por qué tengo náuseas y el cuerpo lleno de moratones? ¿Qué demonios me han hecho en todo este tiempo? En el diario no hay muchos detalles. El propio diario está lleno de saltos, como mi memoria. No, no son saltos, son páginas arrancadas. Faltan días del calendario, lo cual me confunde aún más. Vamos a ver, si tengo amnesia y se supone que llevo un diario para poder rellenar los agujeros que me produce la amnesia, ¿el propio diario tiene agujeros?

Paco tiene que saber lo que me está pasando. Paco tiene que poder explicarme. Lo escucho trajinar en el dormitorio. A través de la rendija de la puerta veo que habla con alguien, tiene el móvil pegado a la oreja. Me quito

los dichosos auriculares para poder oírlo bien. Pego la oreja detrás de la puerta.

—Tenemos que acabar con esto ya —le dice a alguien en voz baja—. Me está volviendo loco... Lo sé, joder, si la ingresamos lo perdemos todo, pero no sabes lo que es vivir así día tras día...

¿Está Paco hablando de mí? ¿Con quién? Aguzo el oído.

—Pero va muy despacio... —dice Paco—. Sí, ya lo sé, tiene que ser así. Sería sospechoso si aumento la dosis... Pero la tensión es insoportable. No sé si esto merece la pena. No. No voy a echarme atrás ahora. Ya lo hemos planeado todo. Llegaré hasta el final, no te preocupes... (silencio) Yo también te quiero. Tengo que colgar, creo que Amanda está escuchando.

La puerta se abre de repente. Paco me observa con una frialdad que me hiela la sangre.

—¿Con quién hablabas?

—Con Carlota —me responde.

—¿Quién es Carlota?

—Mi amante.

Me quedo mirándolo con los ojos desorbitados.

—¿Y tienes la desfachatez de decírmelo así, a la cara?

Paco farfulla una risotada. ¡El muy desgraciado! ¡Acaba de reconocer que tiene una amante y se me ríe en la cara!

—¡Eres un hijo de puta! —estallo—. Esto se acabó, Paco. Te largas ahora mismo de esta casa. Voy a llamar a mi abogado.

—No vas a llamar a nadie —me responde, tan tranquilo—. No me voy a ir a ningún lado. Esta es mi casa. Y lo seguirá siendo.

—¡Ni lo sueñes! Nos casamos con un acuerdo de separación de bienes, ¿o es que ya no te acuerdas? Este piso está a mi nombre. Lo he pagado yo con mi dinero. ¡Tú no tienes nada, eres un fracasado y lo vas a ser toda tu vida! —es la rabia y la confusión lo que me hace pronunciar esas palabras.

—Te aseguro que me voy a quedar con todo, Amanda, incluso con tu empresa. Voy a vivir en este piso tan bonito y, además, no voy a estar solo. Carlota, mi amante, vendrá a vivir conmigo. Voy a follar con ella en esta misma cama —le da una palmada a la colcha— y voy a disfrutar con ella de todo el dinero que tienes en tu cuenta corriente, ese dinero que tanto te ha costado ganar y que tantas veces me has restregado. ¿Qué te parece, Amanda?

—¡Estás loco! ¡Vete de aquí ahora mismo! ¡Fuera! —le grito con todas

mis fuerzas.

—No voy a irme. Te lo aseguro.

—Ya lo creo que te vas a ir, hijo de puta —le digo apretando los dientes.

Me voy en busca de mi teléfono móvil. Voy a llamar a mi abogado y voy a hacer que saque a este desgraciado de mi casa ahora mismo. Cuando estoy marcando el número Paco me agarra la mano por detrás y me quita el teléfono. Forcejeamos mientras trato de arrebatárselo. Paco me empuja con violencia. Me abalanzo sobre él, pero Paco me frena de un guantazo en toda la cara. Me quedo traspuesta, doliéndome el golpe.

—¡Cabronazo! —le grito con los ojos anegados en lágrimas—. Ahora sí que la has cagado. Voy a denunciarte por malos tratos. Vas a ir a la cárcel.

—No, Amanda, tú vas a ser la que acabe encerrada, por loca —me replica con frialdad—. Yo seguiré aquí, viviendo tranquilamente y disfrutando de la vida.

—¡Ni lo sueñes, desgraciado!

Intento escabullirme y salir del piso. Paco me agarra de un brazo y del cuello y me empuja al suelo violentamente. Me golpeo en la cadera al caer y aúllo de dolor. Desde el suelo clavo en él una mirada cargada de rabia.

—Sabes Amanda —me dice mirándome desde arriba—, me has estado jodiendo desde que nos casamos. Queriendo controlar mi vida. Haciéndome sentir un fracasado porque no seguía tus dictados, doña perfecta. Menospreciándome cada vez que me restregabas tus logros en tu maldita empresa. Humillándome cada vez que me decías lo listo y la de dinero que gana el tal Costa.

Dios mío, lo sabe, sabe que me acuesto con Costa. ¿Es esto una especie de venganza?

—Pero en una cosa tenías razón —dice mi marido—. El dinero es importante. Con todo el dinero que has acumulado hasta ahora voy a dejar de trabajar y vivir la vida.

—¿Te crees que vas a poder quedarte con mi dinero? —le espeto—. ¡En cuanto te denuncie te vas a quedar en la puta calle!

—En eso te equivocas. No vas a denunciarme. No vas a hacer nada. Puedo hacer contigo lo que quiera y no tendrá consecuencias.

—¡Estás loco! —Dios mío, mi marido se ha vuelto loco. Tengo que salir de aquí. Tengo que buscar ayuda.

—Eres tú la que ha perdido la cabeza, Amanda. Nunca me creí capaz de

pegar a una mujer. Pero tú me has empujado a esto. Me has hecho perder los nervios con tus desprecios y tus insultos continuos. ¿Y sabes una cosa? He descubierto que me gusta la sensación de poder hacer contigo lo que me dé la gana.

Paco me agarra del pelo y tira con fuerza. Chillo de dolor mientras intento librarme.

—Grita lo que quieras, puta de mierda —me dice.

Me tira del pelo hacia atrás mientras me aprieta el cuello con la otra mano. Nuestras caras están a pocos centímetros. Dejo de resistirme. Este hombre está loco. Es capaz de matarme. Dios mío, por favor, que pase esta pesadilla. Tengo que escapar como sea.

—Tranquila, Amanda —me dice en un susurro. Su cara está tan cerca de la mía que me llega su aliento a cerveza—. Todo va a acabar bien. De verdad. No tienes que preocuparte de nada.

Llevándome del pelo como a un animal, me obliga a sentarme en el sillón. No me atrevo a moverme. Paco inspecciona mi diario.

—¡Qué bonito! Escribir estas cosas de tu abnegado marido, el único que te cuida —dice en tono de burla. Se pone a leer las páginas en voz alta—. Tu marido te está sedando. Te ha tenido dormida un tiempo indefinido. Te ha golpeado. Te maltrata. Tienes que denunciarlo, tienes que irte —dice, leyendo una anotación.

Paco arranca la página y la hace añicos. Después se sienta en el sillón que tenemos junto al sofá. Se queda mirándome como si esperase algo.

No sé qué hacer. Tengo tanto miedo. No había estado tan asustada desde aquella vez, todavía lo recuerdo, cuando tenía diecisiete años y fui a una discoteca con mi amiga del instituto, Clara. Aquella noche conocimos a un par de chicos en la discoteca, estuvimos bailando un rato y después se empeñaron en llevarnos a casa en su coche. Íbamos un poco bebidas y accedimos. Pero en vez de llevarnos a casa, tomaron una ruta distinta. De pronto nos encontramos en un lugar a las afueras de Madrid, en un coche con dos desconocidos. Aquellos dos ya no parecían tan jóvenes ni tan risueños. De pronto, uno de ellos intentó meterme mano, y todavía recuerdo el golpe de terror atávico que me sacudió al comprender que estábamos a merced de la fuerza bruta de aquellos dos malnacidos. Afortunadamente, logramos escabullirnos, mi amiga y yo, pero el terror de aquella noche tardó mucho tiempo en borrarse de nuestro ánimo. De hecho, mi amiga y yo comenzamos a distanciarnos, como si

la presencia de la otra reviviese la vergüenza secreta que sufríamos en silencio.

No sé por qué me he acordado ahora de aquello. Han pasado veinte años. Hacía mucho tiempo que no recordaba aquel triste episodio. Me saca de mis recuerdos un dolor agudo en el costado, como si me hubiese golpeado con algo. También siento un palpitar en la cara, me arde. Estoy en el sofá de mi salón con la extraña sensación de que me he deslizado hasta aquí desde algún otro lugar. Es como si me acabara de despertar y hubiera venido sonámbula hasta el sillón para seguir durmiendo. Pero no llevo el pijama y Paco está aquí, en el sillón, leyendo el periódico. Estoy confundida.

—¿No tendrías que estar en el trabajo? —le pregunto a mi marido.

—Hoy no voy a ir a trabajar, cariño —me responde sin levantar la vista del periódico.

—¿Por qué no?

Y entonces me doy cuenta de que algo no está bien. Tengo el cuerpo dolorido, la cabeza me da vueltas y tengo nauseas. Es peor que aquella vez que cogí gastroenteritis y no me podía mover del dolor de barriga.

—Me siento mal —le digo a mi marido—. Puede que sea gripe, o gastroenteritis.

—Algo parecido. Por eso no he ido a trabajar —me dice Paco—. Para cuidarte.

—No tendrías que perder un día de trabajo por mí.

—No pasa nada. Tú eres más importante que mi trabajo.

Alza la cabeza y me mira de un modo extraño. Paco se sienta a mi lado y me coge la mano. Un escalofrío me recorre la columna y se me eriza el vello, y por un instante me sobreviene el impulso de huir de un peligro, pero la sensación se diluye. Debo haber agarrado un virus porque no estoy bien. Qué rabia. Hoy teníamos la reunión con los inversores holandeses. Costa me va a matar. Tengo que llamarlo y avisarlo.

—Tengo que llamar a Costa y avisarle de que no puedo ir a trabajar.

—No te preocupes —me dice Paco—. Ya le llamé yo. Me ha dicho que no hay problema, que lo tiene todo controlado.

—¿Cuando le llamaste?

—Antes, cuando estabas durmiendo. Anoche te encontrabas mal y te tomaste una pastilla para dormir. Esta mañana no he querido despertarte, para que descansaras. Por eso avisé a tu empleado.

Paco me sonríe con dulzura. Tengo la vaga impresión de que hace un rato estaba enfadada con él, pero ya no me acuerdo del motivo. Ayer discutimos, eso sí que lo recuerdo. Yo quería salir a cenar fuera y Paco quería ver un partido de fútbol. Tuvimos una buena bronca y yo me fui a cenar sola. Anoche se me pasó por la cabeza la idea de divorciarme, pero ahora, viendo lo solícito que está Paco y lo bien que se porta conmigo, no lo tengo tan claro...

Algo se remueve en mi estómago. El dolor punzante en la cara no hace más que aumentar. Paco me trae una pastilla y un vaso de agua.

—Tómate esto —me dice—. Es un analgésico. Échate y descansa y dentro de un rato estarás mejor.

Me tomo la pastilla. Por Dios, me duele todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza. Es la peor gripe que he agarrado nunca. Me entra un sueño atroz. No lo entiendo, los analgésicos no dan sueño. ¿O es que la pastilla es otra cosa? Quiero preguntarle a Paco qué es esta pastilla que me ha dado, pero me pesa la cabeza y tengo la lengua adormilada. Me recuesto en el sillón. Tengo una vaga inquietud, como si estuviese a punto de quedarme dormida en un barco que se hunde. ¿Por qué? No lo sé. No lo sé. ¿Qué peligro puede acecharme aquí, en casa? Además, Paco está a mi lado, cuidándome.

21
PRESENTE

La hora de la verdad

Me despierto sobresaltada. Me palpitan las sienes con punzadas de dolor, rítmicas, como la alarma machacona de un despertador. La habitación está en penumbra. Miro el reloj de la mesita y veo que han pasado casi dos horas desde que me quedé dormida con la cabeza bajo la almohada. El inglés no se ha ido. Lo tengo sentado frente a mí, observándome fijamente a través de sus gruesas gafas de hipster. Antes de caer dormida me dijo algo que me inquietó mucho, pero ahora no logro acordarme. Tal vez no era nada importante, solo mi paranoia acosando mis pensamientos, como siempre.

—¿Te has pasado ahí dos horas, mirándome mientras dormía? —le pregunto, poniéndome colorada.

—Estaba preocupado por ti. Gemías y te agitabas violentamente —responde con una sonrisa amable.

—Tengo mal dormir —respondo, enderezándome—. Cuando... cuando tenía novio, nunca podíamos acabar la noche en la misma cama, según él, le daba patadas y lo acababa echando del colchón. No soy buena compañía ni dormida.

—También hablabas en sueños.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía?

—Que alguien quiere matarte. Algo de caer por un balcón.

Exactamente eso: aplastada sobre el asfalto. ¿Seguro que no he dicho nada sobre la picadura de una araña?

Me quedo sentada en la cama. Todavía estoy mareada, pero me siento un poco mejor. Al menos han desaparecido las náuseas. Juro que no vuelvo a mezclar café con Valiums.

—Supongo que estarás alucinando conmigo —le digo mientras flexiono los brazos y las piernas para lograr que la sangre me vuelva a circular por las arterias.

—Lo que iba a ser un día aburrido de trabajo, se ha convertido en algo interesante —responde con tono irónico.

—Oye, yo no soy ninguna atracción de circo —le recrimino, airada.

—Lo siento. No quería dar a entender eso. Me refiero a que prefiero estar aquí, charlando contigo, que en una aburrida reunión de negocios.

—Siento lo que ha pasado. De verdad. Luego le pediré disculpas a tu jefe. Si es que mi madre no me mata antes. Mi madre o el chalado que me persigue —se me escapa. Me tapo la boca con la mano.

—¿Quién te persigue? —sus ojos azules se clavan en mí con interés. Tiene unos bonitos ojos del color de un cielo limpio, no como el cielo de Madrid que siempre está gris de contaminación. Hasta ahora no me había dado cuenta de ese piercing que tiene en la nariz, es casi invisible.

—Lo siento, se me ha escapado.

—¿Te están acosando? —me pregunta, poniéndose muy serio—. ¿Acaso un ex—novio? Leo las noticias. En España hay muchos crímenes machistas.

—No, no es eso. Olvídalo. No he dicho nada. Será mejor que vaya a darme una ducha para despejarme.

—No puedes guardarte para ti algo así —me dice—. Un acosador es cosa seria.

—Ni siquiera sé si es un acosador o me lo estoy imaginando todo —respondo.

—O sea, que hay un acosador —replica.

El cabrón es listo. O finge muy bien, o sus ojos me miran con genuina preocupación. Estoy hecha un lío. Normalmente nadie es así de amable conmigo. Normalmente la gente me rehúye, como si viesen en mí algo desagradable, o tal vez lo hacen porque soy realmente desagradable y arisca con todo el mundo. Hay un enorme abismo entre lo que soy y lo que los demás ven en mí, incluso a veces pienso que hay un abismo entre lo que soy y lo que pienso que soy.

—Ya sé que no nos conocemos de nada, pero si alguien te está poniendo en apuros, me gustaría ayudarte —dice él.

¿Debería pedirle ayuda? No puedo con esto yo sola. Y no puedo recurrir a mi madre. Ella cree que estoy loca. Y mis hermanas pasan de mí, por no hablar de que también piensan que estoy loca. Estoy sola. La soledad es terrible.

—¿Tú alguna vez te has sentido solo? —se me escapa sin pensar.

Se me queda mirando de una manera extraña. No de un modo desagradable o incómodo. Sus ojos adquieren una extraña cualidad luminiscente. Es como si me observase sin juzgarme. Y eso, la falta de juicio,

me gusta de él.

—No me refiero a pasarte un tiempo solo —le aclaro, por si no pilla bien los matices del español—, como irte a un retiro espiritual o algo así, me refiero a sentirte solo rodeado de gente...

—Sé a lo que te refieres —responde mirándome a los ojos—. Conozco la soledad y sé que no va de estar o no estar acompañado. La soledad es sentir que las relaciones personales solo son interacciones vacías. Sentir que nada de lo que digas o hagas permanece de una manera duradera en la conciencia de los demás. Que tus palabras salen de tus labios, y hay quien las oye, pero nadie las escucha.

Su voz entra en resonancia con mis sentimientos. Me produce una extraña sensación de deja vu, de que ya he vivido antes este momento, que este joven inglés ha estado en mi habitación y ha pronunciado esas mismas palabras antes, no solo una vez, sino infinitas veces.

—No me avergüenza decir que así es como me siento la mayor parte del tiempo —dice él—. Como si fuese incapaz de encontrar el asidero de otra persona en este mundo.

—Siempre a la deriva. Sin dejar huella en los demás —prosigo yo, como si sus palabras formasen parte de mis propios pensamientos.

Cruzamos una mirada. Nos sonreímos como idiotas.

—¿Sabes, Valeria? Pienso que estamos equivocados, el error, quizás, está en querer perdurar en los demás, cuando deberíamos buscar el asidero en nuestro propio interior.

Me sonríe. Es guapo. Joder, es guapísimo. Es fuerte, pero también vulnerable, y sus ojos me dan calma, su voz me da calma.

¿Decido confiar en él? Necesito apoyarme en alguien o me voy a caer al vacío.

Respiro hondo. Agarro mi teléfono móvil. Llegó la hora de la verdad. Busco en internet la noticia de las chicas suicidas y le muestro la fotografía de la primera de ellas en la pantalla. Tengo un momento de pánico, miedo de que Elliot me pregunte qué hay de especial en esa foto que le estoy enseñando. Casi deseo precisamente eso.

—Estás muy guapa, si me permites —me dice, poniéndose colorado—. Diferente. Con pelo.

—¿Entonces, también le ves el parecido conmigo? —el corazón me da un brinco. Debería alegrarme de no estar loca, pero mi supuesta cordura me lleva

a otra conclusión menos atractiva: no es una paranoia mía que alguien quiera matarme.

—La foto no es muy nítida —me dice el inglés, estudiando la imagen—. Si la miro atentamente, veo algunas pequeñas diferencias... Pero debe ser cuestión de la luz, del gesto, eres tú, aunque es verdad que has salido un poco rara en la foto. Como si te hubiesen hecho alguna cirugía estética, retocando un poco la expresión.

—Pues no soy yo. O, al menos, no debería serlo.

Le pido que lea el texto de la noticia que hay a continuación. Sus pupilas recorren la pantalla durante unos segundos. Después levanta la mirada con la extrañeza dibujada en el rostro.

—Habla de una chica que se suicidó saltando por un balcón hace un par de semanas, pero es como si hubiesen usado una foto tuya —dice.

—Exactamente eso. Y no solo pasa con esa noticia. Mira. Hubo otra chica que también se suicidó hace unos días.

Le enseño la fotografía de la segunda chica. Alza una ceja y me mira, después mira el teléfono, me vuelve a mirar.

—Te has cambiado el look, pero sigues siendo tú —afirma.

—Y yo que pensaba que me estaba volviendo loca por ver mi cara en todas partes. Me alivia comprobar que no.

—Es extraño —musita, acariciándose la barba de hipster con sus largos dedos de pianista—. El medio que da la noticia parece fiable, de reputación en España. Es muy grave que se hayan equivocado a la hora de coger la fotografía de una persona fallecida y hayan puesto la de otra que está viva.

—Pero no es un error —constato—. Te aseguro que yo nunca he tenido el pelo teñido con esas mechas. Nunca he llevado esos pendientes, ni esa ropa. En realidad, nunca me he tomado esas fotos.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —afirmo con más certeza de la que siento realmente.

El inglés se pone en pie y da unos pasos por la habitación. Se acaricia el pelo de la barba. Me mira con los ojos convertidos en dos ranuras y frunce los labios, apretando la mandíbula.

—En ese caso, solo hay una explicación lógica —afirma—. Estas chicas y tú sois hermanas. Gemelas. Trillizas para ser más exactos.

—¿Hermanas? ¿Cómo es posible? —exclamo, y me quedo la boca abierta.

—Es un caso poco frecuente, pero no imposible, a veces un óvulo fecundado se escinde en tres...

—No me refiero al asunto biológico. Que yo sepa, mis únicas hermanas son Gisela y Aitana, ¡y no se parecen a mí en nada!

Casi estoy a punto de echarme a reír, la risa como una reacción química al contraponer el absurdo con lo real, como cuando mezclas dos sustancias que explotan al combinarse, pero en lugar de la risa emerge dentro de mi algo parecido a la tristeza, un llanto interior que ahoga la risa como el agua ahoga el fuego. Algo se remueve dentro de mi pecho, como si en mi interior habitase un ser que de pronto ansía una bocanada de aire. Me tapo la boca con las manos. Pienso en las chicas de las fotografías, en sus caras sonrientes, en sus imágenes tan parecidas a la mía y tan distantes a la vez, y de algún modo sé que es verdad, que ellas son *mis hermanas*, siento un caudal invisible que me conecta con ellas, siempre lo he sentido y es ahora cuando se me aparece con claridad, ahora que ha cesado, del mismo modo que se advierte un sonido subliminal solo cuando se detiene. El vacío que hay en mis primeros recuerdos palpita con una reverberación lejana, como como un viejo miembro amputado que todavía se deja sentir con un calambre sordo.

—¿Te encuentras bien, Valeria? ¿No sabías que tenías más hermanas? —me pregunta Elliot.

—Yo... tengo dos hermanas —intento decir con una voz que es apenas un gemido inaudible, mientras niego con la cabeza.

—¿Y no las recuerdas a ellas? ¿No recuerdas tener otras dos hermanas?

Me quedo paralizada, en estado de shock. Recuerdo a mis dos hermanas, éramos como un solo ser, las tres, siempre juntas. Antes de ser yo misma, recuerdo ser una más. Recuerdo incluso el amor de mi madre, un amor sin forma ni sustancia, puro, inmaterial. Hasta que un día, en el borde mismo de mis recuerdos de infancia, algo cambió y mi vida se llenó de sufrimiento. Por algún motivo que nunca llegué a entender, era demasiado pequeña, apenas tenía tres o cuatro años, mis hermanas y mi madre empezaron a odiarme, y yo a ellas. No sé lo que pasó realmente. No tengo recuerdos en imágenes. Ni siquiera en palabras. Solo una sensación de terror. Tal vez las hermanas que me querían eran en realidad…

El vacío que hay en mis primeros recuerdos me produce un pánico indescriptible. El sentimiento haber perdido algo y no saber qué es. Como caer en una pesadilla infantil y ya nunca despertar.

¿Mis hermanas? ¿Esas dos chicas eran mis hermanas?

Necesito beber algo, necesito un tranquilizante. Agarro la caja de Valiums. Elliot viene hacia mí y me coge de las manos con suavidad.

—No deberías tomar tantos tranquilizantes —me dice muy serio—. Tienes que estar lúcida, Valeria, para poder enfrentarte a tu oscuridad, a lo que sea que te esté pasando.

Le miro con los ojos abiertos como platos. Él no lo entiende. Él no sabe. No imagina el dolor que hay dentro de mí. Lo que puede llegar a hacer ese dolor si emerge a la superficie. Ya pasó una vez. Hice cosas terribles. No puedo permitir que vuelva a suceder.

Forcejeo con él para llevarme las píldoras a la boca.

—Valeria, por favor. No lo hagas —dice, sujetándome las manos con firmeza.

—¡¿Quién mierda eres tú para decirme lo que tengo o no tengo que hacer?! —le chillo y me aparto de él.

Me suelta como si quemase. Se queda ahí plantado, mirándome. Hace un gesto con la mano, como diciendo: adelante. Le devuelvo una mirada desafiante, esperando encontrar en sus ojos el reproche habitual, el reproche que siempre encuentro en cada maldita persona que se acerca a mí. Pero su mirada es limpia. Sus ojos no juzgan, y casi que me siento culpable por haber forcejeado con él.

Sopeso la caja de Valiums y la dejo caer de mi mano al suelo. Respiro hondo, una y otra vez, como si acabase de cruzar la meta de una maratón.

—Vale, sin drogas. Sin alcohol —le digo—. Dolor a corazón abierto, sin anestesia. Voy a afrontarlo, sea lo que sea que me encuentre.

Exactamente eso: tengo dos hermanas gemelas, y las dos están muertas, asesinadas, en el mismo sitio en el que estuvieron a punto de matarme a mí.

¿Cómo se puede asumir algo así? Despacio, me siento en el suelo, me acurruco sobre mí misma, ocupando cada vez menos espacio, quiero seguir encogiéndome, haciéndome cada vez más pequeña, hasta desaparecer. Siento punzadas en las sienes, y el eco de un pitido agudo comienza a surgir hiriente dentro de mi cabeza.

Si pudiera simplemente desaparecer.

La imagen de mis dos hermanas gemelas, mi propia imagen repetida dos veces, me observa desde dentro de mi mente.

No, de eso nada. No voy a desaparecer. Son palabras que fluyen en mis

pensamientos y acallan el sonido, acallan el dolor, y abro entonces los ojos, la osadía de regresar a este mundo absurdo en un movimiento de párpados.

—¿Estás bien? —me pregunta Elliot, sentado en el suelo, a un metro de mí.

Niego con la cabeza.

—Esto debe ser mucho para ti —me dice—. Sería mucho para cualquiera. Dime cómo puedo ayudarte.

La amabilidad de este chico no tiene límites, de todas las cosas que podría haberme dicho, esta sea tal vez la mejor de todas las posibles, no me juzga, no le quita importancia a mis sentimientos, ni me dice qué es lo que tengo que hacer, simplemente me ofrece su ayuda.

Nos conocemos desde hace apenas unas horas y ya tengo la sensación de que fuésemos amigos de toda la vida.

Comienzan entonces a ocurrírseme muchas cosas que decirle a Elliot…

"Me has conocido en el peor momento de mi vida"

"Mejor desaparece, y sigue con tu vida, tú que puedes"

"Ayúdame a desaparecer, a morir"

…pero las palabras no me salen de la garganta.

—Necesito saber lo que está pasando —es lo que le digo.

—Es muy normal. Cualquier persona estaría desesperada por saber más en una situación tan extraña como esta.

—Ya, pero es que no sé qué hacer, por dónde empezar.

—Tal vez deberías olvidarte de todo, al menos hasta que hayas asumido completamente la situación.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Olvidarme de todo?

—Descansar, Valeria, aunque sea unas horas, darte un descanso al menos.

Imagino que no debo tener muy buena cara cuando Elliot me diagnostica un reposo inmediato, pero la verdad es que me siento completamente despejada, sin dolor, ni pitido en los oídos, sin miedo. Es como volver a nacer. Ahora tengo un objetivo.

—No, de eso nada —ahora sé que he dicho esas palabras en voz alta—. Voy a resolver este puto misterio.

—¿Cómo?

—Tengo que hablar con la familia de esas chicas.

—Valeria, ni siquiera sabes cómo encontrarlos.

—Pues eso es lo primero que voy a averiguar.

***

Pertrechada con mi móvil en una cafetería del centro, comienzo buscando el nombre de la primera de las chicas muertas, Carolina Ruíz, en Google. Su lugar de residencia aparece después de dar unos cuantos bandazos en la red, entre noticias, redes sociales y uno de esos voluminosos listines telefónicos que ya nadie consulta. Resulta que vivía en Barcelona. Lo que no encuentro de ninguna de las maneras es la forma de contactar con alguno de sus familiares. Entre sus contactos de redes sociales no logro localizar a sus padres, ni a sus hermanos (si es que los tiene). Lanzo algunas solicitudes de amistad a sus contactos, con la esperanza de que alguno me responda, aunque no sé qué voy a decirle.

Mientras tanto, repito mis pesquisas con la segunda chica: Leticia Robles. El perfil de mi supuesta hermana ha desaparecido de las redes sociales, lo que me desanima, pero averiguo que vivía en Madrid y doy con el nombre completo de la madre en una noticia de un periódico. Rosa Abascal. Sabiendo que la chica era madrileña, en apenas diez minutos he encontrado a una mujer que se llama Rosa Abascal, que no se parece en nada a ella, pero que tiene su Facebook plagado de condolencias. En muchas de ellas mencionan a su hija por su nombre y, en uno de los primeros posts, aparece una foto de la chica cuando era una adolescente, se parece aún más a mí de lo que pensaba, es como mirar a una foto mía antigua.

Solo se me ocurre lo más obvio, escribirle un mensaje a través de Facebook.

Hola, sé que no me conoce, pero necesito hablar con usted sobre su hija.

Para mi sorpresa, la respuesta llega casi inmediatamente.

¿Estás en Madrid?

Sí

De que necesitas hablar

Necesito saber sobre su vida, para algo muy personal

La conocías en persona

?

no

dime de que es lo que quieres hablar

preferiría hacerlo en persona

de acuerdo, podemos quedar esta misma tarde.

La señora me emplaza a vernos dentro de apenas media hora, en una pequeña cafetería cercana al Retiro.

ahí estaré

El trayecto en taxi me lleva apenas veinte minutos, durante los cuales me dedico a mirar por la ventanilla con la frente apoyada en el cristal, mis pensamientos hechos una madeja. Veo pasar las calles ante mis ojos y tengo la impresión de que la ciudad es un diorama, un decorado hueco de cartón piedra, que la gente se mueve de un lado para otro simplemente para otorgarle al decorado una apariencia de realidad. Mi vida me resulta vacía de significado más allá de las apariencias. No soy nada por dentro y no hay nada ahí fuera. Entonces, ¿en qué demonios consiste esto que llaman existencia? ¿Se trata simplemente de procrear como conejos y de llenar cada maldito segundo de vida de entretenimiento o de cualquier forma disponible de placer? ¿Soy la única que siente que su vida está vacía, o a todo el mundo le pasa lo mismo? Somos apenas imágenes en movimiento, hologramas, si a nadie le importa lo que ocurre dentro de nosotros.

—Hemos llegado, señorita —me dice el taxista mirándome con cara rara.

El taxi se detiene junto a una zona peatonal. Camino por una maraña de callejuelas tan enredadas como mis pensamientos, hasta encontrar la cafetería donde me ha citado la señora. Es realmente diminuta, al menos lo que se vislumbra a través de la cristalera, uno de esos sitios castizos, una cafetería que seguramente lleva aquí desde hace un siglo o más. Poco puedo imaginar que, efectivamente, hay alguien esperándome dentro, pero no se trata de la madre de Leticia Robles.

22.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

—Amanda, por favor, tranquilízate o no voy a poder ayudarte.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

Es una señora menuda, de mediana edad, con el pelo corto y moreno y una cara afilada como un pájaro, que de repente ha aparecido en el salón de mi casa.

—¿Cómo ha entrado usted en mi casa?

—Amanda, tú misma me has dejado pasar hace diez minutos.

—Y una mierda, yo a usted no la conozco de nada, ¿por q…?

De repente se me quedan las palabras atascadas en la garganta. La señora me está mostrando una foto en la que aparecemos los dos, ella está sonriente, yo tengo una mueca en la cara que es algo parecido a una sonrisa.

—Amanda, debes confiar en mí. Me llamo Nieves. Somos nosotras, sí, tú y yo…

—¿Qué pasa aquí? Le pregunto asustadísima, con la foto en la mano.

—Si te lo explicara, lo olvidarías en menos de media hora. Amanda, tienes un problema con la memoria, por eso necesito que confíes en mí. Todo lo que tienes que hacer es salir de esta casa, conmigo, ahora.

—¿Por qué?

—Es por tu marido, es muy peligroso.

—¿Paco? —le pregunto, y se me escapa una risita—. Paco es un holgazán, ya quisiera él ser peligroso —le suelto, sin entender la súbita confianza que me inspira una desconocida.

—Amanda, tu marido te tiene encerrada en esta casa, quiere matarte.

—A mí nadie me tiene encerrada en ningún sitio, puedo salir cuando quiera. Lo único que me pasa es que estoy un poco... mareada.

Instintivamente, me encamino hacia la puerta. ¿Por qué dice esta que no puedo salir?

—Amanda —me llama ella antes de que llegue al recibidor—, ahora está la puerta sin llave porque he entrado yo. Antes no hubieras podido salir, no tienes llaves, pero está bien, vamos fuera.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te he abierto yo la puerta entonces si no podía abrirla, según tú?

—Me hice una copia de tu llave cuando venía aquí a trabajar. Cuando tu marido me contrató para cuidarte.

—No te conozco de nada, aquí no has trabajado nunca.

Me parece a mí que esta mujer es una ladrona, o una timadora. ¿De dónde habrá sacado la llave? Me asusta un poco. Lo que no entiendo es por qué tiene una foto de las dos juntas. La señora hace un ademán de agarrarme por los hombros, pero la miro implacablemente y se queda con los brazos alzados, sin llegar a tocarme.

—Amanda, por favor, confía en mí, es ya la tercera vez que te cuento esto.

—¿La tercera vez?

—La tercera vez en menos de una hora, Amanda, llevo aquí desde las cinco de la tarde, una y otra vez te lo explico, tenemos que salir de esta casa.

Es extraño, extrañísimo, porque una sensación leve, como una brizna de humo, cae sobre mi conciencia, una sensación de, efectivamente, haber vivido esto antes, de déjà vu. Pero no de haberlo vivido hoy, sino hace... ¿Meses? ¿Años?

—Bueno, vale, simplemente cruza la puerta —me dice la señora—. Amanda, tengamos esta conversación fuera.

Un momento. ¿Por qué tengo que salir de casa acompañada por una desconocida? ¿Qué quiere esta mujer? ¿Y si es un truco para robarme? Me quedo congelada.

—No voy a ir a ningún lado contigo —replico, encarándola.

Me quedo observándola. No parece peligrosa. Es bajita y rechoncha. Tiene el pelo negro cortado como un hombre y la cara amable, con los ojos ligeramente hundidos.

—De acuerdo, Amanda, de acuerdo, tenemos poco tiempo, tenemos que resolver esto juntas, ¿vale? —se le ve el desasosiego en la cara.

—¿Tenemos poco tiempo?

—Muy poco, en cuatro o cinco minutos, diez como mucho, habrás olvidado todo lo que te cuente, te encontrarás de repente aquí en el recibidor, con una extraña que creerás haber visto por primera vez, yo, y tendremos que empezar desde el principio, te pido al menos que no vuelvas al salón.

—¿Por qué?

—Porque así, al menos, te tendré cerca de la puerta desde el principio, tal vez podamos salir de aquí a la cuarta oportunidad.

No me gusta como dice “te tendré”, esta loca está intentando embaucarme.

—Simplemente vamos a sentarnos aquí, en el suelo, Amanda, vamos a hablar, no te preocupes, no te voy a tocar, no te voy a obligar a hacer nada —me dice con las manos levantadas.

Le hago caso, me dejo caer deslizando la espalda por la pared. Estoy muy cansada, la cabeza me da vueltas. La puerta de la entrada sigue abierta, no creo que esta chalada me vaya a hacer algo con la puerta abierta, en cualquier momento podría empezar a gritar si me tocara un pelo, y me escucharían los vecinos.

—Amanda, tengo entendido que eres una mujer brillante, muy inteligente, así que me tienes que ayudar.

—¿Ayudarte? ¿Qué quieres, dinero? ¿Es eso? ¿Es esto una especie de… de timo elaborado?

—Amanda, te lo suplico, confía en mí aunque solo sea un momento, si entramos otra vez en un bucle como ese, se nos va a terminar el tiempo.

—Oh, sí, ya, el tiempo en el que se me olvidará todo —replico, irónica, antes de que me llame la atención un detalle del espejo del recibidor, es como un reflejo, acuoso, ensoñador, ¿de dónde viene esa luz?

Es un reflejo precioso, una de esas obras de arte que te ofrece el azar, durante unos segundos capto un tenue colorido en los bordes del reflejo, como el arco iris…

—Amanda, mírame, mírame…

Enfoco la visión y la miro a los ojos, a esta extraña y sus disparates.

—Amanda, ¿estás bien?

—Creo que sí…

Qué raro. He sentido que se me quedaba la mente en blanco por un instante, como si estuviera a punto de quedarme dormida.

—Amanda, por Dios, dime, ¿te sigues acordando de mí?

Debo estar perdiendo la cabeza, porque siento el absurdo deseo de seguirle la corriente a las chaladuras de esta mujer.

—Cl... claro —digo, asustada, de repente, asustadísima—. Estabas en mi salón, *apareciste* en mi salón, querías que saliésemos a la calle, me dijiste algo de mi marido, que Paco era muy peligroso…

Me siento muy cansada, como si hubiera logrado alcanzar algo inalcanzable… como cuando has corrido diez kilómetros, la cabeza muy

ligera, la dejo caer contra la pared.

—¡No te rindas, Amanda! ¿Sigues aquí?

Esto es muy raro, y me da mucho miedo, casi siento que vivo esta situación desde fuera. ¿Y si esta mujer está diciéndome la verdad? ¿Qué razón tendría para urdir todo esto?

—Amanda, vamos a aprovechar el tiempo, no sabemos cuánto nos queda… por favor, ayúdame.

—De acuerdo —le digo en un suspiro.

—Nuestro objetivo es salir de aquí y llevarte a un hospital.

—¿Un hospital?

—Sí, necesitamos que te vea un médico, te tienen que hacer un análisis de sangre, averiguar qué es lo que te está dando tu marido.

—¿Lo que me está dando mi marido?

—Tengo la firme sospecha de que tu marido te está envenenando.

—¡Por Dios, qué tontería! ¿Por qué dices eso?

—Déjame explicártelo... otra vez. He sido tu enfermera durante unas semanas, tu marido me contrató para cuidarte, me explicó lo que te pasaba, que perdías la memoria y te desorientabas fácilmente, que necesitabas que alguien cuidase de ti. Yo estoy especializada en pacientes con problemas psiquiátricos, así que no me dejé intimidar por tu situación. El problema era que fue imposible estar contigo si tu marido no estaba presente. Continuamente te sorprendías de mi presencia, te asustabas, gritabas, querías echarme de la casa. Una vez, incluso terminaste dándome un guantazo.

—¿Yo a ti?

—Sí, pero eso no es lo importante que tienes que saber. Seguí viniendo un tiempo, y me llamó la atención lo mal que te encontrabas físicamente. Una cosa son los problemas de memoria, y otra que siempre tenías nauseas, diarrea, calambres en el estómago. A veces tenías fiebre y convulsiones. Me di cuenta de que las pupilas de los ojos se te dilataban, y a veces tu piel tenía un aspecto amarillento. Empecé a pensar que tenías alguna enfermedad.

La verdad es que es así como me siento en estos momentos. Mareada y con calambres en el estómago.

—Se lo dije a tu marido, que te veía enferma, que puede que tuvieses un virus, una infección, quién sabe. Tu marido me dijo que no me preocupase, que te llevaría al hospital, y poco después me despidió.

—¿Y eso por qué? —pregunto—. Se supone que me estabas cuidando.

—Precisamente. La verdad es que noté algo raro en tu situación. Me quedé preocupada por ti. Así que fui a hablar con un médico que conozco. Le expliqué tu caso. Cuando le describí tus síntomas, me dijo que eran los síntomas clásicos de envenenamiento químico.

Dios, ¿pero qué dice esta tía?

—De eso hace ya varios días, no he parado de darle vueltas —sigue diciendo—. Creo que tu marido te está dando algo para envenenarte, poco a poco, hasta que acabes muriendo.

—¿Por qué iba a hacer Paco algo así? —exclamo, estupefacta.

—No lo sé, Amanda, no lo sé. Pero una vez os escuché discutir, cuando yo todavía trabajaba aquí. Tú le echabas en cara que la casa era tuya, el dinero, tu empresa, que todo lo habías ganado tú, que todo estaba a tu nombre. Él se puso muy agresivo, fuera de sí. Te dijo cosas muy desagradables. Me dio la impresión de que te odiaba. Pienso que quiere matarte para quedarse con todo. ¿Tienes un seguro de vida, verdad?

Asiento con la cabeza.

—Piénsalo, Amanda. Estás indefensa. No eres capaz de acordarte de nada de lo que él te haga. Mírate la cara. Estás llena de golpes y de magulladuras. ¿Cómo te las has hecho, si no sales de casa? Tu marido te está maltratando y tú ni siquiera lo sabes. Se está aprovechando de tu situación.

—Pero eso es una locura —es lo único que alcanzo a decir.

—Amanda, en serio, no tenemos tiempo, te he contado esto ya demasiadas veces. Simplemente, salgamos de aquí, confía en mí, ¿para qué te iba a querer engañar? Vamos a un hospital para que te hagan unos análisis. Si estoy equivocada, no pasa nada, regresamos y listo. Pero si te encuentran una sustancia tóxica...

—Bueno, pues si es solo eso, ir a un hospital…vamos —le digo.

—No, no puede ser —dice negando con la cabeza, como corrigiéndose a sí misma—. Ya llevamos aquí demasiado tiempo, si salimos a la calle y te olvidas de lo que hemos hablado, te verías junto a una desconocida, caminando sin rumbo, sin saber ni a dónde vas ni cómo has llegado hasta ahí. Comenzarías a gritar… Necesito que me digas qué hacer cuando todo esto se te olvide. Dime, ¿cómo podría convencerte yo para que confiaras en mí inmediatamente?

No llego a entenderla. Desde que me quedé embobada mirando el reflejo en el espejo siento que no soy yo misma, como si estuviera en una especie de

dimensión desconocida, como si fuera otra persona. Lo primero que se me ocurre, de todas maneras, tratando de contestar su pregunta, es que me saque de la casa inconsciente, pero obviamente no le voy a decir eso, es capaz de hacerme caso y dejarme cao.

—Dicho de otro modo —insiste—. ¿Qué te podría decir una persona extraña para que te ganaras su confianza inmediatamente?

—Bueno —le contesto, decidida a seguirle el juego—, tenemos un problema inmenso. Nieves, ¿te llamas Nieves, verdad? —Ella asiente—. El problema está en tu misma pregunta, me parece a mí. ¿Qué podría decirme una persona extraña para que me ganara su confianza inmediatamente? Nada, precisamente, por ser una extraña. Si eso es así como lo dices, si se me olvida esto que está pasando, no sabré quién eres, y eso me causará una gran desconfianza, y tendrás que ganártela, igual que ahora, perderás mucho tiempo simplemente explicándome otra vez quién eres, ganándote mi confianza, y, al igual que ahora, nunca la tendrás del todo, una no se hace amiga de alguien en veinte minutos.

—Entonces, ¡esa es la solución! —exclama—. Lo que necesitamos es alguien de confianza, alguien que conocieras bien *antes* del accidente.

—¿Accidente?

—No tenemos tiempo para hablar de eso, Amanda, simplemente dime alguien en quien confíes mucho, muchísimo, totalmente, alguien que se pueda presentar delante de ti y contarte una historia como esta y tú te la creas inmediatamente. ¡Es nuestra única oportunidad! ¿Quién es tu mejor amiga? ¿Tienes hermanos, tus padres?

No, pienso para mis adentros, tal vez demasiado avergonzada como para decirlo en voz alta, no tengo familia cercana, aparte de mi hermano, con el que llevo años sin hablarme. ¿Amigas? Me doy cuenta inmediatamente de que no tengo a nadie en quien confiar, mi vida ha sido mi trabajo, mi empresa, lo he dado todo por mi empresa y no he tenido tiempo de cultivar amistades verdaderas, mucho menos de mantenerlas.

—Vamos, Amanda, tiene que haber alguien, dime quién, dime el nombre de esa persona en la que confías, la encontraré, le explicaré todo, y vendré con ella la próxima vez.

Niego con la cabeza. Oh, Dios, ¿cómo es posible que no tenga a nadie en quien confiar? ¿Costa? ¿Ese hijo de puta que me pone los cuernos con su secretaria?

—¿Qué tal yo? —escucho decir a alguien, es una voz masculina.

La enfermera mira hacia arriba con un gesto de sorpresa que se transforma de inmediato en angustia.

Es la voz de Paco. Acaba de llegar, está en el umbral de la puerta, inmenso desde nuestro punto de vista, sentadas en el suelo. La señora que me acompaña da un grito. Cuando intento incorporarme siento que caigo en un agujero lumínico, acuoso, con los bordes impregnados de un colorido como el del arco iris, eso es, estoy atravesando un arco iris que se cierra en círculos, atrapada por un sueño que me envuelve y me aleja de la realidad.

23

PRESENTE

Credulidad

—Así que eres tú.

Estoy dentro de una cafetería cercana al Retiro en la que me he citado con la madre de mi supuesta hermana. Pero no hay ninguna mujer dentro, solo un hombre de pelo entrecano, elegante, de unos cincuenta años, que me apela desde una pequeña mesa pegada a la ventana.

—Desde luego te pareces a mi hija —me dice, mirándome fijamente, y en su voz capto una sombra de desprecio.

—No sé quién es usted —le respondo—. Yo he venido aquí para reunirme con la madre de...

—Con la madre de Leticia Robles —me interrumpe—. Alguien a la que, desde luego, te pareces mucho, aunque ella no llevaba el pelo rapado y era, si me lo permites, bastante más guapa que tú.

El hombre se me queda mirando, sin moverse de su silla, frente a él, un sencillo vaso de agua, el gesto gélido como el cubito que flota tristemente sobre el agua; yo, de pie, tiesa como un palo. Hace demasiado calor en esta cafetería, eso, o es el efecto de alguna pastilla, ya ni recuerdo cuál ni cuándo fue la última que me tomé, pero me sube el bochorno por el cuello hasta la cara. Apenas hay media docena de mesas en esta cafetería, tres de ellas con gente, en grupos de dos, que no se dan cuenta de mi presencia ni de la actitud insultante de este hombre para conmigo.

—¿Y quién es usted, si se puede saber? —le digo.

—Yo soy su padre, el padre de Leticia Robles. ¿Y tú quién coño eres para hacerle daño a mi familia de esta manera? Si ni siquiera conocías a mi hija. ¿Qué mierda quieres, idiota?

El calor me impregna el cráneo desde dentro afuera, nunca se me ha dado bien esto de recibir insultos, quiero ponerme a llorar como una niña mientras el hombre prosigue con sus improperios.

—Oh, no me digas que te vas a poner a llorar.

—No voy a hacerlo.

—Siéntate, hazme el favor —me dice, con autoridad.

Me siento frente a él sin pensar en lo que hago.

—No eres la primera que intenta aprovecharse de la credulidad de mi esposa. Mi mujer está dispuesta a darle dinero a cualquier charlatán que la haga creer que nuestra hija no ha desaparecido para siempre. Hemos recibido llamadas de espiritistas, de videntes, de todo tipo de personajes que dicen contactar con el más allá. Cuando contactas con uno, los demás huelen el dinero como buitres carroñeros.

—Yo no soy una farsante, no tengo nada que ver con todo eso.

—No te imaginas lo que duele perder a una hija, no te imaginas lo que...

Ahora es el señor el que parece a punto de echarse a llorar. Hace un gesto como de sorberse hacia dentro y se rehace, endureciendo la expresión.

—Mire, yo solo necesito saber de su hija… Esto le va a sorprender, pero pienso que es posible que su hija y yo... seamos hermanas.

El hombre suelta una carcajada, algunos clientes de la cafetería giran la cabeza para mirarnos.

—¡Por supuesto! ¡Eres la hermana de mi hija! ¡Claro! ¡Eso explicaría el parecido!

—Yo pienso —alcanzo a decirle en voz baja— que su hija, que su hija fue asesinada... y que ahora me quieren matar a mí...

—¡Por favor! ¡Sigue! ¡Esto no para de ponerse cada vez más interesante! ¡Pero déjame que adivine! ¿Necesitas dinero, verdad? Dinero para irte del país tal vez, para huir de esos asesinos...

—No, no, yo...

—Qué poca vergüenza —me increpa el hombre, apretando los dientes. Me agarra fuertemente de la muñeca, sobre el suéter, me hace daño—. No puedo entender que haya gente como tú, buscando beneficiarse del mal ajeno, de la debilidad de las personas en sus momentos más vulnerables. Encuentras una foto de una chica que se ha suicidado y te encuentras parecido, averiguas que la chica es adoptada y ya lo tienes, te inventas una historia de policías y ladrones, de hermanas perdidas, de intrigas y quién sabe si sectas misteriosas... para aprovecharte del dolor ajeno.

—No, yo no me he inventado nada... ni siquiera sabía que su hija era adoptada.

—Mira, Valeria —me dice sin soltarme de la muñeca—, después de recibir tus mensajes he buscado información sobre ti en Google, eres la loca

que quemó la iglesia el día de su boda, una niña pija con un largo historial de problemas mentales, imagino que no estás insatisfecha con tus vacaciones en Suiza, en Estados Unidos, estás aburrida de tus privilegios, porque sé que no necesitas nuestro dinero, necesitas la emoción de reírte de los demás, ¿no es eso, Valeria?

No tengo nada que responderle, tal vez no debería darme por derrotada tan pronto, pero está claro que de este hombre no voy a conseguir nada. Y tiene razón, a veces me cuesta saber qué cosas son verdaderas y que cosas son producto de mi imaginación, y sí, yo soy la loca de la boda, aquello salió hasta en las noticias. Y sí, estoy insatisfecha con mi vida, aunque no reconozco esos privilegios de los que me habla. Solo me queda levantarme e irme, ¿qué más podría hacer?

—Siento haberle molestado —le digo sin mirarle a los ojos—. Discúlpeme también con su esposa.

Tiro del brazo para soltarme de él. Me levanto y me dispongo a irme, pero el hombre vuelve a agarrarme fuertemente de la muñeca.

—Espera un momento —me dice, con voz asombrada—. ¿Qué es esto? —me tira del brazo, lo que me fuerza a volver a sentarme.

Acto seguido empieza a arañarme la muñeca y reprimo un grito.

24.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Abro los ojos y me despierto con el corazón latiéndome a mil por hora, como si saliera de una pesadilla, aunque no recuerdo haber estado soñando nada. Estoy tumbada en el sofá del salón, vestida de un modo… chocante. Llevo una falda antigua, de cuando estaba embarazada, y una blusa vieja de las de andar por casa. Me incorporo con dificultad. Tengo el cuerpo dolorido y me noto ligeramente mareada. ¿Por qué estoy durmiendo en el sillón en lugar de en la cama?

Me duele el pómulo, como si me hubiera golpeado con algo.

¿A qué hora llegué anoche? No me acuerdo. Estaba tomando una copa de vino para relajarme y después me vine a casa. El vino me sentó mal, eso o es que bebí más de la cuenta, porque tengo una laguna en la mente. Miro el reloj. Apenas son la una de la mañana. La casa está oscura. No entiendo por qué me he quedado dormida en el sillón en vez de en la cama, y todavía entiendo menos por qué llevo estas ropas viejas.

Lo que sí recuerdo es que discutí con Paco. Joder. El que tendría que estar durmiendo en el sofá es él, no yo. Entonces escucho algo que me deja helada. Voces. Contengo la respiración. Voces en mi casa, en mitad de la noche. Vienen del dormitorio. Reconozco la voz de Paco, también hay otra voz. ¿Es una mujer? Me quedo inmóvil, con una extraña sensación de incorporeidad, como si me hubiese desdoblado y quien está aquí, en el salón, fuese solo un fantasma. Porque, ¿quién sino yo debería estar en el dormitorio ahora mismo?

Las voces siguen. La oscuridad se vuelve opresiva y tengo la sensación de estar dentro de una pesadilla. Voy descalza por el pasillo como si avanzase por el fondo del mar. Escucho una risita y un gemido ahogado. Es una mujer, no hay duda. En nuestro dormitorio.

El corazón se me va a salir del pecho. Quiero cerrar los ojos y despertar. Es como si otra mente controlase mi cuerpo, quiero salir corriendo, pero me veo a mí misma empujando la puerta del dormitorio. La puerta se abre.

Mi marido está desnudo en la cama y hay una mujer a su lado (o mejor dicho, debajo de él), también desnuda. Suelto un grito.

Paco se vuelve y me mira, y no sé qué me espanta más, si el hecho de

encontrármelo follándose a otra mujer en nuestra cama o la expresión indiferente con la que me observa. La mujer debe tener mi edad, más o menos, y me mira con una expresión semejante a la curiosidad. Ninguno de los dos parece avergonzarse de que los haya sorprendido.

—Me dijiste que se quedaría dormida —dice la mujer. Ella tiene una voz nasal y el pelo teñido de rubio con unas feas raíces oscuras.

—Tengo que subirle la dosis, me parece que se está volviendo tolerante al sedante —dice Paco.

—¿Pero esto qué es? —chillo, escandalizada. Tengo que hacer un esfuerzo para que la voz me salga del cuerpo—. ¿Qué hace esta mujer en nuestra casa? ¿Cómo tienes la desfachatez de traerte una mujer delante de mis narices?

No puedo creerme que esto esté pasando. Es surrealista. Te despiertas a media noche y te encuentras a tu marido con otra mujer en la cama, así, por las buenas. ¿Y si se despiertan las niñas y se la encuentran? La rabia me sube como bilis.

—Paco, ¿es que te has vuelto loco?

—Cállate, Amanda. Cállate y tómate la medicación.

—¿Qué medicación? ¿Pero esto qué es?

Paco abre un cajón de la mesita de noche y saca una caja de pastillas. Desprende una píldora del envoltorio y se acerca a mí para dármela. Doy un paso atrás.

—La pastilla, Amanda, tienes que tomártela o te pondrás peor. Tómatela y vete a dormir, anda. Mañana nada de esto habrá pasado.

—¿Es que encima me quieres sedar? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! —le grito con todas mis fuerzas. Se me saltan las lágrimas de rabia.

—No me obligues a usar la fuerza, Amanda —me amenaza Paco.

—¿Pero qué dices, gilipollas? ¿Vas a pegarme? —mi cara se distorsiona con la mueca de una sonrisa histérica, desafiante.

Me arrepiento en seguida de ese tono de desafío, porque Paco me suelta un guantazo que me tumba en el suelo. Mi cabeza intenta asumir lo que está pasando, pero es tan absurdo que lo único que se me ocurre pensar es que Paco no es Paco, sino que ha sido abducido por otra persona.

—¿Seguro que no se acordará de nada? —oigo que dice la mujer desde la cama, todavía desnuda.

Tengo que salir de aquí. Tengo que buscar ayuda. No sé quién es esta

mujer ni qué le pasa a Paco, pero está claro que mi marido ha perdido la cabeza.

—La pastilla, Amanda —me dice Paco—. Trágate la puta pastilla.

Me agarra del pelo y me tira de la cabeza hacia atrás. Ni siquiera puedo gritar porque cuando abro la boca intenta meterme la pastilla en la boca, pero yo aprieto los labios con fuerza. Le doy un codazo en el estómago para librarme. Paco me devuelve el golpe en el costado. Me arqueo de dolor.

—Está bien, tú te lo has buscado —me dice.

Me agarra por el pelo y me retuerce un brazo detrás de la espalda. Me arrastra a empujones hasta el cuarto de la plancha. Me empuja dentro y cierra la puerta con llave desde fuera. No sabía que tuviéramos una cerradura en esta habitación. La puerta está cerrada a cal y canto. Dios mío. No me puedo creer que Paco me esté haciendo esto. Es como despertar y encontrarte de pronto que vives con el psicópata de una película de terror.

Me hago un ovillo en un rincón, llorando. Cuando intento secarme las lágrimas es cuando tomo conciencia de la hinchazón de mi rostro. Tengo el ojo como tumefacto, y me duele horrores el pómulo y en el labio. Mis dedos palpan heridas, cortes en la cara. ¿Qué me han hecho? Me asalta una terrible sensación de déjà vu, como si esto ya lo hubiese vivido antes. Durante tortuosos minutos me anega el convencimiento de que esto ya lo he vivido, de que no es la primera vez que Paco me pega y me encierra aquí. Dios mío, tengo que estar perdiendo la cabeza, porque eso no es posible. Si esto me hubiese pasado antes, me acordaría, ¿no?

De lo que sí me acuerdo es de la pastilla que Paco quería darme. ¿Y si es una especie de droga que me hace olvidar los malos tratos? ¿Existirá algo así, una droga del olvido? Piensa Amanda, intenta pensar con lógica, siempre has sido una persona lógica. ¿Por qué tengo la cara tan magullada? ¿Por qué no recuerdo que me hayan golpeado? Una droga del olvido es la única explicación. Debe ser la pastilla que me ha querido dar Paco antes. ¿Cómo podría saberlo con certeza? Con lógica, Amanda, con lógica. El corazón me va a mil por hora. Tengo que pensar. Supongamos que esa pastilla me hace olvidar que me ha pegado (por extraño que suene, pero más extraña es esta situación), entonces, si Paco consigue que me la trague (y puede que lo intente más tarde, o me engañe y me la de disuelta en agua) esto que acaba de pasar se me olvidará. Entonces, puede que vuelva a pasar, que Paco me vuelva a encerrar aquí mientras se folla a su amiguita en nuestra cama (Dios, no puedo

creerme que esto me esté pasando, no llores, tienes que seguir pensando con lógica), si me encierra aquí de nuevo, tengo que poder saberlo aunque se me haya olvidado la vez anterior. ¿Cómo? ¡Haciendo una señal! Eso es. Si esto se repite volveré a hacer este razonamiento y, entonces, buscaré un lugar para hacer una señal y encontraré la que voy a dejar ahora. De hecho, si esto me ha pasado antes (y puede que por eso la sensación de déjà vu) ¡Es posible que encuentre una señal anterior!

Me pongo a gatear por el cuarto de la plancha, buscando en las paredes una marca de algún tipo o un lugar donde hacerla. Entonces me quedo helada. En el marco de la puerta. En la madera. No puedo creerlo. Una risa histérica me brota del pecho mezclada con llanto.

Me miro las uñas y entiendo por qué me duelen tanto y por qué están tan gastadas. La señal que imaginaba existe, y es, efectivamente, una hendidura en el barniz del marco de la puerta, un surco hecho con la uña. El problema es que no hay una sola muesca. Pasando la yema de los dedos cuento hasta veinte mellas. La que estoy a punto de hacer es la veintiuna.

La risa histérica se apodera del llanto.

25
PRESENTE

Este hombre, el padre de Leticia Robles, que piensa que soy una loca en busca de amargarle la vida a él y a su esposa, que no me deja irme de esta cafetería sofocante, me está arañando la muñeca, justo encima del tatuaje de Picasso, como si quisiera borrarlo con las uñas. He perdido definitivamente la cabeza, o la ha perdido él. Deja de arañarme justo cuando estoy a punto de gritar pidiendo ayuda.

—Esto debe ser una broma, el tatuaje es verdadero... —me dice con los ojos muy abiertos.

—Claro que es verdadero. ¿Por qué no iba a serlo?

—¿Te lo acabas de hacer? —me increpa.

—Está usted loco, me hice ese tatuaje hace años. Cuando un tatuaje está recién hecho la piel está hinchada y rosada alrededor, puede ver que ha cicatrizado completamente. Aunque, desde luego, me lo ha dejado usted que parecería nuevo.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué te hiciste ese maldito tatuaje? —me pregunta en un susurro cargado de rabia.

—Me gusta ese dibujo de Picasso. ¿Le parece mal eso también?

—Dijiste que no conocías a mi hija.

—Y no la conozco.

—Entonces, ¿cómo sabías lo del tatuaje?

—No sé qué me dice, pero tengo que irme ya —y me levanto sin que pueda hacer nada para evitarlo. Todos los clientes me miran mientras me aproximo a la puerta.

Salgo de la cafetería y comienzo a alejarme caminando calle arriba, masajeándome la muñeca por encima de la manga. Tras unos pocos metros escucho que la puerta de la cafetería se abre a mis espaldas y oigo pasos acelerados, me vuelvo y veo que es el hombre caminando con firmeza hacía mí. El gesto de rencor ha desaparecido de su cara, así que aguardo a que me alcance, aunque me sigue dando un poco de miedo.

—Valeria —me dice, con voz excitada y gesto de sufrimiento—. Lo

siento... Mi hija... mi hija tenía el mismo tatuaje que tú... el mismo dibujo de Picasso, exactamente el mismo... En el mismo sitio.

26.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Noto un dolor agudo en las costillas, como si me hubiese golpeado con algo duro. También un palpitar en la cara, el eco de un golpe reciente. Y la garganta me escuece, como si hubiese estado gritando con todas mis fuerzas, pero no recuerdo haber estado gritando.

Estoy en el sofá de mi casa y me invade un doloroso malestar, la extraña sensación de que me he deslizado hasta aquí desde alguna clase de catástrofe natural. Como si fuera la maltrecha superviviente de un tsunami, de un tornado, de una inundación.

Imagino que lo que ha pasado es que he tenido una pesadilla y he venido sonámbula hasta el sillón. Pero estoy vestida de calle y la luz del día se cuela a raudales por la ventana del salón. ¿Me he quedado dormida? Miro el reloj. ¡Pero si son las dos de la tarde! Escucho ruidos en el cuarto de baño. Paco está en la casa. A estas horas debería estar en el trabajo. ¡Joder! ¡Yo también tendría que estar en el trabajo!

Intento levantarme, pero apenas me aguanto en pie. Parece que llevase ropas de plomo, y la vista se me nubla. Estoy como drogada. Recuerdo que hace un año pase por un periodo de tanto estrés en el trabajo que empecé a tomar Valiums para dormir. Una vez se me fue la mano, estaba tan nerviosa que, antes de acostarme, me tomé una dosis doble. A la mañana siguiente me sentía como si me hubiesen desconectado la mitad de las neuronas y me hubiesen cambiado los músculos por gomas. Desde aquel día no volví a tomar Valium. El caso es que ahora me siento igual, pero no recuerdo haberme tomado un tranquilizante anoche. Además, ¿por qué me duele tanto el cuerpo? Tengo calambres en el estómago. Me siento como si tuviese gripe y una gastroenteritis de caballo, todo junto.

Con un esfuerzo, me pongo en pie y voy tambaleando hasta el cuarto de baño. Al acercarme a la puerta oigo que Paco está hablando con alguien por el móvil. Me quedo a escuchar, agazapada tras la puerta.

—Ya falta poco —le está diciendo mi marido a alguien al teléfono—. Sí, lo sé, pero no te imaginas lo duro que es esto. Amanda se resiste.

¿Está hablando de mí? Un escalofrío me recorre la columna. ¿Con quién está hablando mi marido de mí?

—Claro que no recuerda nada. Seguro que no. La he puesto a prueba muchas veces. Aún así, creo que de alguna manera se las apaña para recordarse a sí misma que está en peligro.

Por Dios, ¿qué es esto? El corazón se me acelera. No puede ser que esté hablando de mí. Esto no tiene ningún sentido.

—Últimamente no quiere comer —sigue diciendo Paco—. No, claro que no recuerda, por eso te digo que hay algo se me escapa. Le he roto todas las tarjetas y he escondido todos los papeles y bolígrafos de la casa. Es imposible que pueda anotarse cosas para recordar (silencio) No, te digo que no. Pero aun así, tengo la impresión de que sospecha.

Silencio. Paco escucha lo que le dicen al otro lado. Daría cualquier cosa por oírlo yo también.

—No, no sé si es que está desapareciendo la amnesia o qué —sigue diciendo Paco—. Los médicos me dijeron que no sabían cómo podría evolucionar. No, claro que no, ahora no puedo llevarla al neurólogo. Podría descubrirnos si se le ocurre hacerle un análisis de sangre. Sí, lo sé, tenemos que darnos prisa. Subiré la dosis. Espero que todo acabe en unos días. De acuerdo. Yo también te quiero...

La puerta del baño se abre de golpe y Paco me sorprende escuchando detrás. Retrocedo instintivamente.

—Has estado escuchando —dice Paco, sin embargo, no parece alarmado de mi presencia.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie, Amanda. No pasa nada —responde, mirándome fijamente.

—Paco, me estás ocultando algo. ¿Por qué estás en casa a estas horas? ¿Por qué me siento tan mal?

—Estás enferma —me responde—. Estoy cuidando de ti.

—¿Enferma? ¿Qué clase de enfermedad?

—Una de la cabeza, Amanda. Tienes problemas para entender las cosas. Por eso tienes que tomar tu medicación —Paco consulta su reloj—. Tienes que tomarte ya la pastilla.

Abre el botiquín del baño y saca un bote de píldoras. Yo retrocedo, asustada. No voy a tomarme ninguna pastilla. No sé qué está pasando pero, de repente, Paco me da mucho miedo. Parece diferente. Hay una frialdad en sus ojos, en su manera de actuar, que nunca le había conocido.

Me alejo de él buscando refugio en alguna parte de la casa. Dios mío.

¿Qué está pasando? Me asaltan las náuseas. Me meto en el cuarto de baño de invitados y echo el cerrojo. Me arrodillo junto a la taza del váter y vomito. Me quedo así un buen rato, temblando. Tengo fiebre, o algo peor. No me encuentro nada bien.

Cuando por fin me incorporo para enjuagarme la boca en el lavabo, me quedo helada al verme en el espejo. ¡Dios mío! Tengo la cara llena de golpes y magulladuras. Estoy pálida y ojerosa, como si hubiese pasado un mes convaleciente. Y el pelo me ha crecido de un modo desigual. ¡Pero si antes de ayer estuve en la peluquería!

Esto es una locura. Qué sensación mas desagradable de déjà vu, como si esto ya lo hubiese vivido antes, como si no fuese la primera vez que me despierto tan confundida y me encierro en el baño de invitados, asustada. Dios mío, tengo que estar perdiendo la cabeza, porque eso no es posible. Si esto me hubiese pasado antes, me acordaría, ¿no?

Me viene a la mente que Paco mencionó la palabra amnesia cuando hablaba por teléfono, y parecía referirse a mí. ¿Y si es verdad que sufro amnesia? Paco quería darme una pastilla. ¿Y si es una especie de droga que me hace olvidar? ¿Existirá algo así, una droga del olvido? Eso explicaría lo cambiada que estoy de la noche a la mañana, o lo raro que está Paco. A lo mejor ha pasado más tiempo del que recuerdo. A lo mejor esto lo he vivido ya antes, por eso no puedo quitarme esta sensación de déjà vu tan angustiosa.

Piensa, Amanda, intenta pensar con lógica, siempre has sido una persona lógica. ¿Por qué tienes la cara tan magullada y no puedes acordarte de quién te ha dado estos golpes? Una droga del olvido es la única explicación. Debe ser la pastilla que me ha querido dar Paco antes. ¿Cómo puedo saberlo a ciencia cierta? Con lógica, Amanda, con lógica. El corazón me va a mil por hora. Tengo que pensar. Piensa. Piensa. Supongamos que Paco, por algún motivo, quiere provocarme amnesia, supongamos que esa pastilla me hace realmente olvidar (por extraño que suene, pero más extraña es esta situación), de acuerdo, supongamos eso, entonces, si al final Paco consigue que me la trague (y puede que lo intente más tarde y lo consiga por la fuerza, eso explicaría los golpes, Dios mío), entonces, esto que acaba de pasar se me olvidará. Y puede que vuelva a pasar, que me despierte desorientada y me encuentre a Paco hablando con alguien y Paco me asuste tanto que huya de él y me encierre en el baño de invitados (Dios, no puedo creer que esto me esté pasando, no llores, tienes que pensar), y si me vuelvo a refugiar aquí, podría saber que no es la

primera vez que me pasa, aunque haya olvidado la vez anterior. ¿Cómo? ¡Dejándome un mensaje a mí misma! Eso es. Si esto se repite, aunque se me haya borrado el recuerdo de la vez anterior, volveré a hacer este mismo razonamiento, y, entonces, buscaré un modo de dejarme un mensaje a mí misma, y encontraré el mensaje que voy a dejarme ahora. De hecho, si esto ya me ha pasado antes (y puede que por eso la sensación de déjà vu) ¡Es posible que encuentre un mensaje anterior!

Pero, ¿cómo escribirme un mensaje a mí misma en un cuarto de baño donde no hay nada para escribir? Revuelvo los cajones del mueble del lavabo. Solo hay pastillas de jabón, botes medio gastados de crema hidratante, pinzas del pelo, nada para escribir. Además, ¿dónde iba a escribir? Una vez, en una película, vi que alguien dejaba un mensaje de auxilio en el espejo de un lavabo. Creo que el mensaje se hacía visible con el vapor, o algo así. Pero no me parece que tenga mucho sentido ahora. Aun así, le echo el aliento al cristal del espejo. No hay nada.

Junto a la taza del váter hay una cestita con revistas de esas de coches. A mí no me gusta leer mientras estoy haciendo mis necesidades, pero Paco es de los que se encierra en el baño una hora. Es una de esas cosas suyas que me saca de quicio. Agarro una revista. Podría escribir en alguna de las hojas, pero, ¿con qué? Abro la revista y, al pasar las páginas, me doy cuenta de que tengo las manos llenas de cortes. Son pequeñas heridas en las yemas de los dedos. Como si hubiese acariciado el filo de un cuchillo. Pero no recuerdo nada. De nuevo la prueba de que me están haciendo olvidar. ¿Qué otra explicación hay?

Observando los cortes en las manos se me ocurre una idea. Sangre. Puedo intentar escribir con sangre. Menuda locura, ¿no? Se me escapa una tos histérica. Bajo la pila de revistas de coches hay un libro. Es una novela: La Broma Infinita, de Foster Wallace. Es raro, porque Paco nunca lee libros, y mucho menos novelas de este tipo. Con un pálpito, abro la novela. En algunas páginas hay unas manchitas rojas, como de carmín. Paso las páginas. Las manchitas rojas se repiten en varias hojas, aparentemente repartidas al azar a lo largo de los primeros capítulos del libro. Observándolas más de cerca me doy cuenta de que las manchas no son de carmín. ¡Son de sangre!

No son manchas al azar. ¡Están señalando palabras concretas! Vuelvo al principio del libro y voy siguiendo las palabras marcadas, en orden. Es un mensaje, un mensaje escrito con sangre, mi sangre, por eso los cortes en los

dedos. No es la primera vez que estoy aquí, no es la primera vez que vivo esta situación. Leo el mensaje, palabra a palabra:

"tu marido… te quiere… matar… está poniendo… pequeñas… dosis… de veneno… en la comida… para… que… mueras… la autopsia… no detectará… el veneno… que está… debilitando… tu corazón… parecerá un… infarto… natural… quiere… cobrar… tu seguro de vida… quiere… quitártelo todo… sufres… amnesia… dentro de unos minutos… no recordarás… nada… de esto… pero tienes… que… recordarlo… como sea… para salvar… tu vida… busca a… nieves… ella te… ayudará".

Me tengo que tapar la boca para no gritar.

27
PRESENTE
Doppelgänger

El padre de Leticia Robles y yo nos sentamos en un banco del Retiro, está a punto de anochecer, pero hay mucha animación, parejas y familias caminando de un lado a otro.

—Los hermanos gemelos —me dice—, es algo muy frecuente... si los separan al nacer... hermanos gemelos, o hermanas, en el que sería tu caso, es muy frecuente que, si se encuentran, tengan cosas en común, cosas inexplicables habiendo tenido vidas diferentes…

—¿Cosas como qué?

—No sé por qué, es el tipo de cosas que se me quedan en la memoria, Leticia lo llamaba "información inútil de papá", lo he visto en algún documental, lo he leído en algún lado, más de una vez, gemelos que se conocen siendo adultos y tienen las mismas manías, cosas muy específicas e inusuales como ponerse una pulsera en el tobillo, o se han comprado la misma camisa, la misma chaqueta, tienen el mismo poster o el mismo adorno en el mismo sitio en su casa, o... el mismo tatuaje, en el mismo sitio.

—Entonces su hija tenía un dibujo de Picasso tatuado, como el mío, en la misma muñeca.

—Era exactamente el mismo dibujo, igual de grande que el tuyo, exactamente ahí, en la misma muñeca. Se lo hizo hace dos o tres años, a su madre no le importó, a mí no me hizo mucha gracia. Mi hija no es que fuera muy aficionada al arte, creo que nunca ha puesto un pie en un museo, sin embargo, ese dibujo, decía que...

—…que la hacía sentir completa —le interrumpo, concluyendo la frase.

—Eso *mismo* decía —asiente—. Yo le respondía que a mí me llena el futbol, pero no por eso me voy a tatuar un balón en el brazo.

Al pobre hombre se le entrecorta la voz.

—Así me paso la vida —prosigue— recordando cosas de qué arrepentirme, cosas que hice, pero sobre todo cosas que le dije, hasta cuando era pequeña.

—Seguro que eran cosas sin importancia, se nota que usted la quería mucho, no hay más que escucharle.

—Te miro a la cara ahora, de cerca, sin la rabia que me cegaba antes, y reconozco que el parecido es extraordinario, te imagino con pelo y con la cara un poco más... menos demacrada, y mi hija y tú seríais dos gotas de agua.

—¿Y ha dicho que era adoptada?

—Sí, nunca se lo ocultamos.

Me doy cuenta de que entonces, es muy posible, de que yo también sea adoptada.

Exactamente eso. Tres hermanas gemelas, separadas, adoptadas por diferentes familias.

Le pregunto la fecha de nacimiento de su hija. Coincide con la mía.

—Pero bueno —me dice—. ¿Cómo has sabido de mi hija ahora? Hace tiempo que murió.

Le cuento al señor, como buenamente puedo, todo lo ocurrido en las últimas dos semanas. Me escucha con gran atención, mientras el número de gente que camina por el Retiro se va reduciendo despacio.

—Sé que usted también sabe cosas de mí —le digo, cuando ya voy concluyendo mi historia—. Sí, yo soy la loca de la boda...

—Siento haberte hablado así.

—No tiene importancia, créame, es cierto que tengo problemas, pero no soy una charlatana, ni busco aprovecharme de usted, solo necesito aclarar todo esto. Descubrir que tengo una hermana gemela, que se suicidó en el mismo sitio en el que por poco me matan... No puedo obviar todas estas cosas y seguir mi vida como si nada.

—Te entiendo, pero no sé en qué podría ayudarte yo, o mi mujer.

—Simplemente, dígame cosas de su hija, si no le resulta demasiado doloroso, cosas que le pasaran, amistades, cómo fueron sus últimas semanas, en realidad, ni yo mismo sé lo que estoy buscando.

—¿Crees que te ayudaría tener acceso a sus cuentas de redes sociales?

—¿Qué quiere decir acceso?

—No he sido un padre ejemplar, chiquilla, pero quería mucho a mi hija, en los últimos meses pasaron cosas que... me hicieron pasarme de la raya, desconfiar de ella, por eso busqué la manera de dar con sus claves de acceso de Facebook, Instagram y todas sus cuentas, para poder revisar lo que hacía en ellas. Ella nunca supo esto, me hubiera matado si se llega a enterar.

—Vaya, imagino... que lo hizo usted llevado por lo mucho que la quería.

—Así es, criatura —me responde, y se le rompe la voz.

—¿Está usted bien?

—Hasta tu voz suena como la suya, no sé si me estoy volviendo loco, parece que estuviera hablando con mi hija.

Le paso el brazo por encima del hombro y nos quedamos un momento en silencio, mientras solloza despacio.

Ya cae la noche sobre el parque, el hombre me acaba de dar las contraseñas de su hija. Entro en su Facebook, insisto en que se quede a mi lado para que vea que no voy a hacer nada con la cuenta de su hija, y para que me explique lo que pueda encontrar.

Miro en primer lugar la aplicación de Facebook. Su perfil sigue activo. Le echo un vistazo a sus posts. Lo que encuentro es lo habitual. Leticia llevaba una vida aparentemente normal. Selfies con amigas poniendo caras, lanzando besos a la cámara. Excursiones. Salidas nocturnas. Fiestas.

Me invade una sensación de desdoblamiento. Es como mirar una especie de vida paralela que nunca he tenido. Una especie de doppelgänger, un doble fantasmagórico, irreal, que se vuelve tangible.

Deslizo hacia las publicaciones más antiguas y veo una foto donde aparece abrazada a un chico. En otra foto están dándose un beso en la boca.

—¿Era su novio? —le pregunto a su padre, enseñándole la pantalla.

—Sí. Aunque se pelearon hace cosa de un mes, justo unos días antes de que ella muriese.

—¿Tiene alguna sospecha de que él pudiera acosarla o algo parecido?

—No lo creo. Una nunca sabe, en verdad. Pero fue el chico el que dejó a mi hija, al parecer, por otra, y era mi hija la que lo llamaba continuamente queriendo reconciliarse. Estaba enamorada, la pobre. Cuando rompieron cogió una depresión muy fuerte. Siempre he pensado que se quitó la vida por eso, por amor.

Noto un doloroso crujido en el corazón, pero intento ignorarlo mientras sigo pasando los posts. Sigo sin ver nada que me llame especialmente la atención. Le echo un vistazo a los mensajes. Hay conversaciones con amigas, hablan de quedar, intercambian algunas fotos y bromas. Me siento mal por hurgar de esta manera en su vida, la vida de una chica que tiene mi misma cara. El chat de su exnovio está muy abajo. Vacío. Supongo que Leticia lo vaciaría en algún ataque de rabia contra él.

La verdad, no sé qué estoy buscando. Si el asesino es alguien conocido, entonces debería estar aquí, entre alguno de estos contactos. Sin embargo, sus

amistades parecen de lo más normal. No hay mensajes anónimos de un acosador pervertido. ¿Y el que la tiró por el balcón solo es un psicópata que elige sus víctimas al azar? Entonces, ¿cómo es que ha logrado establecer una conexión entre las tres hermanas, si ni siquiera nosotras conocíamos esa conexión? Miro al padre de Leticia y niego con la cabeza. Como detective privado soy un desastre.

Estoy a punto de tirar la toalla cuando se me ocurre echarle un vistazo a los álbumes de fotos. Las vistas preliminares ofrecen un mosaico de selfies de chicas sonrientes. Uno de ellos, etiquetado como privado, me llama inmediatamente la atención. En la miniatura me parece ver una especie de retrato retocado de Leticia, una de esas fotos trucadas con una app para parecer mayor de lo que una es. Abro una de las imágenes. La observo detenidamente. No, no es ella. Es solo una mujer que se le parece. Que se nos parece, en realidad. Vuelvo a tener esa sensación de doppelgänger, la sensación de tener un doble fantasmagórico.

La imagen es la de una mujer madura, de unos cuarenta años, que mira a la cámara de frente con expresión de perplejidad. El fondo es grisáceo, como tomada con una pared detrás. Deslizo la imagen a un lado y aparecen más fotografías iguales. Parecen copias de la primera: la misma mujer mirando a la cámara, aunque con ligeros cambios en la expresión o en la posición de la cabeza. Sigo pasando las fotos, hay decenas de ellas, prácticamente idénticas unas de otras, puede haber 400 o 500. Entonces empiezo a advertir una cosa: según avanzo las fotos, la mujer parece ir envejeciendo lentamente. Las paso deslizando el dedo cada vez más rápido y es como si tuviese delante una película en la que pudiese ver el paso del tiempo en el rostro de una persona a cámara rápida. En la última foto, la mujer ha envejecido notablemente. Diría que tiene unos sesenta años.

Levanto la mirada con una expresión de perplejidad. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué significan estas imágenes? ¿Y por qué las guardaba en su móvil mi desconocida hermana?

—Cómo puedes ver —me dice el padre de Leticia— mi hija tenía un álbum de fotos en modo privado, que no podía ver nadie más que ella, lleno de imágenes de la misma mujer.

Llevo un rato mirando las extrañas fotografías con la cara de una mujer que se repiten, una y otra vez, en una secuencia que parece abarcar más de una década. Es hipnótico. Tengo la impresión de que es alguien familiar. Al

mirarlas siento que hay un pliegue en mi memoria que intenta abrirse, pero es como meter la cabeza en un agujero tenebroso y encender la luz, tengo miedo de los recuerdos que puedan emerger de su interior.

Esta mujer que envejece lentamente, imagen tras imagen, pide auxilio con la mirada. En una de las primeras se la ve con la cara un poco hinchada, con el pelo corto y un trasquilón junto a la oreja, en otras, el pelo parece más arreglado. En todas lleva una especie de bata o camisa celeste. Otra cosa que no cambia en ninguna foto son sus ojos, que hablan de un horror invisible. ¿Qué está mirando? ¿Qué hay al otro lado de la cámara que la aterroriza tanto? Sus ojos reflejan tristeza, desesperación. Parece un animal salvaje enjaulado que no comprende que, de pronto, haya desaparecido su hábitat natural, que se encuentre rodeado del aséptico vacío contenido por cuatro paredes lisas.

Una vez vi una serie de televisión (¿CSI?) donde analizaban esas series de fotos de detenidos por la policía en Estados Unidos, creo que las llamaban *mugshots,* en las que ves a una persona envejecer a lo largo de su carretera delictiva. La expresión asustadiza y juvenil de las primeras fotos se va endureciendo, surgen las arrugas y el deterioro, pero la expresión se endurece también. La persona puede seguir estando enfadada, rabiosa, pero el miedo desaparece a partir de las cuarta o quinta fotografía, y se acaba convirtiendo incluso en arrogancia.

Eso no pasa en estas fotos. Aunque la cara de esta mujer va envejeciendo de una imagen a otra, la expresión de angustia no cambia en nada, como si en todas y cada una de esas instantáneas tomadas a lo largo de los años, la mujer acabara de enterarse de lo que sea que le causa esa angustia.

—¿Sabe de dónde sacó su hija estas fotografías? —le pregunto al padre de Leticia.

—Verás, yo nunca le oculté a Leticia que era adoptada —responde, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Se lo conté en cuanto tuvo uso de razón para comprender estas cosas. Al principio, cuando era pequeña, ella se lo tomó bien, pero, cuando se hizo mayor, empezó a hacerse preguntas. Preguntas normales para cualquier persona adoptada. Mi hija se empeñó en averiguar quiénes eran sus padres biológicos. Yo, lo único que pude contarle es lo que nos dijeron a mi mujer y a mí cuando la adoptamos, que los padres habían muerto. Aun así, Leticia quiso averiguar cosas sobre ellos, era muy cabezona, no le gustaba rendirse ni dar su brazo a torcer en nada —el pobre hombre deja escapar un sollozo—. Y, bueno, pues hizo algunas indagaciones.

Le llevó meses pero, al final —asiente con tristeza—, al final dio con su madre. Y resultó que no estaba muerta.

Las palabras del señor se hacen eco en los árboles de esta zona del parque, envolviéndome como un nuevo velo de esperanza que trae consigo la incertidumbre. Siento el corazón latirme en las sienes, y tengo que hacer un esfuerzo titánico para formular mi siguiente pregunta:

—¿Y sabe usted si llegó a ponerse en contacto con su madre biológica?

—No estoy seguro. Todo esto pasó poco antes de que ella muriese.

—Pero... debe usted recordar algo.

—Recuerdo que, honestamente, me sentí mal, es una sensación extraña cuando tu hija quiere indagar sobre sus padres cuando tú mismo sientes que eres su padre. Supongo que hubiera acabado aceptándolo si no hubiera...

Al señor se le escapan dos lágrimas que surcan sus mejillas. Me tiene cogida de la mano.

—Lo siento.

—No te preocupes, hija. No sé mucho, porque yo siempre evitaba la conversación... y mi mujer lo mismo... pero sí recuerdo que dijo que su madre estaba ingresada en una especie de residencia u hospital. Creo que no llegó a verla nunca, pero sí contactó con alguien del centro donde estaba, y supongo que esa persona le daría esas fotografías que estás viendo.

—¿Qué tienen que ver estas fotografías con lo que me acaba de contar? —le pregunto, confundida.

—¿Es que no te lo he dicho? La mujer de esas fotografías es su madre biológica.

Siento como si me derramasen un jarro de agua helada en la espalda.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Eso, Leticia sí que me lo dijo. Además, como puedes ver, el parecido de esa mujer con vosotras dos es innegable.

El suelo se abre bajo mis pies. Me doy cuenta, por fin, de lo obvio. La mujer de las fotografías también es mi madre, mi verdadera madre.

Estoy en estado de shock. ¡Mi *verdadera* madre!

Mi madre, la que llamo *madre*, no es mi *madre* biológica. Mis hermanas, a las que llamo *hermanas*, tampoco lo son. Eso explica nuestras diferencias, no solo físicas, también psicológicas. Mi madre biológica debió abandonarnos, por algún motivo, a mí y a mis dos hermanas gemelas, cuando teníamos apenas tres o cuatro años.

He leído en alguna parte que los niños adoptados suelen ser problemáticos, que arrastran traumas de su temprana infancia que les impide adaptarse a sus nuevas familias. Como un ordenador el hardware estropeado, por más que le reinstales el Windows siempre va a dar problemas. ¿Es por eso que yo siempre he sido diferente? Yo nunca hacía las cosas como mi madre quería. No sacaba buenas notas, por más que me esforzase, hasta que me cansé y dejé de esforzarme. No me comportaba "como es debido", según mi madre, y por eso siempre "se veía obligada" a castigarme. Siempre he sido la diana de las burlas de mis hermanas, burlas a menudo crueles. No entendía por qué ellas lo hacían todo bien y yo lo hacía todo mal. Nunca entendí por qué me sentía tan diferente de mi familia. Como un bicho raro.

Exactamente eso: Como un cachorro de perrito acogido por una familia de lobas.

En parte es un alivio. Tengo ganas de gritar a pleno pulmón. Ahora entiendo porqué el primer recuerdo que tengo de mi madre es huir de ella. Yo era una niña de cuatro años, desorientada, ella era una extraña que trataba de llevársela consigo a la fuerza. En el umbral de mis recuerdos yo quería a mis hermanas, hasta que de pronto se volvieron extrañas, desagradables, malvadas conmigo. No sabes el miedo que he tenido desde que era niña, es como si mi vida hubiese sido una pesadilla cambiante. Desde que era pequeña nunca he sido capaz de confiar en nadie. La gente me da miedo. Cada vez que confío en alguien, ese alguien se vuelve contra mí. Las personas amables, un día dejan de serlo, sin previo aviso, y me tratan como si yo les hubiese hecho algo malo. Como cuando mi novio me dejó en el mismísimo altar, sus ojos cargados de odio, profiriendo insultos delante de todos los invitados. Se me escapan las lágrimas.

—¿Estás bien? —me pregunta el señor.

No, no estoy bien. La verdad es que no estoy nada bien. Bendita novedad. ¿Alguna vez lo he estado en mi puta vida? Aprieto los dientes. ¿Por qué le hice caso al inglés y me tragué un Valium antes de venir? Vamos, Valeria. Respira hondo. Atrae tus pensamientos hacia ti. Concéntrate en lo que tienes delante. Tu vida se está llenando de preguntas, pero hay una que te quema por dentro como un hierro candente: ¿Quién es, entonces, mi verdadera madre?

—¿Le contó su hija algo más de su madre biológica? —consigo articular —. Le ruego que trate de recordar, esto es muy importante. Cualquier cosa que me diga puede tener un gran valor.

—No sé mucho más de lo que acabo de decirte —responde, agachando la cabeza—. Un día me enseñó una foto, una de esas fotos que acabas de ver en su móvil. Me dijo que había logrado dar con ella, que estaba ingresada, comentaba algo de una tal... creo que se llamaba Nieves, alguien que trabajaba en ese lugar y que le había dado bastante información y que estaban preparando un encuentro, que pronto se verían cara a cara. Leticia estaba muy ilusionada con eso.

—¿No recuerda el nombre del centro, del hospital, de la residencia?

—Estoy seguro de que mi hija lo mencionó alguna vez, pero es que mi mujer y yo intentábamos, insisto, mantenernos al margen. A su madre, la verdad, toda esa historia de que Leticia conociera a su *madre* no le hacía ninguna gracia. Por más que cierta extraña fuera su madre biológica, ella es *su* madre. Mi mujer y yo la hemos criado. Es una tontería, pero en cierto modo tenía celos de que esa mujer apareciese ahora y le robase el cariño de su hija, aunque fuera un poco… La gente no puede tener dos madres, o eres su madre o no eres su madre, y se enfadaba con ella, con su niña, nuestra niña... cuánto me duele recordar esas discusiones ahora, por Dios… ¿Cómo le cuento esto ahora a mi mujer?

El hombre agacha la cabeza. Yo tengo ganas de llorar. Me siento a su lado y le cojo la mano. No soy la más capacitada para proporcionar consuelo, pero lo intento.

—Creo que ella tuvo los mejores padres posibles —le digo.

Me pregunto qué extraño azar nos separó a mí y a mis hermanas haciendo que cada una acabásemos en una familia diferente. ¿Y si hubiese sido yo la niña que hubiese ido a vivir a la casa en la que acabó mi hermana? Entonces, este buen hombre sería mi padre. ¿Sería, en ese caso, yo una persona diferente de la que soy ahora? ¿Seguiría siendo yo? ¿Estaría también muerta y sería mi hermana Leticia la que estaría aquí en este momento interesándose por *mi* vida?

El hombre me mira con los ojos enrojecidos de sufrimiento y de cansancio a partes iguales.

—Lo que sí recuerdo bien es que me dijo fue cómo se llamaba esa mujer —me dice señalando mi móvil—. Me dijo que se llama Amanda. El apellido era Domenec. Sí, eso es. Amanda Domenec. Supongo que un nombre no es suficiente para localizar su paradero.

He escuchado ese nombre, he leído ese nombre, siento que ese nombre ha

estado en mi vida desde siempre, pero no logro ubicarlo.

Me despido de ese hombre y camino en busca de un taxi. No pierdo un momento y busco el nombre de Amanda Domenec en Google, lo que encuentro es muy difícil de digerir.

28.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Noto un dolor agudo en el costado, como si me hubiese golpeado con algo. También siento un palpitar en la cara, como si algo me quemase. Estoy en el sofá de nuestro salón con la extraña sensación de que me he deslizado hasta aquí desde algún otro lugar. Es como si me acabara de despertar en mitad de la noche y hubiera venido sonámbula hasta el sillón para seguir durmiendo. Pero no llevo el pijama y Paco está aquí, el sillón, leyendo el periódico. Estoy confundida.

—¿No tendrías que estar en el trabajo? —le pregunto a mi marido.

—Hoy no voy a ir a trabajar, cariño —me responde.

—¿Por qué no?

Y entonces me doy cuenta de que algo no está bien. Tengo el cuerpo dolorido, la cabeza me da vueltas y tengo nauseas. Es peor que aquella vez que cogí gastroenteritis y no me podía ni mover del dolor de barriga.

—Me siento mal —le digo a mi marido—. Puede que sea gripe, o gastroenteritis.

—Algo parecido. Por eso no he ido hoy a trabajar —me dice Paco—. Para cuidarte.

—Puedo cuidarme sola. No tendrías que perder un día de trabajo por mí.

—No pasa nada. Tú eres más importante que mi trabajo.

Paco se sienta a mi lado y me coge la mano. Un escalofrío me recorre la columna y se me eriza el vello, y por un instante me sobreviene el impulso de huir de un peligro, pero la sensación se diluye. Debo haber agarrado un virus porque no estoy bien. Qué rabia. Hoy teníamos la reunión con los inversores holandeses. Costa me va a matar. Tengo que llamarlo.

—Tengo que llamar a mi jefe y avisarle de que no puedo ir a trabajar.

—Verás, Amanda, te han dado la baja.

—¿La baja? No creo que esté tan mal como para no poder ir a trabajar. Me tomaré un analgésico y listo.

—No es eso, es algo un poco más grave —me dice Paco. La gravedad en el tono de su voz me asusta—. Hace seis meses que no vas a trabajar.

—¿Seis meses? ¿Pero qué estás diciendo? Venga, déjate de bromas.

Intento ponerme en pie, pero es verdad que me duele todo el cuerpo y

estoy mareadísima.

—Tienes amnesia, Amanda, por eso no te acuerdas de nada. Porque no te acuerdas de nada, ¿verdad?

—¿De qué tendría que acordarme?

—De que llevas seis meses de baja. De que yo he estado cuidándote todo este tiempo.

Paco me sonríe con dulzura. Tengo la vaga impresión de que hace un rato estaba enfadada con él, pero ya no me acuerdo del motivo. Ayer discutimos, eso sí que lo recuerdo. Yo quería salir a cenar fuera y Paco quería ver un partido de fútbol. Tuvimos una buena bronca y yo me fui a cenar sola...

—Amanda, ¿qué día es hoy? —me pregunta.

Le digo la fecha. No sé qué tipo de broma pretende gastarme. Entonces, Paco enciende la tele y ponte el teletexto. Me quedo de piedra al ver la fecha. Después me enseña el periódico. Es la misma fecha del teletexto. No entiendo nada.

—¿No recuerdas nada? —insiste Paco.

Niego con la cabeza, y mi desconcierto parece satisfacerle. La verdad es que no sé qué pensar. La fecha en el periódico parece real. Le echo un vistazo a las noticias. Se habla de una gran disputa de poder en Estados Unidos por un recuento dudoso en las elecciones… las elecciones… ¿del próximo noviembre? Miro a Paco, confundida. ¡Es como si hubiésemos dado un salto en el tiempo!

—Por recomendación del neurólogo has estado escribiendo un diario —me explica Paco—. Es un método para intentar memorizar tu día a día, aunque creo que no te ha dado mucho resultado.

Debe referirse a la agenda que hay sobre la mesita. La abro y veo anotaciones hechas por mí, es mi letra, pero no me acuerdo de haberlas escrito. Son notas confusas, tan confusas como me siento ahora mismo. Paco me observa con atención mientras paso las páginas. Hay saltos en el calendario.

—Faltan páginas —le digo a Paco—. Como si las hubieran arrancado.

—Ni idea, me responde. Es tu agenda. Son tus notas.

Los mensajes que hay en la agenda parecen dirigidos a mí misma. Me explican que tengo amnesia y que debo esforzarme por recordar, aunque no añaden demasiados detalles a mi situación. En la última página pone: “Leyendo La Broma Infinita, de Foster Wallace”.

¿Estoy leyendo una novela? ¿Qué sentido tiene leer una novela si no puedo recordar nada de un día para otro? ¿Cómo voy a poder seguir una trama con amnesia y, más aún, una novela tan larga como esta? Si es que es amnesia lo que me pasa. Pero, ¿qué otra explicación hay para el salto de fechas?

—¿Sigues sin acordarte de lo que te pasa? —me pregunta Paco, observándome detenidamente.

—No, la verdad que no —respondo masajeándome las sienes.

—Bueno, es posible que mejores en cualquier momento. Es lo que dice el neurólogo. Con las cosas de la cabeza nunca se sabe.

Me sonríe, aunque noto algo raro en su mirada. Preocupación. Pero no por mí. Es algo diferente que no alcanzo a comprender y que me pone los pelos de punta.

—Voy a prepararte algo para comer —me dice. Se levanta y se va a la cocina.

Me noto un vacío en el estómago. Estoy hambrienta. Me siento como si no hubiera comido en varios días. Estoy tan débil y mareada. Voy al cuarto de baño y me llevo un susto de muerte al mirarme al espejo. Tengo la cara llena de moratones. ¡Como si me hubiesen dado una paliza! ¿Pero, quién iba a pegarme aquí, en casa?

Me viene a la mente Paco preguntándome tan preocupado si me acuerdo de algo. Su gesto de alivio cuando le respondí que no. Dios mío. ¿Es eso? ¿Paco me ha dado una paliza y ahora teme que me acuerde?

¿Será verdad que tengo amnesia y que han pasado seis meses desde ayer? Es lo único que explica el aspecto horrible que tengo. Joder. Todos esos golpes. Hay heridas antiguas, amoratadas y cicatrizadas, otras más recientes. Noto también dolores en el cuerpo. Me levanto la blusa y veo que tengo moratones en el costado, en los brazos. Me han dado una buena tunda y yo ni siquiera me acuerdo.

Por algún motivo, la mirada se me va a través del espejo a la cesta con revistas que hay junto al váter, donde también hay un libro. *La Broma Infinita*, de Foster Wallace. Es la novela que, según mi diario, estoy leyendo. Aunque no le veo ningún sentido a leer una novela, si es verdad que no puedo recordar nada. Aun así, cojo el libro y lo hojeo. No hay ningún señalador que indique por dónde llevo la lectura. Pero me llama la atención que algunas páginas tienen manchitas rojas repartidas al azar. Parecen manchas de carmín. Las observo más de cerca. No, no es carmín. ¡Es sangre! ¡Son manchas de sangre!

Entonces me doy cuenta de que las manchitas están señalando palabras, formando una especie de mensaje oculto. Empiezo por el principio y voy siguiendo las palabras señaladas:

"tu marido… te quiere… matar… está poniendo… pequeñas… dosis… de veneno… en la comida… para… que… mueras… la autopsia… no detectará… el veneno… que está… debilitando… tu corazón… parecerá un… infarto… natural… quiere… cobrar… tu seguro de vida… quiere… quitártelo todo… sufres… amnesia… dentro de unos minutos… no recordarás… nada… de esto… pero tienes… que… recordarlo… como sea… para salvar… tu vida… busca a… nieves… ella te… ayudará".

Se me hiela la sangre en las venas. ¿Pero qué locura es esta? Dios mío. Paco me está llamando a gritos desde la cocina. Cierro el libro de golpe y lo escondo bajo la pila de revistas. En la cocina, Paco me espera con la mesa puesta. Tengo tanta hambre, pero no puedo quitarme el mensaje de la cabeza. Miro a Paco. Tenemos un seguro de vida con una póliza de más de cincuenta millones de pesetas. Mi marido de pronto me parece un desconocido que se ha colado en nuestra casa.

¿Es posible que intente matarme? Si yo muero, Paco se quedará con todo.

—Come, Amanda —me dice.

¿Por qué, de pronto, me parece que su amabilidad es fingida? Estoy temblando.

—Se me ha quitado el apetito —miento.

—Amanda, tienes que comer. Estás débil. Vas a quedarte anoréxica si no comes.

—No, por favor, no quiero —le digo.

Cruzamos una mirada y la frialdad de sus ojos me sobrecoge. Casi puedo leer sus intenciones con nitidez. Paco quiere matarme. Las lágrimas corren por mis mejillas.

—¿Cómo lo has averiguado? —me pregunta—. ¿Cómo lo has sabido?

Permanezco en silencio. Estoy paralizada por el terror.

—Dime, Amanda. ¿Qué truco te guardas? Hace un rato no te acordabas de nada. Yo era tu querido esposo. He revisado tu diario y he destruido todas las notas que hablan de mí y de lo malo que soy. No hay nada en la casa con lo que puedas escribirte mensajes a ti misma. ¿Cómo coño has sabido lo de la comida?

Lo miro con los ojos anegados en lágrimas.

—Así es, querida Amanda. La comida está envenenada. Unos cuantos días más y estarás muerta. El veneno no dejará rastro si se administra en pequeñas dosis. Te provocará un ataque al corazón. Carlota trabaja en una empresa farmacéutica. Ella me ha dado el veneno y me ha explicado cómo utilizarlo.

—¿Quién es Carlota? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Mi amante. Os habéis conocido, pero no te acuerdas, claro —sonríe con una mueca cruel—. En realidad, ella lo planeó todo. Yo pensaba abandonarte para irme con ella, pero Carlota tuvo una idea mejor. Si yo me iba, entonces todo tu dinero, las acciones de tu empresa, este piso, el cuadro... Todo se quedaría aquí en manos de una loca. Nosotros lo aprovecharemos mejor.

Me pongo en pie. Tengo que escapar. Tengo que ir a la policía. Paco me agarra del pelo. Forcejeamos. Intento arañarle en la cara. Paco da un puñetazo en el estómago y me doblo en dos. Ni siquiera tengo aire para gritar. Intento alejarme, pero Paco me inmoviliza contra el suelo y se arrodilla a horcajadas sobre mí. No puedo moverme, solo puedo llorar.

—Tranquila Amanda, todo acabará pronto.

***

He debido tropezar y caerme porque Paco me está ayudando a levantarme del suelo. No sé qué me pasa. Estoy desorientada. Paco me explica que he agarrado un gripazo y que me he pasado varios días en la cama, delirando, con fiebre. Joder. Eso explica el dolor de cuerpo tan horrible. ¿Varios días en la cama? ¡Entonces me he perdido la reunión con los holandeses!

Paco me cuenta que no hay problema, que ya habló con Costa. Que todo ha salido bien. Que el médico vino a verme cuando estaba delirando con la fiebre y que me ha dado la baja hasta que me recupere. Es muy raro esto de pasarte varios días con fiebre y no recordar nada. Paco dice que me ha recetado unos antibióticos muy fuertes. Deben ser las píldoras que hay en la mesa, junto al plato.

La verdad es que tengo la cabeza pesada y el estómago vacío, como si no hubiese comido en varios días. Estoy hambrienta. Menos mal que Paco tiene

preparada la comida. A Paco no le gusta meterse en la cocina, pero esta vez se ha esforzado. Hay lasaña y no parece congelada. Y sopa de verdura.

Me siento a la mesa y Paco me sonríe cariñoso. La sopa me sienta bien en el estómago.

29
PRESENTE
Profanar una tumba

Camino por las calles, absorta en el móvil, errática, tropezando con personas que me recriminan airadas, mientras sigo buscando información en Google. Busco imágenes y encuentro infinidad de caras, chicas jóvenes, mujeres mayores, todas diferentes, lo que me indicaría que no hay ninguna Amanda Domenec en la tierra con una fama muy superior a las de las demás. De todas maneras, reviso unas veinte o treinta fotos, pero ninguna me encaja.

No importa, sé la cara que tiene Amanda Domenec, mi madre biológica, por las docenas de fotos que hay escondidas en la cuenta de Facebook de mi hermana, Leticia Robles.

Cuando estoy a punto de rendirme, veo el nombre de Amanda Domenec, no en una fotografía, sino en una página que extrae información empresarial del registro mercantil.

Amanda Domenec es la propietaria de una empresa de inversiones inmobiliarias que tiene el mismo nombre que la empresa de mi madre.

No, no es que las empresas se llamen igual. ¡Es que es la misma empresa!

Yo siempre había pensado que la dueña de la empresa era mi madre, la persona a la que siempre he llamado madre, y resulta que la dueña es mi madre, sí, pero mi madre *de verdad*, mi madre biológica, Amanda Domenec, a cuyas hijas están matando una a una. Mi madre adoptiva aparece con el cargo de presidenta ejecutiva.

Entonces caigo en la cuenta del porqué ese nombre me sonaba tanto. Aparece en varias páginas web de información financiera, no en las noticias, y no hay fotos, pero el nombre de Amanda Domenec aparece en las plantillas de contratos, en la misma página web de la empresa, ese nombre que he visto toda mi vida, deslizándose, al pie de algunos papeles, en algunos panfletos publicitarios de nuestra empresa...

Siento que caigo al vacío y no sé dónde agarrarme. Las preguntas acuden a mi cabeza en tromba. ¿Mi madre adoptiva está en contacto con la tal Amanda Domenec? ¿Por qué ha permanecido oculta todo este tiempo? ¿Por qué nos abandonó a sus tres hijas para que fuésemos adoptadas? ¿Por qué ahora dos de ellas están muertas?

Hay una manera de averiguarlo. Tengo que encontrarla. Tengo que encontrar a esa mujer que una vez fue mi madre y hacerle todas las preguntas que me están quemando por dentro.

Solo se me ocurre un lugar en el que empezar a buscar información.

***

Medianoche. Un taxi me deja junto a la puerta del edificio de cristal donde se encuentran las oficinas de la empresa de mi madre, el único lugar en el que estoy segura de que debe haber información sobre Amanda Domenec. Le pago al taxista con la tarjeta y me bajo. La gran acera, que se extiende junto a la entrada como una playa de cemento, está desierta, y la cruzo bajo un golpe de calor que no sé si viene de fuera o de dentro. Podría ser yo misma la fuente de la temperatura que me rodea y asfixia al caminar.

Exactamente eso: el mundo quejándose de que una persona *hace* mucho calor, y no al revés.

En el edificio no hay ni una sola luz encendida. Su negra superficie acristalada se yergue hacia las alturas como un gigantesco monolito de obsidiana. Mareada, un poco borracha, pero decidida a llegar hasta el final de este asunto. Toda mi vida bajo la sombra de este edificio, y ahora me interno en sus fauces en mitad de la noche, porque dentro podría estar la respuesta a mis preguntas.

Ha sido un día largo. Uno de esos días en los que ocurren tantas cosas que parece ocupar media vida. Pienso en el padre de mi hermana gemela, también pienso en Elliot, el inglés.

Hay buenos hombres en el mundo. Ya está dicho.

—Estoy seguro de que las respuestas llegarán pronto, Valeria, no te preocupes— fueron las palabras de Elliot al despedirnos— descansa y llámame cuando quieras seguir indagando, si te vas a meter en líos, metete en líos conmigo a tu lado.

Obviamente no le hice caso, fui a buscar a la madre de Leticia Robles, que resultó ser su padre, que resultó ser mi hermana… que podría haber acabado siendo mi padre… y después de hablar con el padre de mi hermana me metí en un bar y pedí una copa de vino, y luego otra, y en algún momento me acabé tragando dos Valiums (con desesperación, y puede que fueran tres,

porque no estaba mirando) y fue en el bar dónde comencé a atar cabos (creo), y al final he acabado bebiéndome una botella (y otro Valium). He estado ahí sentada, soportando las miradas de extrañeza del camarero, hasta la hora de cerrar. Entonces, pasada la media noche, he llamado a casa para asegurarme de que mi madre ya había llegado. En cuanto he escuchado su voz en el teléfono fijo he colgado. Después, he cogido un taxi que me ha traído hasta aquí. A las puertas del Imperio.

Cruzo las puertas de cristal. En el recibidor saludo a Kevin, el guardia de seguridad, que se limpia el sueño de la cara cuando me ve entrar a estas horas.

—Señorita Valeria, es muy tarde, ya no queda nadie en la oficina.

—Mi madre se ha olvidado unos papeles muy importantes y me ha enviado a por ellos —le respondo mientras paso por delante sin vacilar. Si Kevin hace algún gesto de extrañeza o no, no lo puedo saber porque mantengo mi mirada al frente.

Me meto en el ascensor y subo a la planta veinte. Es un ascenso estático, con un zumbido que resuena como resuenan las cosas a la una de la mañana, mientras nuevos ataques de calor (estos sí que son internos) amagan por invadirme desde el estómago.

Planta Veinte.

Ding.

Ha llegado usted a la planta veinte, dice una voz femenina desde un altavoz oculto en el ascensor, una voz imperceptible durante el día.

Abro la puerta de las oficinas con mi tarjeta de acceso. Dentro, todo está oscuro y silencioso. Alguien se ha dejado un ordenador encendido y las diminutas luces parpadean en la penumbra. Zumbido de frigoríficos, de silencio en una película cuando puedes oír el proyector. El despacho de mi madre está cerrado con llave, como era de esperar. Descuelgo un teléfono y marco el número de seguridad. Kevin responde al instante.

—Kevin, tengo un pequeño problema —le digo, y no necesito fingir mucho para que mi voz suene verdaderamente desesperada—. He olvidado la llave del despacho de mi madre, y tengo que entrar a coger unos papeles. ¿Podrías abrirme con tu llave maestra?

—Señorita Valeria, su madre me tiene terminantemente prohibido que le abra el despacho a *nadie*.

—Lo sé, pero esta es una situación especial. Si no le llevo esos documentos me va a matar. Los necesita en casa mañana a primerísima hora.

—En ese caso, llame usted a su señora madre para pedirle autorización.

—Mi madre se ha tomado una pastilla para dormir y está descansando ahora mismo. Si se me ocurre despiertarla se va a poner echa una fiera. Ya sabes cómo es. Por favor, ábreme, no se va a enterar y yo te lo voy a agradecer siempre. Si no, voy a tener que volverme a casa, coger la llave, volver aquí, y, honestamente, estoy agotada.

Hay un breve silencio. Las sienes me palpitan. Realmente he dicho "despiertarla", como si ya no supiera ni hablar, de los nervios que tenía. Zumbido. A través de las paredes de cristal contemplo la pléyade de luces de Madrid que se extiende hasta perderse en el horizonte.

—Está bien, señorita Valeria, subo a abrirle —responde por fin.

Hago un pequeño gesto de victoria apretando el puño. Le espero junto a la puerta, encogida, con los brazos cruzados, como si me resguardase del frío. Kevin aparece un minuto después caminando con un ruido de llaves, como si fuese una especie de carcelero, y me abre el despacho.

—¡Mil gracias! ¡Me has salvado la vida! —le agradezco, desplegando teatrales gestos de alegría.

Él agacha la cabeza, humilde, y niega quitándole importancia. Contengo el aliento mientras se aleja por el pasillo, de vuelta a su puesto en la recepción de la planta baja. No me muevo hasta que escucho cómo se cierran las puertas del ascensor. Entonces me deslizo dentro del despacho de mi madre.

Es muy extraño estar aquí cuando ella no está. Tocar sus cosas. Es como profanar una tumba. Una vez, cuando era pequeña, derramé zumo sobre uno de sus papeles y me tuvo un día entero encerrada en el sótano a oscuras, sin comer.

Todavía tengo miedo de tocar sus cosas, pero los deseos de encontrar información sobre mi madre biológica superan con creces esos miedos.

La tal Amanda Domenec, si la escasa información que he encontrado en internet es correcta, es la verdadera dueña de la empresa.

Exactamente eso: la verdadera dueña del Imperio del que constantemente presume mi madre. Siendo así, no es posible que no haya ni una sola prueba de la existencia de mi madre biológica entre estas cuatro paredes.

Enciendo el ordenador de “mi madre” (ya no sé ni cómo llamarla).

Mientras espero a que la dichosa ventanita de Windows acabe de latir y el ordenador se ponga en marcha de una maldita vez, reviso los papeles que hay sobre la mesa. Están colocados con el ángulo exacto, perfectamente

paralelos entre sí y respecto a toda la superficie. Mi supuesta madre es tan organizada que seguramente se daría cuenta si no los dejo colocados exactamente en el mismo sitio, de hecho, me extraña que no haya dejado estos papeles archivados, no deben ser muy importantes... Y no lo son, un par de facturas y recibos, una hoja en blanco con unos números apuntados y notas inteligibles, ni rastro del nombre Amanda Domenec. Obviamente, el paradero de esa mujer no va a estar ahí, a la vista de cualquiera. Mi mirada recae en la pared del lado este, sobre la caja fuerte empotrada donde mi madre guarda la documentación más valiosa. Tal vez lo que busco esté ahí dentro, pero, ¿cómo abrirla? De momento tengo que conformarme con lo que pueda encontrar en el ordenador, que por fin ha arrancado. La mano me tiembla sobre el ratón cuando abro el explorador de carpetas. Empiezo a revisar el disco duro con la esperanza de encontrar documentación relacionada con mi madre biológica, archivos, documentos, facturas, algo que pueda darme una pista sobre su paradero. Si ella es la dueña de la empresa, mi madre necesitará con frecuencia de su aprobación, de su firma. Así que tiene que seguir en contacto con ella de algún modo.

Pronto me doy cuenta de que es como buscar una aguja en un pajar. En el disco duro hay cientos de carpetas, cada una de las cuales contiene una veintena de subcarpetas, y así sucesivamente. Abro algunas al azar. Son dossiers con contratos de inmuebles, escrituras notariales, facturas o documentos de diversa índole. Si aquí hay algo, puedo pasarme media vida buscando hasta dar con ello.

Decido mirar en Outlook, donde quizás sea más fácil filtrar el contenido. En el buzón de entrada hay montañas de correos de trabajo, la mayoría de clientes o empleados de la empresa. Hay un buzón de elementos archivados con otra larga lista de correos de trabajo. De inmediato me llama la atención una carpeta con el nombre de la empresa de Elliot, con la que estamos a punto de firmar contratos de gran envergadura, seguramente sea ineludible incluir el nombre de la dueña en contratos importantes. Por otro lado, con operaciones de gran envergadura no se envían contratos precisamente por email.

Dios, me estoy volviendo loca.

Efectivamente, no hay ningún email de los enviados a la compañía de Elliot que tenga siquiera documentos adjuntos. Vuelvo sobre mis pasos y recuerdo los emails anteriores que sí tenían documentos adjuntos. Escribo la palabra “Contrato” en el buscador. Hay 4 emails que tienen contratos como

documentos adjuntos. Abro el primero que encuentro. El documento PDF se despliega en la pantalla… contrato prestación… reunidos… de una parte… servicios… para el efecto… ¡Ahí está, Amanda Domenec! En una especie de párrafo que parece un membrete.

Amanda Domenec, CEO.

No dice nada más.

Amanda Domenec, CEO.

Una vez más, ya con la certeza de que es ella y no otra la dueña, busco a Amanda Domenec en Google.

Buscar. Clic.

Igual que hace un rato, aparecen infinidad de mujeres de todo tipo, edad y aspecto. En vez de darme por vencida ante los primeras imágenes, sigo revisando más y más páginas de resultados, hasta que por fin reconozco una cara en una imagen bastante pixelada: una mujer sonriente, es ella, la mujer de la mirada triste, la mujer de las fotos, aunque mucho más joven, con gesto seguro, vestida de ejecutiva, pero no hay dudas, es la mujer de las fotografías que guardaba mi hermana biológica. Siempre he sido buena fisonomista, me pregunto si mis hermanas biológicas también lo eran.

—Siempre me recordaste a Amanda —escucho que me dice una voz femenina a mis espaldas. No necesito volverme y ni siquiera me asusto, se trata de mi madre, de mi "madrastra", si esa es la palabra correcta para designarla.

Me vuelvo despacio, y observo a la "emperadora" en todo su esplendor, vestida con traje y chaqueta a estas horas de la noche. Mi llamada debió alertarla, Kevin debió alertarla, la geolocalización de mi móvil debió alertarla, o todas esas cosas al mismo tiempo. Nada se le escapa a la emperadora.

Sin embargo, su cara no refleja el enfado que esperaba por pillarme husmeando en su ordenador. Me mira con un gesto que parece albergar una medida de humanidad.

—Imagino que ya debes saber quién es la mujer de esas fotografías. ¿No es así? Veo que la has buscado en Google.

—¿Mi... madre biológica? —respondo dubitativa.

—Valeria, supongo que era cuestión de tiempo que te enteraras. De hecho, si en lugar de haberte metido en el ordenador, te hubieras puesto a revisar los cajones del mueble que hay contra la pared, habrías encontrado

mucha más información sobre tu madre biológica.

Mi *madre* acaba de descubrirme fisgoneando en sus cosas y, a pesar de eso, me habla con más amabilidad de la que recuerdo haberle escuchado en su vida.

—Cariño, entiendo que no es fácil encontrarte en una situación como la tuya. Enterarte a estas alturas de que eres adoptada.

Empuja una silla cerca de la mía, y se sienta a mi lado. Un haz de luz de luna se cuela entre las persianas de la calle y le dibuja una línea temblorosa en el pelo.

—Tu madre —prosigue— tu madre biológica es, efectivamente, la dueña de esta empresa, pero la pobre mujer se encuentra seriamente incapacitada, nunca quise que sufrieras esa vergüenza, cariño.

—¿Vergüenza? —le respondo, completamente confundida.

—Nunca quise crearte ese trauma, Valeria, de saber que tu madre verdadera vive impedida, ingresada en un hospital psiquiátrico. Tu madre tuvo una serie de crisis a partir de los treinta y pocos años, tu padre murió en extrañas circunstancias… ya lo sé, corazón, sé que esto es demasiado…

Tiemblo como una hoja, mi madre me tiene cogida de la mano, con suavidad.

—Yo hice todo lo que pude, Valeria, por mantener esta empresa a flote, y llegué a relanzarla hasta la situación en la que se encuentra ahora. Traté de que tú misma tuvieras un puesto de responsabilidad, Valeria, pero fue imposible.

Lo sé —pienso para mis adentros—, soy una idiota, nunca fui capaz de hacer nada bien, ni siquiera de pasar de curso en la escuela, nadie es capaz de quererme. Siento que se me nubla la cabeza, pongo mi otra mano sobre la mano de mi madre, no puedo más, no entiendo nada, precisamente porque soy una imbécil, seguro que todo esto tiene una explicación racional, algo que mi mente no puede entender. Esta mujer muy posiblemente haya hecho todo lo que podía por mí.

—¿Cómo puedes ser tan idiota?

Las palabras llegan a mis oídos tan cargadas de desprecio que durante unos instantes no reconozco la fuente.

Las ha pronunciado mi madre, el gesto de amabilidad de su cara se ha transformado en su cara de siempre, la cara de desprecio, de desdén.

—¿En serio eres así de idiota, Valeria? ¡No me ha llevado ni cinco minutos convencerte de que soy una madre ejemplar!

Mi madre se ha levantado del asiento y se ríe como una histérica caminando dentro de la oficina. Yo no sé si esto está ocurriendo realmente o me lo estoy imaginando.

—No te enteras de nada, idiota. Cuando te acogí, siendo una niña, eras tan ridícula, llorando por tu mamá —me dice con voz burlona—. Para mí nunca has sido mi hija. Para mí eres menos que una cucaracha molesta que apartar de mi vista. ¿Te acuerdas, Valeria? Siempre te encerrada en el cuarto oscuro, castigada, mientras mis verdaderas hijas y yo lo pasábamos de maravilla de compras, íbamos al cine, al teatro, y cuando llegábamos a casa te encontrábamos acurrucada, llorando como un patético cachorrito que venía a lamerme la mano agradecida. No sabes el asco que me daban tus lágrimas...

Siento que el cuerpo se me descompone por dentro, es una sensación extraña, casi liberadora. Me digo a mí misma que esta mujer no es mi verdadera madre, ni adoptiva ni de ninguna manera, porque nunca ha ejercido como tal.

—¿Para qué has venido aquí? ¿Para encontrar a tu mamaíta perdida? —prosigue con el tono de burla—. En ese ordenador no vas a encontrar nada. Solo tenías que haber buscado en este archivador, aquí guardo todo lo relacionado contigo desde que eras pequeña. ¿Recuerdas cómo te matabas a estudiar con apenas nueve o diez años y luego suspendías aquellas clases? ¡Fui yo, imbécil! ¡Yo sobornaba a aquellos maestros para que te suspendieran aunque sacaras un diez en los exámenes!

Vuelvo al pasado, recuerdo muy bien aquellas situaciones, recuerdo aquella vez que desafié a un profesor por un suspenso, el profesor llamó a mi madre y mi madre se puso inmediatamente de su lado. Recuerdo que ya no volví a enfrentarme a un profesor en mi vida, recuerdo la frustración inmensa de no poder aprobar ninguna asignatura. “Eres tonta Valeria”, me decían. “Valeria tiene una minusvalía muy seria”, llegué a escuchar en boca de mi madre hablando con otras madres. Recuerdo las burlas de mis hermanas porque yo era incapaz de aprobar un solo examen. Recuerdo los castigos de mi madre. “Eres una idiota, Valeria”. Cuando fueron a Disney World, a mí me dejaron en casa, castigada, según mi madre, no me merecía el viaje por no haber pasado de curso. Mi madre nunca me llevó al parque de atracciones, ni al zoo, ni a ningún sitio, en realidad, como hacía con mis hermanas. Sobre mí siempre pesaba algún castigo por mis malas notas y mi mal comportamiento. “Totalmente idiota, mi hija”. De pequeña me recuerdo a mí misma siempre

enfurruñada, callada, encerrada en mí misma, siempre en guerra con el mundo. Mi madre me repetía una y otra vez que tenía un carácter terrible, lo cual me propiciaba más castigos, lo cual me hacía tener cada vez un carácter peor. "Eres idiota, Valeria".

Idiota.

Idiota.

Idiota.

Idiota era peor que imbécil, peor que cucaracha, puedo con todo menos con idiota. No se me da nada bien recibir insultos.

—¿Y recuerdas lo enamorada que estabas en aquel altar? —me pregunta —. ¡Mira aquí!

Mi madre tiene unos papeles en la mano.

—Le pagamos, le pagamos para enamorarte, para llevarte al altar, para después humillarte, hizo lo que yo le dije qué hiciera. Solo por dinero.

—No es verdad —respondo con un hilo de voz.

—¿No me crees? ¡Aquí tienes las transacciones bancarias que le hice! —me grita sacando papeles del archivador y agitándolos frente a mí—. Nunca te quiso. Nunca tuvo verdadera intención de casarse contigo. Fingió por dinero, ¿te das cuenta?

Se refiere a Fran. El hombre con el que estuve a punto de casarme. Recuerdo que la primera vez que fui al pub que él regentaba, el día que nos conocimos, lo hice porque, aquella noche, mis hermanas me invitaron a salir. Nunca lo habían hecho, invitarme a salir con ellas, siempre pasaban de mí, pero aquella noche se mostraron sorprendentemente amistosas, me dejé convencer para acompañarlas a tomar algo, tan patéticamente necesitada de cariño estaba. Fue esa noche, en aquel pub al que me llevaron mis hermanas, cuando conocí a Fran. Nada más verme se mostró muy interesado en mí. Días después, cuando ya éramos novios, me diría que fue un flechazo, que en cuanto me vio se enamoró. Era tan guapo. Muy simpático, un tío realmente popular. A las chicas del pub se le caía la baba por él. Y él se fijó en mí. Me subió a las nubes. Tuvimos unas cuantas citas y acabé enamorada como una loca. Solo un mes después de conocernos ya me había mudado a su casa. Y poco después hacíamos planes para la boda. Mi madre, sorprendentemente, estaba entusiasmada con la idea de que me casara. Se volcó en los preparativos. Yo quería una boda sencilla, familia y amigos íntimos en una pequeña capilla, pero mi madre se empeñó en preparar algo por todo lo alto. Yo estaba tan

ilusionada, tan feliz. Y, entonces, el mismísimo día de la boda, en el altar, Fran hizo lo que hizo.

Mi "madre", en la penumbra de su oficina, en el corazón mismo del "imperio", me sonríe con una satisfacción inmensa, está disfrutando mucho de este momento.

Exactamente eso:

Mi "madre" acaba de desvelarme que lleva toda la vida destrozándome la vida.

Mi "madre" pagó a mis profesores para que me suspendieran.

Mi "madre" contrató a Fran para que me enamorase de él y para que luego me humillara en el altar.

Mi "madre" ha saboteado cada uno de mis intentos de salir adelante, de huir de esta prisión que ha ido construyendo alrededor mío.

—¡¡¿Es que te vas a quedar ahí sin hacer nada?!!

Recuerdo cuando la voz airada de mi "madre" me causaba un terror inenarrable. Ahora me causa algo muy diferente.

Mi "madre", literalmente, me tira los papeles a la cara, los papeles que muestran las transacciones bancarias a Fran, mientras me sigue gritando.

—¡¿Cómo puedes ser tan *idiota*?!

La palabra idiota y los papeles contra mi cara son el detonante que hace que algo explote dentro de mí. Salto de la silla y me lanzo sobre ella. La agarro del pelo, chillando como una loca. Quiero borrarle esa sonrisa de la cara, le clavo las uñas en la piel del rostro como si fuese una máscara de goma que pudiera ser arrancada. Ella grita. Alguien me agarra y me separa. Es Kevin, el guardia de seguridad.

—¡Tiene un ataque psicótico! —grita mi madre. Su expresión ya no es fría, vuelve a fingir consternación—. Sin venir a cuento se ha puesto violenta conmigo. ¡Hay que llamar a emergencias!

Me doy cuenta, cuando ya es demasiado tarde, de que ha vuelto a jugar conmigo.

Mi "madre" me ha provocado para que estallase contra ella. Y Kevin lo ha visto.

He atacado a mi propia madre. ¿Qué psiquiatra del mundo no pensaría que estoy loca?

Kevin me tiene inmovilizada, tengo la cara aplastada contra la mesa del ordenador mientras escucho a mi madre llamar por teléfono, está llamando a

emergencias, pidiendo un equipo de enfermeros para que me internen.

A pesar de la penumbra, mis dilatadas pupilas alcanzan a distinguir el contenido de los papeles que mi madre me ha arrojado contra la cara, los supuestas transacciones que le hizo a Fran, y me doy cuenta de que son simples folletos publicitarios. Entiendo que muy posiblemente no existan pruebas de que mi "madre" haya hecho nada contra mí, nunca jamás.

Lo importante era que yo la creyera.

30.
AÑO 2000. Un día cualquiera.

Ese momento de confusión que me sacude cada vez que abro los ojos y abrazo la conciencia.

La osadía de abrir los ojos y despertar.

Despertar y abrir los ojos.

¿Puede alguien despertar y no abrir los ojos? ¿No es ese un acto automático en cuanto la conciencia te sobreviene?

Tardo un instante en comprender que la realidad que dejo atrás es solo un sueño, tan vívido y colorido, un sueño lleno de despechos, de habitaciones laberínticas, de deambular perdida por calles heladas, tiritando de frío, con sangre en las manos, un sueño tan intenso como la realidad, o más incluso, un sueño que ya he olvidado, incluso antes de abrir los ojos y de observar a mi alrededor. El salón de mi casa. Cuánta la calma, cuánta la tranquilidad tras ese instante de pánico, de no reconocer, de no saber.

No hace muchos días comprendí que saber y recordar son sinónimos perfectos.

Me envuelve la penumbra del salón como un remanso de paz. Las cortinas están echadas, la persiana a medio bajar dejando entrar haces de la luz de la mañana. Mi piso tiene orientación oeste, así que la luz de la mañana que entra debe venir reflejada desde el edificio de cristal que hay al otro lado de la calle, la luz solar que se expande y se curva, rebota en ese bloque acristalado, se cuela en haces a través de la persiana y luego atraviesa la translucida cortina. ¿Sabe esta luz la de vicisitudes que ha tenido que pasar hasta iluminar la esquina de mi Picasso?

Es un Picasso, sí, un pedazo de lienzo cubierto de óleo que vale tanto como todo el piso, y en un marco de apenas cinco mil pesetas. Descuidado en la pared, sobre la librería, mal iluminado, ignorado, nunca nadie me ha preguntado por él, ni siquiera Paco, mi marido, todo el mundo asume que es una lámina barata, y esa es su mejor protección, la gente no sabe, la gente no recuerda que es un Picasso original.

Anoche. No consigo recordar lo que pasó anoche.

Paseo la mirada sobre los lomos de los libros, tantos y tantos libros sobre economía y finanzas, las cinco repisas de lado a lado, de arriba abajo,

describiendo una perfecta cuadricula. Cada cubículo contiene libros relacionados más íntimamente entre sí que con los de los cubículos colindantes, más relacionados con los cercanos que con los lejanos, libros y más libros, algunos incluso de mi época de estudiante, todavía.

Se me va la vista al suelo de parquet, brillante, la madera pulida, las extraordinarias vetas dibujando la intrincada historia de tantos árboles. La lujosa alfombra persa, de ahí a la pared de enfrente revestida de mármol negro con vetas doradas, con la carísima televisión Bang & Olufsen, una televisión de diseño de medio millón de pesetas en la que objetivamente jamás he visto una película de principio a fin. Paco si ha visto cientos de partidos de futbol.

Una vez más, miro a la ventana y me embeleso con la luz difusa que se empeña en entrar en mi salón tras cruzar y rebotar a través medio sistema solar.

Con una punzada de inquietud, vuelvo la cabeza hacia la otra pared, la que me queda detrás, y el reloj me avisa de que son las nueve de la mañana. Mierda. ¿Cómo he podido quedarme dormida en el sofá? ¿Por qué no me ha avisado Paco? Te juro que pensaba que me estaba despertando de una siesta.

¿Habré dormido en el sofá toda la noche? ¿Será posible? No logro recordar lo que pasó anoche, a lo mejor fueron las copas de vino, porque me duele la cabeza detrás de los ojos y me siento dolorida por todo el cuerpo.

¡Dios mío! ¿Las nueve?

Debería llevar media hora en el trabajo. Dios. ¿No venían hoy los holandeses a visitar la empresa? ¡Estamos hablando de más de cien millones de pesetas!

Los holandeses, veo sus caras en las fotos de sus dosieres, veo sus gestos pixelados en las conversaciones que hemos tenido por videoconferencia, ¡y son las nueve!

¡Las nueve!

Me levanto. No reconozco el pijama que llevo puesto, yo casi nunca uso pijama. Atravieso el pasillo y me meto directa en la ducha.

Bajo el agua, maldigo a Paco por haberme cambiado el champú de sitio. ¿Para qué tiene que tocar mi champú si él usa el anticaspa? Es lo mismo de siempre, se le ha gastado y ha usado el mío, y lo ha dejado Dios sabe dónde.

Tampoco encuentro mi albornoz, así que me seco con una toalla. Qué desastre de mañana, los holandeses deben estar ya reunidos con Costa, es un milagro que no me haya llamado ya para cagarse en mi reputísima madre.

Voy a mi dormitorio y me encuentro la cama sin hacer, ropa por el suelo, parece que aquí viva una familia de animales, de monos, de cerdos, pero qué harta me tiene Paco ya, por Dios. ¿Es hoy el día que viene la chica a limpiar?

Me seco el pelo a toda velocidad. Me visto, traje pantalón, chaqueta beige, al menos dentro de mi armario no se me ha metido el idiota. El pelo no me ha quedado bien con ese maldito champú que no es el mío. Voy a matar a Paco, te lo juro.

¿Y el móvil? ¿Dónde coño dejé el móvil? Y seguro que cuando lo encuentre está descargado. Dios, los holandeses, Dios.

Me llamo a mí misma con el teléfono fijo. No suena nada por la casa, a través del auricular sí escucho un par de tonos.

"El teléfono marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura"

—O sin batería porque un imbécil no me lo ha puesto a cargar —digo en voz alta.

No puedo salir de la casa sin el móvil.

Empiezo a abrir cajones, todo está fuera de lugar, es como si Paco se hubiera pasado la tarde cambiándome las cosas de sitio para torturarme. Menudo gilipollas. Esto ha llegado muy lejos ya. De esta me divorcio. Yo no tengo la culpa de que el muy imbécil no llegara a nada en la vida. Su mayor éxito financiero fue, sin duda, casarse conmigo.

Menudo imbécil, y menuda vergüenza que paso cada vez que lo llevo a una cena del círculo de empresarios, como el otro día cuando le tocó sentarse al lado de la mujer de Sánchez Ramos, qué mal lo pasé cuando escuché que la mujer de Sánchez Ramos le preguntaba a qué se dedicaba.

Pero mira, ese es otro tema en el que mejor no meterme.

Un marido como Paco influye negativamente en tu imagen como empresaria de éxito. Muchísimo.

¿Ves? Sin embargo, un divorcio no afecta a tu imagen, simplemente decir "me estoy divorciando", "me he divorciado" y ya nadie te hace preguntas embarazosas sobre tu marido, o tu ex, o lo que sea.

Conforme voy abriendo y cerrando los cajones del dormitorio me voy enfadando más y más.

Claro que sentía compasión por él. Claro que se esforzó (durante los primeros años) con este proyecto o aquel. Paco puso en marcha negocios de consultoría financiera, llegó incluso a tener un negocio de tarjetas de crédito que francamente prometía, pero la cagó como siempre. Yo le daba consejos,

pero nunca me escuchaba, aquel negocio lo vi fracasar a la legua, pero él me repetía que no podía dejar que me metiera en todo, que aquel era su negocio, no el mío. Pues muy bien, el negocio fracasó y se evaporaron los cinco millones de pesetas de inversión que salieron de mi bolsillo. Mi opinión no le interesaba, mi dinero sí.

Me dejo caer sobre la silla del comedor con la frente entre las manos. No encuentro el móvil y son las nueve y media. Los holandeses.

La idea me lleva bailando por la cabeza desde hace diez minutos, pero he tratado de evitarla, ahora sé que no tengo más remedio. Voy a tener que llamar a Paco y preguntarle dónde coño está mi móvil. Es eso o irme sin móvil. Tampoco es el fin del mundo, puedo ir por la tarde a comprarme otro, dar de baja el mío y que me asignen el mismo número.

Pero primero voy a llamar a Paco.

Me acerco a la base del fijo y me encuentro que el teléfono no está. ¡Pero bueno, si acabo de usarlo para llamar a mi móvil!

Miro debajo del sofá, ahí está. Le marco a Paco.

Y entonces escucho la dichosa musiquita que le tiene puesta, su politono que resuena desde algún punto de la casa. No me jodas. ¿Paco está en la casa? ¿Dónde está sonándole el móvil? ¿Qué te apuestas a que el idiota se ha llevado mi teléfono y se ha dejado el suyo en casa?

¿De dónde viene el sonido del móvil? Dejo el fijo sobre el sofá y voy abriendo las puertas de las habitaciones. No me jodas, viene del cuarto de la lavadora y la plancha.

Abro la puerta y entonces me encuentro a Paco.

Está tumbado en el suelo. Al principio no veo la sangre, al principio no veo el cuchillo de cocina clavado en su pecho, al principio no grito, al principio todo es confusión. El móvil le suena dentro del bolsillo del pantalón. Me agacho para sacárselo del bolsillo, es entonces cuando veo la sangre, cuando veo el cuchillo.

Tiene los ojos abiertos, acuosos, sin vida.

Y entonces empiezo a gritar.

31
PRESENTE
¿Amor verdadero?

Está anocheciendo cuando Elliot llega al hotel donde se aloja en Madrid. Llama a Ryan, pero no tiene respuesta. Durante todo el día ha estado recibiendo mensajes suyos preguntándole dónde está. Elliot le responde ahora: estoy en el hotel.

Al poco recibe la respuesta: yo estoy tomando una copa con una de las hermanas. Creo que esta noche me la llevo a la cama.

Elliot esboza una sonrisa torcida. Ryan resulta irresistible para las mujeres. Le han bastado unas horas para camelarse a una de las dos hermanas. Siempre le ha tenido un poco de envidia, a pesar de todo, por la facilidad con la que puede conseguir a la mujer que quiera por el mero hecho de haber sido afortunado en la lotería genética. Aunque, todo hay que decirlo, Ryan sabe ser simpático cuando se lo propone. Un poco hueco, pero simpático.

Entra en su habitación y se quita la chaqueta y los zapatos. Saca una botella de ginebra del minibar y se prepara un gin—tonic. Le da un sorbo mientras se deja caer en uno de los sillones, con el móvil en la mano. Cuál de las dos hermanas habrá sucumbido primero a los encantos de Ryan, se pregunta.

Él solo puede pensar en la hermana pequeña, Valeria. Más bien, desde que la conoció, no puede dejar de pensar en ella. Valeria tiene algo que lo atrae, aunque no logra identificar qué es ese algo. Tal vez sea su actitud entre desvalida y salvaje, entre dulce y soez. Valeria parece estar siempre al límite de la vida, siempre en un extremo: a punto de estallar de alegría o a punto de hundirse en una depresión. Repleta de energía o apagada. Asustadiza o increíblemente valiente. Frágil como una niña o dura como un veterano de guerra. Cuando sonríe con alegría fugaz, ilumina a su alrededor como una estrella nova. Cuando está triste es como un agujero negro que absorbe toda la luz. Su inteligencia es explosiva. Advierte cosas que nadie más ve, y se asombra como una niña pequeña de los detalles más simples que están a la vista de cualquiera. Es hermosa, su rostro guarda unas proporciones armoniosas, la frente noble, los ojos grandes y la nariz de Cleopatra, pero lleva la cabeza afeitada como si renunciase a cualquier signo de belleza

exterior.

No, Elliot no puede quitarse su imagen de la cabeza. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Sonríe o llora? ¿Duerme o está despierta? ¿Está asustada o despreocupada? En este mismo momento le apetecería estar con ella, ser testigo de cada uno de sus estados de ánimo, de cada suspiro y de cada risa, tocar su mano y acariciar su mejilla para tranquilizarla. Elliot agita la cabeza, negando con cierta desesperación. Cómo ha podido enamorarse tan rápido, se pregunta. Está tentado de llamarla para preguntarle si está bien, para volver a oír su voz entre alarmada y sensual. Valeria. No se sentía así desde que el primer y frustrado amor de adolescencia. ¿Es esto el famoso "amor verdadero" del que todo el mundo habla pero que nadie, en el fondo, parece encontrar?

Hay otra pregunta que le atormenta: ¿siente ella algo por él?

Antes de despedirse, dejándose llevar por la espontaneidad de las costumbres españolas que tanto le fascinan, él le dijo:

—Si te vas a meter en líos, metete en líos conmigo a tu lado.

Una frase muy poco británica, demasiado atrevida, demasiado íntima para alguien a quién se acaba de conocer. Elliot recuerda la sonrisa de Valeria cuando él le dijo esas palabras.

Conmigo a tu lado.

Mira la pantalla del móvil y por un instante fantasea con la idea de que ella lo llame, que le diga que quiere verlo, que tampoco puede dejar de pensar en él. La idea le provoca un cosquilleo inflacionario en el estómago que le hace sentir ligero como un gas, el pecho queriendo estallar. El móvil suena, pero es su augusto padre quien llama.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunta una voz áspera en el auricular.

—Bien, estoy en el hotel, pediré algo para comer.

—No me refiero a eso. ¿Qué has averiguado?

Elliot esboza una sonrisa torcida. Su padre nunca tiene un minuto de su valioso tiempo que malgastar en charla trivial, ni siquiera con su hijo.

—Me gané la confianza de una de las hermanas y pude colarme en su casa.

—¿Tú? —una sola sílaba que refleja, sin embargo, una extrañeza del tamaño de un campo de fútbol—. ¿Eso no iba a hacerlo Ryan?

—Ya ves. Ryan todavía está en la primera cita. Subestimas mi encanto personal...

—Déjate de tonterías, Elliot, hay mucho dinero en juego. ¿Qué has averiguado?

—Es una larga historia —responde, con un suspiro—. Pero tenías razón. Algo huele a podrido en esa familia. Me voy a pasar el resto del día investigando en línea y haciendo unas llamadas, tengo un par de hilos de los que tirar.

32
AÑO 2001

La mujer que tiene frente a sí lo mira irritada, impaciente, confundida. Mira a su alrededor, se mira a sí misma las manos como si quisiera ver a través de ellas, se palpa la cara, como si dudase de su propia existencia corpórea, como si fuese incapaz de entender quién es ella misma o dónde se encuentra. Es la tercera vez, en una hora, que el inspector Roberto Salcedo, de la brigada de homicidios, se enfrenta a la misma situación: la mujer parece desconectarse de la conversación y, de buenas a primeras, da la impresión de que acabara de despertarse; se muestra sorprendida, asustada, no sabe lo que está haciendo allí ni cómo ha llegado, no sabe quién es el hombre que tiene delante, aunque él mismo se lo ha explicado varias veces. No sabe que su marido ha muerto.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, el inspector Salcedo revisó detenidamente el informe psiquiátrico de la mujer, el cual describe una clase de amnesia crónica. Incapacidad para generar nuevos recuerdos. Sin embargo, se le ha pasado por la cabeza que ella pudiera estar fingiendo su dolencia. El inspector Salcedo no ha labrado su carrera dejándose llevar por las apariencias. Siempre se ha cuestionado cada prueba, cada evidencia, y en no pocas ocasiones ha descubierto que detrás de la "verdad" suele haber otra verdad que conduce a un desenlace diferente del caso.

Aquel aparentaba ser, a priori, un caso sencillo. De no ser por la mujer.

La mujer que tiene delante, Amanda Domenec, treinta y ocho años, es la esposa de la víctima cuyo asesinato le compete esclarecer. La víctima, un varón de cuarenta y dos años, de nombre Francisco Herrero, fue encontrado muerto, apuñalado en su propio domicilio con un arma blanca por identificar y que no fue hallada en la escena del crimen. Fue su esposa quien encontró el cuerpo y alertó a la policía. La hora de la defunción se sitúa entre las 9 y las 10 de la mañana, según el forense.

El móvil del crimen se reveló después de las primeras pesquisas. En la casa había desaparecido un cuadro valioso (un dibujo original de Picasso con un boceto de su famoso rostro de mujer) valorado en más de cincuenta millones de pesetas. La autenticidad del grabado ha sido corroborada por la póliza del seguro. La hipótesis más plausible es que el homicidio fue

consecuencia del robo del cuadro.

La cerradura presentaba signos de haber sido forzada. Las primeras investigaciones ya apuntaban a que alguien, que debía conocer la existencia del cuadro, forzó la entrada del piso con la intención de robarlo y se encontró con el marido, con quién forcejeó hasta matarlo de una puñalada. Mientras tanto, la mujer, Amanda, dormía en el dormitorio. Es posible que salvase la vida por poco.

Un caso sencillo, casi rutinario. De no ser por la mujer. Para el inspector Salcedo, las circunstancias de la esposa perturbaban la lógica simple y cristalina del caso.

Cuando la encontraron en su domicilio, la mujer presentaba signos evidentes de maltrato machista. Contusiones en diferentes fases de cicatrización en el rostro y en otras partes del cuerpo, lo cual indicaba que la mujer había sufrido palizas a lo largo de un periodo prolongado de tiempo. Los servicios sanitarios que la atendieron advirtieron, además, otra circunstancia, bastante más extraña: signos de envenenamiento químico. Las pupilas dilatadas, vómitos, desorientación, piel amarillenta. Un análisis de sangre lo confirmó. Amanda Domenec Rivas, de 38 años de edad, sufría envenenamiento químico por ingestión de Trisenox (trióxido de arsénico) que hubiera podido causarle la muerte. Varios recipientes de dicho medicamento (usado en quimioterapia) fueron hallados escondidos en un cajón bajo llave en el domicilio de la víctima. En dicho lugar también se encontró material de laboratorio utilizado para pulverizar y diluir la sustancia. Un análisis de un recipiente de leche, de zumo y de otros alimentos encontrados en la cocina, identificó altas dosis de Trisenox diluido. La traza del medicamento los llevó hasta una mujer llamada Carlota García Rey, quien mantenía una relación sentimental con el difunto, y que trabaja como directiva en un laboratorio farmacéutico. Esa mujer, Carlota García, ha sido identificada como una de las personas que tiene acceso a dicho fármaco. Aunque ella se ha negado a reconocer haber facilitado ningún medicamento a su amante, la hipótesis más probable es que el difunto, Francisco Ríos, estuviera suministrando la sustancia a su esposa con la finalidad de causarle la muerte.

De no ser por el oportuno robo y la muerte del marido, Amanda estaría muerta.

Lo cual, para el inspector Salcedo, enturbia el móvil más obvio del robo y abre otra posible vía de investigación, otra verdad detrás de la verdad, a

saber, que Amanda Domenec hubiese descubierto los planes de su marido para asesinarla, que tuvieran una pelea y que ella acabase matando a su esposo en lo que, técnicamente, podría considerarse defensa propia.

Una posibilidad muy lógica, de no ser porque Amanda Domenec experimenta una extraña dolencia psíquica a raíz de un accidente de tráfico, dolencia que, desde hace un año, le impide crear nuevos recuerdos, según consta el informe psiquiátrico.

El inspector Salcedo se encuentra ahora ante un disyuntiva. Posibilidad A: un escenario del crimen que apunta a un robo con homicidio. Posibilidad B: un escenario del crimen que apunta a una disputa doméstica que acaba en tragedia, con la mujer apuñalando a su esposo, y un escenario manipulado posteriormente por la propia mujer para simular un robo.

El problema es que, si la mujer sufre amnesia crónica (tal y como dicta su informe psiquiátrico), y es incapaz de recordar nada más allá de unos minutos, ¿cómo ha podido apañárselas para manipular la escena del crimen y disponerlo todo como si se hubiese tratado de un robo? Suponiendo que hubiese matado a su marido en una disputa doméstica, Amanda Domenec tendría que haber forzado después la cerradura para simular el asalto al domicilio (y para ello tendría que haber utilizado un instrumento adecuado), tendría que haber hecho desaparecer el cuadro (¿dónde?), tendría que haberse librado del arma homicida (¿cómo?), tendría que haber borrado todas las huellas. Todo lo cual exige una preparación y una planificación difícil de imaginar en alguien que sufre amnesia severa.

El inspector Salcedo tiene la suficiente experiencia para saber que no se puede hacer desaparecer apresuradamente un arma homicida. Una simple búsqueda en los contenedores de basura de los alrededores basta para dar con el arma en la mayoría de los casos. Y, en el supuesto de haber usado un vulgar cuchillo de cocina, tampoco le hubiese servido de nada a Amanda lavar la hoja y devolverlo a su sitio en el cajón de los cubiertos. El análisis espectrográfico hubiese revelado las trazas de sangre. Pero las pruebas en ese sentido han sido negativas.

Sobre todo, estaba el asunto del cuadro. ¿Cómo se las habría apañado para hacerlo desaparecer en tan poco tiempo? Si la mujer solo es capaz de retener en su memoria el sentido de lo que está haciendo durante unos minutos, tendría que haberse deshecho del cuadro rápidamente. El lienzo no podría estar muy lejos del domicilio. Y, sin embargo, la búsqueda en cualquier lugar

susceptible de ser escondido ha resultado infructuosa.

En la mente analítica del inspector Salcedo las posibilidades vuelven a bifurcarse. Opción A: la mujer tiene un cómplice que la ayudó. Opción B: finge la amnesia.

La hipótesis del cómplice resultaría la más plausible de no ser porque Amanda parece incapaz de mantener con nadie una conversación sostenida en el tiempo. ¿Cómo es posible que pida ayuda, si ni siquiera es consciente de que necesita ayuda? ¿Cómo planificar algo, y mucho menos un crimen, si es incapaz de recordar nada?

La única respuesta, de nuevo, es que finja la amnesia.

De modo que el inspector Salcedo se enfrenta a un dilema: ¿debería pedir al fiscal procesar a la mujer acusándola de homicidio, o debería recomendar dejarla en libertad sin cargos y centrar las pesquisas en la búsqueda del presunto ladrón de un cuadro?

La respuesta descansa en el hecho de si la mujer finge o no su amnesia.

—¿Me va a decir qué está pasando aquí? —le increpa la mujer, sacándolo de sus pensamientos.

El inspector respira hondo. Después de una hora de interrogatorio tiene que reconocer que, si está fingiendo, es buena actriz. ¿Debería darse por vencido? No ha labrado su carrera tirando la toalla a la primera dificultad. Decide intentarlo una vez más.

—¿Sabe usted dónde está? —pregunta con calma, clavando sus pupilas en ella.

—¡No! ¡Por el amor de Dios! ¿Me lo va a decir? —chilla la mujer con lágrimas en los ojos.

—En la comisaría del distrito centro de Madrid. Como ya le he dicho en dos ocasiones, soy el inspector de homicidios Roberto Salcedo.

—¿Y qué hago yo aquí? ¿Esto es una broma? ¿Me han traído dormida o algo?

La mujer mira a su alrededor desorientada. El comisario la observa atentamente. Tiene que reconocer que su angustia parece genuina. ¿Es posible fingir semejante desorientación?

—Está usted aquí declarando porque se ha cometido un crimen —la informa.

—¿Un crimen? ¿De quién? —pregunta ella con los ojos muy abiertos.

—Lamento decirle, si bien ya es la tercera vez, que su marido ha muerto.

—¿Paco? ¿Muerto? ¡Ay, Dios!

El rostro de la mujer se descompone en una máscara de terror. Ha recibido aquella noticia tres veces, y las tres veces ha reaccionado de idéntica manera.

—¡No es posible! ¿Pero, cómo?

Amanda se tapa la cara con las manos. Se retuerce. Solloza. Niega airada.

—¡No es verdad! ¡No puede ser!

—Lo siento, su marido ha muerto.

Rompe a llorar. La misma reacción, por tercera vez. El inspector empieza a sentir lástima por ella. Por un momento imagina lo que debe ser no recordar. Tal vez debería dejarlo ya, dejarla marchar. Para ella, debe ser una tortura.

—Créame que lo siento. Sé que tiene usted problemas mentales. Y que esto no es fácil.

—¿Problemas mentales? ¿Pero qué dice, desgraciado? —chilla airada—. Dios mío, esto es una pesadilla, me traen aquí contra mi voluntad, me dice que mi marido está muerto... ¿Y mis hijas? ¿Están ellas bien? —grita, envarada.

—No se preocupe, sus tres hijas están a cargo de los servicios sociales de la Comunidad de Madrid. Se ocuparán de ellas. Están perfectamente.

—¿Servicios sociales? ¡No voy a dejar a mis hijas con ningunos servicios sociales! ¡Tengo que irme a casa! ¡Yo soy su madre! ¡Yo soy la que se tiene que ocupar de ellas!

—Por favor, tranquilícese, necesito que responda a unas preguntas —insiste.

—¿Qué preguntas?

—Necesito que me diga lo que estaba usted haciendo ayer por la mañana, alrededor de las nueve.

—¿Ayer por la mañana? ¿A las nueve? ¡Estaba en el trabajo, por supuesto!

—Usted no trabaja. Hace un año que usted tiene la baja laboral.

—¿Pero qué dice, hombre? ¿La baja? ¿Por qué me iban a dar la baja? ¡Si yo estoy bien!

El inspector la mira fijamente. ¿Es posible que esta mujer realmente no experimente el transcurso del tiempo desde que sufrió el accidente? Imagina lo que debe ser vivir de esa manera y un escalofrío le recorre la columna. El inspector ha visto muchas tragedias a lo largo de su carrera. Personas que han

sufrido mutilaciones, accidentes, enfermedades graves. Tragedias que le hacen cuestionarse a uno la bondad de Dios, el sentido mismo de la existencia en un mundo donde cualquier cosa es posible. Pero nada jamás como aquello.

Amanda se pone en pie. Esta vez el inspector no tratará de detenerla, como sí hizo en las dos ocasiones anteriores. Forcejear, obligarla, imponerse por la fuerza hasta que ella vuelva a caer en una especie de ensoñación y lo olvide todo, una vez más. Esta vez la dejará irse. Libre de cargos.

Esta vez solo se pregunta, con tristeza, qué será de ella.

33
Los Actos Terribles

El día más feliz de mi vida. Imagínate. Yo nunca me había imaginado a mí misma vestida como una novia, y allí estaba, con todos aquellos pliegues y una cola larguísima y maquillada como una estrella de cine. Todo el mundo me decía lo guapa que estaba. Entré en la iglesia del brazo de mi madre, con un murmullo de aprobación a mi paso, guapísima era la palabra que más se oía. Decenas de caras sonrientes. Yo con mariposas en el estómago. Fran en el altar, imponente. Busqué su mirada con ojos radiantes, pero él la rehuyó, como un niño avergonzado por una travesura. Ya aquella falta de encuentro en nuestras miradas me provocó una punzada de inquietud, una nota discordante en una sinfonía perfecta, un punto negro en la imagen, algo que finges no haber visto. Suena la música nupcial. En el altar, frente al cura, comienza la ceremonia. Nervios porque todo salga bien. Giro la cabeza y miro a mi madre, buscando, por una vez en mi maldita vida, un gesto de aprobación. Ella está tensa. Lo noto incluso en la distancia que nos separa. Lo achaco a los nervios y a la preocupación de que todo salga bien. Es la boda de su hija pequeña y durante semanas todos nos hemos dejado la piel en los preparativos. Hay un centenar de invitados, ataviados como si asistiesen a una recepción de la reina de Inglaterra. Frente a mí, en el altar, la imagen de Cristo me observa desde arriba con una expresión de tristeza, como si él ya pudiese ver lo que estaba a punto de suceder.

El cura pronuncia la fórmula del consentimiento, el momento mágico, y me concentro en sus palabras:

Francisco, ¿quieres recibir a Valeria como esposa, y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y, así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Miro a mi futuro marido y se me hiela la sangre en las venas. Su rostro está crispado, como si se hubiese metido un limón en la boca. En sus ojos no hay amor, ni rastro de amor. Empieza a hablar y sus palabras son puñetazos en mi vientre, cuchilladas en el alma.

—No, no quiero. No quiero recibir a esta zorra como esposa —dice en voz alta y clara—. No le seré fiel, no la amaré ni la respetaré, no es más que una *puta* miserable.

Por un instante estoy convencida de que estoy soñando, estoy durmiendo en la noche anterior a la boda y todo esto es una pesadilla. Me despertaré en mi cama. Pero también sé que no, que esto es real. Hay un revuelo tremendo, una algarabía de exclamaciones y sorpresa que resuena en el techo abovedado de la iglesia. Miro al que iba a ser mi marido y la mirada gélida que me devuelve me estremece. Me sonríe con malicia y sus labios pronuncian la palabra *zorra*. Es entonces cuando todo explota a mi alrededor. Salgo corriendo, tropezando con el vestido. Huyendo sin saber de qué huyo, ni hacia dónde. Las miradas de los invitados me queman, se clavan como alfileres, me enloquecen. Quiero que todos desaparezcan. Que dejen de mirarme. Que borren de sus mentes lo que acaban de presenciar. Quiero desaparecer yo misma. Agarro uno de los cirios y lo vuelco sobre las flores de papel. Brota una llamarada. Las llamas brillan en mis pupilas como un reflejo de mi alma enloquecida. Empiezo a volcar todos los cirios, uno tras otro, prendiendo los tapices que adornan la capilla. Las llamas se extienden voraces sobre las colgaduras y las maderas de las imágenes cristianas mientras yo corro hacia la puerta. La gente grita a mis espaldas. Me vuelvo un instante antes de salir y contemplo el espectáculo dantesco de los invitados corriendo en tromba para huir del fuego, con sus vestidos de fiesta y sus pamelas y sus velos que prenden casi al instante por el calor. Algunas señoras tienen el sombrero en llamas cuando cierro la puerta y echo el pasador de hierro para que nadie pueda salir. Aún hoy, después de tanto tiempo, no sé qué parte de mí hizo aquello, qué oscura parte de mí quiso condenar a todas aquellas personas a muerte, borrarlas de mi existencia para así borrarme a mí de la suya, que ardiesen en el fuego del mismo infierno que a mí me estaba consumiendo por dentro. La parte de mí que quiso matar a todas aquellas personas sigue viviendo en mi interior, y a veces me asusta que pueda volver a salir.

Gracias a Dios, los invitados pudieron escapar por la puerta del despacho parroquial. Sufrieron magulladuras por los empujones fruto del pánico, pero esas fueron las únicas consecuencias. Los bomberos acudieron rápido y apagaron el fuego antes de que causara males mayores. En aquel momento yo hubiese querido que ardiesen todos en el infierno. Grité hasta quedarme sin voz, hasta que mis cuerdas vocales se rompieron como las cuerdas de una guitarra, y aun así seguí gritando en silencio. Me ingresaron en una clínica psiquiátrica. Me sometieron a un tratamiento que anuló mi voluntad. Me enfrenté a cargos por intento de homicidio y fui absuelta por el

atenuante de enajenación mental. Pasé mucho tiempo preguntándome qué es lo que hice tan mal para que el que iba a ser mi marido reaccionase de aquella manera. Pasé mucho tiempo preguntándome qué horror vio en mí en aquel último instante. He pasado noches en vela tratando de entender lo que hay en mi interior que los demás ven tan desagradable y que a mí me resulta invisible, como la persona que tiene un terrible olor corporal o mal aliento y no lo sabe, pero sí percibe las reacciones de desagrado de los demás cuando se le aproximan.

Desde que era niña me he preguntado qué es lo que estaba equivocado en mí. Ahora lo sé.

34

Año 2000. Un día cualquiera.

—Amanda, por favor tranquilízate o no voy a poder ayudarte.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

Es una mujer alta, de mi edad, con el pelo largo y rubio, bien vestida, que de repente ha aparecido en mi salón.

—¿Cómo ha entrado usted aquí?

—Amanda, tú misma me has dejado pasar hace diez minutos.

—Y una mierda, yo a usted no la conozco de nada, ¿por q…?

De repente se me quedan las palabras atascadas en la garganta, la mujer me está mostrando una foto en la que aparecemos los dos, ella está sonriente, yo tengo una mueca en la cara que es algo parecido a una sonrisa.

—Amanda, debes confiar en mí. Me llamo Carlota. Somos nosotras, sí, tú y yo…

—¿Qué pasa aquí? —le pregunto asustadísima, con la foto en la mano.

Es extraño, extrañísimo, porque una sensación leve, como una brizna de humo, cae sobre mi conciencia, una sensación de, efectivamente, haber vivido esto antes, de déjà vu. Pero no de haberlo vivido hoy, sino hace... ¿Meses? ¿Años?

Me quedo observándola. No parece peligrosa. Va bien vestida, con zapatos de Prada. Tiene el pelo largo y bien cuidado, recién salido de la peluquería, la cara angulosa, con los ojos ligeramente hundidos. La verdad es que tiene unas ojeras tremendas, como si no hubiese dormido en días.

—Simplemente vamos a sentarnos aquí, en el suelo, Amanda, vamos a hablar, no te preocupes, no te voy a tocar, no te voy a obligar a hacer nada —me dice con las manos levantadas.

Le hago caso, me dejo caer sobre el suelo, deslizando la espalda por la pared. Estoy muy cansada, la cabeza me da vueltas. A lo mejor esta mujer puede explicarme lo que está pasando. Dónde están mis hijas. Dónde están las niñas. Por qué ha desaparecido el Picasso de la pared del comedor (Dios mío, ¿nos han robado?). Por qué me siento tan débil. Por qué Paco no da señales de vida.

—Amanda, tu vida está a punto de cambiar radicalmente —me dice—, y yo soy la única persona que puede explicarte lo que ha pasado. La única que

puede ayudarte.

35
PRESENTE
Algo que no soy

Es la segunda vez que me ingresan en un centro psiquiátrico. Esta vez, hay una gran diferencia con la primera. Entonces, yo creía que realmente había algo equivocado en mí; que yo albergaba un mal oculto, invisible para mí pero muy visible para los demás, un mal que había llevado a mi novio a repudiarme e insultarme en el altar; que ese demonio oculto en mi interior era lo que había hecho que mi madre no me quisiera igual que a mis hermanas; un mal interior que me había estado atormentando para que mi vida no pudiera ser como la de las demás personas normales. Ahora, en cambio, sé que no es así. Es mi "madre" la que ha querido hacerme creer que soy algo que no soy.

La primera vez que me ingresaron me sometí porque creía que los demás pretendían ayudarme a destruir mi demonio interior. Esta vez no pienso dejarme. No voy a rendirme hasta ser libre.

Voy a luchar aunque me fallen las fuerzas.

Me han inyectado un antipsicótico que anula mi voluntad y cualquier signo de rabia. Mi apariencia exterior es la de una chica relajada, un poco lenta de reflejos, adormilada. Del mismo modo me siento por dentro, pero solo en la parte de mi voluntad que interactúa con mi cuerpo y con mis emociones. Detrás de ese yo hay otro yo que arde de la rabia. Ese otro yo desea huir, maldecir, gritar, incendiar este lugar. Pero ese *yo* no logra conectar con el *yo* que controla mi voluntad. Los medicamentos mantienen levantada una barrera infranqueable entre ambos. Mi yo verdadero es como un perro rabioso que intenta saltar al otro lado de un muro demasiado alto. Al otro lado del muro está mi yo exterior, la parte que todos ven, incluso la parte que produce estos pensamientos, una parte que sabe que hay algo rabioso al otro lado del muro pero que prefiere mirar para otro lado. Y, por si en algún momento ese muro levantado por los medicamentos se debilitase, o mi *yo* rabioso recabase la fuerza necesaria para saltarlo, me han inmovilizado con una camisa de fuerza. Mírame. Una loca en un psiquiátrico. En eso me habéis convertido.

Estoy en el despacho del psiquiatra que lleva mi caso. Me han traído dos enfermeros, dos individuos forzudos, llevándome prácticamente en vilo,

embutida en la camisa de fuerza. Me siento como Aníbal Lécter. Mi madre aguarda en una silla a mi lado. Su cara finge consternación.

—Creo que intentó suicidarse hace unos días —le está contando mi madre al psiquiatra—. Saltó a las vías del metro. Por suerte, un guardia de seguridad pudo sacarla antes de que el tren la arrollase.

El psiquiatra observa mi reacción ante sus palabras.

—¿Es eso verdad, Valeria? ¿Intentaste quitarte la vida?

—Claro que no —respondo con un hilo de voz. Noto la baba que me corre por la barbilla. Tengo la lengua entumecida y no puedo tragar—. Alguien me empujó —acierto a decir.

—Esa es otra —dice mi madre—. Desde hace unos días viene con la idea de que alguien la sigue para matarla.

—Parecen claros síntomas de un brote psicótico paranoico —dice el médico, anotando algo en una hoja—. Veo en su historial que no es el primer episodio.

—No... estoy... loca —replico—. Quieren matarme. Tres veces. Hasta dejaron una tarántula venenosa en mi habitación.

—¿Ve lo que le digo? —dice mi madre—. La pobre se imagina cosas. Figúrese, una tarántula en nuestra casa.

—Valeria, ¿por qué quisiste agredir anoche a tu madre? —me pregunta el psiquiatra, mirándome a los ojos.

—Ella no es mi madre —respondo.

El médico intercambia una mirada con ella.

—¿Ah, no? ¿Y quién es entonces, según tú?

—No lo sé. Ella me secuestró cuando era niña. Creo que soy una especie de rehén para que mi verdadera madre le ceda el control de su empresa.

El psiquiatra alza una ceja. Anota en su libreta. Sé que lo que acabo de decir parece una locura, pero es la mejor idea que he tenido hasta el momento para interpretar lo que está pasando.

—Obviamente, mi hija ha perdido el contacto con la realidad —dice mi madre—. Ya ve usted que ni siquiera me reconoce. Por ello creo necesario solicitar su incapacitación legal.

—Dado el diagnostico, no creo que tenga problemas en que se la conceda el juez —responde el psiquiatra.

—¿Qué significa eso? —pregunto, menos alarmada de lo que quisiera por culpa de los tranquilizantes.

—Significa que todos los actos, contratos y negocios jurídicos realizados en tu nombre podrían ser nulos, y que alguien tendría que realizarlos en tu nombre. En este caso, tu madre asumiría las capacidades para firmar actos jurídicos en tu nombre.

—Yo no estoy incapacitada —rebato con lágrimas en los ojos.

—Verás, Valeria, en tu condición, tienes dificultades para aceptar la realidad —me dice el médico—. Normalmente, nos formamos esquemas mentales a partir de lo que observamos en el mundo. En las personas que sufren psicosis paranoide sucede al revés. Tienen un esquema mental y tratan de acomodar los hechos que observan para que encajen en ese esquema. Todas tus vivencias de los últimos días tienen una explicación que no tiene nada que ver con la idea de que alguien quiera hacerte daño. En los cuadros psicóticos también es habitual revolverse contra los más cercanos, normalmente los familiares, a quienes se les culpa de cualquier cosa negativa que sucede. En tu caso, estás proyectando tu delirio hacia tu madre.

—Ella no es mi madre —insisto.

El psiquiatra suspira y asiente. Intercambia una mirada con ella.

—¿Quién es entonces, según tú?

—No lo sé. Alguien que ha fingido ser mi madre todos estos años. Pero nunca me ha querido. Solo se ha dedicado a destruirme. Desde que era niña. ¿Qué pensaría si le digo que convencía a mis profesores para que me suspendieran los exámenes? ¿O que llegó a pagar a un hombre para que se casase conmigo y me dejase plantada en el altar?

—El trastorno es más profundo de lo que pensaba —le dice el psiquiatra a mi madre—. Está reescribiendo la historia de su vida desde el principio. Me temo que va a ser un ingreso largo. Nos llevará tiempo devolverla poco a poco a la realidad. Si es que vuelve.

Tengo la impresión de que mi madre reprime una sonrisa. Esto es lo que quería dese el principio. Anularme. Declararme legalmente incapacitada. ¿Para qué?

Y entonces, por fin, lo entiendo del todo.

36
PRESENTE
Quién no arriesga no gana

Elliot se despierta con un fuerte dolor de cabeza. Por un instante no recuerda dónde está, hasta que vaporosa luz del amanecer extrae de la nada, como un barco fantasmagórico que emerge de entre la niebla, las formas que componen una anodina habitación de hotel en España. Los gin—tonic que bebió antes de acostarse le han sentado fatal. La ginebra del minibar debía de ser de mala calidad, quién lo iba a esperar en un maldito hotel de cinco estrellas.

Se da una ducha rápida, se arregla la barba y se viste con unos vaqueros gastados, camiseta blanca y chaqueta burdeos. Sale al pasillo del hotel y llama con los nudillos a la puerta de Ryan. El gigantón aparece tras la puerta al cabo de unos minutos, en calzoncillos, exhibiendo su imponente musculatura. Elliot no entiende cómo se las apaña para mantenerse tan en forma pasándose la vida de viaje en viaje de negocios.

—Elliot, apenas son las seis de la mañana, qué coño quieres —le increpa.

—¿Estás solo? —pregunta señalando con el dedo al interior de la habitación.

—No —responde en un susurro.

—¿Cuál de las dos?

Ryan se muerde el labio un instante. Se rasca la cabeza.

—Joder, Ryan, no me digas que tienes a las dos hermanas metidas en tu cama.

—Se me presentó una, y luego la otra —responde, encogiéndose de hombros—. Y ninguna de las dos quería marcharse, así que tuvimos que llegar a un acuerdo, no me gusta ser desconsiderado, hombre.

—Eres un capullo con suerte. No te envidio. Esas dos son puro veneno, te lo advierto.

—¿Crees que no lo sé? No han parado de intentar sonsacarme información confidencial. Y una de ellas, mientras creía que yo dormía, ha estado rebuscando en mis papeles.

—¿Y tú, qué has averiguado? —le pregunta Elliot.

—Poca cosa, la verdad, todavía. Necesito un poco más de tiempo.

—Y yo necesito un café cargado. Vístete, nos vemos abajo.

—Dame un minuto para una ducha rápida. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Trataré de quedar con Valeria —responde Elliot—. He descubierto algunas cosas muy inquietantes sobre la empresa de su madre. No estoy seguro de que debamos llevar a cabo el negocio. Mi padre tenía razón. Hay algo turbio en todo este asunto.

—Espera, ¿piensas quedar con la tercera hermana hoy? ¿No sabes lo que le ha ocurrido?

—¿Le ha pasado algo a Valeria? —pregunta, alarmado.

Las sospechas de ella de que alguien quisiera matarla lo golpean como un mazazo en el pecho. La idea de que le haya ocurrido algo le angustia como nunca hubiese podido imaginar que algo pudiera angustiarle en esta vida.

—Me he enterado de que anoche sufrió una crisis de ansiedad, o algo parecido. Debe ser grave, porque la han ingresado en un centro psiquiátrico. Una de sus hermanas me lo acaba de decir. Recibió un mensaje de su madre.

—¿Sabes en qué centro está?

—No, pero lo puedo averiguar.

—Voy a buscar un taxi —le dice Elliot, alejándose corriendo pasillo abajo—. Llámame en dos minutos con la maldita dirección de esa clínica.

Cuándo Ryan le manda la dirección, Elliot la reconoce de inmediato. Era de esperar. Más que satisfacción por haber atado cabos tan rápido, es culpabilidad lo que siente. Una crisis nerviosa. Por supuesto. ¿Cómo se le ocurrió dejarla sola en un día en el que hizo descubrimientos tan cruciales para su vida? ¡Por supuesto que tuvo una crisis nerviosa! ¡Elliot! —se grita a sí mismo—. ¡¿Cómo has podido ser tan idiota?!

*

Tiene que discutir veinte minutos con el personal de recepción del hospital psiquiátrico hasta que consigue un permiso para ver a Valeria. Una enfermera le conduce por largos pasillos que huelen a desinfectante hospitalario y a medicinas hasta una zona de celdas que se asemeja más a una aséptica cárcel que a un hospital. Las puertas son de metal pintado de blanco, tienen una pequeña ventana enrejada para mirar dentro, o para que los pacientes asomen sus ojos desquiciados al exterior. La enfermera se detiene junto a una de las puertas y la abre con una pequeña llave que selecciona de un manojo. Dentro está Valeria, tumbada en una camilla.

—Dios mío, ¿qué te han hecho? —murmura Elliot.

Valeria yace tumbada en una camilla. La habitación está iluminada por un panel LED que no arroja sombras. Las paredes tienen un revestimiento acolchado de espuma blanca. El suelo también es blanco, de un blando material semejante al revestimiento de los parques infantiles. El cuerpo de Valeria, sobre sábanas blancas, parece suspendido en un espacio irreal. Tiene la mirada fantasmagórica, los ojos en blanco, y un reguero de baba le cuelga de la comisura de la boca, formando un charco húmedo en la sábana. Lleva una camisa de fuerza que le impide apenas moverse o cambiar de postura. La piel bajo los ojos es de un morado intenso.

—¿Qué le han hecho? —brama Elliot mientras le toca suavemente el cuello para comprobar el pulso y la temperatura—. ¡Está en estado catatónico!

—El doctor le ha suministrado su medicación antipsicótica —responde la enfermera.

—¿No cree que se le ha ido un poco la mano con la dosis?

—Algunos pacientes se quedan un poco atontados al principio, hasta que su organismo se adapta a la medicación.

—Valeria, ¿me escuchas? ¿Puedes escucharme? —le dice, agitándola suavemente—. ¿Al menos puede quitarle esta maldita camisa de fuerza?

—No estoy autorizada. La paciente tiene tendencias suicidas y agresivas. El doctor le ha prescrito sujeción, por su seguridad.

—¿Puede dejarnos solos?

—Tiene derecho a cinco minutos.

La enfermera cierra la puerta con un golpe sordo de caja fuerte. Elliot se arrodilla junto a la cama. Le acaricia la mejilla. Se estremece al tocarla. Ella gime débilmente. Tiene los labios resecos, resquebrajados como tierra seca. Elliot siente que el amor le desborda, helo aquí, el amor en estado puro; a los ojos acuden lágrimas de rabia por lo que le han hecho.

—Valeria, ¿puedes oírme? ¿Estás consciente?

No se mueve pero sus ojos cobran vida y sus pupilas se enfocan en su rostro. Sus cejas hacen un leve gesto de reconocimiento.

—Elliot... —suspira, y su aliento es metálico y, a la vez, lo más dulce que ha respirado en su vida.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te han traído aquí? —pregunta él.

—Mi madre —responde ella en un murmullo—. Lo que mi "madre" quiere es incapacitarme legalmente.

Así que era eso. No es más que eso. Una sofisticada estafa para hacerse con el control de la empresa.

—Todo es por dinero —suspira Valeria—. Si mi madre biológica muere, entonces yo soy la heredera, la empresa es mía.

—Entonces tenías razón. Intenta matarte.

—Pero no lo ha conseguido... todavía —dice Valeria—. Mientras estoy viva, si me incapacitan, ella podrá firmar cualquier documento en mi lugar. Mi madre biológica, esté donde esté, corre peligro. Ahora que ha logrado que me incapaciten legalmente, intentará deshacerse de ella para tener el control de todo a través mío, ahora que mis otras dos hermanas biológicas también están muertas...

—Yo sé dónde está tu madre —dice Elliot—. Aquí, en este mismo centro de internamiento. Ha permanecido aquí recluida durante años.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando te llevé a tu casa y te quedaste dormida... —traga saliva, sabe que si le cuenta lo que hizo, ella perderá la confianza en él, pero no tiene otra opción—. Mientras dormías, estuve indagando entre las cosas de tu madre, también he estado investigando por mi cuenta.

—¿Te fuiste a husmear por la casa mientras yo dormía?

—Sí, lo siento. Desde un principio sospechamos que había algo raro en la forma en la que se hacían las cosas en la empresa de tu madre. Sospechamos que pudiera tratarse de un fraude, alguna clase de engaño, así que Ryan y yo teníamos la consigna de investigar debajo de la alfombra, como se suele decir, buscar los trapos sucios.

—Tú también me has utilizado —dice ella—. Fingiste ayudarme cuando todo lo que querías era fisgonear en mi casa.

—No es cierto, Valeria, no tuve que fingir nada, me importas desde el momento que te conocí. No sabes cuánto lo siento. Me gustaría que me perdonases.

—Todo el mundo me engaña. Estoy cansada de que me engañen —cierra los ojos, como si se doliese de algo.

—Por favor, perdóname.

—Dijiste que me ayudarías... Ayúdame entonces a encontrar a mi madre biológica.

Elliot sopesa sus opciones. No tiene ni idea de las normas que rigen un centro psiquiátrico en este país, ni del castigo que puede suponer violarlas,

pero toma la decisión en un instante. Pese a su apariencia de hípster romántico e impulsivo, siempre ha hecho gala de ser una persona muy analítica y reflexiva, así lo educó su augusto padre, algo que conviene cambiar en este momento a tenor de las circunstancias.

—Quién no arriesga no gana —se dice a sí mismo, y actúa.

37
PRESENTE
Un combate

Yacer en el fondo del lecho marino, la presión brutal de una columna de agua sobre mi cuerpo. Inmóvil. No sentir los brazos, como si me los hubiesen amputado. Algo húmedo bajo mi mejilla. La boca pastosa, la lengua dormida, como si me hubiese anestesiado un dentista.

Exactamente eso. El charco de humedad que hay en la almohada es mi propia baba.

No estoy asustada. Me han debido drogar porque mis emociones parecen estar lejos, más allá del alcance de mis pensamientos. Mis ideas discurren lentamente, como el goteo de un grifo mal cerrado. En condiciones normales mis pensamientos son como los árboles que van quedando atrás cuando recorres una carretera a toda velocidad; ahora, es como si avanzase a paso de tortuga y el espacio entre cada árbol fuese inmenso. El abismo que se abre entre una idea y otra es confortable. Es el vacío que hay más allá del yo que no descansa, el espacio donde entro en contacto con algo que no tiene nombre ni manera de ser nombrado, pero que también soy yo, una Valeria despojada del tortuoso camino que recorren los pensamientos por el mundo real. Quiero dejar de sufrir y aquí, en el vacío de la ausencia de pensamiento, no hay sufrimiento.

Me llega una voz, lejana. Susurro de hojas. Palabras que provienen de extremos abismales y que tiran de mí hacia la superficie. Escucho la palabra "está", y después la palabra "estado" y después la palabra "catatónico", y sé que se refiere a mí, a mi yo presente. Como dos imágenes que se superponen para formar una imagen tridimensional, una proveniente de cada ojo, mi yo ausente y mi yo presente se funden para traerme de vuelta a la consciencia, tirando de mí a través de volúmenes insustanciales, como un buque fantasmal emergiendo desde las profundidades marinas.

Abro los ojos. Más bien enfoco la mirada porque mis párpados han estado abiertos todo el tiempo. Vislumbro un rostro frente a mí. Dos ojos azules como dos ventanas al paraíso. Es una mirada que no juzga. Es Elliot. El chico inglés. Quizás la felicidad sea perderse en esos ojos donde puedes ser tú misma sin ser nada en particular.

Elliot me habla con palabras que son de este mundo. Mi yo presente le responde con frases que deben ser coherentes, porque él, a su vez, me contesta, y mantenemos lo que se suele llamar un diálogo. Intento aferrarme a esas palabras, entender lo que mi yo consciente está diciendo. Alguien está en peligro. No estoy segura de si lo he dicho yo o lo ha dicho Elliot. ¿Quién está en peligro? Tu madre biológica, me responde una voz, y de nuevo no estoy segura de si es la voz de Elliot o es mi propia voz.

Mis centros internos de equilibro cambian bruscamente. Ahora estoy sentada. Siento que mis brazos cuelgan a los lados como dos sogas inertes. Elliot los masajea para que por ellos vuelva a circular la sangre. Poco a poco voy recuperando la sensibilidad, el cosquilleo en la piel. Me gustaría agradecerle a Elliot con una sonrisa, pero no estoy segura de poder controlar los músculos de mi cara.

Me pregunta si puedo andar, y le respondo que sí, aunque la verdad es que no tengo ni idea de dónde están mis piernas. Elliot se separa de mí y me entra el pánico. Quiero gritarle que no me deje sola, pero de mi garganta solo sale un gemido hueco. En cierto modo, el pánico es la señal de que vuelvo a estar presente.

Alguien ha entrado en la celda. Es la enfermera que se ha estado ocupando de mí desde que me ingresaron. Elliot se abalanza sobre ella. Forcejean. De pronto parecen dos luchadores de judo enzarzados en un combate. Me entra una risa floja. Elliot le asesta un golpe en el cuello y la enfermera se desploma, aparentemente inconsciente. Él rebusca entre sus cosas y agarra un manojo de llaves. Después viene hacia mí y me ayuda a ponerme en pie. Las piernas me sostienen, aunque no puedo sentirlas.

—Vamos —me dice—. No tenemos mucho tiempo.

Salimos de la celda, yo apoyada en él, y avanzamos por un pasillo que parece no tener fin. Subimos o bajamos escaleras. Casi tiene que llevarme en volandas. Al poco, Elliot abre una puerta y la atravesamos. Es una especie de sala de estar con taquillas, como un vestuario de gimnasio. Elliot abre una de las taquillas. Comienza a desnudarse. Se quita la chaqueta y después los pantalones. Se pone un uniforme de enfermero. Me coge del brazo y volvemos a salir al pasillo. Con cada paso que doy me siento un poco más despierta. Ahora puedo sentir las piernas y el suelo bajo mis pies, inestable como la cubierta de un barco en plena tempestad. Elliot se detiene junto a uno de los mostradores de enfermería. Consulta, en una larga lista impresa, la relación de

pacientes ingresados. Después, me toma del brazo y me conduce por otro pasillo. Andamos durante una eternidad. Nos cruzamos con varios enfermeros, nadie intenta detenernos.

—Aquí es —me dice, deteniéndose junto a otra puerta.

Saca el manojo de llaves que le quitó a la enfermera y rebusca durante unos segundos. Introduce una llave en la cerradura. La puerta se abre con un chirrido siniestro. Del interior brota una melodía de música clásica. Es como abrir una cajita de música. El origen de la música es una pequeña radio que hay sobre una mesita. Se trata de una celda similar a la que yo estaba confinada. Las paredes forradas de espuma blanca. Una pequeña ventana a través de la cual puede verse un triste jardín tapiado. Aparte de la mesita, el único mobiliario consiste en una cama, y en ella sentada una mujer que sostiene un espejo entre las manos en el cual se contempla absorta. La luz que se cuela por la ventana hace brillar la humedad de las lágrimas que brotan sin cesar, una tras otra, de sus grandes ojos verdes. Cuando entramos, la mujer se vuelve hacia nosotros y nos mira, sobresaltada.

La reconozco al instante.

Es Amanda, mi madre biológica.

Exactamente eso: mi madre verdadera.

Mi madre.

38
AÑO 2019. Un día cualquiera.

Recuerdo que mi padre, al cumplir los sesenta, solía repetir que la vida se le había pasado en un parpadeo. Un día tienes veinte años, decía, y te vas a comer el mundo; al instante siguiente estás a punto de jubilarte y te preguntas a dónde ha ido a parar tu vida.

Ahora yo soy la que tiene sesenta años, ahora soy yo la que siente que la vida se ha esfumado en un parpadeo. Ayer era joven, me iba a comer el mundo. ¿Hoy? Mi cara es la de una mujer vieja. Tengo mucho miedo.

Soy vagamente consciente del paso del tiempo. Carlota me dice que eso es un gran avance, aunque yo lo vivo como una tragedia inmensa. Para Carlota también es un gran avance que me acuerde de ella, que no la rechace, que la acepte. Hemos hecho grandes progresos, dice, gracias a la música y a los espejos. ¿Avances? Me siento como una loca caminando por la cuerda floja. En cualquier momento tengo la sensación de que voy a despeñarme por el abismo de la memoria.

Carlota dice que mirarme en el espejo me ayuda a recordar quién soy y lo que soy. Veo mi rostro, envejecido, y entonces sé que han pasado años, aunque siga teniendo la sensación de que solo ha transcurrido un parpadeo. Me pregunto si a todo el mundo le ocurre lo mismo, si, tal y como decía mi padre, todo el mundo abre un día los ojos y se siente como un joven atrapado en el cuerpo de un viejo.

Carlota me dice que me hace una foto cada cierto tiempo, para que pueda ver en esas imágenes el paso del tiempo que se esfuma de mis recuerdos. Las fotos ni siquiera son fotos, son imágenes que puedo ver en una especie de tableta electrónica, algo que parece traído del futuro, y puedo pasar de una foto a otra deslizando el dedo sobre la superficie. En todas llevo una bata celeste, como la que tengo puesta ahora mismo. Veo las fotos con horror, me veo marchitar de una imagen a otra. Incluso en la primera de todas estas imágenes me veo más vieja de lo que recuerdo ser. Aparte de la ropa, todas las fotos tienen algo en común, en todas ellas capto la incredulidad que ahora mismo puedo sentir plasmada en mis facciones, cada una de estas mujeres acude a esta realidad igual que lo hago yo ahora, con total desconcierto.

Tengo una vaga noción del paso del tiempo. Sé, por ejemplo, que ayer no

es ayer, sino hace veinte años. Principalmente se lo debo a la música que sale constantemente de una pequeña radio a mi lado. La música suena sin parar, incluso cuando duermo, a un volumen bajo pero audible. Sinfonías de Beethoven, de Mozart. La música traza líneas imaginarias a mi alrededor a las que puedo aferrarme, surcos invisibles por los que transita mi memoria. Gracias a la música no me sobresalto cada vez que abro los ojos y me descubro en esta habitación blanca, gracias a la música recuerdo que Carlota es mi amiga además de mi enfermera, la única persona que puede ayudarme, la única persona que puede explicarme cómo se ha esfumado mi vida. También sé que Carlota hizo un gran sacrificio por mí. Pagó un precio enorme, y todavía lo está pagando. Nunca podré agradecerle lo suficiente.

A menudo pienso en Paco y en lo que intentó hacerme. Eso también lo recuerdo gracias a la música. He pensado en ello tantas veces que probablemente no podría olvidarlo aunque dejase de sonar la melodía que sostiene la débil telaraña de mis recuerdos. Paco quiso matarme y Carlota lo impidió. Ella me lo explicó. Carlota quiso sacarme de la casa, hubo un forcejeo y ella acabó clavándole un cuchillo a mi marido. Lo hizo en defensa propia. La creo porque el crimen la ha estado atormentando durante todos estos años. Ella ha permanecido a mi lado, cuidándome, evitando que me perdiese en los abismos del tiempo y, en parte, sé que lo ha hecho para expiar su culpa. No es fácil cargar con la muerte de alguien.

Es curioso, mi vida con Paco me resulta tan lejana y extraña como un sueño, y a la vez tan cercana. Si cierro los ojos puedo verme a mí misma en nuestro piso de la calle Velázquez, a punto de salir a trabajar, con prisas, como cada mañana, discutiendo con Paco en el cuarto de baño por cualquier chorrada. Pasó hace unas horas, pasó hace una eternidad.

A quien más echo de menos, por supuesto, es a mis hijas. Mis niñas, mis tres gotas de agua pura. A veces intento no pensar en ellas porque es demasiado doloroso. Los servicios sociales me quitaron la custodia por incapacidad, y tengo que admitir que hicieron lo mejor para ellas. ¿Qué clase de madre hubiera sido yo? Solo pido que las tres hayan crecido sanas y fuertes, a salvo de todo mal. Daría cualquier cosa por verlas de nuevo. ¿Se acordarán mis hijas de mí como yo me acuerdo de ellas? Eran tan pequeñas cuando nos separamos. Es doloroso tener a tus hijas tan cerca en la memoria y, sin embargo, tan lejos en el tiempo. A veces tengo sueños en los que el destino me da una nueva oportunidad. En mis sueños soy una madre diferente, una

madre que no está obsesionada con el trabajo, una madre que pasa todo el tiempo del mundo con sus hijas, una madre que las ve crecer hasta convertirse en mujeres, una madre que recibe un amor de sus hijas tan intenso como el que ella siente por ellas. Son sueños extrañamente reconfortantes, porque para mí la realidad es tan efímera como un sueño. Mi vida solo es una brizna de humo que se pierde en la inmensidad. De niña, me dio mucha pena cuando descubrí que las polillas solo viven un día. Pobrecitas, pensé, la de cosas que se pierden. Ahora me doy cuenta de que todos somos como polillas danzando alrededor de una luz brillante, consumiéndonos en nuestros propios anhelos de la grandeza que jamás llegará.

Las lágrimas corren por mis mejillas. Las veo rodar en el reflejo del espejo que sostengo en las manos. Ahí está la cara de una mujer vieja. Esa mujer soy yo.

La puerta se abre. El sonido me sobresalta. Espero encontrarme a Carlota al otro lado, pero se trata de una chica sin pelo.

39
PRESENTE
En el año 2000

La mujer nos mira sobresaltada.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? —gime, visiblemente asustada.

Doy un paso al frente. Me acerco a ella. Su voz provoca que afloren recuerdos enterrados profundamente en mi mente. Su voz entra en resonancia con la única parte de mí ser que una vez abrazó una felicidad luminosa. Siento algo estremecedor al oírla. Su rostro es el de una mujer envejecida por el sufrimiento. Tiene el pelo blanco y surcos profundos en la piel. Sus ojos son dos estanques acuosos, interrogantes, enrojecidos por el llanto y amoratados por la química de los somníferos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? —repite como en un bucle.

—Soy tu hija, Valeria, una de tus hijas —le respondo con suavidad.

El espejo que tiene entre las manos se le escurre entre los dedos. Me mira con los ojos abiertos como platos. Durante un instante tengo la impresión de que me reconoce, casi puedo verme reflejada en sus pupilas, pero un segundo después su mirada se enfría, se aleja ausente.

—¿Mi hija Valeria? ¡Pero qué tontería es esa! —chilla, airada—. Mi hija Valeria tiene cuatro años. ¿Dónde están mi hijas?

Mira a su alrededor con aspavientos de extrañeza, como si fuera la primera vez que ve esta habitación. Me acerco, pero ella da un paso atrás, como si temiese algo de mí.

—¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Dónde estoy? —pregunta, asustada.

—Escúchame, por favor. Soy tu hija Valeria. Han pasado más de veinte años desde que te apartaron de mí y de mis hermanas. Ya no soy una niña, pero soy yo. ¿Puedes entenderlo?

Me aproximo y le cojo la mano. Ella sacude la cabeza, como si quisiera sacudirse algo impregnado que le quemase el pelo. Me mira y en sus ojos asoman lágrimas. Me pone una mano en la mejilla y su contacto me estremece.

—¿Has venido a ayudarme, chica? —pregunta—. No sé qué me han hecho. Estaba en casa esta mañana, tenía una reunión muy importante con los holandeses. He tenido una discusión con Paco, con mi marido, creo que él tiene la culpa de todo. Hemos discutido y he perdido el conocimiento. Él me

ha traído aquí, estoy segura, el muy cerdo. No sé qué pretende con todo esto.

—¿En qué año estamos? —le pregunto.

—En el año 2000, por supuesto, qué tontería de pregunta es esa, ¿quién eres tú?

—Soy tu hija. Te lo acabo de decir.

—Cómo vas a ser tú mi hija, mi hija tiene cuatro años.

Me mira desconcertada. Busca a su alrededor hasta que localiza el espejo sobre la cama. Se aferra a él como si fuese una especie de talismán. Cuando se contempla en el reflejo suelta un grito de terror.

—¿Qué me habéis hecho? ¡Este espejo está trucado! ¿Por qué tengo esta cara de vieja?

—Su mente está estancada en el mismo instante desde hace veinte años —me dice Elliot—. No puede formar recuerdos nuevos. Para ella es como si el tiempo no pasara, al menos en su cabeza.

Me llevo las manos a la boca, horrorizada.

—Mi *madre* la ha tenido aquí encerrada durante todos estos años —digo.

—Quizás, en el fondo, sea lo mejor para ella —responde Elliot—. En su estado no podría desenvolverse en el mundo. ¿Qué otra cosa se podría haber hecho?

No puedo imaginar la clase de infierno que ha sido su vida. El infierno que sigue siendo.

Nos sobresalta un portazo metálico. La puerta de la celda se ha cerrado de golpe. Elliot intenta abrirla.

—La han bloqueado con un cerrojo exterior. ¡Eh! ¡¿Hay alguien ahí?! ¡Dejadnos salir! —grita, dándole puñetazos.

—¿Tienes tu móvil? —le pregunto.

—Sí. Llamaré a Ryan y él nos sacará de aquí.

—Te sacará a ti, querrás decir. Yo sigo estando ingresada. Solo puedo salir con autorización médica.

—Esto es un maldito hospital, no pueden hacerte daño.

—Mataron a mis hermanas. Y lo intentaron conmigo varias veces. Volverán a intentarlo hasta que lo consigan.

—Carlota, tu madre adoptiva, ya tiene lo que quería. Estás incapacitada. Ahora ella tiene el poder total sobre la empresa.

—Por mucho que disfrute martirizándome, siempre voy a ser un testigo incómodo. No parará hasta acabar conmigo.

Calculo que solo tengo unos minutos hasta que saquen a Elliot de aquí y vuelva a quedarme sola, a merced de mi madre adoptiva.

Observo a mi madre biológica. Está embelesada observándose en el espejo, que parece tener alguna especie de propiedad hipnótica sobre ella. Imagino lo que debe ser pasarse días, meses, años así, observando tu propio rostro en el espejo envejecer lentamente. Me arrodillo frente a ella.

—Mírame, soy tu hija —le digo con energía—. Tienes que recordarme. Tienes que ayudarme. ¿Me ayudarás?

40

PRESENTE

Mi empleado

La celda se abre y aparecen dos guardias de seguridad con aspecto de porteros de discoteca. Elliot los mira, intimidado por su envergadura. Estamos en un psiquiátrico, se dice a sí mismo, los guardias son forzudos capaces de lidiar con los enfermos más agresivos fuera de control. No hay mucho que pueda hacer para resistirme. Elliot levanta las manos en un gesto amistoso y sonríe.

—Tranquilos amigos, solo estábamos haciendo una visita.

—¡Sacadlos de aquí! —brama la enfermera.

Entre los dos guardias lo agarran de los brazos y lo sacan de allí casi en volandas. No opone resistencia. Sabe que es inútil. Solo se gira y busca la mirada de Valeria a tiempo de ver cómo ella también forcejea sin poder evitar que le inyectan algo en el brazo, cayendo fulminada como una marioneta a la que le cortan los hilos.

La desesperación le corroe mientras recorre el pequeño y triste jardín que separa el pabellón psiquiátrico de la calle, hasta llegar a la parada de taxis. La angustia le abrasa durante el trayecto hasta el centro de Madrid. La ansiedad le hierve en la sangre mientras se baja del taxi junto al edificio de oficinas y coge el ascensor hasta la planta veinte. La rabia le empuja al interior de la sala de reuniones, donde Carlota y las arpías de sus dos hijas están reunidas con Ryan para formalizar el papeleo que llevará a las empresas de ambos a un acuerdo de inversión millonario.

Todas las cabezas se vuelven hacia él cuando entra. Todavía lleva el uniforme de enfermero, lo cual hace que su irrupción sea aún más chocante.

—¡Elliot! ¿Estás bien? —le pregunta Ryan, alarmado al ver su aspecto lívido.

Ignorándolo, se encara directamente con Carlota.

—No vamos a firmar ningún contrato si no está presente Valeria —dice —. Exijo que la traigan aquí inmediatamente.

—¿Valeria? ¿Te refieres a mi hija pequeña? Valeria está indispuesta.

—Desde que cumplió los 25 años, Valeria es la representante legal de Amanda Domenec, según el testamento vital de esta —dice Elliot—. Valeria tiene que estar presente en la firma del acuerdo.

Carlota clava en él una mirada asesina.

—Mi hija ha sido declarada incapacitada por un juez. Tengo un poder notarial que me permite llevar a cabo cualquier acto legal en su nombre —replica ella.

—No habrá trato si Valeria no está presente. Ahora —insiste Elliot.

—¿Qué significa esto? —pregunta Carlota, airada, mirando a Ryan—. ¿Cómo le permites a un simple empleado hablarme así?

Ryan se encoje de hombros y desvía la mirada hacia Elliot. Está bien, acabemos con la farsa, le dice con los ojos. Elliot traga saliva. No sabe si su augusto padre aprobará lo que está a punto de desvelar, pero le importa un pimiento el monumental enfado de su padre, estando la vida de Valeria en juego. Porque fue su augusto padre, que cree que una ronda de negociación es como una partida de póker donde el éxito depende de cómo interpretes las señales del oponente, fue su augusto padre el que concibió la estrategia (igual que, al parecer, su propio abuelo hacía con él mismo en su juventud) de que Elliot, su único hijo, siempre se presente como un segundón, mientras que Ryan se haga pasar por el mismísimo propietario, no siendo más que un directivo de la firma, convirtiéndose en cambio en el negociador más frío concebible porque, en realidad, Ryan no se juega nada, solo acata órdenes, toda vez que Elliot, la verdadera cabeza pensante, permanece en segundo plano, analizando, interpretando, descubriendo la más mínima señal de engaño, porque nadie le presta atención al ayudante, al pasante, al chico que lleva el maletín de los papeles.

—Resulta que, en realidad, Ryan es *mi* empleado —responde Elliot a una Carlota que no sale de su asombro—. Resulta que yo soy el heredero y propietario del fondo de inversión.

41
PRESENTE
Al vacío.

Todo está borroso. Tengo la mirada vidriosa y esa horrible sensación de pesadez del narcótico. Lo raro es que una ráfaga de aire me sopla en el rostro, como si estuviese al aire libre. Y más raro aún es que, cuando consigo enfocar la mirada, frente a mí solo veo la inmensidad del cielo azul. Una bandada de pájaros cruza ante mis ojos lentamente, sinuosamente, perfectamente sincronizados, como un cardumen de peces. ¿Estoy soñando? Cuando mi cuerpo recobra la sensación de equilibrio, siento un vértigo instantáneo. Estoy de pie, en el borde de una cornisa, en la parte exterior de una balconada, en la última planta del edificio del hospital, a una veintena de metros de altura. Dejo escapar un grito. Me agarro a la barandilla con todas mis fuerzas. Intento darme la vuelta para saltar al interior del balcón, pero alguien me lo impide agarrándome por los hombros. Es la enfermera que me ha estado vigilando todo este tiempo.

—Por favor, ayúdame —le pido—. Voy a caerme.

Ella me mira con una expresión indolente. Me sujeta con firmeza por los hombros, pero su intención es empujarme en vez de ayudarme a entrar. A saber qué fortuna le ha pagado mi madre, mi odiada madre adoptiva, para hacer esto.

—Elliot sabe que intentas matarme. No saldrás impune de esto —le digo.

—¿Quién va a creerle sin pruebas, chica con tendencias suicidas?

—Tenemos pruebas. Las pruebas de que también arrojaste a mis hermanas por el balcón del apartamento en el que se alojaban.

—No hay pruebas. Me aseguré de no dejar ninguna.

—Ahora sí, acabas de reconocerlo.

—¿Te crees muy lista? Intenta contárselo a la policía cuando tus sesos estén esparcidos en el cemento.

—Estoy drogada, apenas puedo tenerme en pie. ¿Crees que van a creer que llegué hasta aquí por mí misma?

—El efecto del narcótico pasará en unos instantes. La autopsia determinará que saltaste al vacío, despierta y consciente de tus actos. La adrenalina dejará una marca indeleble en tu organismo.

Por eso no me ha tirado cuando estaba inconsciente. Necesita que esté

despierta para que el nivel de adrenalina certifique que salté consciente.

—¡Por favor, no lo hagas! —le suplico—. ¿Lo haces por dinero? Yo puedo darte más dinero que ella, todo el dinero que quieras...

—Al final, las tres hermanas vais a acabar aplastadas contra el asfalto —me dice con una sonrisa maligna.

Me empuja y mi cuerpo se desploma al vacío.

42

PRESENTE. Un día cualquiera.

No puedes encontrarte a ti misma si no te pierdes a ti misma.

Deja de ser tú y empezarás a ser tú. ¿Me oyes madre?

Tú no eres tus pensamientos confusos. No eres tu ira, no eres tu rabia, no eres tu confusión. No eres tus éxitos ni tus fracasos. No eres tu simpatía ni tu mal humor.

Entonces, ¿quién soy?

Entonces, ¿qué soy?

Mírame a los ojos. Lo que tú eres es lo que yo soy. Lo que yo soy es lo que tú eres.

Cada pensamiento, madre, es como un velo que cubre tu verdadero yo, cada pensamiento, desde que naces, oculta tu verdadera consciencia, la que existía antes de nacer y la que existirá después de que mueras. Deja de pensar y volverás a encontrarte contigo misma.

Eso que llamas tiempo no existe, eso que llamas tiempo no es más que un cúmulo de recuerdos. Solo importa el ahora. El pasado no existe. El futuro no existe. Solo existe el ahora.

Solo existe el ahora. Repítelo, madre.

Solo existe el ahora.

El pasado no existe. El futuro no existe. Una no se puede bañar en el mismo río dos veces. El río está fluyendo y cambiando cada instante y cada parte de nuestro cuerpo está cambiando, nuestras células y nuestros átomos están surgiendo y desapareciendo cada instante.

No eres tus pensamientos confusos, madre, eres la gota indestructible del cuerpo, eres la vastedad abierta e indefinible que se hace real.

Entonces, ¿quién soy?

Deja de aferrarte al pasado, madre, deja de aferrarte a un punto de vista, deja de aferrarte a las reglas de tu propia mente, deja de aferrarte a la tiranía de tus pensamientos. Cuando ya no te aferras, ya no te agitas. Cuando ya no te agitas, alcanzas la paz.

Renuncia a las distracciones y concéntrate justamente en lo que no cambia, en lo real.

El mundo es impermanente, todo cambia rápidamente. Tus mismas células

están muriendo y surgiendo cada instante y no pasará mucho tiempo hasta que seas completamente otra. Una y otra vez.

La naturaleza del mundo es el cambio, y lo único que puede obstruir ese cambio es tu apego a las cosas, madre, tu apego a una sensación, a una idea. Cualquier cosa a la que te aferres, te producirá una decepción. Y aunque hoy te parezca que aquello a lo que te apegas es una realidad sólida y estable, no pasará demasiado tiempo para que se desvanezca.

Ábrete, vacíate, deja que pase. Lo que necesitas es simplemente respirar.

*

Ese momento de confusión que me sacude desde dentro cada vez que abro los ojos y abrazo la conciencia.

La osadía de abrir los ojos y despertar.

Despertar y abrir los ojos.

¿Puede alguien despertar y no abrir los ojos? ¿No es ese un acto automático en cuanto la conciencia te sobreviene?

Despierto y abro los ojos, y tardo un instante en comprender que la realidad que dejo atrás es un sueño, un sueño tan vívido y colorido, un sueño en el que mi hija (¿cuál de ellas?), ya es adulta y me habla, un sueño tan intenso como la realidad o más incluso, un sueño que ya he olvidado, incluso antes de acabar de abrir los ojos y observar a mi alrededor.

Estoy en una habitación blanca como la nieve. La estancia me resulta remotamente familiar. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Tengo un espejo entre las manos. Cuando me miro veo a una señora mayor que se parece a mí. Siento un vértigo infinito. Como si cayese dentro del espejo, como si mis pensamientos se derramasen dentro del espejo.

¿Esa mujer vieja soy yo? Debe ser un espejo trucado, una especie de broma. Noto un dolor intenso en el antebrazo. Me levanto la manga de la camisa (¿qué llevo puesto? ¿una especie de pijama de hospital?) y me llevo otra sorpresa. Tengo el antebrazo lleno de arañazos, como si hubiese estado jugando con un gato. Los arañazos siguen una especie de pautas geométricas. Qué raro. Quién me ha hecho esto. No, no son figuras, son letras. Hay algo escrito en mi brazo.

S A L V A A T U H I J A

¿Salva... a... tu... hija? ¿Qué significa esto? ¿A cuál de mis tres hijas? ¿Dónde están mis niñas? O mejor dicho, ¿dónde estoy yo?

No puedo librarme de una extraña sensación de urgencia, de que tengo que hacer algo, pero no sé lo que es. ¿Acaso salvar a mi hija? La puerta está cerrada. Sin embargo, en el bolsillo de la bata encuentro una pequeña llave. ¿Será la llave de esta puerta? Pruebo a introducirla en la cerradura. Se abre. Al otro lado hay un pasillo que se extiende hasta perderse de vista, como si se prolongase más allá de la curva terrestre. A lo largo de las paredes hay ventanales por los que se cuelan columnas de luz que cruzan de un lado a otro. Esto debe ser un sueño. Doy unos pasos dubitativos y justo en ese momento escucho un grito de mujer. Más allá hay una puerta abierta. Tengo miedo a mirar dentro. Estoy soñando. Sin duda esto es un sueño. Me da miedo lo que pueda encontrar detrás de esa puerta.

Me obligo a dar un paso, y después otro. Asomarme a la habitación. Es un espacio vacío y blanco. Hay un ventanal, una especie de balconada, al otro lado una chica, como una aparición, como un ángel elevándose en el aire. ¿Es ella mi hija? Junto a ella, una mujer vestida de enfermera. Me resulta vagamente familiar. Sobre todo su voz.

—Al final, las tres hermanas vais a acabar aplastadas contra el asfalto —dice.

Y entonces empuja a la chica.

43
PRESENTE

La sensación de estar en el vacío dura un instante, suficiente para que la adrenalina inunde mi cuerpo dándome una fuerza que no creía tener ya. Me aferro al reborde de la ventana con los dedos, colgando del vacío, a veinte metros de altura. Doy gracias por haber perdido tanto peso en los últimos meses. Aun así, no creo que aguante más de unos pocos segundos. Pataleo buscando un asidero con los pies, pero la superficie de la fachada es lisa bajo el alféizar al que me aferro.

El rostro de la enfermera surge sobre mí, siniestro, a contraluz bajo el cielo azul. Se agacha y estira el brazo para alcanzar mis dedos y soltarme. Voy a morir. Sin embargo, la idea de la muerte me parece ridículamente imposible. Nos creemos inmortales hasta el último instante. ¿Cuándo me convenceré de que realmente voy a morir? ¿Cuando esté volando por el aire? ¿Cuando vea el suelo como un borrón a toda velocidad contra mi cara? ¿O ni siquiera entonces? ¿Mantendré la esperanza vana y absurda de un milagro hasta el último instante de consciencia, hasta que mis sesos se esparzan por el duro cemento?

La enfermera se estira hacia abajo. Para alcanzarme tiene que sacar medio cuerpo por la ventana. Da igual. Aunque no logre tocarme, las fuerzas no me van a durar mucho. Miro hacia abajo y casi espero encontrar una de esas colchonetas de los bomberos para las evacuaciones de emergencia. Pero solo hay cemento gris. Nadie va a salvarme. Uno segundos más y mis sesos estarán derramados por el suelo. Tal y como acabaron mis hermanas. La rabia me hace resistir unos segundos más. Aprieto los dientes. Me arden los brazos. El dolor me ciega. En la oscuridad vuelan esquirlas de luz, como bengalas. Pienso en Elliot, en lo bonito que hubiera sido conocernos mejor, en sus ojos azules que nunca me juzgaron. Creo que, de todos los millones de personas que habitan este asqueroso planeta, es el único que lamentará mi muerte.

Un grito llega a mis oídos. Un alarido de pánico. Una sombra pasa sobre mi cabeza. Un grito de mujer que se aleja y se torna cada vez más agudo. Un cuerpo revolotea en el aire. Es la enfermera la que cae al vacío. Hace un ruido horripilante al chocar contra el suelo. Cuando alzo la cabeza veo a mi madre, mi verdadera madre, que asoma en la ventana. Estira los brazos y me agarra por las muñecas. No tiene suficientes fuerzas para alzarme, pero la ayuda me

basta para aguantar unos instantes más antes de que mis brazos cedan al dolor y acaben aflojándose.

Nuestras miradas se cruzan. Dos extrañas. Una madre y una hija unidas por las corrientes subterráneas de la vida. Dos supervivientes al infierno que son los demás. Eso es lo que somos.

Aparece un enfermero y me agarra con firmeza del brazo derecho. Otro me sujeta del izquierdo. Me alzan como a una pluma y en un momento estoy en el suelo, a salvo. Mi madre, la mujer que acaba de salvarme la vida, me mira con extrañeza. No me reconoce. Solo está muy asustada. Me abrazo a ella y me derramo en llanto, como cuando era pequeña y encontraba consuelo en sus brazos. Han pasado veinte años hasta que he vuelto a encontrarlo.

EPÍLOGO
Un día cualquiera.

La osadía de abrir los ojos y despertar.

Sentada en una butaca, siento la presión de mi cuerpo sobre la lona.

El sonido de las olas al atardecer, el sol hundiéndose en la línea difusa del horizonte, la línea del mar, anaranjada, ocre, y violeta, y esa brisa cargada de sal y de fragancias marinas.

Una pareja risueña se baña en el mar, cerca de la orilla. Miro hacia la izquierda, ahí está el castillo, bordeando esta hermosa cala. Imposible recordar el nombre.

De fondo, la melodía de Beethoven. Sale de una mesa plegable sobre la arena, de un aparato que parece de ciencia ficción, un cacharrito cuadrado que contiene toda la música del mundo. Yo solo escucho un número limitado de piezas cuidadosamente seleccionadas, como esta séptima sinfonía de Beethoven.

Me gusta mucho la música. No me gustan los espejos.

Sobre el horizonte marino percibo una especie de reflejo acuoso, ensoñador, una de esas obras de arte que te ofrece el azar.

Valeria, mi hija, me sonríe mientras sale del agua, va de la mano de ese chico inglés, no puedo recordar su nombre.

Qué obsesión con recordar los nombres de todo.

Hay muchas cosas que no recuerdo, pero las terapias de mi nuevo doctor (¡tampoco recuerdo su nombre!) me ayudan muchísimo. Gracias a él, sé que esa chica tan bella que se acerca es mi hija Valeria.

Valeria se seca el pelo y el cuerpo, me llega la frescura del mar sobre su piel a esta corta distancia.

Valeria. Recuerdo su nombre porque la conocía antes de que tuviera el accidente. Su mirada no ha cambiado. Recuerdo esos ojos a los cuatro años, y los recuerdo a los 25, y eso es maravilloso, porque ocurrió después del accidente. Cada vez recuerdo más y más cosas de después del accidente.

Recuerdo quien soy, antes y después. Recuerdo el sabor de muchas comidas que no conocía antes del accidente. Me gusta mucho la comida japonesa, por ejemplo.

Me gusta mucho la música. No me gustan los espejos.

No puedo recordar el nombre de su marido, este chico inglés, ni recuerdo en realidad tener con él ninguna experiencia compartida, pero le miro a los ojos y siento una calma profunda, la calma de la bondad, la calma de la comprensión. ¿Cuántas tazas de té habremos compartido? ¿Cuántas conversaciones maravillosas? Seguro que han sido muchas, y las que quedan. No importa si las olvido después. Lo que importa es disfrutar el momento y que este chico, mi yerno, es una persona excepcional.

Se sientan los dos en las butacas a mi lado, hablan de la empresa, nuestra empresa, por lo visto van las cosas muy bien, lo que me hace sonreír.

Yo solía obsesionarme con el dinero, solía obsesionarme con el futuro, un futuro en el que imaginaba más y más dinero, entonces no sabía lo que era verdaderamente importante, aunque Paco, mi marido, me lo recordaba constantemente.

A pesar de todo, quería a Paco, le quería mucho, me doy cuenta de que detrás de todas mis superficialidades y comportamientos adquiridos, quería mucho a mucha gente. Me ha costado asimilar la muerte de Paco, y la de mis otras dos hijas, tengo esa constante sensación de que acabo de enterarme, una y otra vez.

Siento que se me humedecen los ojos.

Valeria deja la conversación con su marido y me mira con cariño, se pone de pie, se acerca a mí y, mirándome a los ojos, me deja un tesoro en los brazos.

Solo importa el ahora. El pasado no existe. El futuro no existe. Solo existe el ahora.

Solo existe el ahora.

Solo existe el ahora.

Y el ahora es maravilloso, me lo confirma la sonrisa del bebé sobre mi regazo.